



LA CREADORA

HIELO Y LLAMAS

HAIMI SNOWN

ONYX
EDITORIAL

LA CREADORA
HIELO Y LLAMAS

LA
CREADORA
HIELO Y LLAMAS
HAIMI SNOWN

ONYX
EDITORIAL

Primera edición
La Creadora, Hielo y Llamas
© 2018, Haimi Snown
© Onyx Editorial
www.onyxeditorial.com

© Diseño editorial: MunyxDesign
info@munyxdesign.es
© Corrección: Nieves Villalón / Bárbara Padrón
© Fotografía portada: Shutterstock
ISBN: 978-84-948194-1-4

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

GLOSARIO

Para ti, lector, porque me mandas plumas de tus alas.

PRÓLOGO

«Al fuego lo mata el agua, pero el agua puede arder»

La luna había dejado de acompañarla. La suerte ya no estaba de su parte. Cada paso era un desafío. Los tacones de sus zapatos se clavaban en la nieve congelada que cubría la tierra. Los abetos eran obstáculos, las ramas intentaban detenerla. Su aliento incendiaba el aire, lo licuaba, y el frío lo transformaba en una lluvia de gotas heladas que le abofeteaba el rostro, mezclándose con sus lágrimas. Había perdido la chaqueta, pero no la necesitaba; su piel estaba en llamas.

Se detuvo en seco y agudizó los oídos.

Chilló en silencio, mordiéndose el puño para no soltar ningún sonido. No se escuchaban pasos detrás de ella, pero eso no significaba que no la estuviese siguiendo. Él podía moverse sin dejar rastro, podía convertirse en una sombra, podía...

—¡Te odio! —aulló, girando en círculo—. ¿Me escuchas? ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Un destello de luz a su derecha hizo que su corazón se encogiera. No esperó a ver de qué se trataba. Luchó apresurada con las correas de los zapatos, tiró uno sin mirar a dónde, agarró el otro y empezó de nuevo a correr.

—Detente. —El mandato fue un susurro llevado hasta ella por las alas del viento.

Continuó la carrera, agitando a la vez la cabeza en negación. No sabía si él la veía, no sabía cómo de cerca estaba, pero no pensaba escucharlo. No se detendría.

Las ramas inmovilizaban sus brazos, las agujas de los abetos se clavaban en su piel para estallar en llamas al instante. Sus talones dejaban hoyos en la nieve y detrás de ella se formaba un sendero de infierno. El bosque ardía. Su corazón brincaba con cada chasquido y crepitar. El humo era espeso y mentolado, y se lo tragaba con cada inhalación.

—Por favor, detente. Detente ahora, o será demasiado tarde. —El sonido vino de todas partes, mareándola.

Se paró y procuró ver a través de la oscuridad, mirando a todas partes en un

intento de encontrar una escapatoria.

«No la hay», sollozó en su interior.

La desesperanza la venció. Sus rodillas fallaron y se cayó de bruces. La marca de la parte de atrás de su cuello la quemó, avisándola de que se encontraba ante un peligro inminente.

Lo sintió antes de verlo. El aire se hizo pesado y chispas multicolores se contorsionaron en una espiral vertiginosa hasta que tomaron su forma.

Y entonces quedó solo el silencio, tan agudo que sus oídos zumbaron. Podía ver las llamas, sabía que debía escuchar los crujidos de la madera quemándose, pero no oía nada aparte del sonido ensordecedor de su corazón y su aliento jadeante.

—No te acerques —gruñó de rodillas, usando el zapato como un arma con el tacón hacia afuera.

Intentó controlar el llanto y no escuchar a la voz demoníaca que chillaba burlona por encima de los pensamientos coherentes. No podía detenerlo con un tacón. Nada podía hacerlo.

A pocos metros, él levantó las palmas.

—No me acercaré si es lo que deseas, pero debes detenerte. Ahora mismo. Estarás atrapada si avanzas más.

Carcajadas amargas brotaron de su garganta y su voz sonó aguda al hablar.

—¿Por qué debería creerte? Me mentiste desde el primer segundo en que te conocí.

—Intentaba protegerte. —Él no se movió, sus ojos estaban inquietos y se paseaban por encima de ella, a los lados y hacia atrás. Su voz sonó cansada, pero guardaba la fina ronquera de su usual timbre hipnotizador.

—¡Intentabas protegerte a ti mismo! —espetó, mientras se incorporaba con dificultad. Debía alejarse de aquel lugar. Debía alejarse de todos ellos.

—Me importas —dijo él, deteniendo su mirada en ella.

Fue como si estuviera viendo la luz del Más Allá. El sentimiento cálido, el cambiar de la gravedad. Quiso dejarse ir, abandonarse a la deriva.

No se lo permitió. Su corazón se agrietó. Su energía, que se había calmado en el momento de la caída, volvió a nacer, corriendo a través de sus venas como si hubiera despertado un nido de serpientes de fuego.

Tragó en seco y retrocedió dos pasos.

—No. —Agitó la cabeza, pero no pudo ahuyentar las lágrimas que le nublaban la vista—. No te creo.

—Podemos hacerlo. —Él enlazó los dedos en su nuca sin perderla de vista

—. Juntos podemos lidiar con todo. Te lo prometo. —Había un tono de urgencia en su voz y en su mirada, que brillaba con una mezcla de desesperación y fastidio.

—¡Mentiroso! —gritó, amenazándolo con el tacón—. ¡Les mentiste a todos! ¡Te pregunté y me lo negaste! ¡Te ofrecí mi ayuda! ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo puede ser...? —Se detuvo—. ¿Sabes qué? No me importa.

—¡Detente! —él vociferó—. Sabes lo de la valla que protege el Corazón. Está justo a tu espalda. No des otro paso atrás —pidió.

Quería escucharlo. Quería creerlo. Se cogió la cabeza entre las manos y cerró los ojos en un intento de usar la lógica. Al mismo tiempo que con la conversación, pensamientos ajenos atacaban su mente y los gritos histéricos se mezclaban con sus propias ideas hasta el punto de no poder distinguir cuál le pertenecía.

—¿Qué debo elegir?! —chilló—. ¿Cuáles eran tus planes conmigo? ¿En qué bando estás? —Agitó la mano con frenesí y el movimiento la desequilibró.

—¡No!

El gruñido de él llegó distorsionado a sus oídos, como si el sonido hubiera sido detenido en el espacio y en el tiempo.

Su cuerpo se echó hacia atrás y ondas pesadas la envolvieron como una manta que tiraba de su cuerpo y a la vez lo sostenía. Durante un segundo eterno la energía del lugar la mantuvo en la misma posición, con la espalda arqueada, las manos alzadas y la cabeza inclinada cerca de un hombro. Escuchó un nuevo «no» susurrado que fue el detonante de su caída. El hielo estalló a su alrededor cuando sus rodillas golpearon el suelo. El contacto con la tierra trajo el dolor. Millones de esquirlas heladas atravesaron su piel. Intentó moverse, pero era como si el aire hubiese adquirido viscosidad y se adhiriese a sus miembros. Sus dedos se petrificaron, se tornaron de un color azulado, y el zapato se le escapó. Jadeó y las agujas penetraron en su garganta, tomando el camino hacia abajo, en el interior de su cuerpo. Pudo contar los latidos de su corazón y cómo se debilitaban.

Reparó en que él se acercaba porque cada larga zancada tenía la resonancia de un trueno. Observó que se llevó las manos a la cara como si quisiera esconderse, dejar de verla.

—¿Qué me pasa? —No supo si habían salido las palabras, aunque creía que sus labios se habían movido.

Él se acuclilló para acariciarle la mejilla, pero ella no sintió el toque, el

peso de sus dedos. El frío la acosaba desde el interior. Sentía sus órganos congelándose, después petrificándose. Buscó su mirada, pero no logró tranquilizarse al ver que el terror había endurecido sus hermosas facciones.

—Ayúdame —imploró antes de que la oscuridad se cerniera sobre ella.



Madelyne Brand entró en el salón trayendo con ella la sonrisa que usaba en sus días buenos.

—Vuestra nevera almacena viento y los armarios coleccionan polvo. Hice una lista con lo necesario, alguien debe salir para hacer la compra.

Sasha continuó apretando los botones del mando sin molestarse en darle a entender que la había visto u oído.

—He dicho algo. —La mujer insistió al no recibir respuesta.

—¡Sasha! —El grito vino de arriba, del cuarto de Raisa.

—Que no —gruñó el aludido, sin levantar la voz—. Fui a comprar helado hace tres días.

—Y yo ayer agua. —replicó Blaze en su usual tono sosegado. Con un movimiento experto mató al wise que Sasha había elegido como personaje en el ejercicio virtual, rompiéndole el cuello—. Estás acabado. Te toca —comentó, enseñándole los dientes en una sonrisa burlona.

—No me apetece salir. —Sasha protestó y tiró el mando en la mesilla en la que tenía apoyados los pies—. ¿Por qué se llama día libre? Para hacer lo que me da la gana. Y lo que me da la gana es no hacer absolutamente nada . —Cruzó las manos detrás de su cabeza y se dejó caer contra el respaldo del sofá.

—Eres un caballero y no dejarás que las mujeres hagan el trabajo de un hombre. —Madelyne se acercó.

—¿Un Caballero? —Blaze se desternilló de risa—. La Creadora lo consideraría un insulto.

—La Creadora... —farfulló Sasha entre dientes.

Cuando su mirada se posó en su jefa, se percató de que no se veía bien. Su piel tostada estaba amarillenta, al cabello negro como el ébano le faltaba brillo y ojeras profundas perfilaban sus ojos pardos. “¿Habría contraído un virus?”, se preguntó, sin preocuparse demasiado. Madelyne era una triunfadora, de otro modo no se explicaba cómo una nula conducía una de las

facciones Éter—. Aquí no hay mujeres débiles. Raisa tiene más fuerza que un Caballero de La Creadora —comentó, esperando que el halago la convenciera de hacer el trabajo en su lugar.

—¡Estoy probando nuevos peinados! —volvió a gritar la muchacha desde arriba—. ¡No puedo hacerlo hasta que no me decida!

—Eso pasará el siguiente siglo —masculló Sasha, entendiendo que los tenía a todos en contra y que no había escapatoria.

—Vamos a intentar no transformar un asunto tan sencillo en una discusión —intervino Madelyne. El tono apaciguador que usó fue más motivo de preocupación que su evidente malestar—. Zariah vendrá a verificar las instalaciones.

—Jamás verifiqué nuestra nevera.

—Pero nunca se sabe. Sois mi responsabilidad y el hecho de que viváis solo con helado y agua no cumple con el contrato. ¿Os gustaría que me echaran por una estupidez?

Sasha alzó las cejas a tal altura que estuvieron a punto de acabar en la pared que tenía atrás. Su mirada hablaba por sí sola: «¿En serio, me lo preguntas?».

—¿No nos quedan galletas? —Blaze se rio, risita que ahogó cuando Sasha le respondió con una mirada pensada para helarle la sangre.

—Quiero dos horas insubordinado —pidió, desafiando con intención a Madelyne—. Cuando yo quiera —añadió.

La sorpresa hizo que su jefa balbuceara durante unos instantes.

—Acabas de usar tu cuota. ¿La necesitas tan rápido?

Sasha se levantó y movió los hombros a la vez que flexionaba las rodillas.

—He dicho cuando yo quiera. No ahora.

—Está bien —espetó Madelyne—. Te envió la lista a tu comunicador. Vuelve lo antes posible. No pienso irme antes de comprobar que todo está en orden.

—Por favor, regresa rápido —pidió Blaze poniendo los ojos en blanco a espaldas de la mujer.

Sasha cogió del mueble las llaves del coche.

—Te olvidas de la chaqueta del uniforme —le riñó Madelyne, lanzando la prenda hacia él.

—No la necesito —refunfuñó, girándose a tiempo para atraparla en el aire—. Toda la gente de la isla me conoce, saben lo que soy.

—Quizá. Pero no quiero que enfermes. Y las reglas son reglas.

—No enfermamos por el frío —gruñó en voz baja—. Y no hay reglas en mi

día libre. —Se puso la chaqueta roja con la marca de los ergys impresa en la espalda, y le sonrió con fingida dulzura a Madelyne. Recibió un guiño y una sonrisa. Sabía que a ella le gustaba cuando le hacía caso, ya que era un acontecimiento especial.

Salió al porche y se quedó un rato en la escalera. La temperatura del aire no superaba el punto de congelación del agua. El sol brillaba con su luz apagada, como si hubiese contraído un virus y no le quedaran fuerzas, aun así, sus células se despertaron y la energía hormigueó inquieta bajo la piel.

—Pronto —susurró, subiendo al coche.

Puso su Vidker en marcha y después de rodar unos metros a velocidad de caracol, se detuvo para tirar la chaqueta en el asiento del copiloto.

«Las reglas son las reglas», repitió entre dientes imitando a Madelyne. A él le daban igual las reglas. Era un ergy, con uniforme o sin él. Podía producir energía, controlarla y manipularla. Podía absorberla hasta de las piedras si quisiera. Los nulos, los que habían nacido sin aquel don, lo sabían y lo conocían. Llevar un uniforme en público como aviso de lo que representaba era la ley, pero en la isla no hacía falta. Después de años viviendo en aquellas tierras, la mayoría de los habitantes se conocían entre ellos y el número de nulos era insignificante. Salía a hacer la compra, no a empezar una guerra.

Abrió la ventana y pisó a fondo, arrancando a todo gas. El viento helado cortó la piel de su rostro, momento en que sintió los átomos de su cuerpo bailando encantados. Soltó una carcajada, disfrutando de la efímera sensación de ser libre.

Aminoró la marcha, pensando, divertido, que le faltaba sacar la cabeza por la ventana con la lengua fuera para parecerse a un perro. Luego se percató de que su situación no se diferenciaba mucho de la de uno; la cadena en su caso era imaginaria, pero existía. Estaba obligado a hacer acto de presencia cuando lo llamaban y a cumplir con lo que le pedían. Recordarlo no le alegró tanto y su sonrisa se desvaneció, cediendo su sitio a un rictus agobiado. Encendió el equipo de música y subió el volumen al máximo para dejar de escuchar sus pensamientos e hizo el recorrido tamborileando el ritmo en el volante con los dedos.

La Isla Held contaba con una sola tienda donde estaba seguro de que encontraría todos los productos. Cuando pensaba ofrecerle al motor del coche una ración de su don para hacerlo volar, pasó por delante del Parque Stank. La imagen de la multitud que estaba arrodillada en la tierra congelada con las miradas perdidas en la estatua de La Creadora le erizó el vello. La escultura

había sido tallada en mármol dorado. Teniendo en cuenta que el material era tan escaso como los diamantes, el rey de los ergys, Eridanus, había gastado una fortuna para construirla. Sasha suponía que lo había hecho para darles esperanza.

La obra era impresionante. Desde la altura de un bloque con cinco pisos, un par de ojos rojizos estudiaban el horizonte. Los cabellos se derramaban hasta su cintura en una maraña indomable. Era el retrato de una joven, no existían imágenes de La Creadora vieja. Se imaginó que los adoradores se ilusionaban con la línea decidida del mentón, levemente inclinado hacia arriba. Y reconocía que la postura, un pie delante del otro, con la rodilla doblada como si estuviera a punto de avanzar y la mano alzada a punto de atacar a una amenaza invisible, lograba el propósito de transmitir poder. Los ergys eran poderosos, aun cuando no presumían de ello.

Respetaba a los creyentes, pero él no lo era. La Creadora era su madre. La primera ergy, el primer ser por la venas del cual, aparte de sangre, fluía energía. No era fantasía ni una leyenda, era un hecho. Pero desde entonces habían pasado milenios. Ninguna oración iba a traerla al mundo de los vivos y ninguna ofrenda ayudaría a curar el virus que los mataba de uno en uno. La estatua les recordaba lo que habían sido, no en lo que se habían convertido; *wises*, era el nombre que algún diplomático había elegido para llamar a los ergys enfermos. A diferencia de los nulos, habían nacido con el don, pero lo habían perdido. Su núcleo energético se había apagado, por lo que ya no podían crear energía ni para mantenerse con vida. Por desgracia, no morían con facilidad, tampoco se dejaban vencer. Procuraban absorberla de los ergys sanos, mientras estos alzaban oraciones para que se encontrara una cura.

Sasha giró la cabeza, miró al frente y liberó una descarga eléctrica que llevó el velocímetro muy por encima del límite permitido.

Una vez en la tienda, estudió la lista. Memorizó lo que debía comprar, pero se dirigió primero a por los antojos. Hacia las neveras de los helados.

El picor de su nuca lo hizo detenerse en seco y mirar alrededor. Su marca se incendió sin previo aviso, notificándole la cercanía de un posible conflicto. Husmeó el aire. La marca de los ergys era una especie de radar que les ayudaba a encontrarse. Los nulos no significaban nada para ellos, eran cuerpos fríos, carne y huesos. En cambio, los que eran como él dejaban una huella propia, pues la energía estaba dispuesta en lazos únicos, específicos a cada persona.

Miró alrededor, tanteando para averiguar el camino de la onda de calor. La expectación hizo que su corazón se disparara y el cosquilleo llegó a las puntas de sus dedos, electrizándolos. Estaba casi seguro de que no se trataba de alguien conocido y sabía que no habían traído a nadie nuevo, puesto que él y su equipo se encargaban precisamente de los nuevos. Además, Madelyne no hubiera perdido la oportunidad de festejar tal logro y les hubiera anunciado el asunto.

Se rascó el cuello allí donde la marca se ramificaba a medida que se encendía, y se dejó guiar por ella. Siguió el camino entre los pasillos hasta el puesto de helados, sabiendo de modo instintivo que iba a encontrar lo que buscaba allí.

La vio en el momento en que se daba la vuelta, y su entrecejo se arrugó por la preocupación. Era una chica hermosa de cabello rubio, con las mejillas ruborizadas. Se quedó mirando fijamente la zona donde sus pechos se unían, ya que era la misma donde se concentraba la energía. El núcleo era bastante fuerte, más fuerte que el de muchos ergys. El movimiento rítmico estaba guiado por el corazón de la joven. Casi podía sentir su poder, el hormigueo de las moléculas, el calor que las envolvía.

Pero no era una de ellos, entendió Sasha, evaluándola sin posibilidad de error. No era ergy, no era nula. Era mucho más. Era justo lo que estaban buscando y valía más que cualquier joya.

Era un cóctel.



Anahy apretó los dedos en el manillar del pequeño carrito en cuanto observó al joven que la miraba con una intensidad preocupante.

Había salido a explorar la isla y, al ver la tienda, había querido probar su suerte y ver si encontraba helado. Pensó que era poco probable que con el frío que hacía en la isla vendieran helado, pero, para su sorpresa, descubrió que estaban muy bien aprovisionados.

El helado desapareció de sus pensamientos cuando vio al chico que se había quedado mirándola. Lo estudió en busca de información. No llevaba el uniforme de un ergy, no obstante, las facciones soberbias no hablaban de un corriente nulo. Era apuesto, tanto que se quedó embobada, decidida a memorizar sus rasgos y guardarlos en el cajón «*el hombre de mis sueños si fuera una nula*». Alzó la cabeza y observó todos los detalles de su rostro. Era alto, tenía el pelo del color de la miel, pero sus cejas eran mucho más oscuras, casi negras. El maxilar cuadrado era, sin duda, el indicio de un carácter obstinado y la nariz era recta, de puente grueso. Quiso verificar el color de sus ojos y entonces se percató de que estaba cabizbajo y no despegaba la mirada de sus pechos.

«¡Vaya equivocación más grande!», pensó, tachándolo al instante de la lista y creando, a la vez, una nota mental para borrarlo de sus recuerdos. De ninguna manera el hombre de sus sueños era un chaval que babeaba mirando sus pechos.

—¡Eh, mis ojos están aquí! —espetó, pero su aviso no logró reacción en él —. Pervertido... —farfulló, girándose con la intención de alejarse.

El fuego que aguardaba en su pecho estalló por los nervios, apresurando su ritmo igual que el de los latidos de su corazón.

—¿Q... qué? —Él agitó la cabeza al advertir que desaparecía de su vista.

Anahy soltó un bufido indignada, mirándolo por encima del hombro.

—Que sé que mis tetas son bonitas, pero me gusta hacer gala de mi

cerebro. Al parecer tú no tienes mucho —le informó, mirándolo de arriba a abajo y torciendo los labios.

Esperó que hubiera entendido su desprecio cuando se quedó un momento desconcertado, pero se recuperó y le regaló una sonrisa deslumbrante. Una sonrisa que ella no había pedido.

—Hola, soy Sasha. —Le tendió la mano y se quedó con ella en el aire.

Anahy metió las suyas en los bolsillos del anorak verde, pero se percató de que el gesto podría esperanzar al pervertido. La cremallera estaba subida solo hasta la mitad y la camiseta ceñida que llevaba debajo descubría el contorno de sus pechos. Se tapó hasta el cuello y puso los brazos en jarras como una medida extra.

—¿Y? —inquirió a la vez que alzaba ambas cejas.

En aquel momento odió que tuviera unas cejas rectas, perfectamente alineadas de forma horizontal. No se arquearon al alzarlas y falló en el intento de componer una expresión indiferente. Además, al cruzar los brazos, sus pechos, que eran el motivo del malentendido, se habían alzado incluso más. Al no lograr la invisibilidad que deseaba se puso nerviosa. Notó que la cadencia del fuego era cada vez más potente.

—¿No tienes un nombre? —insistió él.

Anahy se mordió el labio inferior y miró alrededor para calcular la ruta de escape.

—Lo tengo. ¿Te interesa?

—No —gruñó él—, te lo he preguntado porque no tengo nada mejor que hacer. Conforme con las normas sociales, me he presentado para que me facilites tu nombre. ¿Acabas de caer del cielo?

—Puede que sí. No es asunto tuyo —declaró ella con firmeza, e intentó pasar por su lado.

—Espera —pidió Sasha, cogiéndola del antebrazo.

El corazón de Anahy brincó y la energía de su interior copió el movimiento. Se imaginó que su mirada era la de un bicho pillado ante la luz que desprendían los ergys cuando se convertían, pero no pudo continuar fingiendo, preocupada porque el calor de su cuerpo había incrementado y el fuego le lamía la mitad superior del cuerpo.

—¿Qué quieres? —preguntó, tirando de su mano para liberarse.

Sasha no se lo permitió.

—Primero, que te tranquilices —dijo, mirando alrededor. Era una hora de poco tráfico y no habían atraído la atención de nadie—. No pienso acosarte.

Anahy forcejeó de nuevo. Algo no estaba bien con él, lo sentía en lo más profundo de sus entrañas. Su sonrisa era forzada y se comportaba como si de conocerla dependiera su vida. Era demasiado insistente y su mirada tan calculadora que le producía escalofríos. Lenguas frías viajaban por su espalda mientras que su torso se cargaba bajo el peso de la energía. El miedo desataba la pelea de sus células enfermas.

—Es lo que haces —declaró, sin poder ocultar el temblor de su voz. Una parte de su cerebro le decía que se encontraba en un lugar público y que podía sacárselo de encima con un sencillo grito. Otra le aseguraba que, si era un ergy, ella resultaría acusada de que lo había provocado.

—Te juro que no —afirmó él. Su voz sonó quebrada y su mirada ocultaba una tormenta de emociones que no entendía. En un momento estaba frío, en el otro demasiado interesado. Sus palabras y su comportamiento no estaban en consonancia y Anahy empezó a temblar, a punto de perder el control. Sentía cómo circulaba la energía por su cuerpo, conocía el trayecto que empezaba desde el centro de su pecho y se disparaba en un cruce de caminos hacia las extremidades. Así como sabía que una vez desatada, no podía detenerla—. Solo dime tu nombre —reclamó, sin liberarla, sin cambiar su actitud exigente.

—¡No!

—Por favor..., por favor, cálmate —pidió susurrando.

—¡Suéltame, pedazo de cabrón! —Anahy gritó. Pequeños centros de fuego ya estaban formados en las puntas de sus dedos.

—¡Estúpida! —vociferó Sasha, empujándola contra la nevera de productos congelados.

El azul del frío se hizo camino entre las otras moléculas de su cuerpo, pero era demasiado débil como para hacer frente a la intensidad de su energía. Las llamas brotaron de sus dedos cuando el chico le cubrió las manos con las suyas, uniéndolas después a su espalda.

—¿Estás loca? —espetó.

Anahy ya no lo escuchaba. Su pecho subía y bajaba con rapidez, y su mirada echaba chispas. Las llamas estallaron en sus palmas y cubrieron las manos de Sasha. Ya no había salida, entendió. A esas alturas, nada podría detenerla.

Esperó gritos. Esperó que él se alejara quemado, pues era lo que le hacía. En vez de eso, Sasha la apretó contra la nevera y le cubrió la boca con la suya.

Entreabrió sus labios por la sorpresa. No había lugar en su cabeza para una respuesta carnal, pero de algún modo la lujuria se coló en su sangre. Cuando él juntó las manos en su baja espalda y la atrajo contra su torso se olvidó de las llamas, de que podría hacer explotar el recinto y una buena parte de la calle. Para su asombro, se percató de que le devolvía las caricias. De forma tímida al principio, tanteando con la lengua por las comisuras de sus labios, investigando el otro tipo de calor que se filtraba de modo furtivo en su interior. Aquella sensación se mezclaba con otra que no podía identificar. Corrientes frías la envolvían y hacían que varias partes de su cuerpo se estremecieran por el placer.

Alivio.

Eso fue lo que sintió. El núcleo de energía de su pecho se había apagado. No entendía cómo había pasado, pero si un beso era el precio para salvarse, iba a cooperar.

Ya cargado con la energía de la cóctel, Sasha notó que el fuego se abría paso en todos y cada uno de sus poros. Podía mantenerlo encerrado, ese era el secreto, lograr que se consumiera en su interior, pero ella tenía una especie de poder que desconocía y tuvo miedo de que perdiera el control.

La chica soltó un gemido tremendamente femenino que él absorbió con su boca. Gruñó en respuesta contra sus labios y liberó una mano para agarrarle la cintura y atraerla más hacia su torso. Ella aprovechó el momento y enganchó los dedos en su pelo, uniendo sus bocas en el proceso.

Sasha se preguntó si había logrado gastarle la energía. Ya no sentía las llamas en sus dedos, en teoría debería estar bien. No tenía claro cuánto necesitaba absorber, solo con verla podría asegurarse de que estaba fuera de peligro. Se tranquilizó al no notar olor a quemado, sino la esencia fresca de la chica. Raisia cuidaba una de aquellas flores de nombre impronunciable que tenía una fragancia maravillosa, y ese era el perfume de la joven que lo trastornó.

Eso ya no era sobre apagarla, entendió, pensando en un lugar lejano de su mente que su gesto iba a tener consecuencias desagradables.

Sus pulmones inspiraron y exhalaban de forma repetida, su corazón copió el ritmo galopante del de ella. Le cogió las mejillas entre las manos, jadeando, cuando la muchacha se atrevió a mordisquearle el labio inferior. El beso se volvió violento de ambos lados, y lo mismo pasó con los sentidos de Sasha. Pequeñas chispas explotaban bajo la superficie de su piel. Su brújula interna

giraba a velocidad de vértigo, sin probabilidad de parar.

Al entender que se dañaba a sí mismo, levantó la cabeza con brusquedad, interrumpiendo el contacto. Sus manos aún estaban en las mejillas de la chica y las de ella en su pelo. Sus miradas se encontraron mientras que sus bocas jadeaban por aire. Sasha estaba seguro de que su rostro era un retrato de perplejidad, pero el de la joven cóctel era todo un poema. El verde con motas doradas de sus ojos estaba vidrioso, bordeado de un amarillo oscuro. Pudo ver que había pasado el peligro; las llamas de su núcleo estaban sosegadas, las pulsaciones temblaban de forma pausada. Al menos no lo había por parte de ella. No apostaba por sí mismo cuando la vio pasándose la lengua por los labios hinchados.

Exhaló hondo y se preparó para volver a discutir. Esperaba mucho más entendimiento, ya que habían traspasado las fronteras de la intimidad. Habían empezado bien y esperaba que continuaran del mismo modo. Era hermosa, a pesar de que no parecía el tipo de muchacha que perdía el tiempo acicalándose. Suponía que sus pestañas debían el color oscuro a un producto de maquillaje, pero su tez brillaba sin polvos aplicados y los labios estaban limpios, de un natural e intrigante color rosa oscuro. Era un placer discutir con ella e investigar los rincones ocultos de su... mente.

No tuvo oportunidad de hacerlo. Los dedos de la muchacha tiraron con bestialidad de su pelo, forzándolo a girar la cabeza. Se dio cuenta que verificaba la marca de su nuca y esperó que fuera a tranquilizarla descubrir que era ergy. Pero ella lo empujó con una fuerza que no se podía averiguar a primera vista y se alejó disparada, soltando en voz alta:

—¡Canalla!

Tomado por sorpresa, Sasha se quedó mirándola huir a paso precipitado. Su cabello igual de indómito que su temperamento le saltaba sobre la espalda y sus largas piernas se comían un metro de pasillo a cada zancada.

Cuando ella desapareció de su vista, empezó a tomar conciencia de su entorno. Escuchó el zumbido de la nevera cercana, observó que un niño lo miraba con los ojos como platos y el pulgar metido en la boca, y que la vendedora del puesto de verduras le sonreía divertida.

Se frotó la frente y se presionó las sienes con los pulgares.

«¿Qué acaba de pasar?», se preguntó, dando dos pasos solo para asegurarse de que estaba despierto. Una cóctel lo había dejado plantado y encima no sabía su nombre. Acababa de ser besado y tirado, entendió. Soltó una carcajada que ahogó de forma brusca cuando se percató de que ellos, los

ergys, tenían un problema de un metro setenta, rubia y con personalidad devastadora, en el significado literal y figurado.

Su trabajo era denunciar a la chica. En el momento en que lo pensó, Sasha rechazó la idea. Madelyne y su pandilla podrían irse al infierno de La Creadora. Le obligaban a hacerlo cuando salían en las incursiones programadas, pero no estaba tan dedicado al trabajo para llevarle ofrendas de paz. Y los wises ya no podían percibirla, habían perdido la habilidad de rastrear. Necesitaban tocarla para sentir el núcleo energético. Pero ella no conocía la existencia de los wises. Así que solo le quedaba convencer a sus chicos de que mantuvieran la boca cerrada, esperar que ella no se acercara al equipo de Cold y apostar en cuánto tiempo iba a llegar al Éter.

No tenía que ser un genio para sumar uno más uno y que el resultado fuera negativo. Era una operación sencilla y de desenlace previsible.

La chica estaba en problemas. Había entrado en la Isla Held, pero no iba a salir.



Anahy se frotó los ojos, después dejó en la mesa del restaurante el comunicador abierto en la página que contenía el programa de la universidad. Debería concentrarse en su investigación, pero su mente vagaba lejos. Había visitado el campus, y las letras pintadas encima de la grandiosa puerta de entrada le habían sacado más de una sonrisa. La Universidad Extraterritorial de las Ambas Razas se enorgullecía de aceptar jóvenes de todas las franjas territoriales. Los prejuicios no tenían lugar allí. Ergys y nulos convivían y se educaban juntos, asunto que la favorecía. Necesitaba mezclarse y relacionarse para tener éxito en su búsqueda.

Las personas como ella, fruto del amor entre un hombre ergy y una mujer nula, eran raras. Las mujeres nulas no aguantaban la carga del embarazo y fallecían al dar a luz. «Cócteles» les llamaban, y eran tan pocos que Anahy no había conocido otro en sus diecinueve años de vida y el mismo número de tierras que había recorrido. Eran tan raros que las autoridades no se habían molestado en dar una ley que les implicara, como el uniforme en el caso de los ergys o el castigo de un nulo en el caso de provocarlos.

Soñaba con los ojos abiertos cuando el comunicador vibró en la mesa y la pantalla le enseñó una imagen de su madre. Cuando se despidieron, su madre le obligó a prometer que hablarían unas diez veces al día y se lo tomaba en serio.

—¿Cómo estás? —preguntó nada más responder.

—Acabo de triunfar sobre un bistec gigante en el mejor restaurante de la Isla Held —dijo, animando el tono de su voz.

—Qué nombre más acogedor —farfulló Cadence .

Pero acertado, pensó Anahy. Las bajas temperaturas, la humedad y el

viento cortante que no se tomaba pausas eran difíciles de soportar. No obstante, todas las intemperies hacían de la isla el sitio perfecto para ella, y en el poco tiempo que llevaba allí llegó a convencerse de que debería quedarse incluso después de encontrar a su padre. Se sentía perfectamente, ni una vez había sentido la necesidad de descargarse.

—No importa el nombre. Hay helado en todas las tiendas —bromeó—. Estoy bien, mamá.

—¿Seguro? —Cadence suspiró al otro lado de la línea—. ¿Hiciste amigos?

Anahy se recostó contra la silla y puso los ojos en blanco, aprovechando que se había alejado de la cámara. Había elegido una mesa en un rincón oscuro, apartado del centro de la sala. Se acercaba la hora de la cena, momento en el que el sitio empezaba a llenarse, pero aún no estaba preparada para socializar. Asunto que su madre no debía conocer.

Había venido para buscar a su padre, pero Cadence le había permitido hacerlo solo después de prometerle que continuaría sus estudios. Tenían unas reglas, entre las que estaba no obsesionarse con la búsqueda y vivir su vida eran las más importantes. ¿Pero cómo no obsesionarse cuando la información que había recibido le decía que su padre podría tener algo que ver con la universidad? Estaba impaciente por comenzar las clases, investigar, y quizá, llegar a conocerlo. Sí, sabía que existía la posibilidad de que la información fuera falsa. Sabía que podría ser verdadera, pero antigua. A lo mejor solo había estado de paso, pues la imagen desvelaba nada más que el logo de la universidad. Existían muchas posibilidades, y por eso había ido, para estudiarlas a todas y cada una.

Consideró con rapidez qué debería contestarle a su madre. Por lo que había visto en las dos semanas desde que había llegado, la isla estaba llena de jóvenes. No le resultaba curioso, teniendo en cuenta que era un centro universitario. Pero lo más cerca de otra persona que había estado fue en el incidente con el ergy de la tienda. Decir que eran amigos era como si afirmara que le encantaba abrazar un cactus.

—Lo haré. No te preocupes, estoy bien. Me gusta el sitio y la gente —la tranquilizó.

—¿Tuviste algún problema? —su madre susurró en tono de confesión y Anahy volvió a recordar el encuentro con el ergy.

—Ninguno. Todo está más que perfecto.

—No me alegra que estés tan lejos.

—No me alegra que me lo recuerdes cada vez que hablamos —contraatacó

Anahy—. No sé qué más hacer para hacerte entender que estoy mejor que nunca. Mamá, estoy bien. —Bajo la voz y miró alrededor. Habló solo después de asegurarse de que estaba sola—. Las temperaturas de aquí me ayudan, mi núcleo no se sobrecarga. Y si logro encontrar a papá...

Se calló al ver el rostro preocupado de su madre. También notó las palabras que se guardaba, la repetición de las discusiones que habían tenido, las razones por las cuales no debería haber ido allí y sus argumentos, el motivo verdadero por el cual había salido a cazar quimeras.

—Está bien. Ten cuidado.

Anahy asintió.

—Lo tendré. Te quiero, mamá. Mándale saludos a Bee.

Su hermana cumpliría pronto diez años. Le habría gustado haber podido celebrarlo con ellas. Las quería, al igual que al hombre al que llamaba padre, pero jamás había sentido que encajara. No le habían negado el amor, no la habían castigado porque, por su culpa, tenían que cambiar de dirección a menudo, la habían querido igual que a su hija biológica. Sin embargo, en un rincón oculto de su corazón, seguía siendo una cóctel acomodada en una familia de nulos.

Colgó y miró distraída alrededor en un intento de olvidarse de la conversación.

El restaurante era el único de los que había visto que no llevaba el símbolo de los ergys en la puerta de la entrada. La isla estaba llena de ellos. Pinturas en las paredes de los edificios, altares dedicados a La Creadora en cada cruce de caminos, incluso en la corteza de los árboles había visto tallado el círculo ramificado dibujado en el cuello de los ergys desde el momento en que nacían. Sus viviendas, sus casas, todo lo que era posesión de los ergys o usaban ellos tenía que estar etiquetado para informar a los nulos, pues ellos no tenían el privilegio de poder manipular la energía. Eran considerados débiles y por eso estaban protegidos. Las dos razas vivían en paz con la ayuda de las reglas.

Anahy apagó la pequeña farola que funcionaba a base de gas y que decoraba cada centro de mesa. La luz del crepúsculo irrumpió por las ventanas, coloreando el aire de dentro en amarillo fuerte y rojizo intenso, otro recuerdo del símbolo de los ergys.

Miró de nuevo la página de la universidad, pero no la ayudó a decidirse a qué clases le gustaría apuntarse. Se preguntó si, por casualidad, elegiría una asignatura y su padre fuera el profesor. ¿Lo reconocería? ¿Le reconocería él a

ella? No tenía una gran afición por ninguna, por lo que, si lo hiciera, sería un verdadero milagro. Y sería un verdadero milagro que encontrara a su padre tan fácilmente.

Le hubiese gustado poder trabajar con gente. Toda su vida había tenido que preocuparse por el problema de su núcleo energético. No saber cómo controlar la energía, vivir solo para dañar, cambiar de casa cada pocos meses y fingir que era una nula cada hora del día, desesperarían a cualquiera.

Huye.

Escóndete.

No mates a nadie.

Los tres mandamientos de Anahy.

Se levantó para usar los servicios antes de marcharse. El vestíbulo estaba poco iluminado por dos reflectores de baja potencia encima de cada puerta, la puerta del baño de mujeres estaba al fondo. Al querer pasar, la puerta de los hombres se abrió y un cuerpo grande chocó contra ella.

—Lo siento —se excusó un chico, agarrándola por los hombros para detener su caída.

Anahy intentó dar un paso hacia atrás, pero él la sujetaba con fuerza.

«Otra vez no», gimoteó.

—Está bien —murmuró. Sus labios surcaron una sonrisa artificial.

—Soy Cold —se presentó el joven, aprovechando el momento lo observó.

Era muy guapo, aunque totalmente opuesto a Sasha. Anahy se regañó por haber vuelto a traerlo a su mente, pero le resultó imposible no compararlos. El ergy era rubio y sus cejas oscuras protegían un par de ojos de un azul metálico con los que seguía soñando desde aquel día. Por lo que podía observar en la penumbra, Cold era moreno. En la altura debían ser casi iguales, ya que llegaba con la nariz hasta su clavícula. Ellos no eran bajos: ella era alta para ser una chica. Y también se parecían en volumen, en la cantidad de músculos que se averiguaban bajo la camiseta. Sus características físicas hablaban de un nulo, pero no podía saberlo con certeza hasta que no comprobara su cuello. Los ergys debían usar una prenda de vestir que anunciara su raza, pero no siempre lo hacían. Y aunque la mayoría eran rubios, se habían visto excepciones.

Respiró aliviada cuando Cold le liberó los hombros, pero le tendió la mano y Anahy no supo qué hacer. No tenía los dones de un ergy, pero tampoco se orgullecía de ser un cóctel. Al reconocerlo se convertía siempre en una curiosidad y un objeto de estudio. Se llevó los dedos al cuello en un gesto

casual y comprobó la temperatura de su piel, alegrándose al notar que no era muy elevada.

—Anahy —dijo, aceptando el saludo, pero retirando su mano antes de lo debido. Los dedos de Cold estaban fríos, tan helados que se estremeció por el contacto.

No sentía el frío muchas veces. La última vez fue debido a un accidente cuando tenía doce años y su madre la había metido en la bañera llena de agua con hielo. Desde entonces había aprendido a descargar su energía cuando la sentía a punto de reventar y no había sido necesario repetir la espantosa experiencia.

—Encantado, Anahy —declaró Cold, mirándola con una combinación de curiosidad, interés y un poco de diversión—. ¿Acabas de mudarte? ¿Vas a ir a la universidad o trabajarás aquí?

Contenta porque no se había percatado de que estaba ardiendo y que no había señales de ser ergy, ella agitó la cabeza en afirmación.

—Estudios. Hace poco que aterricé aquí.

Por alguna razón la elección de sus palabras divirtió al chico, que se carcajeó levemente. Se frotó el lóbulo de la oreja derecha y entonces ella vio que tenía incrustada en la piel una piedra brillante con la dimensión de un botón grande.

—Me alegro. Me encantaría que volviéramos a vernos.

—De acuerdo —asintió, dando un paso hacia atrás y saludándolo con la cabeza a modo de despedida.

Entró en el cuarto de baño y se detuvo ante el tocador. Abrió el grifo de agua fría, mantuvo las manos bajo el chorro unos instantes, después se refrescó la cara y el cuello. Se echó el cabello hacia un hombro y se contorsionó en un intento de ver su nuca, allí donde empezaba su marca. Cuando no estaba encendida se veía como una cicatriz, una sencilla línea blanca. Se veía como si alguien hubiera intentado cortarle el cuello a la altura de la clavícula y hubiera fallado, ya que el círculo estaba interrumpido en la nuca. Volvió a cubrirla con el pelo. Le sonrió al espejo, pero si evaluaba la mirada que le devolvió su reflejo, no era una sonrisa particularmente feliz. Aun así, con la convicción de que los ánimos cambiaban, ensanchó la sonrisa.

Regresó a la sala con la intención de coger su mochila y marcharse. Cold le sonrió desde una mesa cercana a la de ella y Anahy abanicó los dedos en reconocimiento. Se tomó un sorbo de agua y se giró, preparada para salir, pero volvió a sentarse tan deprisa que se golpeó el trasero. No le importó,

pues el verdadero sufrimiento era uno más grande: Sasha acababa de entrar en el local seguido por una chica y otro joven. Todos llevaban las chaquetas y la actitud superior de los ergys.

Anahy agachó la cabeza y tiró de las mechas para que le cubrieran el rostro. Por primera vez, su pelo, que maldecía cada mañana, le servía de algo. Tomó aire de modo superficial por la nariz y lo exhaló de forma lenta por la boca mientras observaba a los ergys desde su escondite. Gimoteó fastidiada al notar que eligieron la mesa libre más cercana a la puerta de la entrada y comprobó con la mirada las opciones para salir sin ser vista. Descartó la puerta de atrás de la cocina, pues el pasillo, para llegar allí, hacía una cruz con el de la entrada; a su espalda había una ventana grande, pero dudaba que pudiera abrirla y saltar sin que nadie se fijara en ella. No podía marcharse sin que Sasha la viera y era lo último que deseaba.

En una isla tan pequeña se imaginaba que un día iba a volver a verlo, pero no era su deseo hacerlo tan pronto. Tenía demasiadas preguntas sin respuesta, cuestiones que no entendía y, en honor a la verdad, el ergy la asustaba. La había aterrorizado en la tienda. Ignoraba si era un pervertido que se tomaba libertades con todas las chicas, ese era el menor de sus defectos. Recordaba que de sus dedos habían saltado chispas antes de que él la acorralara contra la nevera. Llamas que se habían apagado sin que ella tuviera algo que ver. También le preocupaba el hecho de que después del beso, su energía se desvaneciera como si él se la hubiera... absorbido.

Volviendo a su problema actual, Anahy pensó que todo lo que debía hacer era esperar a que Sasha y sus amigos acabaran su comida. ¿Cuánto podrían tardar?

Con movimientos lentos, para no atraer la atención, abrió un libro en el comunicador y plantó los codos en la mesa, escondiendo la cara entre las manos. Procuró concentrarse en las líneas, alzando la cabeza solo lo justo para echar un vistazo y ver si había cambios en la situación.

Debía reconocer que era guapo el maldito. El brillo de su pelo era dorado, y tan largo como el ancho de sus dedos, recordó, sofocándose al hacer memoria de que se había entregado a su beso como una posesa. En su defensa, podía decir que era el primer beso en condiciones que recibía. Los pocos intentos de su juventud habían acabado por no volver a ver a los nullos en cuestión, pues resultaba espinoso hacerlo después de haberlos dejado con una quemadura. Y aunque Sasha fuera un trastornado sexual que andaba besando a desconocidas en lugares públicos, ella era una mujer hecha y derecha. Su

cuerpo había pedido satisfacción. De hecho, seguía haciéndolo. Su estómago hizo una acrobática pirueta pensando en sus labios sobre los de ella y un calor diferente del que conocía hizo eco en sus entrañas.

Volvió a levantar la cabeza. Sasha se reía de algo que decían sus acompañantes, sus labios carnosos se curvaron sutilmente. La chica que lo acompañaba, tan elegante que la hacía sentirse desgraciada y tan rubia que parecía tener el cabello blanco, se inclinó hacia él y lo empujó con la mano en el pecho.

Un sentimiento incomprensible de celos hizo que Anahy rechinara los dientes. Bien, tenía novia, ¿y qué? Dudaba de que la hubiera informado de su pequeño encuentro íntimo, pero era el modo de actuar de todos los jóvenes. Un día ligaban con una chica, el segundo con otra, mientras mantenían una apariencia pública y una novia oficial. Además, a ella no le importaba su estado civil. Su cuerpo era el traicionero, no su mente.

Como si hubiera sentido su mirada, Sasha se giró hacia la zona donde se encontraba ella. Anahy bajó la cabeza, sin atreverse a levantarla los siguientes minutos por miedo a que la hubiera visto.

Las letras jugaban ante sus ojos y no había avanzado ni un solo párrafo. Cuando escuchó el ruido de cristal roto, miró por el rabillo del ojo para entender qué había pasado. A dos mesas de distancia de la suya, un niño se había levantado con prisa y había derribado la lámpara de gas. Anahy se sobresaltó cuando notó el estúpido intento de su madre de apagar las llamas tirando su copa llena, seguramente con alcohol, dado que el efecto fue el contrario. La explosión de las llamas se escuchó como un trueno en sus oídos. Sus palmas empezaron a sudar y sintió el conocido revolcón en la zona del pecho. Su energía despertaba, llamada por la otra. Su fuego necesitaba abrazar otro fuego.

Anahy agarró el soporte de la silla con fuerza. Su mirada se aferraba a las llamas que crecían de modo preocupante y entendió que estaba por cruzar el límite y no poder controlarse. La corriente de calor empezó a circular con velocidad por sus venas, estallando en el pecho y extendiéndose hasta las puntas de los dedos, manos y pies incluidos.

Alguien debería hacer algo para apagarlo, pensó. Alguien o ella misma. Debería levantarse, esconderse en el baño o marcharse sin importar qué sucediera, pero no podía moverse. Sus miembros estaban entumecidos y su cuerpo inclinado sobre la mesa. Si lograba incorporarse, no apostaría qué dirección iba a tomar. Los ojos empezaron a escocerle, pues el calor de su

cuerpo estaba llegando a un nivel insoportable. Brotaba por todos y cada uno de sus poros, pero no era suficiente. Necesitaba desencadenarlo. La garganta le ardía y el dolor agudo bajaba hasta su estómago, corrosivo como si fuera ácido sulfúrico.

Como en trance, Anahy notó que las personas se levantaban y se alejaban del incendio, a cada segundo más potente. Estaba segura de que escuchaba gritos, pero en sus oídos sonaba como una risa diabólica. Percibía de modo correcto solo el latido desbocado de su corazón y el ritmo hipnótico de las llamas. Su canción era tan bonita, el crepitar de la energía, el ritmo in crescendo. Había mucho poder allí y ella podía ofrecerle todavía más.

Entreabrió los labios y nubes calientes se levantaron hasta su nariz, desapareciendo en el aire. Sus pies se movieron por sí mismos al levantarse.

En algún lugar apartado de su mente, Anahy supo que estaba perdida. No podía luchar contra su propia naturaleza.



—¿Qué está pasando? —preguntó Raisa, la primera de ellos que se percató del incidente.

—Parece que se ha roto una lámpara de gas. —Blaze encogió los hombros, indiferente.

Sasha prestó atención, porque a poca distancia de donde la mesa ardía, otra luz llamó su interés. La chica cóctel brillaba más que el fuego original, había llegado a verse translúcida. Maldijo en silencio, pensando con rapidez qué podía hacer. Entendió al instante que la respuesta era nada. Absolutamente nada.

—Espera, aquella es... —Raisa dejó la frase en el aire, aunque no era necesario que la acabara.

Blaze también se giró. La sorpresa congeló sus facciones en una mueca cómica. Debería buscar su mandíbula por el suelo, pensó Sasha, aunque reconoció que ellos reaccionaban mejor a como lo había hecho él el día que la había conocido.

—¿Quién es? —inquirió Blaze. Se removió para lograr una mejor vista hasta que estuvo a punto de caerse de la silla.

—No la conozco.

—No estoy seguro, pero creo que es...

—Una cóctel —Raisa acabó la frase de Blaze en un murmullo espantado. Sasha se mantuvo en silencio, pasando por alto su conversación.

—Está a punto de...

—Estallar —completó Blaze—. ¿Pero cómo...?

—¿Qué hace aquí? ¿De dónde ha salido?

«Me gustaría saberlo».

Sasha cerró los ojos para borrar la imagen brillante de la chica. Incluso con los párpados bajados podía ver la luz rojiza, el calor que fluía por debajo de la piel de la cóctel. Se había convertido en una bola de fuego casi al instante, lo que confirmaba su primera opinión de que no sabía cómo manejar su energía. Se preguntó cómo habría sobrevivido y cómo no la habían encontrado los Éteres.

—¡Sasha, haz algo! —espetó Raisa, pegándole en el hombro.

El aludido abrió los ojos para ver que sus amigos se habían levantado y miraban con expresiones de horror, espectadores a una obra grotesca de teatro. La gente se había alejado de la mesa en llamas y un camarero luchaba con el extintor, examinándolo como si fuera el centro de comando de una nave espacial. Era evidente que era la primera vez que tocaba uno, pensó Sasha, calculando que cuando fuese capaz de ponerlo en funcionamiento, sería demasiado tarde.

—¿Qué? —replicó en un murmullo.

Lo que podía hacer él, no podía hacerlo en un local lleno de gente. No existía solución, solo intentar disminuir los daños y dejarlos en materiales, sin víctimas mortales. Dudaba que fuera a quedar algo de su restaurante preferido después de que la chica estallara.

Era la segunda vez que la veía y la segunda vez que amenazaba con quemar el lugar donde se encontraba. Salvarla empezaba a transformarse en una costumbre. ¿Y por qué hacerlo después de cómo lo había tratado? Recordó cómo lo había mirado, con desprecio. La primera mirada ofensiva que recibía desde que había nacido. Sus cualidades físicas eran evidentes. Sus ojos cambiaban de color dependiendo de qué quería lograr en un momento determinado, desde un azul profundo a un gris metálico, sus pestañas parecían postizas, y por culpa de su boca, nacieron verdaderos duelos entre mujeres. La más agotadora operación que debía ejecutar para conquistar a una chica era sonreír. Le resultaba curioso y a la vez estimulante que alguien lo mirase con desprecio. Y encima nada menos que una pobre cóctel.

En la tienda se había olvidado de lo que representaba ella, lo importante que era, porque las hormonas de macho alfa habían protestado ante tal actitud insultante. Pero en el restaurante, delante de sus amigos y los otros clientes estaba forzado a mantener la cabeza fría.

—Vamos a alejar a la gente —dijo, incorporándose—. Blaze, busca otro extintor o coge el que tiene ese inútil.

No logró ponerse en movimiento.

—Espera —intervino Raisa—. Creo que no será necesario.

El momento en que observó su gesto de repugnancia, Sasha entendió que la situación empeoraba. La quemazón de la parte de detrás de su cuello, la marca que cobró vida le indicó que nada se podía hacer.

Se giró hacia la escena, deseando que aquello fuera una pesadilla. Porque si no, la chica estaba perdida.



—¿Estás bien?

Las palabras atravesaron débilmente el muro de niebla que envolvía el cerebro de Anahy. La mano que le apretaba el hombro no le importó un comino hasta que la energía empezó a abandonar su cuerpo, fluyendo como aguas desencadenadas. Le permitió irse y aguantó el rastro de dolor que dejaba en sus venas. La piel la picaba por fuera y por dentro se sentía como si se la arrancaran a tiras, pero apretó los labios y se alegró al entender que el peligro había pasado. En cuanto pudo, inhaló con avidez, aliviando el sufrimiento de su pecho.

—Anahy, ¿estás bien?

Esta vez se percató de que Cold estaba inclinado hacia ella desde un lado, con la cabeza a la altura de su rostro. Su mano seguía apretándole el hombro, sus dedos clavándose con fuerza, presionándole la clavícula hasta el punto de hacerle daño.

Asintió con lentitud, demasiado trastornada para hablar. Soltó sus propios dedos de la silla uno por uno, con la sensación de que iban a quedarse en la misma posición, para siempre. Movié las manos bajo la mesa hasta que sintió la sangre volviendo a circular. Notó que le temblaban, pero se arriesgó y cogió el vaso de agua, vaciándolo de un solo sorbo.

—Estoy bien —dijo. Su voz sonó extraña incluso para sí.

Cold volvió a llenar el vaso con movimientos sosegados.

—Parecías un poco pálida —comentó a la vez que se lo ofrecía—. ¿Te asusta el fuego?

—S-sí. Un poco —Anahy tartamudeó, preguntándose qué significaba «pálido» para él. Debía haberse visto como una sopa caliente de tomates.

Aún sentía gotas de sudor en su frente y tenía el pelo pegado a la nuca.

Se preguntó cómo se había apagado de repente, pues jamás le había pasado con anterioridad. No tenía el poder de controlar la energía. Cuando se sentía a punto de reventar acostumbraba a retirarse a lugares alejados, preferiblemente zonas rocosas o desérticas donde podía permitirse dejarla salir. Allí esperaba hasta que la bomba de su interior estallaba y regresaba limpia.

Hacía pocos minutos desde que había estado a punto de deflagrar y ahora no sentía nada de la energía en su interior. Se sentía vacía, entendió Anahy, y la sensación era extraña. Completamente libre. Seca. Ningún cosquilleo le molestaba con su presencia, ninguna electricidad bajo su piel, nada de nada. Encima, le resultaba agotador hasta mantener las pestañas levantadas y los miembros le pesaban una barbaridad.

—Creo que voy a marcharme —dijo, incorporándose con dificultad. Un mareo hizo que se balanceara y Cold le rodeó los hombros.

Anahy hizo el esfuerzo para sonreírle en agradecimiento, luego ojeó con apatía la sala. Descubrió que habían apagado el pequeño incendio. Dos camareros se disponían a quitar la mesa mientras otro conducía a la familia hasta otra libre. Un empleado había abierto la puerta y hacía lo mismo con algunas ventanas, ventilando el espacio.

Encogió los hombros, aprovechando el movimiento para alejarse del chico.

—¿Vives lejos? Puedo acompañarte si lo deseas —se ofreció él, haciendo ademán de acercarse otra vez.

—Muchas gracias, pero no es necesario. —Anahy agarró su mochila y se alejó antes de que Cold insistiera—. Hasta luego. —Curvó los labios para que no se sintiera rechazado, pero su tolerancia no llegaba a más de aquel gesto. No se sentía con ganas de socializar, de hecho no se sentía con ganas de nada. Lo único que le serviría sería su cama.

Sus pies los sentía casi paralizados, recordándole las clases de gimnasia cuando debían añadir pesas a los tobillos y esforzarse para hacer los ejercicios. Perseveró en levantarlos, pero sus decididos pasos se volvieron timoratos al acercarse a la puerta de entrada. Sasha y sus dos acompañantes estaban con los ojos fijos en ella. Suponía que habían presenciado el incidente, pero ella no había sido partícipe y no creía que debiera ser objeto de tanto interés. La estudiaban como si sus miradas fueran un escáner.

La incomodidad de Anahy cambió a asombro, desconociendo los motivos por los que Sasha entrecerró los párpados, dirigiéndole una mirada envenenada. El odio era más que evidente, incluso pudo vislumbrar algo de

asco, confirmado en el momento en que giró la cabeza y miró por la ventana, dejando de hacerle caso.

“Vale, el balance del día estaba equilibrado”, se dijo. Había ganado un amigo y un enemigo.

Empujó la puerta con la poca energía que le quedaba, dejando atrás el incidente y sus consecuencias.



—Es una cóctel —Raisa se inclinó sobre la mesa, susurrando el veredicto.

Sasha le evitó la mirada, prestando atención a la cucharita que hacía girar entre los dedos. La primera impresión que había tenido cuando había conocido a la chica cóctel en la tienda se agudizó al verla caminar desde la distancia hacia ellos: la conocía de algo, pero ¿de dónde? Su cabello, su modo decidido de andar como si estuviera lista para saltar sobre cualquier obstáculo, parte de sus rasgos le recordaban a alguien. Se le escapaban los detalles y eso le frustraba. Tiró la cucharita y prestó atención a la conversación de modo vago mientras intentaba una y otra vez llamar a sus recuerdos.

—La vimos —replicó Blaze, en evidente estado de shock. Se frotó la cabeza rapada, un movimiento que hacía siempre cuando pensaba intensamente—. Pero no es una cóctel del Éter. Y si no pertenece a Zariah o a Madelyne, ya que está en la isla, ¿qué hace aquí? ¿Cómo es que está libre?

Raisa se preparó para contestar. Su boquita, que tenía la forma de una fresa, más ancho el labio de arriba que el de abajo, se quedó abierta un instante antes de hablar.

—Madelyne no nos ha informado de que hayan encontrado otro cóctel.

—Nos pone a prueba. A lo mejor es un ejercicio, quiere ver si la encontramos por nosotros mismos. O es una espía —afirmó Blaze con convicción.

Las teorías conspirativas eran sus favoritas. En gran parte se debían a su excesiva imaginación, pero, en este caso, Sasha reconoció que no le emocionaba tanto.

Los Éteres eran centros de investigación para la enfermedad. Ergys y wises trabajaban allí. Se dejaban la sangre, literalmente, pues su tarea era dejar que les pincharan, explotaran, comprobaran sus límites para entender en qué situación germinaba el virus. Habían tardado en incluir a los cócteles en la investigación, pero lo habían hecho. Y su deber de ergy era encontrar a los cócteles, ya que eran los únicos que podrían sentir y ver su núcleo energético sin la necesidad de pruebas invasivas.

Sasha había optado por ocultarles su encuentro con la chica-cóctel. No creía que la situación fuera la que imaginaba Blaze. Conocía bien a Madelyne y sabía que no se arriesgaría a jugar con un cóctel. Eran demasiado importantes. No obstante, tampoco podía permitirse fiarse de su inocencia, no cuando su mundo era una red de mentiras disfrazada de realidad.

Alzó la mirada con el ceño fruncido para ver que Raisa tragaba saliva, intercambiando miradas con Blaze.

—Pensadlo. —Su amigo se animó, su mirada azul brilló con reflejos dorados debidos a la excitación—. No hemos visto un cóctel en mucho tiempo. Los tienen a todos, incluso han desarrollado pruebas para encontrar a los que están por nacer. Saben si los bebés van a tener la mutación desde que se hallan en estado embrionario. —Se detuvo mientras la camarera dejaba los platos en la mesa, para continuar luego mucho más convencido—. ¿Por qué otro motivo se encontraría precisamente aquí?

Raisa sacudió la cabeza con tanta fuerza que el pelo recogido en una coleta alta le pegó en las mejillas.

—No me dio la sensación de que supiera lo que hacía. Todos vimos que estuvo a punto de explotar...

«Solo le faltó hacer tic tac. Parecía el reloj de una bomba contando los últimos segundos antes de estallar», pensó Sasha, teniendo fresco el recuerdo. La corriente de calor la había envuelto de un modo tan violento que le extrañó que los nulos no hubieran visto las chispas que crepitaban a su alrededor. Le había costado todo su control no abalanzarse sobre ella en un intento desesperado de apagarla. Aún no sabía cómo había conseguido no moverse. El terror de su mirada jamás se borraría de su mente y los escalofríos seguían recorriéndole de forma pausada el cuerpo.

—... estoy segura de que no sabe manejarlo porque se dejó llevar por el fuego, no intentó manipular la luz —dijo Raisa, y Sasha se percató de que se había perdido parte de la conversación—. Creo que tampoco entendió lo que le hizo Cold —comentó mirando con aversión al aludido, que se estaba

comiendo su postre con una expresión de placer en el rostro.

Todos ellos sabían que no se debía a lo delicioso del dulce, sino a que se había cargado con la energía de la cóctel.

—No puede entenderlo, no sabe que algunos de nosotros estamos enfermos y que nos encanta alimentarnos de los sanos —Comentó Blaze con sarcasmo—. Si no la delatamos nosotros, lo hará él.

—No —Raisa lo contradijo—. Lo conozco bien, nos pusieron juntos muchas veces en el Éter. Si la chica es inocente, es el plato perfecto para él. Jamás la traicionaría. No lo hará mientras pueda servirse fuera del horario de comida del Éter.

Blaze se frotó el entrecejo con los dedos.

—Vale, vale. Pero, ¿no deberíamos ayudarla entonces?

—¿Cómo? Cold no la soltará ahora que sabe lo que es. Él es justo lo que ella necesita, puede descargarla con apenas efectos secundarios. Cuando logre entenderlo se ofrecerá ella misma.

—Se convertirá en su comida diaria —protestó Blaze en voz demasiado alta para el sitio en el que se encontraban.

—Cierra el pico —lo regañó Sasha, observando que algunas cabezas se giraban hacia ellos.

Blaze intentó susurrar. No le salió muy bien, pues su voz de barítono hacía eco en cualquier espacio.

—Los efectos secundarios no son mayores al principio, pero a largo plazo le quitará la mitad de sus años de vida.

Sasha alejó la mirada hacia la ventana, un movimiento ineficiente, ya que su amigo no se quedó callado.

—¿Por qué no dices nada? Sabes que tengo razón —insistió, forzándolo a regresar.

—La tienes —suspiró—. Pero lo único que podemos decidir es si la enviamos al Éter o si hacemos como que no la hemos visto —soltó con rapidez, entendiendo antes de hablar que ninguno estaría de acuerdo con su propuesta.

—¡Vamos! —Blaze vociferó—. ¿Podrás dormir tranquilo al saber que Cold se la come viva?

No podía dormir tranquilo desde el día en que la había conocido, pero no pensaba ofrecerle aquella información.

—Raisa tiene razón —le explicó secamente—. Cold es lo que ella necesita. Es eso o el Éter.

—¿No escuchas lo que te digo? ¡Se la comerá viva!

Sasha se percató de que ninguno insistió en llevarla al Éter. Querían encontrar una cura, pero no pagando el precio de vidas inocentes. No insistió.

—Tranquilízate —le pidió, haciendo esfuerzos para controlar el tono de su voz.

Todos entendían la situación. Habían llegado al Éter porque no tenían a nadie más en el mundo. Su rey respetaba el concepto de familia más que a la biblia de La Creadora, jamás aprobaría que separaran hermanos o a los niños de sus padres. Cada uno de ellos había perdido a sus familiares. Algunos, él incluido, habían sido testigos de cómo acababa un wise con un ergy. Y eso que ambos eran puros. La chica era solo un cóctel de núcleo energético frágil, era consciente de que Cold iba a matarla en poco tiempo. Le daba tanta rabia que estaba a punto de estallar cada vez que lo pensaba. Y esa era la razón por la cual intentaba no pensarlo. No podía ayudarla.

—Blaze —intervino Raisa—. No puedes entenderlo. Los cócteles creen que están malditos. No encajan en ninguna raza, su don es inservible para nuestra comunidad, pero amenaza a la de los nulos. Ponte en su lugar. Debe mantenerse alejada de todo el mundo, escondiéndose, vivir con el efecto de sus estallidos, sintiéndose culpable, sin que pueda abrazar a un ser querido, sin ser capaz de besar a un chico...

«Uh, sí que lo hizo.»

Sasha se calentó y casi soltó las palabras en voz alta. Se removió inquieto en la silla y miró por la ventana, queriendo alejarse del asunto.

Estaba cansado, había visto muchas historias como la de ella, y ninguna tenía final feliz. Se preguntaba cuál sería su nombre. Por alguna razón, estaba obsesionado con conocerlo. Seguro que Cold lo sabía, pensó, y el veneno del odio corrió como el ácido por sus venas.

—Aun así, podemos ayudarla.

La insistencia de Blaze hizo que volviera a la conversación, pero rechazó su propuesta.

—No. Y no quiero... dársela a Madelyne.

Aguantó en silencio el examen de sus amigos y se tragó el suspiro de alivio cuando Raisa inclinó la cabeza en señal de que estaba de acuerdo con él.

—Podemos enseñarle a controlarlo. Debe tomar su decisión después de saber que puede manejarlo.

—Es muy difícil hacerlo y puede que sea demasiado tarde para ella —le explicó Raisa, pero Blaze no quiso entender.

—Pero no sabe que puede intentarlo. No sabe que tiene otra elección aparte de la que le ofrece Cold.

—¡Cállate! —espetó Sasha, susurrando—. No es tan sencillo y lo sabes. Podemos ayudarla solo si nos descubrimos. ¿Qué vas a hacer? Irás a presentarte y le dirás: «Oye, mi ADN no se parece al tuyo. Pero yo tengo algo de ti, tú tienes algo de mí y puedo ayudarte si lo necesitas». Además, aunque hicieras esa estupidez, nos expondríamos a Madelyne. Si la cóctel está libre ahora, no lo estará durante mucho más. Un día van a encontrarla. No puede abandonar la isla, no sabe esconderse. No puedes ayudarla sin acabar entregándosela a la jefa.

En su interior, reconocía que era un poco tarde para pensar en eso y que debería habérselo planteado antes de besarla. Pero en aquel momento no había encontrado otra alternativa.

—No estoy de acuerdo —Blaze siguió protestando.

Se miraron hasta que ambos bajaron la cabeza y se mantuvieron en silencio unos minutos, solo con el eco de sus pensamientos.

Los de Sasha no eran alegres. Era una lucha difícil de aceptar la falsa libertad que se les otorgaba. La chica-cóctel era un obstáculo y lo último que deseaba era sentirse responsable de otra vida aparte de las de su especie. Ella no contaba en la cadena trófica del planeta, pero podía complicar sus existencias. No valía la pena intervenir para salvar a una sola persona cuando estaban en juego las existencias de millones más.

No le agradaban sus pensamientos, para sí reconocía que la joven lo había... impresionado. Aún no podía identificar lo que sentía. Aparte del asco que experimentó al pensar que Cold tuvo sus manos sobre ella, también percibió una furia loca al imaginar que iba a seguir haciéndolo. Había una especie de pajarito que forcejeaba en algún sitio muy profundo dentro de él, como si lo hubiera mantenido enjaulado demasiado tiempo y luchara para liberarse. Tenía planeado romperle el cuello. Demasiados pajaritos poblaban su cabeza, no necesitaba más, pensó, zanjando el asunto.

—Vamos a darle un poco de tiempo —dijo Raisa, poniendo las palmas sobre la mesa y estudiándolos a cada uno.

Por cómo Blaze se enderezó y miró a Sasha, este entendió que él también estaba a favor.

—¿De cuánto hablamos? —se interesó.

—¿Un mes?

—Demasiado —rechazó la idea al instante.

Raisa movió su silla hasta quedarse cerca de Blaze. Como si no fuera evidente que ya formaban un equipo y pensaban excluirlo, pensó Sasha, absteniéndose de protestar.

—A mí me parece perfecto. No sabemos nada de ella. Un mes es más que suficiente para conocerla y entender si está jugando un papel. Es suficiente incluso para entrenarla —dijo ella.

—Es más que suficiente para que Madelyne la encuentre. O para que reduzca la isla a cenizas, la habéis visto. ¡No os acerquéis a ella! —ordenó Sasha.

Por lo menos esa fue su intención. Las cejas arqueadas de Raisa y la expresión divertida de Blaze le avisaron de que había fallado al dar la orden y en la forma de llevar la discusión. El hecho de que discrepara solo los animaba a seguir adelante.

Apoyó los codos en la mesa y enganchó los dedos en el pelo. El olor de la carne asada que había pedido le dio náuseas; su hambre había desaparecido en el momento en que habían surgido los problemas.

—No he querido que sonara así —se disculpó, procurando reparar lo que pudiese—. Debéis entender que un mes es demasiado. Si os acercáis y descubre qué somos, si es una espía, nos traicionará al instante. Estamos lo bastante jodidos como para ser responsables de que el mundo se entere de nuestra enfermedad. Y aunque sea inocente, si nos acercamos, también nos arriesgamos a llevar a Madelyne hasta ella.

—Entonces vamos a comprar helado y a mirar el espectáculo de Cold consumiéndola —le interrumpió Blaze.

—Podemos estudiarla igual si mantenemos las distancias. Puede que, con el tiempo, encontremos un modo de ayudarla.

—Propongo un compromiso. —Los ojos de Raisa brillaron con terquedad. Sasha sabía que no iba a gustarle su propuesta incluso antes de escucharla—. Yo me acercaré a ella.

—¡No!

Raisa pasó por encima de su negación como si no lo hubiera escuchado.

—Soy chica, sé cómo hacer amigas. No le diré nada importante, solo estaría tanteando el terreno.

Estaba perdiendo no solo el combate, sino la guerra, entendió Sasha. Y para ir de mal en peor, tampoco pudo protestar, ya que por el raballo del ojo vio que Cold se acercaba con andares pausados; los lentos movimientos de un depredador.

—Hola, chicos. Magnífico día, ¿verdad?

Sasha inhaló el aire helado que rodeaba al wise y su garganta protestó ante la invasión de las agujas de hielo. Apretó los dedos en puños, ahogando el principio de las llamas.

—¿Disfrutaste de tu comida, Cold? —inquirió Blaze, recostándose contra la silla y abrazando los hombros de Raisa con un brazo.

—Fue la mejor en muchísimo tiempo —se carcajeó el wise, y Sasha entendió que reaccionó ante la pregunta y ante el evidente movimiento de Blaze que transmitía el derecho de propiedad y protección—. Gracias por interesarte por mi vida. ¿Cómo va la vuestra? ¿Habéis hecho algún nuevo amigo?

—¿Por qué quieres saberlo? Nuestros amigos son tus enemigos.

—Pero están tan buenos... —La voz de Cold estuvo cargada de malicia y Sasha se imaginó cómo su sonrisa cruel le deformaba la boca. No se atrevía a levantar la mirada por miedo de saltarle encima.

Supuso que Blaze lo entendió, de hecho, debía sentirse igual que él, pues lo escuchó actuando con madurez.

—Está bien, Cold. Vuelve a tu iglú. No es ni el momento ni el lugar.

Este rio antes de despedirse.

—Adiós, putas.

Sasha dejó salir el aire lentamente, sintiendo su frialdad en la punta de la nariz. Se tomó tiempo para calmarse, mirando a su alrededor sin interés. El local estaba lleno, la mayoría de los clientes eran jóvenes, no mucho mayores que ellos.

En la isla había de todo: locos por la nieve, amantes de las montañas, extranjeros de todos los rincones del mundo. Los pocos nulos eran de decoro, trabajadores que les servían y turistas de paso. La mayoría la formaban ellos, los ergys sanos. Pero cada día su raza perdía por lo menos un miembro. Cada día uno o más enfermaban, y con la pérdida de los dones perdían la razón. La mayoría de los wises no recordaban que habían nacido ergys o que sus familiares continuaban siéndolo. Llegaban a odiar a sus padres, a sus hermanos, se retiraban para encontrar entendimiento en el grupo de los enfermos. Se pegaban a los líderes de las sectas que afirmaban haber obtenido la libertad una vez que la marca de su cuello se había desvanecido. Se la frotó de modo inconsciente. Era verdad que se parecía a una soga, su simbolismo no era esperanzador. Sasha la aceptaba tal cual. Era parte de él. Incluso si la marca y la sangre que representaba, la sangre de ergy, lo habían

condenado a aquella vida en aquellas tierras olvidadas de La Creadora.

La isla se había fraccionado con el paso del tiempo en dos zonas correspondientes a cada grupo, en contra de los deseos de Madelyne que los quería juntos. Le fastidiaba que Cold se hubiera encontrado en su territorio en el momento adecuado. Se preguntó si era posible que los wise hubiesen desarrollado nuevas habilidades y que él hubiera sentido a la chica de algún modo.

«O existe la probabilidad de que me haya vuelto paranoico». De regreso con los pies en la tierra, sacó las llaves del Vidker y las dejó en la mesa mientras se incorporaba.

—Coged el coche. Llegaré de algún modo.

—Pero...

No se quedó para escuchar a Raisa. Habían hablado demasiado. Necesitaba airearse el cerebro, convencerse de que estaba exagerando y que una desconocida chica cóctel no podía poner su mundo patas arriba.

Aunque, técnicamente, no podía hacerlo; su mundo ya estaba del revés.



Sasha prefería la oscuridad a la luz. En la oscuridad podía fingir que era libre. El Éter quedaba bajo tierra y los altos picos de las montañas estaban demasiado lejos para recordarle que la isla era una cárcel.

Le apetecía correr, desencadenar la energía y dejarse llevar junto al viento. Lo que quería era usar el fuego. Cuando se convertía podía hacerlo empleando la luz o las llamas. Prefería las llamas porque dolía y el dolor era la mejor medicina, la que lo llevaba al pozo del olvido.

Pero era demasiado temprano y la aparición de una antorcha con forma humanoide sería la primera página de las noticias matinales.

La mayoría de la población, aun en la época de la tecnología, estaban forzados a mantener las apariencias. Los ergys tenían prohibido convertirse en público y su rey, Eridanus, castigaba severamente el exhibicionismo. Una de sus leyes decía que debían enseñar su superioridad por el modo en cómo pensaban, no aprovechándose de sus ventajas. A los ergys se les ordenaba no explotar o insultar a los nulos. No asustarlos, no hacer algo por lo que llegaran a sentirse amenazados, no interferir en su mundo incluso aunque fueran testigos de un conflicto. Los nulos no podían provocar a los ergys, y, aunque no estaba prohibido, se aconsejaba que las razas no se mezclaran. Sobre todo porque de esa unión nacían los cócteles y porque las madres nulas daban su vida a cambio de la de los bebés mestizos. Ningún decreto estipulaba el carácter de los cócteles, precisamente para no alentar a las parejas mixtas. Incluso aunque estuvieran protegidos, se suponía que Zariah, el director de todos los Éteres, había encontrado una forma de imponer su decisión. Las últimas pruebas habían demostrado que los mestizos eran el futuro para encontrar la cura para el virus, y Sasha no había conocido a nadie con más determinación que Zariah en hacerlo.

Los ergys eran, sin duda, la raza más fuerte. O lo habían sido. La enfermedad había avanzado tanto que su mundo iba a acabarse antes que el de los pobres nulos. ¿Quién lo hubiera pensado?

Un mundo perfecto. Un perfecto mundo enfermo. Los nulos desconocían su secreto mejor guardado: los ergys se morían. En la época de su bisabuelo los casos eran aislados, nada por lo que preocuparse. Pero en el último medio siglo habían perdido a tantos que se habían vistos forzados a reconocer que tenían un problema. Un problema que, si no lograban resolver, pronto llegaría a ser una catástrofe.

Sasha cogió la calle principal, planeando perder el tiempo hasta llegar a la Cruz. Las afueras eran un terreno más seguro y su inmensidad, perfecta para su propósito. Aunque lo rastrearan, no podrían castigarlo por haber salido a correr.

Saludó a unos conocidos y jugó con un perro, esforzándose para quitarse de la mente la cuestión de la chica cóctel. Se decía que lo mejor cuando aparecía un problema era consultarlo con la almohada. Esperaba que la suya fuera una experta en aconsejar.

Sus oídos escucharon el ruido antes de tener una imagen. Aparentaba ser un gimoteo lastimoso como el de un animal herido. Se concentró en buscar la fuente, pero el viento repetía el sonido en bucle, desorientándolo. Había salido del centro, que era más concurrido, y las farolas no existían o no funcionaban en la zona.

No le faltaba mucho para llegar a la Cruz, el encuentro de cuatro caminos que iban en direcciones diferentes, decorado por una feísima estatua de La Creadora. Aquello era un intento fallido, el contrario de la construida en el Parque Stank. Hecha de una especie de metal ya oxidado, se alzaba delgada como un palo altísimo. Las cuerdas que hacían de pelo se encorvaban como criaturas demoníacas y los dedos contorsionados aparentaban esperar para agarrar almas perdidas.

Sasha pensó en alzar una pequeña bola de energía, pero no se lo permitió. Había cometido demasiados errores últimamente. Eligió avanzar en silencio y se dejó guiar por el siguiente sollozo, más fuerte que los anteriores.

«¡Demonios de todas las galaxias!», maldijo, deteniéndose en seco.

La reconoció a pesar de la oscuridad. Las ráfagas de viento ondeaban su pelo en las cuatro direcciones. Se abrazaba cogida por los codos, suspirando de modo tan profundo que hacía agujeros en sus entrañas. Había salido de la carretera, y en la enormidad del campo se veía tan grande como una hormiga.

—¿Estas bien? —Sasha gritó desde una distancia segura, sin querer asustarla más de lo que estaba.

Ella se giró con celeridad. Se alejó el pelo de la cara en un intento de reconocerlo.

—Creo que me perdí —susurró tan bajo que Sasha no estaba seguro de haberla entendido. El viento se llevó las palabras al instante, reemplazándolas por su aullido y los suspiros de la chica que decaían en intensidad.

—¿Cómo? —Sasha avanzó un paso. Ella dio dos hacia atrás, alejándose con la misma lentitud con la que se había acercado él—. Intento ayudarte —le aseguró, deteniéndose.

—¿Cómo lo hiciste la vez pasada? —Soltando un sonido áspero parecido a una carcajada, Anahy se cogió la cabeza entre las manos—. Necesito pensar —murmuró—. Aquí todo está igual, todos los barrios se parecen, las calles no se diferencian.

Se frotó los antebrazos, confundida ante el frío que sentía. No recordaba la última vez que su piel había estado tan helada y la sensación se agudizaba a cada minuto que pasaba.

—¿Quieres llegar a casa? —preguntó Sasha a la vez que se regañaba por insistir cuando no había duda de que su presencia no era deseada.

—¿Sabes dónde vivo?

La mirada salvaje y el tono agudo de voz de la chica hicieron que sonaran las alarmas de su sistema. Algo no estaba bien, pero aún no entendía de qué se trataba.

—Me gustaría más que nada tener esa información —Sasha susurró. El viento soplaba en ráfagas, las corrientes cortaban senderos entre ellos. Alzó la voz—. No lo sé, pero quizá pueda ayudarte si me das algún indicio.

—¿Indicio? Sí, tienes razón —dijo ella, acercándose con pasos rápidos y dándole un débil empujón en el pecho—. Un indicio es justo lo que necesito.

—¿Te encuentras bien?

Ella volvió a alejarse y fue cuando Sasha se percató de sus movimientos espasmódicos y repetidos. Se frotaba los miembros, se abrazaba y su respiración era entrecortada. Miró su pecho en busca de la energía, pero no había nada en su interior, solo oscuridad, tan densa como la que les rodeaba.

Entendió el porqué de sus reacciones exageradas. El wise había tomado demasiado.

«¡Maldito Cold!»

—Necesitas calentarte. Volvamos al restaurante —propuso, sin estar seguro

de que fuera la mejor idea.

Ella negó con la cabeza antes de responder.

—No. Quiero ir a mi casa.

Sasha escuchó el castaño de sus dientes y entendió que su estado se agravaba.

—Debes calentarte, es muy importante —insistió, teniendo la sensación de que hablaba con el viento y recibía la misma atención.

—Es la primera vez que siento frío desde que era un bebé —ella confesó entre estremecimientos—. Había olvidado que era tan malo. Creía que el calor era malo. —Volvió a reírse, un sonido agobiado, espantoso—. ¡Tú! —espetó, acercándose.

Sasha no se movió, a pesar de la violencia de su mirada. Incluso en la oscuridad, sus ojos brillaban con una especie de estado febril frío que le recordaba a la chispa nacida del contacto entre un rayo de sol y un trozo de hielo. Esperó quieto y miró cómo alzaba las manos en busca de su rostro y le envolvía las mejillas.

—Tú tienes calor —susurró en voz ronca. Sasha procuró no estremecerse ante el contacto. La sensación fue tan escalofriante como si lo hubiera tocado un wise fallecido—. Puedes calentarme, ¿verdad? ¿Me darás de tu energía?

Sasha le cubrió las palmas con las suyas, sintiendo de nuevo la diferencia enorme de temperatura.

—No funciona así —dijo en voz suave.

La chica se retiró con brusquedad, alejándole las manos de un golpe.

—Sé que puedes, pero no quieres.

—Mira —Sasha se frotó la nuca—, estás confundida. Debes llegar a casa y descansar. Si quieres mi consejo, también deberías mantenerte alejada de Cold.

Anahy agitó la cabeza. La vio limpiándose las mejillas con el dorso de las palmas y entendió que lloraba, aunque no había sonido.

—No. Aquí estoy bien. Estaba bien antes de conocerte. ¿Qué me hiciste en el centro comercial? Apagaste mi... —se detuvo de golpe y bajó la cabeza—. Sabes de qué hablo, ¿verdad? Sabes lo que soy. ¿Cómo pudiste apagarme?

Eso no estaba bien, pensó Sasha, levantando un muro mental para dejar de sentir su vulnerabilidad. Pedía ayuda a gritos enloquecedores. No sabía por qué juego del destino había llegado a la isla, pero Blaze tenía razón. Sus días iban a ser muy pocos. Entre Cold y Madelyne, sus oportunidades eran menos de cero.

—Bicho, escúchame —pidió.

—¿Bicho? —Anahy se abalanzó sobre él y por la sorpresa, no tuvo tiempo de actuar. Se cayó de espaldas con ella encima. Tuvo dos segundos de tranquilidad, el tiempo que ella tardó en recuperarse y enganchó los dedos en su pelo—. ¡No me llames así, estúpido mentiroso! —chilló, tirando con fuerza.

Sasha apretó los dientes, pasando por alto el dolor. Su espalda estaba sobre una cama de piedras puntiagudas, pero el sufrimiento era menor que el de su cabeza. La cóctel tenía un fetiche por su cabello. En otra situación le hubiera encantado estudiar en detalle el fenómeno, incluso ayudarla a saciar su hambre.

Logró desprenderle los dedos y le cruzó los brazos a la espalda.

—Bicho —gruñó, haciendo hincapié en el apodo—. No tuviste la amabilidad de facilitarme tu nombre.

—No doy mi nombre a todos los descerebrados que atacan a mujeres en tiendas —refunfuñó ella, forcejando entre sus brazos con una fuerza sorprendente teniendo en cuenta cómo de mal debería encontrarse. Ambos llevaban una camiseta y una chaqueta liviana, abierta, y a través de las capas de ropa, Sasha sintió el frío de su piel.

El recuerdo de su encuentro anterior hizo que su sangre se calentara y se preguntó si un beso no sería la solución a su problema.

«No», rechazó la idea al instante. Entonces lo había hecho porque ponía en peligro a todo el mundo. Ahora su estado era malo, pero tenía cura si lograba llevarla a casa. Una pena, pensó, percatándose de lo bien que encajaban las caderas estrechas de la cóctel entre sus muslos. Su cintura era tan pequeña que le cabía de forma perfecta entre las palmas y, para darle el golpe final, su cabello enmarcaba sus rostros, llenándole los sentidos con aquella fragancia exótica.

No podía ofrecerle energía sino por contacto directo con su piel. Sabía que él no estaba enfermo, pero el virus era salvaje, aparecía cuando menos se lo esperaban y no podía arriesgarse a contagiarla. Ella ya sospechaba y no necesitaba más pruebas para empezar a hacer preguntas. Hizo un balance mental de pros y contras, y aunque los contras tiraban hacia abajo, ganó el hecho de que no podía dejarla tan indefensa. Metió la mano hasta su nuca y acercó la boca a su oído, rozando con intención el lóbulo de su oreja.

—Estoy de acuerdo con esta posición, en mi casa o en la tuya —dijo, apretándola más cuando se agitó protestando.

—¡Serpiente asquerosa! —ella escupió las palabras.

Sasha torció el gesto. También tenía una predilección por los insultos, notó, sin dejar de transferirle energía.

—Veo que tienes un diccionario elevado. Me encantaría que me iluminaras con tus conocimientos en materia de injurias, pero estoy bastante incómodo ahora mismo. Me gustaría levantarme y necesito la promesa de que no me dejarás calvo. —Alzó la cabeza para verificar su respuesta y sintió en el rostro que su aliento empezaba a calentarse—. ¿Puedo fiarme de que renunciarás a comportarte como una bruja?

Anahy asintió, pero Sasha esperó varios minutos hasta que estuvo seguro de que no cambiaría de opinión y que empezaba a recuperarse. Le liberó las manos y aguantó hasta que ella se incorporó para hacer lo mismo.

—Idiota —escuchó cuando se levantaba e intentaba escapar de las pequeñas piedras que seguían colgando de su chaqueta.

El genio de Sasha ya no aguantaba un espécimen tan terco. No creía que hubiera conocido alguno. Parecía que cuanto más intentaba explicarle lo que estaba bien para ella, más la alejaba.

—Me superas en ese sentido —replicó, percatándose de que había cometido el mismo error que Cold, en sentido inverso: le había ofrecido demasiado, tanto que tenía fuerza suficiente para pensar con claridad e insultarlo.

Anahy ladeó la cabeza para estudiarlo. Después de ese nuevo episodio, estaba más confundida que nunca. Su temperatura corporal había aumentado por el forcejeo, pero muy poco comparado con la que necesitaba. Insignificante, comparada con la que ella tenía en un día normal. Ignoraba que el calor había empezado a circular por su cuerpo en el momento en que Sasha le había besado la oreja. El gesto solo confirmaba su teoría, que el ergy no podía mantener sus manos quietas, su boca en ese caso, y que su propio cuerpo era un maldito traicionero. Pero no debería ser tan áspera con él, con su cuerpo, dado que el pobre casi no había sentido el acercamiento de una persona de sexo opuesto. Suponía que era un caso grave de «deseo de azúcar».

En la primaria, durante unos meses, había tenido una amiga que tenía prohibido probar cualquier dulce. Sabía que eran buenos, escuchaba a los niños hablando de ellos, los veía comiéndolos, pero no tenía ni idea de qué sabor tenían. Así que un día escapó con el dinero ahorrado, se compró todo lo que pudo y comió hasta que se puso mala. Lo mismo le pasaba a su cuerpo.

Había observado cómo actuaban las parejas, había leído sobre esas maravillosas mariposas y lo había visto en algunos vídeos, pero jamás había probado la emoción ofrecida por ese tipo de acercamiento. Era normal que enloqueciera por la cercanía de un rostro bello y unos músculos trabajados, pero no pensaba aceptarlo. Jamás se había permitido pensar en cómo sería el hombre que le gustase, pero estaba segura de que, si existiera, no se acercaría ni a los dedos de los pies de aquel... espécimen.

Aun así, tenía tantas preguntas sin respuestas que no sabía por dónde empezar. Quiso guardárselas, pues no pensaba discutir con el más insufrible idiota que jamás había conocido. Seguro que era el tipo de hombre que se creía un regalo de La Creadora para las mujeres, farfulló mentalmente. Pero la necesidad de obtener respuestas ganó.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó, poniendo los brazos en jarras. Le molestó que tuviera que alzar la cabeza para mirarlo. También que, por la oscuridad, no pudiera vislumbrar ningún cambio en su rostro.

—No sé de qué hablas —replicó Sasha con frialdad—. Si te refieres a tu pequeño problema mental —dijo, golpeándose la sien con el dedo índice—, te recomiendo que pidas cita con un psicólogo reconocido por su paciencia.

Anahy alzó la comisura de la boca en un rictus y meneó la cabeza.

—Lo intento, ¿sabes? Intento decirme que no puedes ser tan imbécil como pareces, ni tan ególatra. Pero sigues confirmándome que no tengo razones para esperar algo bueno de ti.

Sasha se acercó e inclinó la cabeza hasta que le rozó la nariz.

—Escucha, bicho. Si fuera ególatra, no hubiera soportado la última media hora en tu «encantadora» compañía, rogándote que aceptaras mi ayuda. Pero me declaro culpable de imbecilidad, dado que insisto en hacerlo ante tu evidente rechazo.

—Pues parece que no hablas mi idioma —replicó Anahy, reprimiendo las ganas de abofetearle—. Puedo cuidarme sola. Además —apuntó, empujándolo con el dedo índice en el pecho hasta que puso unos centímetros de distancia entre ellos—, no he pedido tu ayuda.

Sasha se alejó y dejó caer los brazos.

—Perfecto. Entendido —resopló—. Espero que recuerdes el camino y que no te encuentren por la mañana abrazando la estatua de La Creadora.

—¡Prefiero abrazar una estatua horrenda que a un narcisista vulgar! Y para que lo sepas, no eres tan apuesto como te miente tu espejo mágico. Soy inmune a tus... nulos encantos, así que deja de besarme, abrazarme y...

tocarme. ¡Deja de acercarte a mí! —espetó tartamudeando, hecha un nudo de nervios.

«Ahora sí», pensó, sintiendo el débil flujo del calor naciendo en el interior de su cuerpo.

Sasha estalló en carcajadas y volvió a acercarse hasta que le rozó las puntas de las botas con las suyas.

—¿En serio? —Metió la mano en la parte de detrás de su cabeza, enganchó los dedos en su pelo, y se acercó a su rostro—. ¿En serio te atreves a mentir tanto? —Tuvo la satisfacción de ver una chispita apareciendo en el centro de su pecho y de sentir su respiración precipitada—. ¿Mis encantos son nulos? —Susurró ásperamente contra su boca—. Y tú eres inmune, ¿verdad?

Anahy contuvo la respiración hasta que empezó a ver puntos coloreados jugando ante su mirada. Lo que hacía Sasha se llamaba «trampa». Su experiencia con el sexo opuesto era cero cuando el espécimen que la acosaba sacaría un veinte en una escala de uno a diez. Pudo percibir el calor elevado de su cuerpo contra el de ella. Era normal para un ergy, pero ¿podía ser porque él también se viera afectado por su acercamiento?

El pulgar de Sasha acarició su mejilla y recordó que él esperaba una respuesta. Negó con la cabeza, pues no estaba segura de su voz.

—¿Has olvidado cómo me respondiste la primera vez? ¿Es necesario que te lo recuerde? —insistió Sasha.

Anahy volvió a menear la cabeza, aunque de forma mucho más débil. Sus alientos jadeaban uno contra otro. ¿No debería haberla besado ya?, se preguntó. Pero claro, antes debía haberle dicho que la amaba y que no podía dejar de pensar en ella, o eso aseguraban las novelas que más le gustaban. En vez de promesas, Sasha intentaba avergonzarla, entendió, y el pensamiento la enfrió al instante.

—No te acerques a mí —dijo en voz ronca, llevando la mano a su nuca para alejar la de él.

Más sintió que vio la sonrisa sardónica de Sasha, que le permitió alejarse.

—No lo haré. Hasta que tú no me lo pidas.

—En tus sueños —replicó.

¡Ja! Se lo había dicho. Sonrió, encantada por su rápida actuación. No obstante, de nuevo había sobrevalorado sus capacidades.

—Si tuviera algún sueño contigo, se llamaría pesadilla —no tardó en llegar la respuesta.

—¡Que te jodan! —espetó lanzándose casi corriendo hacia la calle.

Sasha se quedó mirándola. Consideró si debía seguirla para asegurarse de que llegaba a casa, pero se dio cuenta de que no había peligro porque estaba casi seca de energía. Lo que le había dado le bastaría para mantenerse de pie, pero iba a necesitar días hasta alcanzar un nivel perceptible por los otros. Además, se negaba a seguir jugando el papel de acosador.

—Yo ya estoy jodido —susurró para sí—. Me temo que van a joderte a ti también.

Comenzó a soltar una sucesión de maldiciones, recordando que continuaba sin conocer su nombre. Entendió que no debería importarle.



El cielo estaba tapado por una cortina de un gris sucio que ocultaba el sol. Flechas doradas lo atravesaban aquí y allá, creando una sensación de falsa calidez. Las ráfagas azotaban con pereza el ambiente frío. Un cambio extremo del último sitio en el que había vivido.

Anahy avanzó con dificultad por entre la marea de jóvenes. Con la cabeza gacha procuraba no atraer la atención hacia ella, pero pronto se dio cuenta de que se preocupaba por nada. El campus estaba lleno de novatos, no había peligro de que alguien la señalara. Había tenido cuidado de vestirse conforme con el tiempo; llevaba unas botas altas y una cazadora gorda por miedo de ser la nota discordante, todo para llegar y observar que algunos de los chicos no vestían más que una camiseta. Además, había otros que destacaban en la distancia, los que presumían de pendientes, piercing en la nariz, barbilla o cejas. Parecía ser una nueva moda eso de incrustarse cristales en la piel. A donde mirara le llegaba un destello de las piedras brillantes.

Resopló por el calor. Fingir ser una nula era duro, pero la única opción posible. No se atrevía a hacerse pasar por una ergy. En cuanto la descubrieran se reirían de sus intentos fallidos para convertirse, la llamarían con apodosos insultantes y despreciarían a su madre por haberse enamorado de un ergy. Había pasado otras veces y no quería repetir la experiencia. Ojalá conociera a otro cóctel. Ojalá supiera si otros como ella tenían los mismos problemas, la misma dificultad de controlar su núcleo energético. Rezaba no tener dificultades y procuraba olvidarse de las advertencias de su madre.

Cuando había recibido en su comunicador el correo que adjuntaba una fotografía borrosa acompañada del comentario «¿Quieres conocer a tu padre?», había sido como si viese una luz, un nuevo camino, una posible solución a sus problemas. No obstante, cuando se lo había contado a

Cadence, esta no había compartido su entusiasmo. No entendía por qué no se sentía parte completa de la familia, por qué necesitaba salir a buscar fantasmas.

Estaba a punto de subir la imponente escalera cuando escuchó su nombre:

—¡Anahy!

Al girarse, vio que Cold se apresuraba a alcanzarla, sin mirar por dónde caminaba. No necesitaba hacerlo, parte de los que lo veían acercándose se apartaban de su camino. Sonrió ante la imagen de su gorro verde, la bufanda y los guantes que completaban su atuendo invernal. Él sí que tenía frío. Y no era ergy, de otro modo tenía que haber llevado algo en lo que el emblema pudiera ser visto con facilidad.

—Hola. ¿Cómo estás? —preguntó él sonriente, deteniéndose un escalón más abajo.

Anahy lo estudió a la luz del día y reconoció que tenía su encanto. Sus ojos parecían negros, pero al sol, motas azules rompían el patrón. Sobre el puente de su nariz pecas doradas hablaban de un recuerdo del verano que ella también mantenía. En la esquina de su ojo derecho un pequeño lunar se movió hacia arriba cuando sonrió.

—Bien —dijo, abrazando su mochila, preocupada por si intentaba acercarse.

—Primer día, ¿eh? —Cold subió el escalón obligándola a alzar la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Sí, primer día —sonrió de medio lado—. Espero que no tengan algún ritual raro para los novatos.

Cold se atascó con el aire y tosió con violencia.

—Depende de la elección de la tribu. ¿Tienes planeado entrar en alguna?

Anahy meneó la cabeza.

Las tribus eran invención de los ergys, una especie de sociedades que los agrupaban por la utilidad de su don: los que más rápido se convertían, los que tenían el núcleo de una pureza alta, los que podían sanar heridas, los que manipulaban con facilidad cualquier superficie, y de ese modo hasta el infinito, pues la cantidad de sus habilidades era impresionante. Los nullos habían copiado el concepto, pero en la ausencia de poderes, se sometían a un número determinado de test que les ayudaban a encontrar su talento. Cosas sencillas, nada comparado con el mundo de los ergys: facilidad por idiomas, fuerza física extraordinaria, un nivel del coeficiente de inteligencia superior a la mayoría. Les servía porque los test estaban autorizados y el gobierno los

aceptaba como una carta de presentación al pedir un trabajo. Pero su madre le había recomendado no hacerlos, así que jamás había pertenecido a una tribu.

—No lo creo. Las tribus no son lo mío —se excusó—. Además, ¿el puesto no se hereda por línea de sangre o algo así? ¿Admiten nuevos?

—Sí —respondió Cold. Abrió la puerta y la invitó a entrar con un gesto de cabeza—. Las que tenemos aquí no se acercan a las tradicionales. Nos gusta creer que somos... especiales, y hemos creado nuestras propias organizaciones.

—¿En serio? —Anahy se adentró en la estancia, donde hacía mucho más calor que fuera. No pudo resistirse, se quitó la cazadora y la colgó de la correa de su mochila. El tema de las tribus no era de su interés, pero Cold se había animado tanto que no quería decepcionarlo por decirle la verdad.

—Si estás interesada, puedo echarte una mano para entrar en la mía.

—¿Por qué lo harías? —inquirió, deteniéndose en un cruce de pasillos, sin estar segura qué dirección debería tomar—. No me conoces.

—Espero hacerlo. —Cold sonrió, se quitó el gorro, los guantes, y se acicaló el cabello con los dedos.

No tuvo mucho trabajo, su peinado era mucho más corto que el de Sasha. Negro absoluto, con unas puntas más largas en la frente que ahora él había levantado, dándole un aspecto desordenado.

No debería compararlo con aquel desgraciado, se regañó Anahy, moviéndose incómoda ante la intensidad de su mirada. Era evidente que Cold poseía algo que se llamaba educación y que no iba a saltarle encima y besarla en medio de un establecimiento público lleno de gente.

—Bueno... nos vemos —balbució. Se apartó el pelo de la cara para ayudar a sus mejillas a que escaparan del calor repentino—. Creo que debería darme prisa para llegar a la primera clase. Todos esos pasillos son como un laberinto.

—Te acostumbrarás. ¿Tienes el horario y el mapa?

—Sí.

—¿Te molesta si los intercambiamos? Me gustaría ver si tengo la suerte de compartir alguna asignatura contigo.

Anahy consideró su mirada sincera y decidió que era una petición justa. Era el único amigo que tenía en aquel sitio, no sabía cuándo podría necesitar su ayuda. Le entregó su comunicador.

—Perfecto —declaró Cold con una expresión satisfecha después de verificarlo—. Hoy compartimos solo la última clase, pero el resto de los días

vamos a ser compañeros en dos cada día. Me alegro.

—Bien. —Anahy intentó delatar la misma alegría, pero prefería no ir tan rápido. Colgó de un hombro la mochila que había dejado en el suelo mientras hablaban y se preparó para marcharse.

—¿Sabes? —Cold la detuvo y sonrió con timidez. Se frotó el lóbulo con el pendiente mirando el suelo—, lo normal sería pedirte la dirección del comunicador. Por si te pierdes en este sitio y el GPS no te ayuda. —Ante la mirada divertida de Anahy, que se mordía los labios para no estallar en carcajadas, volvió a intentarlo—. No me sale muy bien, ¿verdad?

Ella agitó la cabeza en negación.

—Así que no me lo he ganado. Pero espero que tengas misericordia de un pobre bobo que no domina el arte de las palabras.

Pero dominaba muchas artes aparte de esa, como la de la discreción, consideró Anahy, facilitándole su número de comunicador y guardando el de él.

Se despidió sonriendo y mantuvo la sonrisa al llegar a la primera clase. Se quedó en la puerta de entrada, asombrada por lo grande que se veía el aula. Desde el sitio en que se encontraba ella hasta el fondo, los pupitres subían hasta dar la sensación de rozar el techo.

Contó quince filas verticales y cinco horizontales. La sala empezaba a llenarse; decidió que iba a sentarse en la última fila.

Se sorprendió al ver que la pared de detrás del escritorio del profesor, que era opaca cuando había entrado, empezaba ahora a colorearse. Pequeños iconos se encendían y Anahy entendió que se trataba de los comunicadores de los alumnos conectados mediante una red virtual.

—Es para que no pierdas el tiempo de clase en páginas porno o chats —dijo una voz, sobresaltándola.

Anahy se congeló al encontrarse con la mirada de la chica que acompañaba a Sasha en el restaurante. No supo qué responder y volvió a estudiar la clase.

—Intentan controlarnos —continuó la joven—, pero ¿sabes qué? No lo consiguen —le dijo en tono de confesión—. Soy Raisa —se presentó, pero para la sorpresa de Anahy no le tendió la mano.

¿Todos tenían los ojos azules?, se preguntó, calculando que había visto todos los tonos de azul que existían en la gama de colores. Se alejó las mechas que habían vuelto a ocultarle el rostro, avergonzada por las evidentes diferencias entre ellas. Su primera elección en las mañanas eran sus amados pantalones de cuero desgastados que iban con cualquier camiseta y en todas

las temporadas. Raisa, sin embargo, era una chica muy elegante. Llevaba un traje de chaqueta de color blanco con la cintura del pantalón tan alta que se detenía bajo sus senos, los cuales se realzaban por una blusa de seda de color rojo encima de la cual se balanceaba un colgante con la medalla de los ergys. Sus botas de tacón habían pisado la portada de alguna revista de moda y su bolso llevaba la diminutiva marca de un diseñador famoso.

—Anahy —susurró, tampoco sin ofrecerle la mano—. Gracias por la información.

—No hay de qué —Raisa le sonrió, enseñando una hilera de dientes que, como no podía ser de otro modo, eran perfectos—. Seguiré informándote. ¿Quieres ser mi amiga? —preguntó, dejando la cabeza en un hombro y estudiándola con los ojos entornados. La masa de cabello de la chica era igual de dorado que el de ella, pero tan liso y brillante que la avergonzó por segunda vez en menos de un minuto.

La petición la dejó con la boca abierta.

—Eres una ergy —dijo en un impulso.

—Y tú una cóctel —replicó Raisa.

Impactada por haber sido descubierta tan rápido, Anahy balbuceó. —Estoy segura de que tienes un grupo entero de amigas. —Los ergys se juntaban con los cócteles solo para hacerlos objeto de su diversión, ¿verdad? La chica le tendía una trampa y pensaba avergonzarla en público a la primera ocasión. ¿Y qué andaba mal con su suerte, que le había traído justo a la novia de Sasha? —. La verdad es que no soy muy sociable —se defendió.

Raisa la cogió por el codo y la guio por la escalera hacia una fila de pupitres del fondo.

—No debes preocuparte por eso. Puedo darte clases. Ah, y mi lista de amigos es muy corta. Soy exigente en el proceso de selección.

«Entonces, ¿cómo he entrado en esa lista?», se preguntó Anahy, demasiado atontada como para poder protestar. Se quedó medio paso atrás para obligar a Raisa a liberarle el codo, pero no escapó tan fácil. La ergy la esperó y luego la forzó a entrar en la última fila, acabando por sentarse a su lado.

—No te he visto por aquí. ¿De dónde eres?

—Los Fauces del Mar Salva —contestó lo más secamente que pudo, esperando que lograra desanimar a su nueva declarada amiga.

—Oh, el sol, el *calooooorrrrr* —Raisa suspiró con los ojos cerrados y un aire soñador—. ¿No te molesta el frío?

Anahy tuvo una imagen de todos los sitios donde había vivido. En la

mayoría eran lugares cálidos porque allí era donde se concentraba la población, resultaba sencillo esconderse y ocultar sus fallos. No obstante, era también más fácil que su núcleo se sobrecargara, pues el sol era una fuente interminable de energía. No echaba de menos el calor, pero extrañaba a su madre, a su hermana, y la sensación de pertenecer a una familia. Era la primera vez que se encontraba sola y todavía no había averiguado cómo manejarlo. Siempre se había sentido culpable por los accidentes que provocaba, pero esta vez no tenía a Cadence para que velara por ella.

—No mucho —respondió, sin ofrecerle detalles.

Ante la avalancha de preguntas, Anahy sacó su comunicador y respiró aliviada cuando el profesor entró y empezó la clase. Sin embargo, su suerte no regresó. Raisa la escoltó las siguientes tres horas y entre su palabrería y la concentración que necesitaba para entender algo de lo se explicaba en la pizarra, acabó mareada y con la cabeza rebosando de murmullos, frases sin entender y esquemas. No necesitó más para comprender que el nivel de estudios de la universidad era mucho más alto del que esperaba y se preguntó si no sería posible que hubiera entrado por equivocación en algún programa para genios.

Raisa no tenía problemas en comentarle alguna frivolidad, teclear apuntes en su comunicador, levantar la mano y responder a las preguntas, todo a la vez. Incluso le quedó tiempo para verificar su maquillaje en un pequeño espejo y mandar varios mensajes de texto.

Anahy tenía libre la siguiente hora. Planeó salir, encontrar un sitio tranquilo y comer un bocadillo mientras escuchaba música. Su cerebro necesitaba un reinicio para no colapsar.

Escapó de su amiga en el momento en que esta se fue a usar el servicio. Raisa parecía buena chica, pero ella tenía que acumular demasiada información en poco tiempo. Caminó por el campus hasta que encontró un lugar lo bastante alejado y no tan concurrido, pero cercano a la entrada de su siguiente aula. Cinco abetos de estatura impresionante reinaban en el rincón y bajo ellos había bancos de hierro pintados cada uno en un color diferente. Eligió el rojo y tendió su cazadora como una manta para no mojarse el pantalón. Dejó caer la cabeza contra el respaldo, cruzó las piernas y se puso los auriculares.

Primero volvió a comprobar la lista de profesores para ver si alguno se parecía al hombre de su imagen. Esta vez tampoco hubo suerte. No sabía por dónde empezar, tampoco cómo avanzar. Suspiró, cerró los ojos y se dejó

llevar por la música, el viento gélido que le aleteaba el pelo y la poca luz que entibiaba su rostro.

Había escuchado tres canciones antes de sentir unos golpecitos en su rodilla. Abrió los ojos sobresaltada y se sintió como en una película de terror en ese momento en el cual la protagonista se encontraba delante del psicópata con el hacha en la mano y la sonrisa satisfecha en el rostro.

En ese caso, el hacha faltaba, pero las sonrisas de los que la miraban variaban del divertimento a la curiosidad y... Había acabado con las sonrisas, entendió, cuando se cruzó con las cejas fruncidas de Sasha.

—Veo que encontraste nuestro sitio —dijo Raisa, sentándose a su lado y quitándole uno de los auriculares para meterlo en su oído—. Shaw, es bueno —aprobó la elección de la música.

Anahy cerró la boca que aún seguía abierta y se movió unos centímetros para alejarse del cuerpo de la chica que se había pegado a ella.

—Te presento al equipo. —Raisa empezó a apuntar hacia cada uno con el dedo índice—: Blaze, Sasha, Stiff, Ausa. Serán tus nuevos amigos a partir de... —agitó el dedo en el aire tres veces y finalizó exclamando—: ¡ya! Chicos, ella es Anahy, mi nueva y muy especial amiga.

—Hola.

—Bienvenida.

—Encantada.

Anahy se forzó a sonreír y estaba casi segura de que sus movimientos de cabeza eran afirmativos, aceptando los saludos. Los chicos se parecían en el color del cabello que variaba en lo oscuro que era el dorado y también en el matiz de sus ojos que rozaba toda la gama de azul. Todos aparentaban ser modelos de pasarela saliendo a dar un paseo. Altos, de miembros largos y musculosos en el caso de los chicos, esbeltos para las chicas, y con la típica expresión de soberbia e indiferencia en sus hermosos rostros, un indicio de que estaban al corriente de sus evidentes cualidades físicas.

La otra chica, Ausa, se sentó sin esperar invitación en el otro lado del banco, logrando que Anahy se sintiera como la loncha de jamón de su bocadillo. Uno de los chicos, creía que Blaze, dado que su cabeza casi rapada lo diferenciaba de los otros, se sentó en el suelo ante ellas y cruzó las piernas.

—¿Cómo estás? —preguntó él, observándola sin disimular su interés.

Anahy luchó contra el incomprensible sentimiento de sentirse rechazada al ver que Sasha y el otro se habían alejado para elegir el banco más apartado de ellos.

—¿No ves que está incómoda? —Ausa respondió en su lugar—. Dale tiempo a acostumbrarse, no empieces con el interrogatorio. La veo un poco acalorada. Que pelo más bonito tienes —dijo sin hacer pausa para respirar y acabando por acariciar las puntas de su cabello.

Anahy estaba segura de que tenía razón; no solo sus mejillas ardían, sino cada centímetro de su piel. Debía de ser por otro motivo, pues no notaba la presión de la energía en su pecho. Se sentía como si fuera espectadora de la escena. Suponía que, aunque lo intentara no iba a lograr abrir la boca, ahora que tenía de amigas no a una, sino a dos Raisas.

—Es curioso —continuó ella—. Me sueñas de algo. ¿No os parece conocida?

Ya que había vuelto a ser objeto de todas las miradas, Anahy alzó la vista al frente. Fue el momento en que Sasha giró la cabeza y sus ojos viajaron de ella a Ausa.

—No. Deja de acorralarla. Las que deberías ofrecerle espacio sois vosotras. Ten cuidado, pueden transformarse en acosadoras antes de entender lo que está pasando —comentó Blaze, guiñándole un ojo a Anahy—. Te lo dice alguien que conoce todos los métodos de esconderse para perderlas un rato de vista. Te enviaré los detalles al comunicador. —Blaze se calló cuando una bufanda golpeó su cara.

—Si quieres verla a partir de este momento, estarás forzado a aceptarnos a las tres. No debes preocuparte —Raisa le dijo a Anahy—, no nos dejaremos influenciar por ningún hombre. Las ergys nos enorgullecemos de no necesitarlos.

Anahy se percató de que todos estaban en silencio e intentó recordar cuál era el tema que se trataba. Tenían una velocidad impresionante de arrojar las palabras y cambiar el rumbo de la conversación.

—Su... supongo —tragó saliva y sonrió. No tenía ni idea de cómo había llegado a aquella situación, pero tenía claro que no había salida—. Sabéis que soy una cóctel, ¿verdad?

Los chicos intercambiaron miradas y ella procuró leerlas de modo correcto. No encontró la malicia que esperaba, tampoco sentimientos ocultos.

—Ya, ¿y? —preguntó Blaze. La miró como si esperara que ella añadiera algo más.

Anahy encogió los hombros. Empezó a balbucear, sin saber cuánto debería contarles.

—Yo... no suelo... prefiero el anonimato. Pero vosotros podéis sentirme,

¿no?

Ellos estallaron en carcajadas y ella se preguntó cuándo había florecido su talento humorístico.

—Verte —la corrigió Blaze—. Sí, lo sabemos. Pero con ellas dos no tendrás anonimato.

—Tendrá todo lo que quiera —declaró Ausa—. Tenemos que establecer un plan general de actividades, y... ¿qué más? ¡Ya lo sé! —Se levantó y empezó a dar saltitos—. Vamos a tener nuestro primer encuentro el siguiente fin de semana en la fiesta de la primera nevada.

—¿Qué?

Las chicas pasaron de su pregunta. Raisa se incorporó también y abrazó a Ausa.

—Tienes razón, es una idea genial. —Se giró hacia Anahy para informarla—. El siguiente fin de semana salimos a la montaña para celebrar la primera caída de la nieve. —Ante la mirada asombrada de Anahy, prosiguió—: No es la primera, aquí está nevando todo el año, pero es la fecha en la que se abre la temporada de esquí. El centro se vacía, todo el mundo va arriba esos días.

—No estoy segura...

—No tienes que preocuparte. Tenemos nuestra cabaña y vamos a pasarlo de maravilla. En anonimato —añadió a la vez que le guiñaba un ojo.

Con la boca cerrada, Anahy dejó de oponerse a la gigantesca marea que eran las dos chicas. Tenía entendido que no debía preocuparse para nada en absoluto, que podrían encargarse ellas incluso del proceso de respirar y ofrecerle oxígeno si le hiciera falta.

—Vamos a ponerte al corriente de todo en los siguientes días —dijo Raisa, gesticulando con energía.

Sin poder aguantar más la molesta picazón de su nuca, Anahy giró la cabeza en el momento preciso para observar que, desde el otro banco, Sasha miraba a la chica ergy con una ceja alzada en una pregunta muda y los labios fruncidos. Estaba sentado en el respaldo del banco con los pies en el asiento, inclinado hacia adelante. Había apoyado los codos en las rodillas y un colgante se balanceaba desde su cuello sobre el mismo tipo de camiseta roja que llevaban todos. Asintió a algo que le comentó el otro ergy, pero sin cambiar la dirección de su mirada. Bueno, no la cambió mucho. Solo la desvió lo suficiente para acosarala a ella.

Anahy odiaba concederle tanto poder. Podía arrinconarla con el simple gesto de clavar sus llamas azules en ella, pero no pensaba permitirselo.

El viento aumentó de fuerza y una ráfaga le revoloteó el pelo, cubriéndole los ojos. Las chicas y Blaze comentaban algo en voz baja, pero no entendió las palabras. Apartó las mechas rebeldes y volvió a mirar hacia el lado peligroso. Sasha no había aprovechado el momento para ocultar sus intenciones. Por el contrario, le sonrió flemático y alzó ambas cejas en una expresión arrogante y provocadora a la vez. «¿Qué es lo que quieres?», parecía demandar, y Anahy se preguntó por qué le molestaba tanto su presencia. Lo más probable era que él fuera el tipo de ergy que consideraba a los cócteles juguetes.

Interrumpió el contacto y echó un vistazo a sus dos nuevas compañeras que se reían de Blaze.

«Aprenderé de ellas», se prometió. Ningún hombre iba a acobardarla.

Dejó caer la cabeza hacia atrás. Alzó los brazos con parsimonia como si quisiera solo estirar los músculos, volvió a mirar a Sasha y dobló todos los dedos de las manos hasta que quedó erguido solo el dedo corazón.

«Que te jodan».

Por lo menos esperó que eso transmitiera su sonrisa que pronto se convirtió en carcajadas histéricas. No tenía dudas de que iban a tacharla de loca, pero por lo que había visto, entre todos ellos, era la más cuerda.



La chica cóctel estaba loca. Era inocente y crédula, aceptaba la amistad de cualquiera sin cuestionarse si era adecuado para ella. Actuaba por impulso y rechazaba los consejos con una sonrisa que lo sacaba de quicio.

Sasha había pasado una semana estudiándola desde una distancia que consideraba segura. Había seguido sus movimientos, procurando entender algo de su personalidad volátil. Había perdido una semana, pues ese era el triste resultado: estaba loca.

Sus amigos estaban convencidos de su inocencia y la habían adoptado como lo hubieran hecho con un perro callejero. Habían calculado las probabilidades que tenía de adaptarse al grupo, y el resultado había sido positivo. Planeaban someterla a un test el fin de semana que iban a pasar en la montaña para alejar cualquier duda. Lo que ellos no querían tener en cuenta era que no podían alejarlo a él.

Él no estaba de su lado. Les había comunicado su opinión, pero, de repente, lo que sentía no le importaba a nadie. Sospechaba que dudaban de la seriedad de su decisión, lo que era un insulto más. Para animarse y decirse que sus amigos no elegían a una desconocida antes que a su propia sangre, Sasha consideraba la variante más probable, que la cóctel les provocaba un sentimiento de protección. Era el tipo de persona que daba la impresión de fragilidad. Impresión falsa, y él lo sabía de primera mano. «El bicho» era un demonio con rostro de ángel. Era la encarnación de uno de los dragones de La Creadora. Temeraria. Peligrosa. Inclemente.

—¿Qué os dije? —gruñó al verla entrar en el comedor al lado de Cold—.

Está jugando en los dos bandos y...

—No sabe que hay dos bandos —Raisa susurró con voz áspera.

Se habían agrupado en la sala por culpa de una tormenta salvaje, demasiado gélida. El viento no les molestaba y, a él, ni la caída del agua helada, que era como un ejercicio más, pero las chicas protestaban porque les destrozaba el peinado.

—¿Cómo no puede darse cuenta? Mira ese espacio; hay dos zonas: una de personas con camisetas rojas, y otra de jóvenes con el... núcleo vacío y pendientes multicolores. —Sasha levantó la taza de té, dejando que el vapor le calentara el rostro. Sabía que se repetía y que la discusión no iba a conducir al resultado que él quería, pero no podía abandonar sin luchar—. ¿No nota que Cold la debilita cada vez que la toca? —espetó con la mandíbula apretada.

Ausa dejó de admirarse en el cristal de la ventana para responderle.

—Creo que se siente tan aliviada de que su problema se haya resuelto que no se detiene a preguntarse cómo es posible. Mañana vamos a salir de compras. Intentaré averiguar algo más —dijo con voz apaciguadora.

—No creas que es tonta —completó Raisa. Sasha se mordió la lengua para no llevarle la contraria—. Da la sensación de que nos ha aceptado como amigos, pero se guarda sus secretos.

—Sus secretos no son secretos para nosotros —atizó, frunciendo el entrecejo al observar que la cóctel se reía de algo que le contaba Cold. «¿Cómo podía hacerlo? Solo la Muerte y sus acólitos se reían cuando Cold abría la boca»—. Si de verdad queréis ayudarla, debéis alejarla de ese gilipollas.

Blaze dejó de masticar para observarlo con atención.

—¿Cuándo cambiaste de opinión?

Sasha se removió en la silla que, de repente, se había calentado.

—No lo hice. Pero tampoco acepto ser testigo de un crimen. Cold acabará con ella en unos meses.

—No tendrá meses —dijo Raisa mientras saludaba al objeto de la discusión con la mano en el aire—. Mírala. Está más delgada, su pelo ha perdido brillo y tiene ojeras.

Rechazando la invitación, Sasha prefirió concentrar su vista en el té. Lo sabía, había notado el cambio. Y había notado que su núcleo no era tan potente como cuando la había conocido.

—No aguantará el entrenamiento si sigue debilitándose —susurró para sí.

Había tanta vida en ella... En un cielo oscuro sería una pequeña estrella nueva nacida. Daba pena ver cómo se apagaba.

—¿Vamos a entrenarla?

Sasha levantó la cabeza al oír hablar a Stiff. No era una persona de mucha charla, pocas veces intervenía en sus conversaciones y, en la mayoría de los casos, se olvidaban de que los acompañaba.

—Yo estuve de acuerdo desde el principio. Podemos intentarlo —dijo Blaze, animándose al instante.

—No lo aguantará —repitió Sasha.

—Podemos matar a Cold —dijo Stiff, mostrando entusiasmo por primera vez aquel día—. Problema resuelto.

Sin querer, Sasha estalló en carcajadas. Negó con la cabeza y se levantó con movimientos lentos mientras estudiaba a cada uno en busca de una respuesta diferente, una que le diera por lo menos un aliado. Al no encontrarla, suspiró resignado.

—Como dije, no voy a interferir. Es vuestra responsabilidad. Toooda vuestra.

Abandonó el comedor con la mirada fija hacia adelante. Planeó someterse a una serie de test para ver si había cogido el virus, pues no encontraba explicación para los momentos en los que en su mente se libraba una batalla infernal. En un momento les estaba dando la razón a sus amigos, pero, al siguiente, volvía a convencerse de que arriesgaban demasiado. Tenía entendido que la chica no era una espía, habían renunciado a esa posibilidad, pero, a la vez, esa inocencia era su punto débil. Si Madelyne la arrinconaba, iba a cantarlo todo como un loro entrenado para hablar.

Había visto muchos como ella, demasiados. El porcentaje de supervivencia era tan bajo que se deprimía durante días después de las visitas al Éter. Habían logrado buenos resultados con los niños. Si los entrenaban desde pequeños tenían una oportunidad, pero Anahy era adulta, su cuerpo se había desarrollado aprendiendo a luchar contra las células desconocidas. Era muy tarde para lograr enseñarle a aceptarlas.

Qué nombre más bonito tenía, pensó, sonriendo sin querer. Su nombre era un misterio menos, pero quedaban tantos por descubrir; sus sueños, qué le gustaba y qué no, sus planes de futuro... La buscó con la mirada y su sonrisa desapareció ante la imagen de ella con Cold. La idea de que no tendría futuro hizo eco en su mente.

Sasha empujó la puerta con más fuerza de la necesaria, percatándose de que

sus pensamientos se habían desviado hacia un camino que no pensaba tomar. Sin duda debería hacer los test.

La lluvia lo golpeó, pero no detuvo sus zancadas hasta que salió del campus. Llegó al antiguo sendero que llevaba al bosque, sabiendo que allí estaba seguro; el mal tiempo era su aliado y casi nadie se aventuraba en el bosque, ni siquiera en un día soleado. Empezó a trotar. Cada vez daba pasos más largos. Cada vez más deprisa. Aumentó la velocidad al compás de las pulsaciones y de la energía, hasta que todos los ritmos se unieron formando solo uno. Era sencillo. Era poderoso. Era una explosión seguida por una línea plana. Cambió a una forma sin cuerpo físico, una proyección de fuego, las franjas de llamas quedaban atrás, apagadas después de unos segundos por el agua.

Era él y era libre.

Anahy alejó la mirada en el instante en que se cruzó con la de Sasha, pero incluso con la cabeza gacha lo observó de reojo. Desconocía la razón por la cual su sonrisa se desvaneció y dejó lugar a un rictus que le tensó los labios y el rostro en una expresión de disgusto. Estaba cabreado. De nuevo. Empezaba a creer que él había nacido furioso y que su estado de ánimo no había cambiado desde entonces.

—Puedo ayudarte con los proyectos.

El comentario de Cold la forzó a prestarle atención. Escondió los dedos en el pelo, apretándose las sienes doloridas.

El ruido de la puerta cerrándose de un golpazo se oyó por encima del murmullo del comedor y Anahy volvió a observar la escena, aunque Sasha ya no era protagonista. Al percatarse de que había más personas que hacían lo mismo, las pulsaciones de su cabeza aumentaron. En especial eran las chicas las que habían abandonado sus actividades para lucir sonrisitas traviesas y poner los ojos en blanco en expresiones extasiadas. Dos fingían abanicarse con los dedos y una se levantó para simular un desmayo.

—¡Nulas sin personalidad! —espetó susurrando, empezando a tamborilear con los dedos en la mesa.

—¿Qué? —Cold le tocó la mano y Anahy se sobresaltó. Todavía no se había acostumbrado a lo helada que era su piel. No le molestaba, era la primera vez en su vida que no se retiraba con brusquedad cuando alguien la tocaba. Cold estaba tan frío que no se percataba de que ella estaba demasiado caliente, lo que lo convertía en su persona preferida.

Por el bien de su salud pensaba que él debería consultar con un médico su problema de circulación sanguínea, pero no sería ella quien se lo dijese. Se imaginaba la escena: ellos dos sentados a la espera de los resultados de las pruebas; uno con la piel fría y el otro con la temperatura corporal demasiado elevada. El doctor resolvería el caso poniendo en la receta de cada uno el nombre del otro.

Anahy torció el gesto.

—Nada. Decía que necesito ayuda con casi todas las asignaturas. Creo que se equivocaron cuando me admitieron.

—El ritmo es acelerado al principio, pero te acostumbrarás. —Cold le sonrió—. Oye, quería decirte... ya sabes...

Anahy dejó el vaso de zumo en la mesa y le animó a que continuara.

—¿Sí?

Las pecas que decoraban los pómulos de Cold se oscurecieron en contraste con su rostro que se puso más blanco que de costumbre, y los reflejos de su pendiente aumentaron el efecto fantasmal. Era adorable cuando actuaba con timidez.

—Me preguntaba, ¿sabes qué pasa este fin de semana?

—El gran festival de la nieve, ¿o era la fiesta del esquí? Algo parecido. —Ella agitó la mano, restándole importancia al asunto—. Todo el mundo habla de eso.

—Sí, es un evento importante. No sé si tienes planes o...

Anahy cerró los ojos sin ocultar la mueca desilusionada.

—Raisa me invitó —dijo con voz suave, esperando que no se sintiera herido por el rechazo.

—Oh, sí, claro. —Cold bajó la cabeza y se quedó en silencio, ordenando la comida con el tenedor—. No sé si debería decírtelo, pero...

—¿Qué pasa? —preguntó Anahy después de una larga pausa. Lo único que no le gustaba de Cold era su inclinación por el misterio y el hecho de que le costaba un gran esfuerzo contarle algo. Perdía minutos en elegir sus palabras con cuidado y Anahy, que prefería las discusiones directas, sentía sus nervios saltando a la espera del final de la oración.

—No es algo que solo piense o diga yo, pero creo que deberías prestar atención a los amigos que haces —susurró, con los hombros caídos.

—¿Qué?

Anahy echó un vistazo a la mesa de la chica ergy y los vio riendo y vociferando como de costumbre.

—¿Te refieres a Raisa? ¿Qué quieres decir? —inquirió frunciendo el entrecejo.

—Nada. No es nada. —Cold meneó la cabeza y cambió el semblante de su rostro preocupado por uno sonriente.

—No puedes decirme que tenga cuidado y luego que no es nada. ¿Qué es lo que está mal?

—Solo he oído algunos comentarios. Ya sabes, rumores y eso. Nadie tiene el coraje de decir lo que piensa, pero la opinión general es que ellos son un grupo... excéntrico —admitió él, después de haber perdido unos buenos momentos para encontrar el término que consideraba adecuado—. Estoy seguro de que no es verdad. Puede incluso que sea para bien si aceptan a una nula de amiga —añadió y cambió el rumbo de la conversación—. Así que vas a ir con ellos, pero ¿tienes pareja para el baile?

Anahy se avergonzó de seguir ocultándole que no era una nula, pero se sentía más a salvo mintiendo. Era verdad que pocas veces los grupos eran mixtos, pero tampoco era una regla no mezclarse. Ergys y nulos se juntaban primero en las clases, donde aprendían los unos sobre los otros, les enseñaban a comunicarse y a respetarse. Más tarde, algunas amistades sobrevivían a pesar de las diferencias. En la adolescencia, los ergys ya eran fuertes y habían desarrollado al máximo sus capacidades mientras los nulos quedaban... nulos. A partir de esa edad era más complicado. La desigualdad hablaba por sí misma y pocos nulos lograban no sentirse inferiores, incluso cuando los ergys no demostraban su superioridad a propósito.

Recordó sobre qué estaban hablando y miró a Cold.

—¿El baile? ¿Qué baile?

Él se carcajeó suavemente y entrelazó los dedos con los de ella por encima de la mesa.

—Los tres días de competiciones acaban con un baile. Pensaba que podría ser tu acompañante. Quiero decir, me gustaría. Además, si vas a estar todo el tiempo con ellos me sentiré solo. —Hizo un puchero y se lo pidió también con una mirada implorante.

—Me encantaría —Anahy aceptó sonriendo, pensando con rapidez qué iba a ponerse. Luego recordó la sesión de compras a la cual había sido apuntada sin que las chicas le consultaran y se relajó.

Raisa y Ausa eran como un terremoto y ella había aprendido en muy poco tiempo que ahorrraba energía al no protestar. No es que necesitara ahorrrarse energía. Desde que había empezado las clases era como si se hubiera

transferido a una realidad virtual. Su núcleo era tan débil que casi no lo sentía. Una novedad que le encantaba.

Había notado las diferencias entre los grupos de Raisa y Cold. Esperaba que no fueran muy profundas, pues le gustaban ambos. Todo lo que tenían de ruidosos los rubios vestidos de rojo, lo tenían de silenciosos los amantes de las piedras brillantes, y ella se encontraba en medio de ambos.

«No podrías ponerte las cosas fáciles», se regañó. Pero tampoco había planeado nada, simplemente así habían salido las cosas. Y todo había salido mejor que en sus más maravillosos sueños. De repente, había conseguido lo que no había logrado durante diecinueve años: ser amiga de un grupo formado por ergys y de otro formado por nulos. ¡Qué alivio que sentía al no estar sola!

—Entonces tenemos un trato —dijo él, forzándola a regresar a la conversación.

—Lo tenemos —llegó a decir Anahy antes de sentir que la cogían por el antebrazo.

—Llegamos tarde a clase. —Raisa era la que había hablado, con una voz gélida que Anahy no recordaba haber escuchado con anterioridad. No la liberó hasta que no se levantó e hizo ademán de seguirla.

Anahy consiguió despedirse de Cold con un sencillo movimiento de mano antes de estar rodeada por los rubios y empujada hacia la salida.

—¡Qué fría estás! —exclamó Ausa, cogiéndole la mano.

—Cariño, deberías elegir con más cuidado a tus amigos —Raisa susurró en su oído.

Anahy torció el gesto mientras se encaminaban por el interminable pasillo que los llevaba a las aulas y que se parecía a un túnel de piedra, con poca iluminación.

—Es la segunda vez que me avisan sobre eso hoy —dijo—. ¿Alguno de vosotros cree que puedo tomar una decisión por cuenta propia?

No había planteado una pregunta retórica, pero la única respuesta que obtuvo fue un intercambio de miradas indescifrables entre todos los que la acompañaban.

—¿En serio? ¿Qué pensáis que soy, un bebé?

Blaze estalló en carcajadas y fue empujado por Stiff. Desaparecieron por una puerta y luego Ausa hizo lo mismo, no antes de abrazarla con rapidez.

—¡No te olvides de las compras! —vociferó.

—Me siento como si hablara con el viento cuando estoy con vosotros —

espetó Anahy, siguiendo a Raisa que disimuló la sonrisa fingiendo que se arreglaba el pelo—. En serio. Tengo la sensación de que hablamos idiomas diferentes.

—No seas melodramática.

—No lo soy. Pero empiezo a creer que o a mí me falta un tornillo o es a vosotros.

—A nosotros.

La réplica de Raisa dejó atontada a Anahy. Sonreía, pero había algo en su mirada, una expresión que no podía entender. Incómoda ante el silencio que siguió, sacó su agenda y repasó las notas que iba a necesitar en la clase. En realidad no veía las letras.

—A Sasha no le gusta verte con Cold.

Esa frase hizo que levantara la cabeza y sintió un espasmo como si hubiese sido electrocutada.

—¿Qué? —Procuró leer la expresión de Raisa, pero tenía la cara pegada a su pequeño espejo. Empezaba a creer que el artefacto era una prolongación de su cuerpo, pues no le faltaba en ningún momento.

Raisa acabó con la inspección de su perfecto rostro y clavó su mirada azulada en ella.

—Me has oído.

Sintiendo que el calor invadía sus mejillas, Anahy luchó ante el deseo de agachar la cabeza.

—Te he escuchado, pero no te entiendo —balbució, esperando aclaraciones que no vinieron.

¿Por qué Raisa le hablaba de Sasha? Ciertamente que no había notado muestras indudables de amor entre ellos dos, pero tenía entendido que su relación traspasaba las fronteras de una sencilla amistad. La variante que prefería creer era que mantenían la privacidad de sus vidas personales. Y de cualquier modo, no se permitiría tener sentimientos románticos para el desgraciado que no soportaba su presencia.

Raisa encogió los hombros mientras se inspeccionaba el esmalte rosa de sus uñas.

—Cold es... diferente.

No era lo que Anahy esperaba escuchar y aquella palabra en especial no le agradaba. Ella también era diferente, y por el tono venenoso que Raisa había usado tradujo que los «diferentes» no eran bienvenidos ni aceptados. Se preguntó de qué forma era Cold diferente. También indagó en sus

pensamientos para entender cuál de los dos era su verdadero amigo.



Blaze conducía y Stiff ocupaba el asiento del copiloto. Anahy estaba sentada entre Raisa y Ausa en la parte trasera del vehículo. Por suerte viajaban en un todoterreno espacioso y se sentía apretada solo cuando las chicas intercambiaban comentarios por encima de su cabeza. No habían parado de hacerlo desde el principio del viaje, pero esperaba que sus bocas se cansaran pronto.

Le hubiera gustado quedarse cerca de la ventana para poder admirar el valle que dejaban atrás, pero no había tenido ocasión de hablar. Raisa estaba nerviosa porque habían tardado más de lo que había planeado y no paraba de regañar a Blaze.

—Te dije a las ocho —comentó alterada, empujando a Anahy y metiéndose en el hueco de entre los asientos delanteros para gruñirle al oído.

—Me dijiste a las nueve.

Blaze la miró a través del espejo y le guiñó un ojo a Anahy.

—Recuerdo haberte dicho a las ocho. Tres veces. Tres veces te lo dije. Lo hiciste a propósito, sabes que no me gusta llegar tarde —la chica insistió, su voz se alzaba con cada palabra.

Anahy dejó de prestar atención a la conversación. Miró la estrecha carretera de montaña, bordeada por abetos y pinos tan altos que sus coronas se perdían en las finas nubes. Relajó los músculos, se dejó caer en el asiento y cerró los ojos. Se percató de la fragancia suave de Ausa y el perfume más intenso de Raisa. El calor corporal de sus amigas llegaba hasta ella y, de vez en cuando, se rozaban las caderas, las manos o los hombros. Seguía intentando alejarse, más por costumbre que por necesidad.

Dejando que su mente vagara en cuestiones sin importancia, ocultó un

bostezo bajo el dorso de su mano. Estaba cansada, a pesar de haber dormido como un tronco. Hacía tiempo que se sentía débil y se preguntaba si el disminuir de su energía no tendría relación con su agotamiento. Ya no se preocupaba por estallar, pero tenía dolores en los huesos, los músculos los notaba flojos e incluso se había mareado unas cuantas veces.

Jamás se había sentido tan endeble. Estaba acostumbrada a sentir sus músculos como rocas, los huesos fuertes, las minúsculas explosiones bajo su piel, cosquilleándola. Cuando los cosquilleos aumentaban y aparentaban ser pequeños pinchazos sabía que su núcleo hervía. Y cuando estos pasaban a punzadas de intensidad alta y duraban más de un segundo era el momento de retirarse para limpiarse. No sabía descargarse. Se sentaba en un lugar durante horas y esperaba hasta que reventaba como una lata agitada justo en el momento de abrirla. A veces se aburría. Otras veces procuraba acelerar el proceso tomando energía del sol. Por lo menos así traducía los hormigueos que excitaban su nariz y le ponían la piel de gallina, se imaginaba que estaba absorbiendo energía como los ergys. Pero todo eso era cosa del pasado desde que vivía en la isla. Estaba relajada y no quería considerar la posibilidad de que, por un lado, el lugar la ayudara, pero por otro tuviera efectos negativos en ella.

Se preguntó dónde estaría el Corazón de la isla, el lugar del que dependían los ergys para estar sanos. Los nulos y los cócteles no tenían permitido acercarse a los Corazones de La Creadora. Las zonas estaban demasiado magnetizadas para ellos, el poder de la energía pura les convertiría en moléculas en cuestión de segundos. Era posible que el sitio estuviera demasiado cerca, podría ser la razón de su malestar. Se empeñaba en aguantar, por lo menos hasta que pasase más tiempo y pudiese comprobar si se trataba de su imaginación o la isla no solucionaba sus problemas.

De momento quería aprovechar la fiesta y celebrar como jamás lo había hecho: con un grupo de amigos, sin preocuparse por nada. Nada en absoluto. No había renunciado a buscar a su padre, pero no había avanzado con la investigación. Había conseguido una lista del personal adicional de la universidad, no obstante, tampoco aparecía allí. Empezaba a creer que no tenía nada que ver con la escuela y que quizá en esa fotografía solo estaba de paso por la isla.

El siguiente movimiento era procurar entrar en la red de comunicadores con la esperanza de que diera con sus datos. No era un hacker informático, pero su madre le había enseñado un truco que había sido muy útil las veces que

habían tenido que cambiar de número.

Se percató de que se había dormido cuando unos gritos entusiasmados la forzaron a abrir los ojos. A través del parabrisas vio que habían llegado al destino, o eso suponía, pues el paisaje había cambiado y decenas de construcciones se aglomeraban en un valle rodeado por picos montañosos. Los pilares de las instalaciones de esquí se perdían en las alturas y toda la vista era dolorosamente blanca.

Blaze tomó un sendero abrupto y continuó subiendo unos minutos. Al final detuvo el todoterreno cerca de una edificación de dos plantas. Anahy salió después de Raisa y se quedó boquiabierta ante la casa. En el primer piso una terraza rodeaba toda la cabaña. Las ventanas eran largas y altas, tanto que el cristal ocupaba el mismo espacio que el hormigón. Los lados de la puerta estaban decorados con el símbolo de los ergy, dibujos tan grandes que podían ser vistos desde otra galaxia.

—¡Míralo! Te lo dije. Si hubieras despertado a tiempo estaríamos allí. —La diatriba de Raisa fue acompañada por una bola de nieve que se estrelló en el hombro de Blaze.

Anahy se giró para mirar hacia donde lo hacían todos, en una pista de esquí que acababa en el lado izquierdo de la casa. El inicio de la pista se perdía en el horizonte, pero hasta donde podía ver, desde la cresta bajaba con velocidad lo que para ella era un punto de color. A medida que se acercaba entendió que se trataba de una persona que se deslizaba sobre una tabla de snowboard a tal velocidad que arrojaba la nieve hacia los laterales. Su respiración se quedó atascada al verla desaparecer detrás de una cumbre y continuó sin usar sus pulmones hasta que apareció sobrevolando el aire. Impactó contra el suelo haciendo explotar a la vez gotas de hielo, aplausos y silbidos.

Anahy jamás había visto un espectáculo semejante. Admiró los movimientos fluidos, las rodillas poco inclinadas, los brazos a los lados, la espalda recta y su cabeza alzada, mirando al frente, como si el camino de delante no importara. Fuera quien fuera, daba la impresión de que no le costaba nada dominar la tabla a pesar de que la velocidad con la que bajaba era mortal.

La persona se acercó y la respiración de Anahy se aceleró al entender quién era.

«No debería haber tenido dudas».

Reconoció que no había preguntado por Sasha intencionadamente, pues no sabía si le alegraría su compañía o estaría más entusiasmada por su ausencia.

Los gritos y los silbidos aumentaron de volumen a medida que él se aproximaba sin disminuir la velocidad. Se detuvo con un movimiento brusco, girando y haciendo una pequeña curva a un metro de ellos. Aceptó las felicitaciones con los puños en alto y levantó las gafas de protección encima de su cabeza, que estaba sin cubrir.

—Loco —farfulló Anahy, al notar que aparte de los pantalones negros de esquí y una camiseta térmica roja, no contaba con ningún equipamiento de protección. Su pelo brillaba mojado por el rocío de la nieve, sus mejillas estaban encendidas y una grandiosa sonrisa enseñaba el blanco de sus dientes y el hecho de que parecía haberse levantado con el pie derecho.

Raisa se abalanzó sobre él, tirándose a su cuello, y Anahy les dio la espalda para dejar de observar lo que suponía que era un beso de reencuentro.

—¿Te enseñó tu cuarto?

Stiff le hizo dar un brinco. Era un fantasma que se materializaba cuando menos lo esperaba. Asintió en silencio y se encaminó hacia la entrada con su mochila colgando de un hombro. Stiff dejó en el recibidor las dos bolsas de lona grandes que llevaba y le señaló con la cabeza la escalera que desaparecía en el techo. Mientras subía, Anahy notó que la decoración de la sala de estar era acogedora. Una chimenea sin encender ocupaba una pared entera. Almohadas de todas las dimensiones y sillones en forma de pera daban el color a la estancia. La planta superior contaba con dos líneas de puertas a cada lado del vestíbulo y estaba menos iluminada que la de abajo. Stiff la guio hasta la última puerta que se diferenciaba de las otras por estar pintada con los colores de un arcoíris.

Preocupada por descubrir lo que ocultaba el cuarto, Anahy no se percató de que el ergy había desaparecido. Dejó la mochila en el suelo y caminó con pasos timoratos hasta la ancha puerta de cristal. La abrió para salir al balcón, y ante la vista espectacular ganó coraje para avanzar hasta la barandilla. El aire era tan oxigenado que sus pulmones se hincharon como un balón. La nieve resplandecía, haciendo que le lagrimearan los ojos. La casa estaba alejada de las otras, tanto que veía algunos techos en la lejanía y puntos que se movían en las pistas altas, pero nadie aparte de ellos ocupaba la zona.

El ruido de abajo atrajo su atención. Los chicos seguían riendo y comentaban en voz alta, el sonido se alzaba con el viento. Notó que Blaze había sacado el equipaje del maletero y una pequeña montaña de bolsas de viaje esperaba al lado del coche.

Sus ojos se empeñaron en estudiar a una persona en especial. Sasha se

había quedado con una camiseta negra de manga corta y hablaba animado. Se quitó las gafas de la frente y las tiró sin cuidado encima del equipaje a la vez que se alborotaba el pelo con la otra mano. Anahy apretó la barandilla entre los dedos al verlo llevar las manos al dobladillo de su camiseta y quitársela de un solo movimiento.

—¡Deja de presumir! —gritó Raisa tirándole un guante, pero Anahy se perdió el resto del diálogo, absorta en la fantástica imagen.

«Fantástico» era la descripción correcta, pensó, notando la boca seca. Los músculos tensos, la piel dorada, reluciente por el sudor. Sus hombros eran redondos, los brazos fornidos, el pecho ancho y la cintura tan estrecha que se preguntaba cómo era posible que sus pantalones se mantuvieran en su sitio, ya que había bajado los tirantes de los hombros y colgaban por su parte trasera. Una parte trasera que pedía a gritos una segunda mirada, y una tercera...

Anahy se percató de que se había perdido en el tiempo y espacio mirando el culo de Sasha cuando este se inclinó para recoger sus cosas. No podía pensar en aquel momento en cuáles eran los síntomas de hiperventilación, pero el sudor frío que le cubrió la espalda, la excesiva respiración y el vértigo que empezó a sentir al mirar hacia abajo no eran señales de buen augurio. Sacudió la cabeza y cuando enfocó la vista, Sasha se giró y miró hacia arriba. Sus ojos chocaron, una mirada sorprendida, la otra insolente. Con la boca reseca, Anahy la abrió para inhalar la humedad del aire. Tuvo una leve certeza de que él interpretó de modo equivocado su gesto cuando extendió largamente los brazos y ejecutó una reverencia, para volver a mirarla sonriendo. Al tener una imagen clara de sus labios curvándose, los de ella empezaron a hormiguar y la sensación se extendió por toda su piel. La energía latió dentro de su pecho como si acabara de despertarse después de un largo sueño. Otro indicio de que algo estaba mal con ella se sumó a los otros: sus rodillas se debilitaron y Anahy se dejó caer al suelo cayendo sobre su trasero, con el corazón a mil.

Risitas y comentarios seguían escuchándose desde abajo, pero había perdido la vista. Alzó las rodillas hasta el pecho, sintiendo el crepitar de las chispas en su interior, aumentando la presión. Se sentía tan enferma como jamás había estado. La energía siempre había sido una carga, pero los otros síntomas la preocupaban.

—¿Eres idiota? ¿Crees que no se hace preguntas? —La frase, aunque susurrada, se escuchó lo bastante alto como para entenderla y la hizo agudizar

los oídos.

—¿Qué importa? ¿No la habéis traído por eso? —Ese murmullo, mucho más claro, no le dejó lugar a las dudas de que la respuesta había sido de Sasha.

—No está preparada todavía —volvió a sisear la chica, pero Anahy no podía estar segura si se trataba de AUSA o de Raisa.

—¿Qué pretendes? ¿Hacerle una presentación virtual con ejemplos?

—No podemos decírselo tal y cual. Debemos darle tiempo...

—No tenemos tiempo —la cortó Sasha, sonando irritado—. Te olvidas de que yo estoy en contra. No me importa cómo lo hagáis.

—¡Eres increíble! ¿No estamos en el mismo equipo?

La pausa que siguió hizo que Anahy aguantara la respiración. Se mordió el labio inferior, teniendo claro que era el objeto de la discusión y preguntándose por qué hablaban de ella y no con ella. Notó que la voz de Sasha sonaba cansada al responder.

—Si la escondemos, va a debilitar el equipo, Raisa. Podemos perderlo todo por su culpa.

—No arriesgamos nada. Aquí somos libres. Nadie lo sabrá.

—¡Ella lo sabrá! —Sasha gruñó en voz baja—. ¿En serio crees que no habrá consecuencias? ¿Qué aceptará la situación sonriendo? ¿Qué hará después, en eso habéis pensado? ¿Podrá mantener su boca cerrada? Es un blanco, tarde o temprano le pertenecerá a Madelyne o a Zariah —graznó, y Anahy estuvo segura de haber escuchado el repiqueteo de sus dientes, así como una exhalación agitada de Raisa, que prosiguió:

—Estás exagerando.

—Espero que sí. Porque de lo contrario puede costarnos nuestras vidas.

Las zancadas enojadas y el portazo le indicaron que la conversación había acabado. A pesar del calor del interior de su pecho, Anahy sintió las gotas de sudor helándose en su piel. Se recostó contra la barandilla, mirando atónita el techo. ¿Qué podía ser tan grave para que costara sus vidas? ¿Por qué estaba Sasha en su contra y contra sus amigos? Se hizo un millón de preguntas mientras repasaba lo que sabía de ellos y tuvo que reconocer que no era mucho. Había confiado de forma instintiva, contenta porque se sentía en su elemento y no la veían como a un bicho raro.

«Vas a enterarte pronto», se dijo, levantándose con dificultad. Se había quedado en la misma posición por tanto tiempo que los dedos doblados en puños se le habían dormido, igual que el trasero sentado en el suelo mojado.

Su habitación era pequeña, el espacio suficiente para la cama y un armario con puertas correderas metálicas. Una pantalla plana colgaba del techo en el extremo opuesto a la cama y los colores eran igual de cálidos que en la sala de estar, desde el amarillo de las cortinas al verde del juego de sábanas en la cama. El suelo de granito oscuro no estaba cubierto por ninguna alfombra y sus pasos débiles marcaban un ritmo constante.

Se detuvo ante la puerta y pegó la oreja para escuchar si había movimientos en el pasillo. Necesitaba buscar el cuarto de baño, pero no le quedaba energía para un enfrentamiento. Al no estar segura de si se encontraba sola en la planta superior, asomó la cabeza para inspeccionar; después avanzó con pasos sigilosos por el pasillo despejado, estudiando cada puerta en busca de la que necesitaba. Apostó por la pintada de blanco, pues se diferenciaba de las otras por una pequeña ventana de cristal opaco, cortada en la mitad superior. Golpeó suavemente y, al no recibir respuesta, giró el pomo.

El ruido del agua cayendo en la ducha fue el primer indicio de que el cuarto estaba ocupado. La certeza de que había cometido un error la tuvo cuando advirtió la forma borrosa del cuerpo de un hombre en la cabina de ducha.

La corriente de aire le indicó a Sasha que tenía un visitante. Aquella fragancia que lo enloquecía llenó sus fosas nasales y le confirmó quién era la intrusa. Alzó la cabeza bajo el agua y cerró los ojos, esperando que las gotas borrarán el perfume.

Se había burlado de Anahy, pero se lo había puesto tan fácil que le había resultado imposible detenerse. Su imagen vista desde abajo había sido irresistible: las mechas del color del fuego danzaban alrededor de su rostro ruborizado, sus ojos brillando febriles y los labios entreabiertos en una expresión provocadora. Apostaría a que ella ignoraba haber tenido una expresión provocadora, pero eso solo la hacía más interesante. La naturaleza de sus gestos podría convertirse en un asunto adictivo. Farfulló al percatarse de que vapores calientes empezaban a salir de su piel a pesar del agua helada que usaba para ducharse.

Tanteó con la mano la pared exterior hasta encontrar la toalla y se la colocó en la cintura, sin molestarse en secar su cuerpo.

—¿Te quedas o te vas? —preguntó, extrañándose de que su voz hubiera sonado áspera y, además, sentía la garganta seca aunque acababa de salir del agua.

Observó que el color desaparecía del rostro de Anahy para volver a

concentrarse en sus mejillas. Ella abrió la boca con la mirada fija en su cuerpo y volvió a cerrarla.

—Supongo que te quedas —comentó, su sonrisa se ensanchó hasta que los pómulos le protestaron por la tensión de la piel. Aquella, la que dibujaba su boca, no le molestaba, pero la que crecía en su interior era motivo de preocupación. La chica se colaba en sus venas en todas las formas posibles. Le gustaba su físico y le encantaba su personalidad. Era como una chispa en busca de un impulso para encenderse y explotar.

Y su apodo era «impulso», no podía resistirse a provocarla.

—Yo me quedo, tú te vas —replicó Anahy, recuperándose con rapidez.

Sasha se mordió la mejilla por dentro para dejar de sonreír. Aun así, sus labios se curvaron al avanzar dos pasos hacia ella solo para probar su reacción.

Anahy se estremeció de modo visible durante un momento. Después plantó los pies separados en el suelo y puso las manos en las caderas, sosteniéndole la mirada. Su mentón se inclinó hacia arriba y sus labios estaban bien cerrados. No se veían como una línea fina porque eran demasiado llenos para conseguir el efecto. Demasiado llenos, demasiado rojos, como un fruto maduro, listo para ser saboreado. Y él conocía su sabor. Volver a probarlo no era una idea inteligente, pero era una que tenía más de un punto de atractivo.

—¿Estás segura? —Sasha dio otro paso, acercándose hasta que los separaron pocos centímetros.

Muy pocos.

El calor que irradiaba el cuerpo de Anahy llegaba a besar su piel desnuda. Podía observar que el interior de su pecho se había convertido en una hoguera, pero se mantenía firme y la energía no viajaba hacia otras partes. A lo mejor sí que existía esperanza para ella, meditó contento, porque se veía menos cansada que en los últimos días.

Alzó la cabeza al notar que el aliento de Anahy se había convertido en jadeos y, aunque continuaba manteniéndole la mirada, la de ella estaba oscurecida, con las pupilas dilatadas. Su piel había adquirido un tono rosáceo y su pecho subía y bajaba en busca de aire.

La respuesta de su cuerpo fue tan violenta que Sasha apretó las manos en la toalla. Sus músculos se tensaron, la piel se sensibilizó, la sangre viajó a torrentes hacia las dos partes de su cuerpo que más preciaba. Sacudió la cabeza para concentrarse, pero antes de razonar avanzó los centímetros que los separaban.

—Te he preguntado si estás segura —susurró, inclinándose para hablar contra su oído e inhalar su perfume—. ¿Quieres que me vaya?

Sus labios dieron con la oreja de Anahy y pensó que iba a resultarle dolorosamente difícil alejarse si su respuesta era afirmativa. Ella se inclinó de modo casi imperceptible hacia él y sus esperanzas aumentaron. Agarró la toalla solo con una mano y la otra la usó para cerrar la puerta a la espalda de Anahy y después esconderla entre su cabello.

—¿Anahy? —pidió, buscando la aceptación en sus ojos. La encontró, pero precisaba escucharla de su boca. La que se había entreabierto, pero continuaba manteniéndolo en expectación.

Su piel se transformó en brasas, demasiado centrado en ella como para hacer explotar la energía en su interior. Bajó la cabeza hacia su boca sin prisa, todavía a la espera del rechazo.

Anahy chocó con él de forma brusca, empujada desde atrás por la puerta.

—¡Oye! ¿Qué hay? —vociferó Raisa, asomando la cabeza y la mitad superior del cuerpo por el hueco que había creado.



—¿Estás loco? ¿Qué haces?

Sasha se frotó con nerviosismo el pelo, sin importarle que las gotas salpicaran a Raisa.

—¿Qué hago? —preguntó inocente. Miró la puerta por donde había desaparecido Anahy, pero no a Raisa. Colocó la toalla en su cintura y al final alzó la cabeza.

—Pensé que no te gustaba —resopló con ruido—. Es lo que dijiste. ¿Y te pillo a punto de...?

—¿De...? —Sasha le sonrió con el propósito de ayudarla a acabar la frase a la vez que se entretenía con el brillo metálico de su mirada—. ¿Celosa?

Raisa lo empujó con tanta fuerza que lo lanzó contra la pared.

—¡No me tomes el pelo! ¿Cuáles son tus planes con ella?

Sasha se secó el hombro mientras se carcajeaba despacio.

—¿Desde cuándo debo pedirte permiso para verla?

—No te hagas el idiota —espetó, sacando metafóricamente humo por los oídos. Se alejó unos pasos y volvió a acosarle—. Es una cóctel. No puedes jugar con una cóctel.

—¿Quién dijo algo de jugar?

Notó la sorpresa en la mirada de Raisa y que se volvió oscura al entenderlo.

—¿Te gusta? —chilló tan alto que Sasha tuvo que hacerla callar presionando dos dedos sobre su boca—. Te gusta —volvió a susurrar después de alejar su mano de un empujón. Alegría y espanto lucieron en su rostro—. No puede gustarte.

—¿A ti no te gusta? ¿Por qué haces de «madre gallina» con ella?

—Yo quiero protegerla, no tirármela. ¿Qué diablos tienes en la cabeza?

La respuesta correcta estaba en la pregunta, pensó Sasha, torciendo el gesto. Diablos, la tenía en la cabeza. Era el primero en reconocer que sus sentimientos hacia Anahy no eran angelicales. Sí, también quería protegerla, pero Raisa tenía razón en insistir en defenderla de él.

Suspiró rendido.

—No es nada, no te preocupes. Mantengo mi opinión. Es vuestra.

—¿Es nuestra después de acabar tú con ella?

Los destellos de la mirada de Sasha se volvieron dorados, el primer síntoma de que empezaba a perder los nervios.

—No me provoques. Es mi vida.

—Tu vida está enlazada a cientos, Sasha. — Raisa suavizó el tono de su voz.

Hizo todo lo posible para decirlo sin que sonara a acusación. Él había tenido suficiente.

—¡No debes recordármelo a cada rato! Lo sé. No desaparece de mi cabeza ni un puto segundo. Cada decisión que tomo, cada palabra que escapa de mi boca, ¡joder!, cada respiración mía es vuestra—vociferó Sasha con las manos unidas en la parte de detrás de su cabeza mientras pisaba el suelo con zancadas furiosas—. Sé que debo cargar con eso e intento hacerlo. Lo hago, lo hice... —resopló y se volvió hacia ella, dejando caer los brazos—. Pero necesito mi vida, Raisa. Mía, no la de todos vosotros.

La chica se recostó contra la pared y frunció el entrecejo.

—Lo siento —murmuró—. Te entiendo. Ha pasado mucho tiempo, a lo mejor si lo hablas con Madelyne...

Sasha agitó la cabeza y una sonrisa fatigada se asomó en sus labios.

—Madelyne se aprovechará hasta mi último aliento.

—Inténtalo con Zariah —propuso.

—¿Contarle a Zariah que Madelyne me chantajea? —Fingió pensárselo—. Le dará un premio.

—No puedes saberlo.

Un rictus crispó los músculos de su rostro.

—Pero lo sé. Y tú también. Vete a jugar con tu amiguita, pequeña. «Papá» necesita descansar.

—«Papá» quiere jugar con mi amiguita —canturreó ella, despidiéndose con un abrazo corto.

Raisa dejó de sonreír cuando salió al pasillo.

Entendía la presión que aguantaba Sasha. La impotencia de no poder

cambiar nada, los nervios, la desesperanza. Era normal que necesitara desahogarse, pero meterse con Anahy era la peor idea. Ya tenía una multitud de personas que dependían de él, una más, que además no estaba en su equipo, era demasiado. Los cócteles no se usaban para enamorarse. Los cócteles se usaban y punto. Era un precio pequeño que había que pagar para salvar el mundo de los ergys.

No era ni ciega ni tonta, pero Sasha lo había escondido bien. Si no los hubiera pillado, si no hubiera visto con sus ojos los rostros sorprendidos y culpables de ambos, existía la posibilidad de seguir ignorante con respecto al tema. Sasha mantenía privadas sus escapadas. Saber que Anahy no le era indiferente le daba ganas de chillar espantada y bailar de felicidad a la vez. Se alegraba por él, pero si la relación avanzaba, Anahy podría convertirse en una prioridad para él. No podría permitirlo, sin importar lo bien que le cayese la chica.

Raisa golpeó la puerta de la ocupante de sus pensamientos y cuando no recibió respuesta, la abrió e inspeccionó el espacio vacío. Se encaminó hacia la planta baja y respiró aliviada al ver desde la altura de las escaleras que Anahy estaba hablando con Stiff.

Apresuró el paso y cuando la alcanzó, la cogió del antebrazo y la llevó fuera a rastras.

—Bajo mi punto de vista es mejor quedarte con uno —comentó mientras caminaba deprisa hacia el principio del bosque.

—¿Cómo? —Anahy se concentró en dar un paso cada vez. La nieve crujía bajo sus botas y temía resbalar, problema que no tenía Raisa, que parecía estar perseguida por todas las fuerzas del infierno de La Creadora. No la culpaba, entendía que debía estar furiosa y la aterrizzaba la idea de la confrontación, pero sabía que debía explicarse. La cobardía no era uno de sus muchos defectos.

Era culpable. Se había alejado del cuarto del baño corriendo y con la cabeza gacha, sabiendo que no podía esconder el rubor de sus mejillas. Pasó un buen rato en la cama con la mirada fija en el techo. Si la tentación tuviera cara, pensaba que estaba en lo cierto en ponerle la de Sasha. Y empezaba a creer en la existencia de la manipulación mental, o no encontraba explicación para lo que acababa de hacerle. La había hipnotizado solo con el poder de su mirada. Las promesas que había encontrado en sus ojos habían sido irresistibles. Se había olvidado de que no le gustaba como persona y que una

de sus amigas era su novia. Aunque Raisa no los había pillado in fraganti, solo un ciego no hubiera visto que la situación era comprometedor. Al final, decidió que acompañarlos a la montaña no había sido una decisión inteligente. Secretos, algún plan que la incluía, Sasha que la acosaba solo con su sencilla presencia y el hecho de que se sentía débil físicamente, todo eso era demasiado para soportar. Había bajado para persuadir a Stiff de que la ayudara a regresar al valle.

Después de pasar la primera línea de árboles, Raisa se detuvo y le liberó la mano.

—¿Sasha? ¿Stiff? Decídete, o por lo que tengo entendido de las leyes de los nulos, vas a tener mala fama. No es que nosotros las respetemos, pero dos a la vez puede resultar agotador —finalizó torciendo el gesto—. Además, ninguno comparte lo que es suyo.

—¿Qué? —preguntó desconcertada. Estaba mareada por los detalles y las expresiones curiosas que había usado la ergy. «Las leyes de los nulos» se repetía en su cabeza y pasó un momento hasta entender a qué se refería—. ¡No! ¡Espera! No estoy con ninguno. Lo siento, Raisa. Sé que Sasha es tu novio y Stiff no me interesa de ese modo. Te prometo que no volverá a pasar. De hecho, no estoy segura de qué fue lo que pasó. Él es tan... pero, claro, yo tengo mi parte de culpa... —Enfrascada en soltarlo todo de golpe, Anahy no se percató de que Raisa se reía con ganas hasta que sus carcajadas empezaron a hacer eco en el aire.

Cerró la boca, más perdida que al principio de la discusión.

—Si Sasha hubiera sido mi novio, me habría encargado de que te quedaras sin ojos cuando vi cómo lo mirabas —dijo Raisa después de agitar las manos para calmarse. Su voz tan dulce contrastando con el hielo de sus ojos hizo que Anahy se estremeciera—. Pero no lo es. Es lo más parecido que tengo a un hermano.

Anahy se imaginó que su estupefacción era evidente, ya que la ergy volvió a reírse.

—Así que Stiff no te interesa de ese modo, lo que deja a Sasha el lugar del protagonista.

—¡No! No. —Anahy se giró sobre sus talones, frotándose la frente. No podía concentrarse en hablar y asimilar las noticias a la vez—. Él tampoco me interesa, solo que... No tengo ni idea de cómo llegué a esa situación —reconoció, levantando una mirada avergonzada—. No me gusta, no lo soporto —vociferó ante la expresión de incredulidad de Raisa—. Estaba

pidiéndole a Stiff que me ayudara a bajar, quiero regresar a la ciudad. Cometí un error al venir aquí.

—Ni hablar. —Raisa golpeó la tierra con la punta de la bota y desvió la mirada, un claro reflejo de incomodidad. Por un segundo, Anahy esperó que fuera a contarle lo que había hablado con Sasha, pero el momento pasó y volvió a mirarla sonriendo—. Yo te invité, me haré cargo de que lo pases bien. No te preocupes por Sasha. Muchas veces parece un perro furioso, pero en realidad es un perrito que busca abrazos.

—No me dan miedo los perros, eso no es lo que me preocupa —Anahy murmuró con la vista en el suelo. Dejando a un lado al ergy, aún quedaban muchos asuntos pendientes.

—Pues a mí es lo único que me interesa. No juegues con él. No juguéis y punto. Hay cosas... —Raisa frunció los labios, después sonrió, una sonrisa que no llegó a sus ojos. Volvió a coger la mano de Anahy para llevarla de vuelta—. Solo haz lo mismo que yo y estarás bien.

«Esta es la peor idea de todas».

Anahy la siguió porque los dedos de Raisa la agarraban con tanta fuerza que le resultaba imposible liberarse, pero el mero pensamiento de hacer lo que ella hacía le daba reparo.

Al entrar encontraron la casa en silencio y la ergy se convirtió en un monstruo enfurecido.

—¡Se han ido sin mí! ¡Voy a matarlos! —vociferó mientras corría para mirar a través de la cocina, pateando puertas y tirando los cojines en el aire como si fuera a encontrar a sus amigos escondidos bajo estos. Cuando se calmó, empezó a dar órdenes—: Vamos. Tienes equipamiento, ¿verdad? Te quiero lista en cinco minutos. Qué prefieres, ¿esquí o snowboard?

—Espera. —Anahy la detuvo cuando ya había subido varios escalones—. ¿A dónde quieres que vayamos?

La sonrisa de Raisa ocupó toda su cara. Dobló las rodillas y empezó a mover las caderas adelante y atrás mientras sus brazos creaban ángulos agudos al lado de su cuerpo.

—Oh, no, no, no. Lo siento, Raisa, pero no es para mí. Prefiero admirar el paisaje que adelantarme en abrazar a la muerte.

—No te preocupes. Yo te enseñaré.

«¿Por qué me molesto en protestar?», se preguntó Anahy, mirándola desaparecer. «No te preocupes» era la frase favorita de Raisa y se había convertido en el lema de su vida. Apostaba a que, si llegaban a despertarla en

mitad de la noche gritando que la casa estaba en llamas, sus primeras palabras serían «no te preocupes».

Subió la escalera mucho más despacio y se detuvo ante la puerta de color rojo que estaba entreabierta y que, suponía, pertenecía a la muchacha.

—¿Raisa? —llamó desde el pasillo—. Me gustaría quedarme en casa o salir a dar un paseo. Preparar la comida, lavar los platos... —«Incluso fregar el cuarto de baño ». Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa a cambio de no subirse en una tabla de madera para dejarse a merced de su suerte.

—No hace falta. El cocinero es Stiff. Te quedan tres minutos. —Se escuchó un grito desde el interior del cuarto, después de que sonaran varios golpes y un par de maldiciones en voz baja.

Entendiendo que no tenía escapatoria, Anahy entró en su habitación y se cambió el pantalón que vestía por unos leggings térmicos, las botas altas por otras de media caña, especiales para la montaña, y cogió de paso una bufanda amarilla y los guantes. Llevaba una camiseta de manga larga y eligió quedarse con la chaqueta en la mano hasta que salieran.

Raisa se había puesto un conjunto elástico rojo de cuerpo entero que destacaba todas sus curvas. La hizo sentirse pequeña, desaliñada y torpe, todo a la vez. La ergy se había recogido el pelo en un perfecto moño alto, decorado con una pequeña flor, mientras que el de ella colgaba en mechales despeinadas, como de costumbre. Su camiseta era antigua, larga para cubrirle el trasero y lo bastante ancha como para no permitir que alguien imaginara su cuerpo.

—Me gusta tu estilo —comentó Raisa, mientras comenzaba a caminar hacia la salida.

«Y a mí el tuyo ». Anahy solo logró pensar el cumplido, viendo que ya la perdía de vista. Giró al salir por la puerta trasera y descubrió sorprendida un cobertizo tan ancho como la construcción y que escondía una zona de barbacoa y varias motos de nieve. Raisa montó una y le hizo señales de que se acercara.

—¿Estás segura? —preguntó, mucho menos entusiasmada que la ergy.

—No te preocupes —dijeron a la vez, estallando en carcajadas.

Raisa le ofreció solo el minuto que necesitó para subir y rodear su cintura. Anahy se alegró de haber usado toda su fuerza, ya que la moto arrancó tan de golpe que tuvo la impresión de que había desaparecido de debajo de su trasero. Después la chica tomó una curva cerrada y el vehículo se inclinó de forma peligrosa hacia un lado. Anahy soltó un grito al dar con la tierra helada

a pocos centímetros de su nariz. Se arriesgó a mantenerse con una mano la fracción de segundo que necesitó para bajar las gafas de protección de su cabeza. Luego el entorno se volvió borroso y su mundo se convirtió en el rugido potente del motor, el aullido del viento en sus oídos y los cortes fríos que provocaba este en sus mejillas. Por el modo como debía aferrarse a la cintura de Raisa supuso que subían, y, aunque no veía nada, o precisamente por eso, un sentimiento de libertad se hizo hueco en su interior, hinchándole el pecho. La risa creció en su garganta y un grito liberador escapó de su boca. Sintió el estremecimiento del cuerpo de Raisa, que también se reía.

El peligro había sido parte de su vida desde que tenía memoria, pero la adrenalina que acompañaba el sentimiento era la del miedo, no la de la expectación. Era la de tener cuidado, la de disminuir las consecuencias, y encarcelaba cualquier emoción alegre. Lo que no era el caso en aquel momento. Anahy siguió el consejo de Raisa y dejó de preocuparse.

Después de unos minutos, la moto frenó igual de brusco a como había arrancado. Anahy despegó sus manos de la cintura de la ergy y se subió las gafas a la coronilla. El paisaje la dejó con la boca abierta. Se habían detenido en una pequeña plataforma, no más de unos metros de tierra plana. Por encima de sus cabezas la montaña se juntaba con el cielo y en el lado opuesto descendía en picado. Su cabaña se veía como un pequeño punto oscuro en el medio de un océano blanco.

—¡Lo que habéis hecho no quedará impune! —amenazó Raisa.

Anahy se giró y observó que los otros se encontraban ahí, cada uno a lo suyo. Blaze pasaba un trapo sobre su tabla y Ausa estaba sentada en el suelo, cerrando las correas de la suya. Sasha ya se hallaba de pie, listo para bajar.

—Nadie va a espera a que te salga a ti el peinado perfecto —dijo él, colocándose las gafas, gesto que Anahy agradeció, pues no se sentía tan animada como para poder mirarlo a los ojos.

—Lo es, ¿verdad? —Sin enfadarse por la réplica cortante, Raisa se pasó la mano por encima de su cabello que había sobrevivido al trayecto y ni un pelo se había soltado—. ¿Hacemos una carrera?

Blaze levantó el pulgar hacia arriba, Ausa sonrió y Sasha asintió.

—Si te das prisa.

—Nada de prisa. Anahy es principiante —respondió ella—. ¡Stiff! Trae el equipo para ella.

Anahy bajó de la moto y verificó la estabilidad de sus pies. Sus músculos temblaban como gelatina, dudaba que estuviera preparada para su primera

lección. Dudaba que cualquier otro día estuviera preparada. Los ergys dominaban todos los deportes y las instalaciones estaban creadas con un grado de peligrosidad imposible para un nulo. Las pocas que pertenecían a los nulos eran parques de juegos para los ergys.

—Creo que empezaré por miraros —dijo, percatándose de que Stiff salía de un pequeño almacén pareciendo un árbol de ofrendas de La Creadora. Iba cargado con botas, tablas, guantes de protección y otros objetos de apariencia extraña que no logró identificar.

Llegó a su lado, los tiró al suelo sin cuidado y regresó al cobertizo.

—¿Estás segura? —preguntó Raisa. Se inclinó para elegir una tabla de color rosa con un dibujo de rayas negras—. No tardaremos mucho. Quiero hacer esta carrera y luego seré tu profesora, ¿de acuerdo?

—Que vuestra Creadora me ayude —murmuró Anahy.

Alzó la cabeza al oír las carcajadas profundas de Sasha. Entonces vio que Stiff se acercaba arrastrando un trineo antiguo. Su expresión era tan inocente y seria que incluso Anahy se llevó la mano a la boca para ahogar la risa.

Él trajo el trineo hasta su lado, se lo ofreció con una reverencia y se alejó caminando al revés sin dejar de mirarla.

—Esperemos que la cóctel sepa montar un trineo —siseó Sasha mirando el cielo.

—Espero que te rompas el cuello —replicó Anahy sin pensárselo dos veces.

El silencio se hizo tan profundo que pudo oír el temblor de las ramas de los abetos bajo una humilde ráfaga de viento. Bajó la cabeza y se mordió el labio inferior, segura de que había ido demasiado lejos y los había insultado a todos con su comentario.

—Siento decepcionarte —dijo Blaze. El divertimento que anunciaba su voz la convenció para mirarlo—. Fui a ver a todas las brujas del pueblo, pero ningún hechizo le hace efecto. Con todas las gallinas que murieron y no se le cayó ni un pelo de la cabeza. —Dio la sensación de que hubiese querido continuar, pero una bola de nieve alcanzó su boca.

—Quizá deberías pasar al segundo nivel y matar a un cerdo —comentó Ausa mientras se levantaba sobre su tabla—. O siempre puedo pedírselo a La Creadora. Acabo de conocer a un sacerdote que me contó unos secretos.

Anahy entendió que había escapado ilesa y la «bomba» había sido desactivada.

—O necesitas un corazón de nulo —intervino Raisa y por la expresión

extasiada de su rostro se entendía que incluso se ofrecía a encontrarlo.

Sasha flexionó las rodillas y aleteó las manos.

—Mientras hacéis planes para dejarme calvo, os voy a patear el culo. El último se queda sin helado.

—¡A la de tres! —gritó Stiff, que se había mantenido al margen sin comentar nada, aprovechando para prepararse.

—Uno...

Anahy se quedó mirando cómo tomaban posición. La concentración de sus miradas le decía que quedarse sin helado era inadmisibile.

—Dos...

—¡Espérame! —le gritó Raisa.

—¡Y tres!

Los cinco desaparecieron de su campo de visión tan rápido que parpadeó desconcertada. La nieve crujió, gotas de hielo explotaron del suelo, luego se percató de la presión del aire de su alrededor, una racha intensa que se calmó en pocos segundos. Los siguió con la mirada hasta que tuvieron el tamaño de unos juguetes, luego se giró para estudiar su trineo.

—Parece que vamos a ser buenos amigos —comentó, segura de que jamás conseguiría volar encima de una tabla.

Estudió el paisaje en busca de una zona menos arriesgada para probar aquel juguete. Descartó la pista por donde habían desaparecido ellos por ser muy abrupta. Además, el hecho de que no veía su final no le daba mucha confianza, y a pesar de saber que acababa cerca de la casa, no quería hacer el ridículo. ¿Aparecer con su trineo arcaico al lado de sus tablas modernas? Ni en sueños se lo permitiría.

En la parte derecha de donde se encontraba vio una pequeña pista que finalizaba donde empezaba el bosque. El camino estaba recto, sin curvas, y Anahy se convenció de que no suponía peligro alguno.

Montó el trineo respetando las instrucciones que conocía desde que tenía cinco años. Cogió la correa entre las manos, le dio un suave empujón con los talones y levantó las piernas. El carruaje avanzó un metro, después se estancó. Tuvo que darle otro impulso.

Anahy entendió que había usado demasiada fuerza cuando ya era tarde para cambiar los hechos. Una vez cogida la pendiente, el trineo empezó a bajar con lo que le parecía más velocidad que las tablas de snow. Procuró frenar con los pies, pero la tierra estaba cubierta por hielo duro. Sin perder la esperanza, presionó con más fuerza, pero, entonces, trozos granizados

saltaron de ambos lados junto con polvo de nieve, cegándola por completo. Volvió a levantar los pies, calculando que necesitaba ver a dónde se dirigía. El momento en que notó la dirección solo tuvo tiempo de cerrar los ojos y gritar.

El sonido hizo eco en el espacio vacío, repitiéndose una y otra vez como en una cinta de audio estropeada, pero Anahy ya no lo oía.



—¿Qué ha sido eso? —Sasha se quedó quieto, entornó los ojos y agudizó los oídos.

—¿El qué? —inquirió Raisa sin prestarle atención. Miró hacia la puerta de la casa con la esperanza de que Blaze y Ausa regresaran con el helado.

—Algo... —murmuró Sasha, sin saber cómo explicarle. No podía describir la sensación, si había sido un sonido o una alucinación, pero el escalofrío que había sacudido sus músculos le decía que algo acababa de pasar y que no se trataba de algo bueno. Las finas cuerdas que formaban la marca de su cuello se deshilaron y apretaron cada una con una fuerza diferente. El picor era intenso. Esperaba que lo hubiera provocado su inquietud—. Diles que se apresuren. Quiero subir —pidió, volviendo a estudiar el pico de la montaña.

Se secó la frente con el antebrazo durante la espera. Tenía calor, sin embargo, el sudor que le cubría la piel se sentía helado y miles de agujas lo pinchaban como si sufriera una sesión brutal de acupuntura. El sonido de la puerta al cerrarse de un golpe lo sobresaltó, pero al ver que los chicos se habían sentado en la escalera y estaban combatiendo con las cucharas, entendió que no podía esperarlos. En una situación normal hubiera matado por una porción de helado, pero no había nada de normal en lo que fuera que se avecinaba. La inquietud de su interior crecía como un cáncer. El ritmo de su marca aumentó, cada pulsación más rápida y más ardiente que la anterior hasta que se sintió estrangulado.

—¡Me voy! —gritó, montando en la moto y acelerando en el mismo instante en que encendió el motor.

El trayecto le resultó interminable. Lo examinó en busca de cualquier anomalía que pudiera explicar el sentimiento incomprensible que lo acosaba

y luego volvió a concentrarse hacia adelante, esperando ver una mancha de color, la confirmación de que la cóctel se hallaba donde la habían dejado.

«No puede tratarse de ella», procuró tranquilizarse. El área les pertenecía a ellos. Los wises no tenían permiso para entrar, la pista era privada y el único peligro eran las ardillas que se hospedaban en los abetos.

Su corazón se detuvo antes de llegar a la cumbre y no encontrarla. Abandonó la moto y empezó a llamarla, mientras recorría el espacio con la mirada.

—¡Anahy!

¿Cuántos minutos habían faltado?, se preguntó. ¿Quince? ¿Veinte? No más de media hora en todo caso.

El Corazón de La Creadora estaba demasiado cerca, recordó, y no habían tenido ocasión de explicárselo a Anahy. Si se había acercado hasta la barrera o la había traspasado, podía haber quedado atrapada como una rata.

Sasha se adentró en el bosque, llamándola en voz alta y maldiciendo en voz baja. No había marcas en el suelo, ninguna fragancia en el aire, nada que delatara que la chica hubiera pasado por allí. Consideró qué otras opciones existían. No podía ser que Anahy se hubiese convertido, los cócteles no tenían el poder de hacerlo; no sentía olor a quemado, no veía humo, ni destellos de chispas o llamas. Las ondas energéticas del Corazón no estaban perturbadas, y eso era bueno. Tampoco escuchaba el zumbido de los drones de Madelyne o actividad que significara haber infringido los límites.

—Dragona, en cuanto te encuentre, te pondré una correa. Una resistente, que no podrás romper —prometió susurrando, girándose para volver a empezar desde el principio.

Regresó al claro sudado y con el corazón amenazando con salirse de su pecho. Encontró a los otros girando en círculos desordenados y mirando alrededor como si Anahy se hubiese convertido en un copito y estuviera escondida en el manto de nieve.

—¿Dónde está? —Raisa se le acercó. Por la mirada criminal y el dedo índice acusándolo, entendió que lo consideraba el principal sospechoso de haberla raptado.

Sasha tiró su chaqueta al suelo y se fue a la moto para buscar una botella de agua. Meneó la cabeza mientras bebía.

—No tengo ni idea. La he estado buscando hasta ahora.

—¡No ha podido desaparecer! —vociferó la chica—. ¡Anahy! —gritó varias veces, después se volvió hacia él—. Te juro que como me entere de

que le hiciste algo...

—No la he visto —espetó Sasha con los dientes apretados. La cóctel llevaba poco tiempo con ellos y ya se había asentado en una posición superior en la jerarquía del grupo si Raisa dudaba de su palabra y se preocupaba tanto que lo culpaba sin pruebas—. He ido hasta la barrera del Corazón. No la he encontrado.

—¡Aquí! —el grito de Stiff vino desde abajo. El sonido resonó y golpeó contra las rocas heladas.

Bajaron la pendiente deslizándose sobre el trasero, las rodillas o simplemente sobre la barriga en el caso de Ausa que parecía nadar por encima de la capa de hielo con las manos hacia adelante.

—Maldición —susurró Blaze.

—¿Anahy? —murmuró Raisa con voz llorona—. ¿Dónde está? ¿Dónde coño está? ¡Anahy! —chilló a todo pulmón.

El eco duplicó el nombre de la chica varias veces hasta que se apagó y quedó solo un silencio escalofriante. Miraron el suelo, hacia el trineo, que había quedado hecho una masa deforme. Encontraron unos arañazos en la corteza de un abeto que parecían garras y la tierra estaba oscurecida, como si hubiera sido arada. Vieron unas salpicaduras de color rojo que formaban un patrón en la nieve y desaparecían entre los árboles.

Forzándose a caminar, Sasha siguió la trayectoria de las manchas. Las señales se podían malinterpretar. Quería creer que había sido un simple accidente. No había mucha sangre, se tranquilizó, solo una mancha al lado del trineo y unas gotitas que terminaban a pocos metros. Se detuvo fastidiado al perder el rastro. ¿Dónde estaba Anahy? Si se había levantado, ¿por qué se había adentrado en el bosque y no había vuelto al claro? Alzó la mirada, estudiando las copas de los árboles, aunque suponer que hubiera podido trepar era una tontería.

—No pinta bien —la voz de Stiff vino desde atrás y Sasha se giró.

Había sido lo suficientemente contundente como para indicarle que también se veía afectado. Stiff, la sombra, el que jamás había dado señales de tener un corazón.

Le ponía nervioso que todos se preocuparan por Anahy, no porque lo hicieran, sino porque consideraba que era su prerrogativa. Fue el primero en conocerla. Debería haberla llevado al Éter entonces. Pagaba con creces su rebeldía contra Madelyne y la pizca de compasión que le había demostrado a la cóctel.

Se frotó la frente y se presionó los dedos sobre los ojos, considerando que exageraban en cómo actuaban. Habían adoptado a la chica como a un sintecho. La realidad no estaba lejos; apreciando la situación y el lugar en que se encontraban, todos ellos eran directamente responsables de su vida, dado que se hallaba en su territorio y había sido invitada por Raisa.

—No, no pinta bien —reconoció con voz cansada—. Debemos encontrarla.

—¿Dónde puede estar? —Blaze se acercó con pasos pesados, rozando con los brazos las ramas cargadas de nieve.

Sasha sacudió la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Las chicas están histéricas —murmuró, mirando hacia donde las había dejado.

—Diles que se vayan a casa. Nos quedamos nosotros. Ya ha anochecido; en unos minutos perderemos cualquier rastro.

—Es una de nosotros.

La afirmación de Stiff hizo que los dientes de Sasha rechinaran. Resopló, forzado a reconocer que su amigo tenía razón y que había evitado reconocerlo. Anahy no podía haber desaparecido sin dejar huella, los cócteles no podían convertirse. Manipular la energía en forma de luz era el modo de tornarse casi incorpóreos y para eso se necesitaba un núcleo puro, limpio y fuerte. Con suerte, el núcleo energético de los cócteles tenía la mitad de la potencia que el de ellos. Además, ella sabía usar solo el fuego. Alguien la había ayudado, un ergy. Lo que significaba que podía ser un amigo o un enemigo. Aunque hubieran perdido la capacidad de manipular la energía de la luz, los wise también podían moverse sin dejar rastro. Su forma era corpórea, pero podían manipular el hielo, la nieve y cubrir sus pasos.

Si ese era el caso, existía la posibilidad de haber perdido a Anahy para siempre.

—No se atreverían... —dijo Blaze, pero su voz se apagó al entender que sí, podrían haberlo hecho, incluso existía una gran posibilidad.

Sasha se recobró.

—Encárgate de las chicas y vuelve. No tiene sentido perder tiempo en buscarla por toda la montaña. No vamos a encontrarla.

—¿Qué propones? —inquirió Blaze.

Sasha flexionó los dedos e hizo crujir los nudillos.

—Hacer una visita no anunciada.

Miró a Stiff, esperando encontrar rechazo, pero una sonrisita con los labios

cerrados fue la respuesta que necesitaba. La de Blaze se ensanchó, llegando hasta sus ojos que brillaron en la semioscuridad.

—Hace tiempo que no nos divertimos —comentó—. No os iréis sin mí.

—Miente —añadió Stiff.

Fue suficiente para que Blaze lo entendiera. Las chicas no debían conocer su plan o iban a insistir en acompañarlos.

Tardó en convencer a Raisa y Ausa de que era mejor esperar en la cabaña para ver si Anahy aparecía allí. Al regresar encontró a sus amigos hablando en voz baja en el mismo sitio donde los había dejado.

Sasha se dio la vuelta y agachó la cabeza.

—Madelyne nos rastreará.

—Va a castigarnos —comentó Blaze a su espalda.

—Sufrimos un accidente —dijo Stiff.

Tres apariciones de formas humanoides hechas de chispas y energía empezaron a correr evitando los árboles, saltando por encima de las rocas, casi sin rozar la tierra. Al entrar en territorio enemigo el aire se hizo más frío, cargado de partículas heladas que apagaban los márgenes de su contorno. Se volvieron corpóreos y se quedaron estudiando la monstruosa construcción, una sombra oscura contra el blanco níveo.

—¿No hay nadie en casa? —Los dientes de Stiff resplandecieron en la oscuridad cuando sonrió.

—Quizás estén en el horario de trabajo y decoran los parques con estatuas de hielo —sugirió Blaze.

—Vamos a llamar.

Sasha hizo nacer en la palma de su mano una esfera de energía que lanzó contra la entrada. La puerta estalló en llamas. Después de que se apagaran quedó un agujero enorme en el centro, con los bordes ennegrecidos humeando.

—Buen tiro —lo felicitó Blaze. Repitió el proceso, incendiando su placa de snowboard. La alzó por encima de su cabeza y tiró con todas las fuerzas. El carbón se deshizo en decenas de trozos llameantes en contacto con la puerta.

Sombras plateadas empezaron a aparecer, moviéndose a saltos hasta que llegaron a rodearlos.

—Ya me pareció a mí sentir el olor de la comida —dijo Cold, estudiándolos con las manos en los costados—. Qué detalle por vuestra parte ofrecerlos voluntarios.

—¿Dónde está? —Sasha no se movió. Su mirada examinó a sus

contraatacantes mientras calculaba probabilidades. Solo Cold se había atrevido a tomar forma, los otros se habían quedado convertidos en estatuas de hielo. Resultaba escalofriante mirarlos, ver una escultura rígida en la que la única parte que se movía eran los ojos. Blancos. Fríos. Enfermos. La parte oscura de los ergys. La parte oculta. La enfermedad les dejaba feos, sin dones y sin emociones.

—¿Quién? —inquirió Cold, aburrido.

—Un metro setenta, mechadas de fuego. Fue tu postre estos últimos días —dijo Blaze. Su forma era solo mitad corpórea, desde las rodillas hasta el cuello la energía bailaba en formas geométricas, hermosas por su multitud de colores.

Cold cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro, echando una mirada fugaz hacia sus compañeros. Cuando hizo una señal y los otros se retiraron, Sasha entendió que se había guardado a Anahy solo para él. No le extrañaba, su egoísmo era conocido en el grupo de los «helados». Pero agallas no le faltaban, dado que había elegido quedarse solo contra ellos.

—¿Debería saberlo?

Lo rodearon y Cold levantó las manos en el aire a la vez que negaba con la cabeza.

—No lo sé.

—¿Tú mismo te crees cuando hablas? —inquirió Stiff, su voz era tan dulce que sonó sobrenatural.

Cold soltó una carcajada.

—El trato era que la tendríais vosotros hasta la noche del baile, momento en el que me pertenecería a mí. ¿Qué te imaginas que hice con ella? Un cóctel inocente, poderoso... sabroso —dijo después de lamerse los labios— cayó directa a mis brazos. La Creadora debe considerar que soy muy bueno. Sé aprovechar los regalos. Daba las gracias cada vez que me alimentaba. A La Creadora y a vosotros. Aunque me resultó curioso que no la entregaseis al Éter, no hice preguntas, ¿verdad? La cuidé, la protegí.

Sasha sintió cómo su interior se convertía en hielo.

—¿La habéis perdido? —continuó Cold, la risa sacudía sus hombros.

Sasha agarró su chaqueta en un puño, rozando, con intención, su cuello con la mano que ahora era fuego. El dolor brotó en la mirada de Cold y siseó, pero no se acobardó. Giró la cabeza e intentó escapar cuando el ergy jugó con el pendiente de su oreja.

—No te pases —espetó—. No lo sé.

—Te creo —dijo Sasha. Blaze protestó de forma ruidosa, sin aceptar su decisión—. A partir de ahora no te acerques a ella.

—Quieres decir si la encuentras —Cold no se dio por callado, su voz ronca mantenía la alegría.

La pizca de paciencia que guardaba Sasha se acabó y en el vacío creado quedaron solo las ansias de dañar. Levantó al wise varios centímetros por encima del suelo y cortó una línea de fuego por su garganta, disfrutando de cómo la piel se enrojecía. Cold intentó convertirse, pero era tarde para evitar la herida.

—Hablas demasiado —susurró Sasha, respirando por la nariz—. ¿Quieres transformarte en un charco sucio y maloliente?

Podía hacerlo. Podría hacer que aquella asquerosidad fertilizara la tierra. “¿Y después qué?”, le preguntó la voz de la razón. “Perderás todas las ventajas por las que tanto has luchado”. Pero la satisfacción...

Mientras se debatía, Stiff apareció al lado de Cold, imponiéndose para tenerlo a la vista. En silencio, negó varias veces con la cabeza. Para convencerlo, puso una mano en el hombro de Cold.

—¡Oh, el fantasma! —exclamó Cold, aún valiente incluso cuando su voz aguda delató el miedo—. ¿Me vas a matar a base de palabras? Mejor seamos amigos. Puedo darte el amor del que te privaron tus padres.

Sasha alzó una ceja interrogativa hacia Stiff. Este volvió a negar antes de hacer un movimiento sorprendente. Alzó el codo y golpeó la nariz del wise. Barrió sus pies y miró cómo se caía. Sonrió cuando Cold hizo el gesto de darse la vuelta y gimió por el esfuerzo.

—Me gusta el amor duro —susurró. Plantó la suela de su bota en la espalda de Cold y presionó para mantenerlo pegado al suelo—. Supongo que vas a retirar tu oferta, ya que tú eres de vainilla.

Se inclinó levemente para escuchar la respuesta del wise. Al no llegar, se dejó caer sobre una rodilla y palmeó su ropa. Encontró las dos piezas de cuarzo que guardaba para casos de emergencia, retiró su pie y las dejó en su lugar en la espalda de Cold.

—Demasiado considerado —lo regañó Sasha mientras se alejaban.

—Poca distracción —se quejó Blaze después de un rato en silencio. Su cabeza gacha, el suspiro que soltó y los labios fruncidos en un puchero eran indicios de que se sentía devastado.

Stiff lo empujó en el hombro de modo amistoso.

—Vamos a casa. Vendrán a buscarnos —dijo Sasha. Se arrancó la

camiseta, se alborotó el pelo y pasó la palma por su rostro, dejando marcas de humo.

Cuando entraron en la cabaña aparentaban haber salido vivos de un accidente solo de milagro.

—¿Qué ha pasado? —chilló Raisa al verlos.

—Nada. No te preocupes. —Sasha quiso ir al baño, pero el sonido de motores que venía de fuera lo hizo detenerse—. Empiezan a ser muy rápidos —comentó, cambiando de decisión y dejándose caer en el sofá.

La puerta golpeó la pared al abrirse y el cuarto se llenó de soldados.

—¡Mis niños! —Madelyne irrumpió como un tornado y se detuvo en seco. Los contó con la mirada—. Estáis todos. ¿Qué ha pasado?

Stiff sonrió y Blaze miró a Sasha que cerró los ojos y dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá.

—Te habrías ahorrado el tiempo, Madelyne, si hubieras llamado antes de visitarnos. No pasó nada. Tuvimos un pequeño accidente al practicar snowboarding.

—¿Un pequeño accidente? —La mujer entrecerró los ojos—. Os estrellasteis contra la puerta de la residencia de los wise. Los tres. Muy curioso.

Sasha sabía que era improbable que le creyera. Obtener residencias en zonas diferentes de la isla había sido un logro celebrado por los ergys. Eridanus, su rey, había respondido a sus quejas, porque con los wise cerca se arriesgaban a que no pudieran contenerse y alimentarse de ellos. Era suficiente que los reunieran en el Éter, el único espacio donde estaba permitido alimentarse. Madelyne personalmente se encargaba muchas veces de ofrecerles extras. Un ergy que había cometido un error, real o imaginario, otro que no respondía bien a sus pedidos, un cóctel que no se dejaba vencer, siempre se encontraban sujetos que se convertían en comida con una sola palabra.

También sabía que no podía explicar por qué habían ido a la residencia de los wise, pero Madelyne carecía de los métodos necesarios para forzarlo a contárselo, pues se lo había arrebatado todo, no le quedaba nada que pudieran quitarle.

Se perdió el movimiento que hizo para llamar a uno de los hombres, pero lo vio acercándose con un maletín. Agachó la cabeza sin que se lo indicara y esperó paciente a que le verificara la marca y el nivel de energía. Cuando acabó, encogió los hombros y volvió a estirarse.

—Son cosas que pasan —dijo.

Madelyne se golpeó la mejilla con el dedo índice mientras vagaba por el cuarto y se detenía unos segundos delante de cada uno para mirarlos a los ojos. Sasha alzó las cejas cuando llegó ante él.

La mujer era un soldado y se veía como tal. No era fea, pero las líneas de su rostro eran demasiado afiladas. Llevaba el pelo del color del carbón recogido en una coleta y a sus ojos castaños jamás habían visto llegar una sonrisa. Lo suyo no eran trajes y tacones, sino botas de combate y ropa cómoda, perfecta para luchar. Sabía que le encantaba hacerlo y que poseía la fuerza física para no acobardarse ante ninguno de ellos. La había visto derrotando un wise. Era verdad que había sudado, pero lo había hecho. Tenía la información de que en el Éter se había construido su propio grupo de entrenamiento con soldados de ambos lados. Era una nula poderosa y Sasha muchas veces se había preguntado a qué se debía su poder. Ya que era una de los pocos que formaban el grupo representante del gobierno nulo, los únicos que conocían los detalles del virus. Erydanus les informó años atrás, cuando tuvo claro que la enfermedad avanzaba, que no se acercaban a encontrar una cura y que era posible que se llegara a un final desastroso para las dos razas. El gobierno nulo no se había preocupado demasiado, estaban convencidos de que no se verían afectados. Pero habían puesto dos condiciones: mantenerlo en secreto para no crear pánico entre la población, condición que Erydanus aceptó de inmediato, e insistir en tener representantes en los Éteres para comprobar el progreso de la investigación. Para eso, Erydanus pidió elegirlos personalmente. Sasha no entendía como había escogido a Madelyne, un ser más frío en sentimientos que los wises,.

—¿Adelgazaste ? Te ves diferente. —A pesar de haberle dado un matiz burlón a sus palabras no estaba lejos de la verdad. Las ojeras de Madelyne eran permanentes desde hacía unos meses y su piel, llena de manchas oscuras.

—Os quiero a todos en el Éter mañana a las ocho —dijo ella. El brillo victorioso de su mirada fue el único indicio en su rostro de estatua de que disfrutaba con el castigo.

Se giró con un movimiento tan brusco que el granito chirrió bajo la suela de sus botas.

—Pero es nuestro fin de semana libre —protestó Ausa—. Vamos a perdernos las competiciones.

—Dile eso a tus «hermanos» —Madelyne arrojó la última palabra como si

la hubiera escupido.

No salió hasta que todos los guardias abandonaron el cuarto y el ruido del portazo fue el único sonido que se escuchó hasta que se oyó el de los motores de los coches alejarse.

—¿Qué acaba de pasar? —inquirió Raisa—. ¿Por qué os rastreó? ¿Sabéis algo de Anahy?

Stiff negó con la cabeza. Abandonó el salón y subió la escalera con pasos calculados, contando cada escalón.

—Pensábamos que la tenía Cold —le explicó Blaze, dejándose caer en el suelo.

Raisa abrió la boca a punto de protestar, luego la cerró.

—Por cómo os veis, supongo que él tampoco sabe nada. ¿Estoy en lo cierto? —Al ver que Blaze afirmaba con un sencillo movimiento de cabeza, se quedó mirando un punto fijo en la pared—. ¿Qué hacemos?

—Descansemos. Mañana tenemos trabajo —dijo Sasha, levantándose.

—¿Estás de coña? ¿Cómo te imaginas que podré descansar sabiendo que la pobre está quién sabe dónde, herida o asustada? Eso si sigue con vida... —se detuvo y miró a Sasha—. ¿Tú podrás hacerlo?

—Te sugiero que empieces a pensar en ti —espetó él—. Para ella puede ser demasiado tarde.

Sin dar señales de alteración y sin tomarle más de un instante, Raisa se convirtió en una masa centellante. La forma de su mano empujó a Sasha en el pecho, haciéndolo retroceder con violencia hasta la pared. Chispas y restos de cemento saltaron a la vez. Su rostro adoptó la forma justa para comentar con voz helada:

—A veces me pregunto si no queda sangre de wise en ti.

Sasha dejó caer la cabeza en el pecho. No la alzó ni cuando escuchó que todos se retiraban. Apoyó su espalda contra la pared, con miedo de que fuera a desmoronarse. Sus rodillas colgaban dobladas, sin fuerza suficiente para sostener el resto de su cuerpo. Un nudo se interpuso en su garganta, y, sin quemarlo, de nuevo tuvo la impresión de que su marca quisiera estrangularlo. Al final se deslizó lentamente hasta tocar el suelo y se cogió la cabeza entre las manos.



Anahy volvió en sí, pero mantuvo los ojos cerrados para entender por qué no se sentía en su elemento. Percibió una leve punzada de dolor en la sien derecha y que el tobillo del pie izquierdo le ardía. Cuando los recuerdos llenaron su mente movió con cuidado los hombros y abrió los párpados en busca de información. Como se encontraba tendida de espaldas lo primero que vio fue un techo rocoso. Giró la cabeza estudiando su alrededor y descubrió con sorpresa que se encontraba en una especie de cueva. La oscuridad estaba cortada por farolas posicionadas en fila a distancia de varios metros, pero no alumbraban lo suficiente como para poder apreciar los detalles. El espacio era amplio hasta donde podía distinguir y se perdía en la noche, semejante a un túnel.

—¡Se despertó! —El grito hizo eco entre las paredes de piedra.

Anahy estudió al ser propietario de unos pulmones con capacidades impresionantes. No tenía más de cuatro años, entendió, incorporándose en un costado para obtener mejor vista. El pelo rubio, desordenado, le cubría las orejas, y sus ojos vivaces brillaban con esperanza e ilusión, incluso en la semioscuridad. Al sonreírle, ella notó que sus dientes se parecían a los granos de arroz, igual de pequeños y blancos.

—Soy Lreky —dijo en voz cantarina mientras se acercaba y ensanchaba la sonrisa—. Estuviste enferma. Mi padre te encontró y mi madre te cuidó. Eres guapa, pero mi madre dice que no importa la belleza, sino tu interior. —Se detuvo para mirar el pecho de Anahy, frunciendo el entrecejo de modo adorable—. Yo no creo que seas mala, eres igualita a mí, y yo no lo soy. Malo, digo. No muchas veces... —su voz se desvaneció cuando el ruido de pasos se hizo notable y el pequeño se giró, corrió y abrazó la cintura de una

mujer.

—¿Te encuentras bien? —El timbre de su voz fue cálido, pero cuando se acercó y le puso la mano sobre la frente, Anahy se sobresaltó por la frialdad de los dedos de la joven—. Lo siento —se excusó, retirando la mano y escondiéndola a su espalda.

—Sí, gracias. —Anahy probó su voz, que sonó áspera. Se incorporó y alejó la manta que la cubría hasta la cintura para observar su tobillo vendado. Al recordar la otra herida, se llevó la mano a la sien y dio con un chichón de la dimensión de un huevo pequeño. Se preguntó si el árbol contra el que se había estrellado había sobrevivido. Se acordaba de los sucesos hasta el momento del impacto: el susto, el dolor, los sonidos. Sus recuerdos se detenían en un momento en que todas las sensaciones se habían convertido en una sola, oscura e intransitable—. ¿Dónde estoy?

La joven se colocó unos mechones morenos detrás de la oreja y miró preocupada hacia atrás. Debía tener solo unos años más que ella, pensó Anahy, era muy guapa: cabello liso, negro como el carbón, piel de porcelana, labios llenos y ojos de un color oscuro que la estudiaban con intensidad.

—¿Qué te pasó? —se interesó, haciendo caso omiso a su pregunta.

—Una situación imposible entre un trineo malvado, una hilera de abetos y la tierra helada. —Anahy sonrió.

—A mí también me pasó, y no solo una vez —el pequeño intervino, asomando su cabeza desde el costado de la joven—. Aún me cuesta trabajar con la nieve... —su boca se cerró bajo los dedos de su madre que se inclinó para susurrarle algo al oído y empujarlo con suavidad.

—Nos vemos. —Lreky se despidió aleteando la mano y echó a correr, desapareciendo de su campo visual.

La joven volvió a girarse hacia Anahy, sonriendo como excusa por el comportamiento del niño.

—Me llamo Calixta. Mi pareja te encontró. Desmayada, herida y sin documentación. ¿Estabas con alguien? —inquirió, mirándola con atención.

—Con unos amigos. Bajaron con la tabla de snowboard.

—¿Puedes describirmelos?

Aunque la pregunta le sonó de lo más curiosa, Anahy asintió.

—Todos son rubios... —se detuvo porque la joven sonrió y levantó la mano como si quisiera transmitirle que era suficiente.

—¿Llevan algunas joyas? ¿Pendientes, piercings?

—No. —Al responder, Anahy miró las orejas de Calixta atravesadas por

dos piedras grandes, transparentes.

—¿Tienes dolor, hambre o sed? —preguntó ella, cambiando el tema de forma tan brusca que Anahy sacudió la cabeza para concentrarse.

—No mucho, sí y sí —contestó. El dolor era soportable, pero su boca tenía la consistencia de la arena y su estómago hacía ruidos extraños—. ¿Cuánto tiempo estuve inconsciente?

—Despertaste unas cuantas veces, pero te administramos fármacos porque nos preocupaba la herida de tu cabeza. Pasó casi un día desde tu accidente.

—¿Un día? —El chillido de Anahy resonó en el espacio—. Deben estar buscándome. ¿Dónde está mi comunicador? ¿Si estuve tan mal por qué no me habéis llevado al hospital? —Mientras hablaba apresurada, Anahy se incorporó hasta el lado de la cama, pero al intentar levantarse una ola de mareo la hizo caer de vuelta sobre el colchón que cubría una piedra con las dimensiones de una cama.

Calixta la miró de forma curiosa, como si procurara indagar en el fondo de su mente. Se inclinó hacia un lado de la pared de donde cogió su comunicador que estaba encima de una roca, y se lo ofreció.

—No hay cobertura aquí —dijo, sin contestar a sus otras preguntas—. Voy a buscarte comida y algo para beber.

Anahy se quedó mirando su espalda hasta que desapareció en la oscuridad. La joven no tenía apariencia de ergy ni llevaba piezas del uniforme. Su camiseta le dejaba descubiertas las clavículas y había podido notar la ausencia de la marca específica a los ergys. Pero, aunque fuera nula, ¿por qué estaba en una cueva? Ella y el pequeño que, suponía, era su hijo, ¿vivían allí? La idea le pareció descabellada, incluso horrorosa. La edad de piedra había quedado tantos años atrás que no la recordaba ni de los libros de historia. ¿Por qué no habían llamado a los servicios de emergencia? ¿De qué o de quién se escondían? Esperaba que no formaran parte de alguna banda de piratas modernas o algo parecido.

Verificó su comunicador, que en efecto no tenía cobertura, y volvió a comprobar la firmeza de sus piernas. Sus músculos protestaron al levantarse, pero esta vez se mantuvo sobre los talones, sintiendo el suelo helado incluso a través de la lana de sus calcetines. Sin embargo, en el interior la temperatura era adecuada, ni demasiado calor ni mucho frío. Se concentró para sentir su energía. El flujo era débil pero constante, confirmándole que se encontraba fuera de peligro de explosión. Observó que estaba vestida con su ropa y que la camiseta estaba manchada de sangre. Agradeció que la chica no

hubiera insistido en desvestirla y hacer la situación más extraña de lo que parecía.

Calixta regresó llevando una bandeja. La dejó en el suelo y luchó para mover una roca de superficie lisa hasta el lado de la cama. No tenía un diámetro más grande de medio metro, pero la operación la había sorprendido, dado que ella no aparentaba pesar más de cincuenta kilos. Dejó la bandeja encima de la piedra y Anahy eligió primero la botella de agua, de la cual bebió con avidez. De un cuenco salía un vapor de agradable olor que identificó como sopa y al lado había medio bocadillo junto con una manzana.

—¿Cómo te llamas?

Con la cuchara en la mano, la cóctel levantó la cabeza.

—Anahy.

—Encantada —respondió Calixta.

Se quedó de pie con las manos a su espalda y se mantuvo en silencio durante la comida, sonriendo cada vez que sus miradas se encontraban.

—Gracias —dijo Anahy al acabar—. ¿Dónde estamos? ¿Este lugar está lejos de donde tuve el accidente? ¿Qué es exactamente este sitio? —inquirió mirando otra vez a su alrededor, aunque no había nada más aparte de paredes de piedra marrón.

La incomodidad se notó en Calixta al instante. Mudó la bandeja al suelo y se sentó en la piedra que había hecho el oficio de mesa, mirando sus dedos enlazados encima de las rodillas. Se aclaró la garganta varias veces antes de hablar.

—Pareces inocente —empezó, mirándola de la misma forma intensa que había usado con anterioridad—. ¿Por qué eres libre?

—¿De qué hablas? —Anahy se inclinó para acercarse e intentar averiguar algo en la expresión de su rostro.

—Mi pareja me aseguró que eres una cóctel. —La frase fue una acusación evidente—. ¿Madelyne te dejó libre? ¿Es una trampa? ¿Nos encontró?

—No tengo idea de qué hablas. No conozco a Madelyne. Vine hace un mes para estudiar. —Anahy habló en voz baja y calmada, preguntándose si Calixta no estaría loca. Sus siguientes preguntas le acrecentaron las dudas.

—¿Viniste para estudiar en una Isla Centro? ¿Y Madelyne no te encontró?

Sin tener la intención de contarle que el deseo de encontrar a su padre era más fuerte que el de estudiar, Anahy le pidió aclaraciones.

—¿Qué es una isla centro?

—Me dijiste que estabas acompañada por los ergys.

Anahy solo pudo asentir en silencio. Su boca hizo el gesto de abrirse, pero los sonidos estaban por algún sitio de su garganta.

—Son mis amigos.

—Y no sabes nada de los wises.

—¿Los wises?

La sonrisa que se asomó de los labios de Calixta fue triste.

—Yo soy una wise —comentó con tranquilidad—. Cuando mi pareja te encontró, pensó que te habías fugado del Éter. O que eras una espía y entonces podrías alimentarme. Él no puede hacerlo durante mucho más tiempo, se vuelve cada día más débil.

—¿Que te alimente? —Anahy se llevó la mano al cuello y se pellizcó la piel, confirmándose así que estaba despierta y no en alguna especie de pesadilla fantástica.

Calixta soltó un sonido parecido a risa.

—Los ergys enferman. Dejan de producir energía. Con el núcleo interior dañado se hielan. Necesitan alimentarse de los sanos o mueren. De los cócteles también, pero no es que haya muchos. Además, Madelyne y los otros directores de las Islas Centro se encargan de atraparlos a todos.

Calixta hizo una pausa, pero Anahy no aprovechó para hablar, pues no sabía qué decir.

—¿Los ergys mueren? ¿Atrapan a los cócteles? —murmuró para sí.

—Parece que vuestra sangre es mejor que la de los ergys. Descubrieron no hace mucho que les ayuda más en la búsqueda de un antídoto.

Anahy se mordió el puño cuando, por fin, lo entendió.

—¿Esa Madelyne me busca?

Calixta asintió.

—No a ti, especialmente. A todos los cócteles. Los ergys deberían haberte llevado al Éter. ¿Por qué no lo hicieron?

—No lo sé —Anahy habló con voz suave cuando en su interior gritaba a todo pulmón.

Había llegado sin querer a una Isla Centro, se había hecho amiga de un grupo de ergys que esperaban el momento adecuado para encerrarla, y... ¡Cold!

Se inclinó y cogió la mano de Calixta entre sus dedos. La frialdad de esta la hizo apretar los dientes.

—¡No lo hagas! —espetó la joven—. Estás demasiado débil. Aunque estemos bajo el Corazón y sus ondas energéticas te ayudan, no te has curado

lo suficiente para poder alimentarme de ti.

¿Estaban bajo el Corazón? Anahy guardó la información y regresó a lo más urgente.

—¿Cómo enfermáis? ¿Tú naciste ergy?

Calixta tragó en seco y miró a un lado.

—Los hay que enferman en cualquier momento sin que se conozca la causa. Y los hay que nacen wise a pesar de tener padres ergys. —Se aclaró la voz ronca y continuó—. Yo nací ergy. No enfermé, me... me ayudaron a hacerlo.

—¿Te ayudaron?

—Hacen experimentos en los Éteres. Son centros médicos y de entrenamiento. No cesan en su búsqueda por encontrar una cura, sin importarles las pérdidas pequeñas. Nos inocularon para comprobar el funcionamiento del virus. Todos los ergys de una Isla Centro pasaron el proceso. Todos pertenecen al Éter.

—¡Santa Creadora! —Anahy se quedó mirándola—. ¿Cómo os alimentáis? —inquirió después de un tiempo—. ¿Y qué hay de las joyas?

—Son cuarzos. Nos ayudan un poco a mantener el nivel de la energía y a curar las heridas leves. Nos alimentamos a través del tacto. Sabes que los ergys manipulan la energía y mantienen su núcleo fuerte con atraerla de todo su alrededor. El nuestro no funciona, solo podemos absorberla de los ergys o los cócteles, e incluso así nuestro cuerpo la convierte en energía fría. La sensación de calidez dura un momento. Nos enfiamos al instante. Somos hielo. Y eso no es todo.

«Oh, por favor, para», Anahy rogó en silencio.

—Necesitamos la energía para mantenernos con vida, pero es tóxica para nosotros. A veces perdemos la razón. Chupamos hasta la fuerza vital. No podemos controlar nuestra hambre. Nos nubla la mente, nos cambia.

«¡Qué bien si lo hubiera sabido hace un mes!»

—Dependiendo de nuestra hambre y del control, podemos acabar con un ergy en un minuto o en años. El resultado es el mismo. Los convertimos en espectros, presencias etéreas que han sido personas. Cuando logramos vaciar su núcleo, se mueren.

Anahy se estremeció.

—Tus manos... —murmuró, observando los dedos de la wise y entendiendo por qué los tenía tan helados. Y había dicho que se alimentaba de su marido. ¿Significaba que estaba matándolo? ¿Y qué era el niño?

Con el corazón acelerado, Anahy entendió que la información había estado a su alcance sin darse cuenta. Cold estaba igual de frío y no se hablaba con el grupo de Sasha. Recordó la conversación que había escuchado a escondidas y entendió su significado.

—¡Madre mía y la vuestra! —vociferó, levantándose de golpe—. ¿Por qué me lo estás contando? —La energía despertó en su interior, pero estaba tan atontada que no se preocupó de controlarla—. Dijiste que tu pareja me trajo para que te alimentara. ¿Y a tu niño? Lo siento mucho por vosotros, pero... —se detuvo cuando el dolor le bombardeó el cuerpo.

Se cayó de rodillas.

Calixta le había tomado la mano y le estrechaba los dedos, pero eso no era todo. Le hacía algo más. Su piel se erizó, los músculos se tensaron, la sangre se agitaba como el agua gaseosa en una botella. Su piel parecía haberse abierto y la energía la abandonaba saliendo directa por los poros. Era una sensación espantosa y tan dolorosa que Anahy gimió con la garganta en carne viva. Se sentía... comida.

—Lo siento por la demostración —dijo Calixta, liberándole la mano—. Podría haberlo hecho con suavidad y no hubieras sentido nada, no lo hubieras sabido. Puedo alimentarme de ti, pero no quiero hacerlo. Brais se equivocó.

Sin fuerza, Anahy se dejó caer de espalda sobre la roca, mirando atónita el techo. Con todas sus extremidades flojas, no estaba segura de percibir ni la rigidez de su columna vertebral. Sintió cómo Calixta la cubría con una manta y le colocaba una almohada bajo la cabeza, teniendo cuidado de no tocarla más de lo necesario. Estremecimientos le sacudían el cuerpo y su cerebro era un agujero oscuro donde ideas se mezclaban desordenadas sin un principio ni un final.

—Te traeré un té. Intenté no absorber demasiado, te recuperarás pronto — Calixta le habló desde arriba, pero no pudo mover el cuello para mirarla.

No supo cuánto tiempo se quedó en la misma posición, sin mover ni las pestañas. Cuando la joven regresó, escuchó una segunda voz, de hombre, y unos brazos fornidos la levantaron como si no pesara más que una bolsa de patatas. Después de dejarla en la cama le pusieron bajo la nariz una taza humeante y forzaron sus labios a abrirse para introducir una pajita.

—Bebe —dijo el hombre.

El líquido fluyó por su garganta. Supuso que la mano que el ergy mantenía en su nuca también ayudó, y pronto Anahy empezó a concentrarse de nuevo.

—Soy Brais —se presentó él—. Espero que perdones el gesto de mi mujer.

La enfermedad la hace actuar con impulsividad.

Antes de enfocar su figura, Anahy tuvo la certeza de que iba a tener el cabello rubio, y, en efecto, así era. Lo llevaba tan corto que pudo apreciar una frente ancha. El rostro de forma cuadrada y una barbilla bien definida le decían que era un hombre de acción, quizás un exmilitar. No obstante, bajo sus ojos —sin duda azules, aunque no podía confirmarlo con la escasa luz—, surcos acentuados delataban que no tenía una vida satisfactoria. Sin embargo, ni las ojeras ni la barba que llevaba descuidada de unos cuantos días le restaba belleza. Era un hombre apuesto, como todos los de su especie.

Calixta se había quedado a su espalda y ninguno la perdía de vista. Como le daba la sensación de que esperaban una respuesta, decidió darse un respiro y olvidar la escena.

—No la alimentaré.

Brais sonrió y su cara se iluminó tanto que ella tuvo la impresión de ver un halo de luz alrededor de su cabeza.

—No hace falta que lo hagas. Cuando te encontré vi la oportunidad y no me detuve a pensar que Calixta no iba a aprovecharla.

—Lo siento. —Anahy volvió a excusarse sin saber bien por qué lo hacía—. ¿Vivís aquí? —preguntó para alejar de su mente el tema de la «comida».

Calixta se lo confirmó con un sencillo gesto de cabeza.

—¿Cómo? ¿Por qué? ¿Cómo podéis? —balbució Anahy, maldiciendo en silencio. Millones de preguntas poblaban su cabeza y ella elegía las más estúpidas.

—Antes de responderte necesitamos saber más sobre ti. Y si piensas quedarte con nosotros o regresar afuera.

—¿Quedarme? —La idea le parecía inconcebible. Su madre era más que probable que estuviese desesperada por no haber podido encontrarla y tenía que seguir con su búsqueda y sus clases. Tenía que intentar vivir, aunque resultara una lucha diaria—. No puedo —susurró, sin pensárselo dos veces.

Calixta soltó el aire con lentitud después de haber esperado su respuesta aguantando la respiración.

—Quizá podamos volver a vernos. Me gustaría —añadió Anahy, esperando hacerla sentir mejor.

—Es tu decisión y la respetamos. —Brais rodeó los hombros de su mujer y Anahy observó que tuvo cuidado de hacerlo por encima de la ropa y no rozarle la piel—. Pero no podemos implicarte en nuestros problemas. Resultaría peligroso para nosotros contarte más.

—Lo entiendo. Agradezco que me hayáis ayudado.

Brais sonrió, volviendo a iluminar el área en que se encontraba.

—Llevas una minúscula parte de nuestra sangre.

Anahy carraspeó avergonzada porque se veía forzada a insistir.

—¿Cuándo puedo volver?

—Es casi de noche —dijo él mirando los símbolos fosforescentes de su reloj—, pero resultará más seguro hacerlo de madrugada. Te sugiero que aproveches estas horas para descansar. Aún no estás recuperada.

Ellos se retiraron y Anahy se quedó mirando el techo de roca. Tenía tanto en que pensar que su cerebro aparentaba ser una montaña rusa, las preguntas en la parte de arriba y las respuestas en la parte baja. Subían, bajaban y giraban con tal velocidad que no llegaba a quedarse en un solo pensamiento más de unos segundos antes de saltar al siguiente.

Lo que tenía claro era que ahora sabía quiénes eran sus amigos. Quienes deberían ser en realidad, se corrigió. Habían sabido desde el principio qué era ella y no habían hecho nada para ayudarla, aún más, habían dejado que Cold la comiera. La habían dejado a su merced para matarla.

Iban a pagar las mentiras y la traición, se prometió.



—Abre la ventana. —Raisa miró hacia adelante y esperó a que Blaze ejecutara la orden.

A su lado, Ausa fingía que estaba dormida y en el asiento delantero, Sasha conducía, contagiado con el ánimo habitual de Stiff; ninguno de ellos pronunciaba palabra.

—Parece que vamos a un funeral —comentó Blaze.

—Y puede que no estés lejos de la verdad. Mejor cállate.

—Cálmate, Raisa. No puede desaparecer sin rastro. No está muerta. Debe existir una explicación.

—Si lo sabes tú, ¿por qué no me iluminas? Viste la sangre, sabes que estaba herida, ¿dónde estuvo toda la noche? ¿Cavó un agujero hasta el océano? ¡Por lo que sabemos puede que la haya encontrado algún fanático y la haya sacrificado a La Creadora! —gritó. En sus mejillas florecieron dos rosas de color carmesí y sus ojos eran hogueras alimentadas por su ira.

—Mantén tu energía. La necesitarás —intervino Sasha mirándola a través del espejo retrovisor.

Raisa abrió la boca preparada para agredirlo con sus palabras. No obstante, entendió que tenía razón y que podría desahogarse todo lo que querría en el complejo. Los momentos pasados en el Éter eran un suplicio, pero aquel día en especial iba a ser el más largo de su vida. Hasta que acabaran para volver a buscar a Anahy, perderían un tiempo precioso. No podían permitírselo, pero tampoco podían faltar a la llamada de Madelyne.

La construcción era la única en aquella zona abandonada, con apariencia de desierto rocoso. Grietas profundas, similares a las heridas de un cuerpo cortaban la tierra. Los esqueletos sin vida de los árboles se alzaban como fantasmas oscuros. La nieve no había llegado hasta allí abajo, pero el suelo estaba helado y un manto fino de escarcha lo cubría como el azúcar en polvo lo hacía con un bizcocho. Las paredes del inmenso almacén estaban ennegrecidas, el hormigón caído por partes y dibujos de calaveras que

señalaban «peligro» habían sido pintados con espray de color rojo.

Se habían asegurado de que las ganas de acercarse desaparecieran de cualquier persona que tuviera el impulso de investigar, pensó Raisa, girándose para mirar por el parabrisas trasero. La zona estaba repleta de cámaras de vídeo, y desde el cielo, el satélite podía contar hasta los latidos de sus corazones. No había manera de huir. Era un centro en una isla en medio de la nada. Su casa. El único modo de abandonarla era en forma de ceniza.

Las puertas del granero se abrieron antes de que llegasen y volvieron a cerrarse después de entrar, con un ruido brusco semejante al sonido de las puertas de metal de las cárceles. Incluso el significado era el mismo: desde aquel punto no tenían ninguna libertad.

Abandonaron el coche en silencio y dirigieron la marcha hacia un rincón en que se veía un armario de metal. Sus pasos levantaban polvo y los dibujos de las suelas de sus botas quedaban en el suelo sucio como los tatuajes en una piel sin imperfecciones. La marca de su cuello empezó a arder, pero Raisa continuó como si no la hubiera percibido. Solo cuando el ascensor empezó a bajar, se permitió apoyarse en la pared fría y suspirar profundamente. Tenía pocos minutos hasta que las puertas de este volvieran a abrirse, y entonces se encontrarían en...

—Bienvenidos al Éter.

La voz era la misma desde hacía años y venía de todos lados, de los altavoces implantados en el techo y en las paredes. Era la voz de una niña que sonaba feliz y pretendía dar la impresión de que entraban a divertirse. Todo lo contrario, pensó Sasha, avanzando a la cabeza de su pequeño grupo.

El corredor era infinito y las puertas de cada lado eran todas iguales, manchas de acero contra el blanco de las paredes. Algunas se abrían para dar paso a habitaciones, otras llevaban a diferentes pasillos y había algunas que eran ascensores que conectaban los departamentos. Del techo caía agua helada que corría intermitente por las paredes y acababa en el suelo en acueductos abiertos que se transformaban en hielo con solo presionar un botón. El sitio era un laberinto para alguien nuevo.

—Por fin. —Una de las puertas se abrió y Madelyne avanzó hacia ellos—. ¿Qué les pasó a vuestras caras? —Se acercó y cogió en su mano enguantada el mentón de Sasha—. Entiendo que no os conviene este encuentro sin planificar, pero me habéis forzado a tomar medidas —dijo, cambiando el tono de voz por uno más helado que el corazón de un wise.

—No lo dudo —farfulló Sasha alejándose de su toque—. Seguro que

hemos cambiado tus planes. ¿Qué era hoy? ¿Plantar un árbol? ¿Salvar una especie a punto de extinción? ¿O algo más sencillo como pintarte las uñas y comunicarte con tu puta madre? Oh, espera. No haces nada de eso, ¿verdad?

Sin inmutarse, Madelyne sonrió.

—¿Hemos acabado el ritual de saludos? Porque tenemos trabajo. No vais a creerlo, pero dimos con un nuevo cóctel.

Su declaración hizo que los ergys se congelaran e intercambiaron miradas.

—Lo sé, es increíble —Madelyne comentó, interpretando de modo equivocado su estupefacción—. A mí también me resulta difícil creerlo, pero pasó todas las pruebas. Es un ejemplar magnífico. Se parece un poco a ti —explicó, pestañeando de modo seductor ante Sasha.

Así que el nuevo cóctel era un chico, advirtió él, teniendo cuidado de no delatar su alegría. Se abstuvo de rezar «que no sea ella, que no sea ella», confundido ante su debilidad, que lo había hecho caer tan bajo como para pedir clemencia a una diosa Creadora que no lo escuchaba.

Sin delatar su tormenta interior, pasó por al lado de Madelyne para adentrarse en la estancia. Su jefa aprovechaba cualquier ocasión para darle a entender que estaba interesada en él y sus insinuaciones habían perdido la timidez tiempo atrás. «No me puedes calentar», replicó en silencio cuando el recuerdo de unos ojos verdes tintados de dorado se cruzó en su mente. Como efecto, su sangre empezó a dispersarse con mayor velocidad, pero la dejó fluir. La ira le ayudaba a hacer lo que se consideraba su trabajo.

Sasha se detuvo en medio del cuarto, los otros se posicionaron en línea, flanqueándolo. El vidrio permitía ver solo desde donde estaban, ya que al otro lado, la delgada capa de plata lo convertía en un espejo; no obstante, el sujeto miraba fijamente, como si supiera que alguien lo estudiaba.

Estaba desnudo hasta la cintura y Sasha advirtió el centro de su energía, un núcleo potente. Sus ojos ambarinos delataban un estado espiritual más que molesto, pero no le extrañaba si consideraba las cadenas cerradas con esposas que no le permitían mover los brazos y los pies más de medio metro. Además, los cortes y los moratones de su piel le decían que había pasado el ritual de bienvenida.

—Eh, ¿qué os dije? ¿Verdad que es maravilloso?

Jamás aceptaría que un medio nulo pudiera igualar su condición, pero aquel era un candidato válido, pensó Sasha, apreciando que la estatura y el peso del chico se aproximaban a la de ellos.

—¿Empezamos? —preguntó, fingiendo estar aburrido.

—Con ganas —Madelyne respondió y el brillo peligroso de sus ojos le indicó que no iba a gustarle la continuación—. Tú vas con los niños. Ausa con las embarazadas, Blaze con los wise. Raisa se queda conmigo. Este sujeto necesita ser tratado con cariño —explicó, haciendo señales para que cada uno fuera a sus encargos.

Sasha miró a Raisa, que le devolvió una mirada preocupada. No era posible que temiera al cóctel, pero si se oponía a la preparación, y de su actitud quedaba claro que lo haría, iba a resultar imposible trabajar con él. Sospechaba que aquel era el motivo por el cual a Raisa le había tocado el «palito más corto». El chico debería estar tan en contra de que Madelyne cambiara la estrategia de fuerza y quisiera derrotarlo a base del acercamiento del cuerpo de una joven mujer.

No dijo nada, salió seguido por los otros. En el pasillo los esperaban los soldados que iban a acompañarlos a sus tareas. Antes de alejarse miró hacia atrás. Madelyne le susurraba algo a Stiff, alzada sobre las puntas de los pies para llegar a la altura de su oído. Ambos estaban de espaldas, pero por la rigidez de la columna de su amigo, no era una conversación agradable.

Soltó un suspiro de rendición y saludó al guardia que le correspondía.

—¿Qué hay, George?

Como era de esperar, no le contestó, a menos que tuviese en cuenta que el empujón que recibió su hombro fuera una respuesta. Trabajaba con él desde hacía meses y creía que no lo habían cambiado porque sabían que se había resistido a todos sus intentos por conocerse mejor. No sabía su nombre, lo llamaba George porque le recordaba a un perro que había tenido en la infancia y que lo seguía más de cerca que su propia sombra.

Sasha esperó a que le abriera la puerta del ascensor que lo llevaría a la sección de los niños. No sabía si detestaba o amaba aquel módulo. Suponía que había dado suficientes señales de detestarlo, ya que Madelyne lo enviaba cada vez más a aquel sector.

Las puertas se abrieron en el cuarto piso. La luz no era la plateada de las otras secciones, sino una cálida, muy parecida a la luz del sol en un día de verano. La estancia era gigantesca y hacía el oficio de guardería, parque de atracciones, escuela, zona de entrenamiento, incluso había dormitorios. Era un Éter pequeño en el interior del grande. Algunas de las alcobas posicionadas a lo largo de dos de las paredes tenían las puertas cerradas, pero las abiertas dejaban entrever pequeñas habitaciones decoradas de forma adecuada para la edad de los niños, que no superaba los siete años.

—¡Estás aquí! —El grito resonó por encima del ruido de fondo y Sasha vio que la niña ya era mitad fuego mientras corría hacia él.

Dobló las rodillas y se inclinó para llegar a su altura, levantando a la vez las manos para señalarle que debería detenerse.

—Primero controla tu forma —dijo, pensando que podría haberse echado hacia un lado y dejar que la pequeña se estrellara contra George. No le hubiera dañado mucho, el material de su uniforme lo protegía, pero hubiera sido el momento gracioso del día.

La pequeña hizo un puchero que le dio la apariencia que no tenía: de chica. Su pelo rubio estaba cortado y moldeado en lo alto de la cabeza para que se pareciera a una cresta. Sus oídos estaban decorados con tres pares de pendientes y un montón de pulseras le cubrían el pequeño brazo hasta el codo. Sabía que le permitían extravagancias como recompensa del buen comportamiento. Si quisieran castigar a Indra la obligarían a ponerse un vestido con estampado de flores.

Sasha la cogió de la mano y le señaló el sitio donde quería llegar. De camino saludó con la cabeza a algunos conocidos y les guiñó el ojo a los pequeños que se distraían con facilidad. Se alegró al ver que estaba libre una mesa colocada cerca de la fuente, un pequeño río que salía de una pared y caía en un lago artificial. Medida de precaución y muchas veces usada como castigo para los pequeños, dado que el agua estaba helada. Pero el ruido de su caída ayudaba a que no entendieran lo que hablaba con Indra.

—Te dije que no delataras tu alegría. Lo que te hace sentir bien se convierte en tu debilidad. Ellos no deben saberlo —le reprochó a la pequeña que volvió a fruncir los labios.

—Lo sé —replicó, sacándole la lengua—. ¿Qué van a hacerme? ¿Me obligarán a dejarme el pelo largo y a rizarlo? Me alegro de verte —declaró, encogiendo sus delgados hombros y haciendo que las pulseras sonaran.

Sasha suspiró y se frotó la frente. Las migrañas no deberían existir en su corta lista de enfermedades, pero últimamente empezaba a entender a los nulos.

—Te queda un mes hasta cumplir los siete. Las cosas van a cambiar a partir de esa fecha.

—Espero que sí —Indra comentó con los ojos brillando—. Me gustan los nulos, creo que me irá bien en su colegio.

La pequeña se dejó caer contra el respaldo de la silla y puso un pie sobre el otro a la altura de la rodilla. Sus acciones, su vocabulario, todo su

comportamiento era el de una persona diez años mayor, pero no le extrañaba. Los niños ergys estaban forzados a madurar desde una edad a la que los nulos ni hablaban. Los test empujaban sus límites cada vez más lejos y la gente de Madelyne era tan inventiva que algunos no llegaban a la edad de Indra.

—¿Qué horario tienes?

—No debería tener horario hoy. Pero me apuntaron al entrenamiento físico. Y llegamos tarde —comentó ella, estudiando el reloj de pared a la vez que se levantaba.

Salieron por otra puerta con George pisándoles los talones. El pasillo al que dieron era oscuro, una primera etapa de calentamiento antes del verdadero ejercicio. Indra no tuvo problemas en crear una bola de energía para alumbrarlo. Incluso empezó a jugar con ella, tirándola en el aire y cogiéndola para volver a lanzarla. Mientras caminaban hizo aparecer dos más y empezó a hacer malabares a la vez que bailaba con los pies y giraba para hacer la operación más difícil.

—¿Te encuentras bien, George? —preguntó Indra sonriendo cuando una de las esferas pasó muy cerca de la nariz del joven y el espanto de su mirada fue visible—. No te preocupes. Eres tan adorable que no quisiera perderte.

La puerta de la sala de entrenamiento no recibió la misma consideración. Las tres esferas la golpearon una tras otra en el mismo sitio con toda la fuerza de que la pequeña disponía. Indra dejó caer el labio inferior, desilusionada al ver que el único daño era una marca de humo. El acero y el hecho de que toda la construcción estaba pintada con sustancias a prueba de fuego hacían una broma de sus poderes.

Sasha entendió que algo no estaba bien desde que dio el primer paso en el cuarto. El wise supervisor estaba acompañado no de uno, sino de tres pequeños diablitos gélidos.

—¿Qué significa esto? —preguntó, no mirando hacia ellos, sino a la videocámara del techo que registraba sus movimientos.

—Empezad en treinta segundos —fue la respuesta, una voz de hombre, robótica, sin sentimientos.

—Prepárate para nadar, los convertiré en charcos. —Indra le sonrió, pero él reconoció la sombra del miedo en su mirada.

La cogió por los hombros y se inclinó hasta que le rozó la nariz.

—Concéntrate. No te olvides de respirar. No pierdas la paciencia, significa perder el control. Si ves que no puedes con ellos... Escúchame —pidió con insistencia al notar que la chiquilla resoplaba—, abandona si no puedes. ¿Me

oyes?

Mientras se alejaba caminando al revés, Indra asintió, pero la preocupación y la ansiedad crecían en Sasha. Aunque ella asentía, sabía que no iba a hacerlo. Ningún ergy abandonaba ante un wise. Ni ante tres, ni ante diez. La muerte era una opción más honorable.

Se retiró a su rincón. El muro de separación se levantó desde el suelo, encerrando a los cuatro pequeños en el área de ejercicio. Se parecía al vidrio, permitía una vista perfecta, pero estaba hecho de un material invulnerable a sus dones y le impedía intervenir.

Sasha dejó que su espalda hiciera contacto con la pared y cruzó los brazos. El hecho de que obligaran a Indra a la prueba no era una casualidad, sino consecuencia de su rebeldía. El castigo por entrar en el territorio franco de los wise era mirar cómo la pequeña era destrozada, no le cabía duda de ello. Se preguntó de qué método de tortura se beneficiaban sus amigos, pero no tuvo tiempo de imaginar posibles escenarios. Indra estaba posicionada en el centro y los tres wise, dos chicos y una chica, la habían rodeado por los lados.

—Usa el campo electromagnético —susurró, respirando aliviado al ver que la pequeña había levantado el muro, cubriendo su cuerpo y unos centímetros alrededor.

Con el núcleo energético helado, los wise habían perdido la facilidad de unirlo al componente magnético del corazón. Juntos generaban pulsos electromagnéticos variables como dinámica, enlazados a los latidos. Podía ver que las ondas pulsantes de Indra eran fuertes, pero se preguntaba cuánto tiempo podría aguantar.

Uno de los pequeños wise intentó atacarla con una daga de hielo, pero Indra la transformó en agua. Se movió hacia un lado para evitar que las salpicaduras acidas llegaran a su campo y replicó con un globo de fuego que alcanzó la rodilla de la chica wise. La muchacha gritó y se dejó caer en la otra rodilla, pero sus dos amigos atacaron a Indra a la vez.

El espacio disponía de plataformas, muros, bloques de piedras grandes y otros objetos que, según necesitaba uno, podían ayudar u obstaculizar la lucha. El campo de Indra recibió varios disparos y ella eligió no combatir y saltar encima de una roca. Levantó ambas manos y las juntó encima de su cabeza, creando entre sus dedos un remolino de fuego que crecía por momentos.

Intentaba derrotarlos a todos de una patada, pero no era una decisión inteligente, pensó Sasha, meneando la cabeza en negación. La energía que

necesitaba para crear una esfera gigante iba a debilitar su campo.

La punta de una daga helada la alcanzó en un costado, sin dañarla mucho, pero lo suficiente para forzarla a soltar su arma antes de tener preparada la dirección. Logró darle en el pecho a la muchacha wise que acababa de levantarse, dejándola fuera de combate. Uno de los chicos subió detrás de ella y la empujó con violencia. Indra se cayó con un ruido espantoso que resonó en los oídos de Sasha y le trajo el gusto amargo de bilis en la boca.

«Vamos, amor. Vamos. Levántate».

Durante los segundos que la pequeña ergy necesitó para recuperarse, atacaron su espalda con una lluvia de alfileres helados. Los wise cambiaron la estrategia y lanzaban flechas que penetraban en su escudo de forma certera. Pero cometían un error monumental: estaban demasiado cerca de ella, notó Sasha, al ver que la niña se levantaba con el pie preparado. El golpe lo recibió el estómago del chico de su derecha y tuvo la fuerza suficiente como para tumbarlo de espaldas. Indra preparó otra esfera, pero el que había quedado de pie soltó dos dagas heladas con un blanco preciso, la parte de atrás de las rodillas de Indra. La chica se cayó y su campo empezó a pulsar a ritmo descontrolado, apareciendo y desapareciendo en cuestión de milisegundos.

Sasha se mordió la mejilla por dentro y metió las manos en los bolsillos de su uniforme. Era lo que temía, y las ansias de intervenir, de patear el cristal hasta romperlo hacían que le picara bajo la piel.

Indra abandonó la defensa para concentrarse en el ataque. Dejó caer el campo para transformarse en una aparición hecha de fuego, pero las heridas de sus piernas no tenían buena pinta. El pequeño demonio wise aprovechó su debilidad y con las manos convertidas en hielo le cogió ambos tobillos. Por encima del pantalón, sus piernas empezaron a verse azuladas y centímetro por centímetro a convertirse en un iceberg.

«¡Pégale!» El grito se quedó en la garganta de Sasha al ver la forma que aparecía en la mano del otro wise.

¡No podía ser! La pieza central era un hexágono de hielo y donde los lados se unían, cada rincón acababa en una media estrella que finalizaba en puntas de flechas afiladas. Era un copo de nieve del tamaño de su puño, maravilloso en su hermosura. El arrowflake era un arma mortal para ellos, y una que el wise no debería haber podido conjurar hasta muchos años más tarde.

—¡Espera! —Sasha gritó y avanzó hasta el cristal—. ¡Cierra la puta sesión! ¡No puedes matarla! —aulló con la mirada fija en la cámara de vídeo.

Indra yacía de espaldas con las piernas heladas. Las esferas que creaba no

tenían fuerza y no dañaban a sus adversarios, eso cuando lograban dar en la diana. La vio desorientada y a punto de apagarse. Su energía no tenía brillo a pesar del estado febril de su mirada. El hielo empezó a subir por encima de sus rodillas y su hermoso rostro se contorsionó por el dolor.

—¡Abandona! —gruñó, pateando el cristal con el puño—. Abandona, Indra...

Las palabras murieron en su boca cuando la chica lo miró. Sus labios sonreían, pero sus ojos nadaban en lágrimas, y Sasha entendió que no iba a hacerlo. Con las manos largamente abiertas, su cuerpo se arqueó en el suelo y reunió la poca energía que le quedaba en el centro de su pecho. La ola magnética fue de poca potencia, pero logró que el pequeño bastardo que congelaba sus pies se alejara con las manos en llamas. Pero el otro disparó el arrowflake y el tiempo se heló. Lo único que se movía era el arma que avanzaba como un bumerang.

—¡Corta la sesión!

Su petición llegó demasiado tarde. El arrowflake seccionó a través del calor exterior de Indra, dejando hielo atrás y avanzando hacia su pecho. Al implantarse, su piel perdió el color natural. La imagen era parecida al momento en que el sol acababa de ponerse. De un minuto al otro la luz desaparecía. Las sombras conquistaban el mundo y amenazaban a las almas.

Indra se moría y él se había quedado pegado al cristal, con las manos por encima de su cabeza.

—Sesión cerrada.

Uno de los wisees miraba a la chica tendida en el suelo con una sonrisa de ganador y la mano en el costado. El otro había ido a ayudar a la muchacha de su equipo a levantarse.

El sonido no llegó hasta la mente de Sasha. El vidrio empezó a bajar y eso lo hizo despertarse. Dio un paso hacia atrás, pero no esperó hasta que bajara del todo. En cuanto alcanzó una altura que le permitía saltar, se precipitó para abrazar a Indra.

El cuerpo de la muchacha estaba frío y se veía tan pequeño entre sus brazos que tenía la sensación de poder cogerla en las palmas. No pesaba nada. Sus miembros colgaban sin vida como los de un muñeco de trapo y su rostro era más blanco que un mantel recién comprado.

—¿Indra? —susurró—. Vamos, pequeña. No me hagas esto.

No veía energía en su núcleo y no sentía su aliento. Pasó a verificar su pulso en el cuello, pero tuvo que esperar lo que se le antojó una eternidad

antes de percibir un latido tan débil que temió habérselo imaginado.

Sasha escuchó ruido a su espalda y se giró para ver que los otros abandonaban la estancia y que entraban los del equipo médico. Cogió las mejillas de la pequeña entre sus manos y le acercó el rostro a su oído, transmitiéndole todo lo que pudo de su energía.

—A partir de aquí nos encargamos nosotros.

El hombre que había hablado se aclaró la garganta antes de tocarle el hombro, sus dedos rozaron la nuca de Sasha. Pudo oír el sonido de la piel friéndose y el olor a quemado llenó sus fosas nasales.

«¡Estúpido!», pensó, sin detenerse para disculparse. Tocarle sin guantes era un error de principiante.

—Sasha, permítenos cuidarla.

Se giró, con Indra aún entre sus brazos. No supo lo que vieron en su rostro o en sus ojos, pero retrocedieron un paso, y la mujer que dispersaba el contenido de un espray contra la quemadura del joven doctor que lo había tocado, se quedó con el frasco en el aire.

—Déjalos hacer su trabajo. —Madelyne entró. Se quedó cerca de la puerta con los brazos en jarras.

Los ojos de Sasha centellaron. Dejó a Indra con cuidado sobre la camilla y esperó hasta que el personal médico abandonó el cuarto. Acortó la distancia hasta Madelyne con pasos calmados y cortos, contando los centímetros con sus botas. Al llegar a un paso de ella, se detuvo y sonrió sin calidez.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó en voz baja.

—Lo que estás haciendo tú. Mi trabajo —replicó ella. Solo el leve temblor de su voz le indicó que no estaba tan segura como aparentaba en su firme posición.

Sasha disminuyó la distancia que los separaba y la forzó a retroceder hasta que se encontró con la espalda contra la pared. Colocó las manos a los lados de su cabeza y se inclinó hasta que tuvo la certeza de que el calor de su piel atravesaba el aire y llegaba a dañar a Madelyne. El agua impregnó la camiseta de la mujer y se escurría por entre los dedos de Sasha, pero no lograba bajar su temperatura. Notó las gotitas de sudor de su frente y las mejillas ruborizadas, pero por sus pupilas dilatadas entendió que estaba excitada, no asustada.

—Si alguna vez... —dijo, con su dedo índice trazando una línea por la mejilla de la mujer y dejando una raya roja— vuelves a amenazar la vida de uno de mi equipo... —su mano creó una esfera potente que mantuvo ante los

ojos de Madelyne—, quemaré esta construcción desde los cimientos.

No mostró indicio alguno en su voz sosegada y baja de que estaba furioso. Las señales de su ira no eran exteriores. Su interior ardía, explosiones violentas se desataban bajo su piel. Le costaba abrir la boca por lo fuerte que apretaba el maxilar y sentía las venas de su cuello hinchadas, a punto de reventar.

Madelyne resopló y se movió de forma imperceptible, pero no se atrevió a empujarlo.

—Me da igual que sea el más cojonudo bunker y que lo hayáis levantado contra todas las garantías posibles. —Sasha cerró los ojos, hizo desaparecer la esfera de fuego y la miró. A través de las llamas que eran sus ojos, vio el contorno del rostro de Madelyne perdiendo el color—. No lo habéis levantado contra mí.

—No te... —las palabras murieron en los labios de la mujer.

—Y luego quemaré tu mundo entero —amenazó él, alejándose lo suficiente para permitirle huir.

—Es también tu mundo —comentó Madelyne después de inhalar aire—. No lo niegues.

Sasha le permitió alejarse hasta la entrada antes de continuar:

—Tú... No te olvides que juegas conmigo porque te permito hacerlo.

Madelyne le mantuvo la mirada un rato antes de desaparecer.

Sasha se dejó caer en el suelo y se pegó a la pared, dejando que el agua fría corriera por sus hombros. Miró hacia la videocámara y alzó el dedo corazón sonriendo.

«Las apariencias son las que cuentan. Las apariencias son las que cuentan», repitió, cerrando los ojos.

Él tenía que mantener tantas que muchas veces las mezclaba y se equivocaba de papel.



El pequeño Lreky protestó al entender que Anahy no iba a quedarse con ellos, por lo que tuvo que acompañarlo hasta que se durmiera. Cuando la familia se retiró, volvió a su rincón, pero no pudo pegar ojo. Su primera idea había sido pedirle a Brais que la llevara a casa y no hablar con los ergys. Luego había pensado en el baile y en las oportunidades que se le abrían al saber qué eran unos y qué eran los otros. Tenía planes para aquella noche, grandes planes.

Brais fue a llamarla antes de haber tomado una decisión. El mundo había cambiado de un día para otro. Se corrigió al instante. El mundo era el mismo, solo que lo veía con otros ojos.

—Antes de despedirnos, ¿crees que podrías responderme a unas preguntas?

Él cambió el peso de un pie al otro y cruzó los brazos.

—Depende. ¿Qué quieres saber?

—Las debilidades de los wise.

—No puedes jugar con eso. —Brais agitó la cabeza en negación y Anahy pensó que rechazaría su petición. Pero luego sonrió, todavía mirándola circunspecto—. Hay mucho de guerrera en ti, pero debes aprender qué batallas luchar. No todo se resume a ganar. Se paga un precio por cada victoria.

Procurando no poner los ojos en blanco por la lección gratuita, Anahy le mantuvo la mirada.

—Te aseguro que no pienso usar la información contra Calixta. Necesito saber cómo se puede herir o matar a un wise. Para poder protegerme —mintió sin pestañear.

—Los cócteles casi no tenéis defensa ante un wise. Un enfrentamiento os cuesta la vida.

La réplica fue tan brusca que Anahy se estremeció. Tragó en seco, pero no renunció a su idea.

—Los detalles, por favor —insistió.

Escuchó con atención lo que le contó Brais, sin dar señales de alterarse, a pesar de que al final hubiera preferido seguir en la ignorancia. Una pequeña parte de ella entendió por qué mantenían el virus en secreto. Si los ergys perdían no solo los dones sino su genio compasivo, el mundo podría darse por acabado. La lucha entre los sanos y los enfermos acabaría con los nulos también.

Pero lo que le habían hecho a ella no tenía justificación. Quería estar preparada esta vez, y quería su venganza.

Le hizo preguntas a Brais hasta que lo tuvo todo claro y le pidió una lección rápida sobre cómo usar su energía. Era fácil, en teoría: controlar la intensidad desde el mismo núcleo energético. Agrupar el flujo en una sola secuencia y no permitirle extenderse. Si fuera un volcán, lo suyo sería lograr que la lava saliera por la parte superior, mantenerse sólida para que en la corteza no aparecieran grietas. Llevaba más de dieciocho años a la deriva, a merced de su energía, no tenía la certeza de poder hacerlo hasta que no lo probara.

—Espero que no te sienta mal, pero tengo que vendarte los ojos —dijo él después de guiarla por un laberinto de pasillos y antes de llegar a la salida.

La niebla de una mañana fría se asomaba a través de una pequeña grieta en la pared de roca que veía delante.

Anahy afirmó con la cabeza, sin protestar. Entendía sus razones y que era mejor si no podía identificar la localización.

Sintió el aire ártico cortando sus mejillas al salir y el pelo ondeando atrás. Montó detrás de Brais y procuró rodearle la cintura, operación difícil, pues su espalda era tan ancha que la obligaba a acercarse más de lo que hubiera deseado. Él conducía la moto con cuidado, al contrario de Raisa, que usaba el impulso como ingrediente en todas las facetas de la vida.

Al detenerse, Anahy esperó que le liberara los ojos y miró alrededor. El cielo y la tierra se mezclaban y no se diferenciaban. Colores suaves, blanco sucio, gris oscuro y plateado brillante ocupaban todas las superficies, ya fueran tierra, rocas, árboles o cielo.

—¿Dónde estamos? —preguntó confundida.

—Cerca de la zona en que te accidentaste. Tendrás que caminar hasta abajo, no puedo acercarme más.

—Está bien. —Anahy hizo el gesto de despedirse, aproximándose para

darle un abrazo, pero se detuvo en el último instante.

Brais observó su intento y puso las palmas en sus hombros a punto de desestabilizarla, tan pesadas como eran.

—Cuídate, chiquilla. No confíes en nadie, ¿me oyes? Pisa fuerte y quémalo todo. No mires atrás.

Divertida por el uso del apelativo, aunque él tampoco era mucho más mayor, Anahy sonrió.

—Me lo tatuaré para no olvidarlo. Menos mal que no eres mi padre. Tienes unos valores morales exclusivistas.

Se quedó mirándolo hasta que desapareció detrás de unos abetos. Empezó a bajar despacio. La ponía nerviosa el reencuentro con los ergys, pero estaba decidida a cambiar de actitud y dejar de ser considerada la niña con cabeza de chorlito. Se tiró de las mangas de la camiseta hasta que pudo coger la tela en sus puños. Calixta le había prestado una suya y le había lavado la chaqueta. El tobillo casi no le dolía y el chichón había bajado. El pequeño Lreky la había informado de que la piel de su sien estaba coloreada en maravillosos tonos de morado y azul pálido. Para que se olvidara del dolor le había trenzado una pulsera de gomas coloreadas que hizo girar en su muñeca.

Anahy se detuvo ante la puerta, percatándose de que había llegado sin haber visto nada del camino. Podría haberse caído en un agujero, resbalar sobre la nieve o haber tenido un encuentro íntimo con un oso. Se pasó las palmas por la cara y se apartó el pelo, considerando qué debería hacer. No sabía si la puerta de la entrada estaba cerrada y lo lógico era que todos estuvieran durmiendo. Los primeros rayos de sol se asomaban desde detrás de la cumbre y las partículas de nieve brillaban como si la tierra fuera un campo de piedras preciosas.

No le molestaba esperar, sin embargo, se resentía después de la caminata y no estaba recuperada completamente después del accidente. Probó a empujar la puerta, que para su sorpresa se abrió con un pequeño clic. Tuvo tiempo de avanzar un paso antes de que alguien la atropellara. Se cayó de espaldas con un monumental estruendo y con el cuerpo del otro encima. Un grito tremendo hizo que los cristales de la casa tintinearan.

—¡Está aquí!

La suave fragancia y la voz femenina le indicaron que su atacante era Raisa. No obstante, en vez de levantarse y de ayudarla, la chica empezó a palparla acosándola con las manos, sin parar de chillar.

—¡Está aquí! ¡Ha vuelto! ¡Está viva!

Multitud de pasos resonaron por la escalera. Sombras con contorno de personas la rodearon, pero a Anahy le costaba enfocar su vista, en la cual continuaban bailando puntos coloreados. Alguien encendió una luz que la cegó y entrecerró los ojos en un intento de distinguir quién era quién.

—No por mucho tiempo si no dejas de estrangularla.

El cuerpo de Anahy reaccionó a la voz gutural de Sasha. Corrientes tropicales viajaron por su piel como un banco de peces que habían estado encerrados en un cubo de agua y acababan de ser liberados en el océano. Agradeció en silencio que Raisa se alejase, permitiéndole incorporándose.

—¿Dónde has estado? ¿Qué te pasó? Nos mataste del susto —vociferó.

Alejando sus manos, que eran como los tentáculos de un pulpo y no dejaban de rozarle la frente, apartarle el pelo y colocarle la chaqueta, Anahy se levantó del suelo y encogió los hombros.

—Por ahí.

El silencio reinó después de su respuesta.

Un solo vistazo fue suficiente para reparar en que ninguno se veía mejor que ella. Los chicos llevaban pantalón corto, sin camiseta, por lo que pudo reparar en los cortes y los moratones en el torso de Stiff y Blaze. Ausa tenía los ojos rojos, Raisa el labio inferior partido, por no hablar de su cabello que era una masa desordenada llena de nudos, como jamás lo había visto. El rostro de Sasha estaba sin afeitar y sus ojos hundidos, con círculos oscuros adornando la parte de abajo.

Para que no pareciera que los estudiaba, Anahy se centró en el desastre del salón. Almohadas tiradas, cajas vacías de helado esparcidas por el suelo, botellas de refresco con las cuales alguien había jugado y formado la maqueta de una casa y una manta tirada en el sofá en el cual suponía que había dormido Raisa fueron detalles que lograron su propósito de no delatar sus sentimientos.

—¿Por ahí? —inquirió la ergy en un susurro—. Desapareces dos días dejando un rastro de sangre y todo lo que puedes decir es: ¡por ahí! —acabó gritando a todo pulmón.

Anahy le dio la espalda. Se quitó la chaqueta y la dejó caer en el suelo.

—Sí. Eso es lo que he dicho —recalcó mientras se encaminaba hasta el sillón más cercano a la chimenea y se tumbaba con los ojos cerrados.

Los pies descalzos de Raisa no hicieron ruido al acercarse, pero de algún modo, notó su presencia.

—No te permito burlarte. No tienes idea de lo que nos costó tu desaparición

y...

—Raisa. —Su nombre sonó como una advertencia y Anahy abrió los párpados a tiempo para verla cerrar la boca.

Sasha fue el que había logrado el milagro. A pesar de su postura relajada con una rodilla doblada y la espalda poco arqueada, los músculos rígidos de los brazos cruzados le daban una apariencia amenazadora. Una pequeña arruga entre sus cejas le indicaba que se encontraba bajo su atención, ella y los otros.

Anahy golpeó en los lados del sillón, curvando los labios en una sonrisa tan larga como falsa.

—¿Así que celebramos el regreso de la pieza perdida? ¿Preparamos un cóctel?

Blaze, que se había atrevido a sentarse cerca de ella, en el sofá, se atascó con el aire y empezó a toser. La arruga de entre las cejas de Sasha se profundizó y Stiff sonrió mientras que las chicas se quedaron con las bocas abiertas de forma cómica.

—¿Qué pasa? —inquirió Anahy, fingiendo que no entendía sus reacciones—. ¿No me habéis extrañado? Acabas de decir que casi te mueres de preocupación —dijo, mirando a Raisa.

La chica enderezó la espalda y se aclaró la garganta.

—Sí. Echaba de menos a Anahy. ¿Quién eres tú?

—¿La nueva Anahy? —replicó, ladeando la cabeza hacia un lado y abajo, mirándolos al revés—. La Anahy que tiene conocimiento de que está en una Isla Centro —continuó, levantándose de un solo movimiento brusco—. La que sabe que sois unos mentirosos desgraciados. La que ha dejado de creerlos —acabó en voz fría, su mirada enfrentando la de cada uno, por turnos.

—¿Con quién has hablado? —Sasha fue el primero que se despertó del asombro.

—No creo que tenga interés en conoceros. Aunque es posible que os conozca y precisamente por eso elige mantenerse alejado —comentó, tamborileando con el dedo índice en sus labios.

—No te hagas la lista. —Sasha le cogió la mano y la forzó a mirarlo. Abrió la boca para continuar, pero detuvo la vista en su muñeca y su mirada se tornó vidriosa. Demasiado cerca de su cuerpo, Anahy notó que su aliento se convirtió en jadeos y que apretó los dientes. Sus dedos se engancharon en la pulsera de Anahy, pero el caucho trenzado se resistió y en vez de romperse, se estiró entrando en su carne—. ¿De dónde la has sacado? —La pregunta

salió silbada en el esfuerzo de liberar los vocablos.

—Me haces daño. —Ella no gritó, a pesar de que la mirada salvaje de Sasha la hacía estremecerse. Él parecía dispuesto a romperla en pequeños pedazos para volver a unirlos y repetir la operación si fuera necesario.

—Te he preguntado algo...

—Sasha.

Anahy giró su cabeza hacia Blaze, el que había hablado, y lo que vio en su mirada la preocupó más que la locura temporal del desgraciado que mantenía encerrada su muñeca con tanta fuerza que la mano había empezado a dormírsele.

Parecía... perdido. Conocía al Blaze siempre jovial, alegre, teniendo preparado un comentario sarcástico para cualquier situación. Blaze tenía un problema con mantener la boca cerrada, y los labios siempre surcados en una sonrisa. El ergy tenía un fulgor en su mirada que era su marca personal. A pesar de su apariencia montañosa y de su cabeza rapada, él siempre le había parecido un gatito. Pues ya no. Estaba apagado, entendió Anahy, frunciendo el ceño con preocupación. Se había percatado de que todos se veían mal físicamente, pero no se había dado cuenta de que sus miradas eran las de la presa, no las del cazador.

Tiró de su mano y a la vez empujó a Sasha con la otra.

—Siento haber interrumpido vuestro sueño de belleza —dijo, ahuyentando la preocupación a un lugar lejano de su mente y soltando una carcajada sarcástica. Se habían reído de ella durante semanas. Era muy probable que se le acercaran solo para tenerla bajo observación y esperar el momento perfecto para llevarla al Éter—. A la luz del sol casi parecéis nulos.

—Anahy...

—Nada, Raisa. —Levantó la mano para interrumpir a la chica, a pesar de que le costaba mantenerse fuerte ante su mirada arrepentida que gritaba perdón. Alzó el mentón sin mirar a nadie en especial—. Me siento como me veo, es decir, como una mierda, y me gustaría descansar. Tengo un baile al que asistir esta noche y las ojeras no van con mi vestido. —Se giró antes de que alguien interviniera y subió los escalones con pasos apresurados.

Al llegar a la planta superior empezó a correr hasta que llegó a su cuarto y cerró la puerta a sus espaldas. Se tiró en la cama con los brazos abiertos y los ojos igual, con la mirada fija en un punto en el techo.

No había tenido problemas en mantener su energía bajo control y por primera vez podía haber aprovechado el momento y dejar libre sus

emociones. Las temperaturas bajas, el accidente y el encuentro con Calixta la habían dejado casi seca. Lo que era una verdadera pena, pues le habría encantado quemar hasta los pelos de la nariz de Sasha.

Suspiró desilusionada, preguntándose cuánto tiempo necesitaría para recuperarse. Nunca había tenido ese problema, lo normal era preocuparse por descargarse y por no fundir cualquier superficie que tocara. Si no se recuperaba para la noche, Cold iba a estar muy decepcionado, pensó sonriendo débilmente.

Se hacía la valiente, pero no apostaba por sí misma, no sabía si tendría el nervio necesario para plantar cara ante los dos grupos. Ergys y wises. Ambos poderosos, ambos con pocas debilidades. Dos grupos de manipuladores y mentirosos. Se odiaban entre ellos y los cócteles pagaban el precio de su lucha. Anahy apretó los dientes al recordar las palabras de Sasha: «va a debilitar el equipo». La aceptaban de fachada, pero jamás sería parte de ellos. Estaba dentro del enjambre, pero siempre se quedaría al margen, sin tener la posibilidad de avanzar. Sin conocer a la reina.

No le importaba. Podía construir su propio reino. Podía construir su propio reino y declarar guerra a los otros.



La habitación estaba a oscuras cuando Anahy despertó.

Se incorporó sobre los codos y miró la puerta que daba al balcón. Aunque no había cerrado las cortinas, ningún punto de luz atravesaba el cristal. El silencio era tan denso que pesaba, y entre las sombras y la ausencia de cualquier ruido, se sintió como si fuera la última persona con vida en un mundo desconocido.

Encendió la luz y buscó su comunicador. El reloj le indicó que eran las seis de la tarde y que había dormido casi doce horas. Un mensaje de su madre la hizo sonreír: «Compórtate como una chica de tu edad», decía la orden, dulcificada por el guiño con el cual acababa el texto. Había hablado con ella antes de quedarse dormida, pues los veinticuatro mensajes y el doble de llamadas perdidas habían pedido atención inmediata. La historia que conocía su madre era que se encontraba con unos amigos en la montaña y que tenía poca cobertura. Para hacerla olvidar el susto dado por no haber podido contactarla durante dos días había tenido que contarle lo del baile para centrar sus pensamientos en un asunto más placentero. De ahí el mensaje y las esperanzas de su madre de que cometiera una locura típica para su edad. Si supiera ella que sus planes implicaban mucho más que un baile...

Cadence no le había preguntado nada sobre cómo iba la búsqueda de su padre y Anahy sabía que su madre esperaba que se diera por vencida. No lo haría, no perdería la única oportunidad que se le había ofrecido. Le sentaba bien que no le pidiera detalles porque se olvidaba de que, por ahora, era un fracaso. Pero mientras hubiera un camino iba a avanzar. Cadence decía que debía parecerse a él en carácter por el modo en que no se daba por vencida. Anahy no la creía, pues su padre había renunciado a ella antes de su

nacimiento. Había desaparecido poco después de que su madre le dijera que estaba embarazada. Y aunque Cadence procuraba convencerla de que no era posible que fuera mala persona, mantenía sus reservas. Puede que no la quisiera o puede que hubiera tenido motivos serios para no ser parte de su vida, en cualquiera de los casos, necesitaba una explicación.

Anahy se levantó y estiró los brazos por encima de su cabeza, elaborando mentalmente el plan para las siguientes horas. Tenía que comer, ducharse y ponerse lo más guapa que pudiera. Con los propósitos establecidos, abrió la puerta y bajó a la cocina. La casa estaba en silencio, pero el aire olía a tomates fritos con ajo y su estómago hizo un ruido nada elegante. Rezando para que su suerte durara y que los ocupantes de la casa no estuvieran, caminó con pasos ligeros y los sentidos agudizados.

Se detuvo de golpe al entrar en la cocina y abrió los ojos de par en par ante la escena. No había sitio libre en la isla central. Una enorme ave asada reinaba por encima de un cuenco con lo que parecía ensalada, un plato de medias lunas azucaradas y una tarta. La salsa de tomate echaba burbujas en una sartén y desprendía un olor tan aromático que se tambaleó sobre los pies por una ola de mareo.

—Siéntate —dijo Stiff, aunque se encontraba de espaldas y Anahy había supuesto que no la había visto.

Él se giró manteniendo entre las manos un plato que dejó en un rincón de la mesa. Al ver que Anahy no se movía, volvió a hablar:

—Siéntate y come.

—No quisiera... quiero decir... —Ella señaló con la cabeza hacia atrás, preparando su retirada.

No tuvo la oportunidad de hacerlo, pues Stiff se le acercó y la empujó suavemente en un hombro hasta que se encontró en la silla.

—No sabía que eras un gran chef —intentó bromear. No esperaba respuesta, ya que el ergy había usado su ración de palabras para una semana entera, pero no se sentía cómoda al probar su comida sin agradecer su esfuerzo—. Todo tiene una pinta maravillosa.

—Cocinar me relaja —le explicó Stiff dándole la espalda y volviendo a prestar atención al horno.

Anahy procuró no ingerir la comida con los movimientos desesperados de un muerto de hambre, aunque así era como se sentía y los bocados eran tan deliciosos que le costaba no tragarlos sin masticar. El único ruido del lugar era el que hacía Stiff con los utensilios. De fuera le llegaba un sonido

pausado parecido al llanto, lo que la hizo suponer que el viento montaba un escándalo. La chimenea no estaba encendida cuando había pasado por el salón, pero restos de carbón aún incandescentes y la cantidad de ceniza hacían pensar en una hoguera considerable.

No planeaba preguntar por los otros. Se centró en su comida, admirando los movimientos fluidos de Stiff. Él era tan grande que resultaba cómico verlo con el delantal bordado con flores, ya que lo normal era esperar que fuera a romper los platos entre sus manos. No obstante, se movía seguro, sin prisa, atento en la preparación de la comida y regresando a la mesa solo para añadir otro cuenco lleno. Anahy se aguantó la risa cuando lo vio frotándose la frente con el dorso de la mano y dejando una marca de harina. Sus ojos brillaron por un segundo con algo parecido a una travesura y ella sospechó que lo sabía, incluso que había hecho el gesto con intención.

No era fácil leer su mirada. Al principio, cuando lo conoció, había pensado que era frialdad y rechazo lo que transmitía el azul oscuro de sus ojos, pero sospechaba que melancolía y una pizca de tristeza eran los sentimientos que lo hacían mantenerse al margen. La impresión estaba certificada por sus labios llenos que le daban aspecto de malhumorado todo el tiempo por no curvarlos bajo ninguna condición. Supuso que no llegaría a conocer la historia de Stiff. De hecho, la de ninguno de ellos. Lo que sabía eran cuestiones sin importancia y no se quedaría a su alrededor lo suficiente para averiguar más.

Acabó y se aclaró la voz mientras se levantaba para dejar su plato.

—Gracias —dijo sonriendo con timidez.

Stiff le permitió retirarse hasta el arco que hacía de puerta y daba al salón.

—¿Anahy? —la detuvo, girándose con un cuchillo enorme en la mano—. Eres nuestra.

—¿P... perdón? —Regañándose por haber tartamudeado, ella irguió la espalda. La isla hacía de barrera entre ellos, pero no confiaba en que el ergy no supiera hacer algún truco de magia y esfumarse para aparecer mucho más cerca. Procuró no mirar fijamente el cuchillo, asunto difícil cuando la luz de la bombilla se reflejaba en la hoja afilada. Además, el modo en que los dedos de Stiff agarraban el mango no le inspiraba confianza. Levantó el rostro hasta sus ojos y tuvo la sorpresa de descubrir que la miraba con condescendencia.

—Puedes protestar todo lo que quieras. No tienes salida. Estarás con nosotros o serás ceniza. —Al acabar le dio la espalda, tranquilo, como si acabara de aconsejarle que debía comer verdura para estar sana.

Anahy abrió la boca varias veces, pero no encontró una réplica inteligente. Aquello sonó como una amenaza.

Antes de que se le ocurriese algo, un ruido llamó su atención. Stiff tiró una sartén en el fregadero, encima de varios platos que se partieron. Anahy se adelantó para ayudarlo, pero se detuvo de golpe al ver el objeto que rodaba por el suelo: un cuarzo grande, de forma ovalada. Sus decenas de facetas atraían la luz y creaban rayos blancos y amarillos que rozaban el techo. Era imposible pasarlo por alto, sin embargo, ella pensó en hacerlo durante un segundo, pues no quería especular sobre qué hacía Stiff con un cuarzo. Se quedó muda incluso cuando él se inclinó para recogerlo. Sus ojos la llamaron mientras ocultaba la piedra en su puño. La llamaron y le ordenaron a través de la mirada que sería mejor no hacer preguntas.

—Necesitas... —ella giró la vista hacia la isla, el horno y cualquier otro espacio que no lo incluía a él—. ¿Necesitas ayuda? ¿Puedo hacer algo por ti? «¿Guardarte la piedra?».

No se atrevió a hablar. Estaba atontada. Hacía solo unas horas desde que conocía la existencia del virus. No estaba preparada para aceptar que alguno de ellos podría enfermar.

—No. —La respuesta vino rápido, demasiado rápido—. Gracias —añadió Stiff.

Anahy prefirió alejarse y lo hizo con movimientos torpes, a consonancia de lo torpe que estaba su cerebro. No entendía y no quería entender por qué le daba las gracias el ergy.

Tuvo suerte de no encontrarse con nadie en la segunda planta, pero aún tenía que escapar antes y después de ducharse. Sonrió al pensar que se sentía como en un juego en que debía pasar varios obstáculos para subir de nivel. La evasiva funcionaba, pero era una solución momentánea; estaba segura de que su suerte acabaría pronto.

Se escabulló caminando con las deportivas en las manos y volvió con el neceser, esperando unos minutos ante la puerta del baño para asegurarse de que el cuarto no estaba ocupado. Después de cerrar con el picaporte tomó una respiración honda. Encendió el grifo con la alegría de una persona que acababa de regresar después de una excursión forzada al desierto. Se permitió usar el agua caliente, un lujo que no recordaba cuándo había sido la última vez que había disfrutado. La energía latía en el interior de su pecho al compás de las pulsaciones de su corazón. Era potente, pero no estaba a punto de desbordar. Necesitaba aprender a controlarla. Brais le había contado que era

posible, y quería creerlo.

Empleó el champú por tercera vez y luego se aclaró el pelo hasta que rechinó entre sus dedos. Frotó su piel hasta que se puso roja y después de secarse gastó medio frasco de crema para suavizarla. Ante el espejo, con el cutis brillando y una mirada decidida, se sentía capaz de conquistar el mundo.

Cuando abrió la puerta descubrió que una pierna musculosa se interponía en su camino. Tendida en diagonal, unos centímetros por encima del suelo, pero lo suficiente como para dificultarle la huida. Sasha se sostenía en la pared del pasillo con pinta de no tener nada mejor que hacer. Por lo menos se había puesto una camiseta, aunque llevaba el mismo pantalón corto negro que tenía por la mañana y los músculos de su pantorrilla parecían tallados en acero.

«Tiempo de batalla», se dijo Anahy, inhalando hasta que hinchó sus pulmones. Haciendo caso omiso a la pirueta que ejecutó su corazón, se negó a desviar la mirada de la encendida de Sasha. Aunque encendida no era una descripción correcta, de hecho, era bastante oscura, se percató. Varios tonos de azul patinaban en capas, una desapareciendo, otra ocupando el lugar del frente, de modo que la mirada del ergy se volvía líquida e intransitable a la vez.

La inquietud agitó su estómago.

—¿Necesitas algo? —preguntó, felicitándose de que su voz hubiera sonado segura.

—No.

La respuesta lacónica no le dio ningún indicio sobre su estado de ánimo, pero tampoco la tranquilizó. Sasha se encendía y se apagaba en cuestión de segundos, como si tuviera un botón mágico.

—Entonces me gustaría pasar —pidió, negándose a tragar saliva, aunque sentía su boca llena con granos de arena.

—¿A dónde vas, Anahy? —La pregunta fue tan dulce y el modo en como pronunció su nombre, como si acariciara las letras, arregló su problema de sequedad y le llenó la boca de agua.

—En media hora tengo que asistir a un baile, así que si me disculpas...

No pudo reprimir el brinco cuando Sasha se despegó de la pared y llenó el hueco de la puerta con su presencia.

—No puedes ir con él.

Anahy se ordenó soltar una carcajada. Incluso dejó la cabeza hacia atrás, indicándole que le divertía mucho la prohibición.

—¿Porque os pertenezco? —preguntó después de calmarse. Dejó su neceser en el mueble y se volvió, preparada para la confrontación. La energía se filtraba por sus venas, caliente y espesa. Sonrió, aceptando que, si su cuerpo estaba listo, su mente debía obedecer—. ¿Por qué no me impediste ir con él hace una semana? —inquirió. Su dedo índice golpeó el centro del pecho de Sasha—. ¿Por qué le dejaste comerme? ¿Desde cuándo puedes decidir tú o cualquiera de vosotros sobre mi vida? No os importó hasta el instante en que entendí, por mí misma, lo que sois.

—¿De verdad lo entendiste? —No esperaba que Sasha retrocediera ante la fuerza de su dedo índice, pero el hecho de que se mantuviera más calmado que un día sin una brisa la inquietaba. El peligro de estallar era mucho más elevado cuando las emociones se acumulaban, lo sabía de buena tinta. Él inclinó la cabeza, sin arquear su espalda, mirándola desde arriba—. ¿Lo tienes todo claro? ¿No tienes ninguna pregunta?

«No» a las preguntas, «sí» a un problema hormonal, pensó Anahy, al volver a tener dificultades para abrir su boca. Se humedeció los labios y pudo responder antes de delatar su nerviosismo.

—Ninguna a la cual puedas responderme tú —declaró lo más firme que pudo.

Se percató de que se había acercado demasiado cuando el calor de su cuerpo se unió con el de Sasha. El aire se llenó de descargas eléctricas visibles, minúsculas chispas crepitaron en el poco espacio que los separaba.

Sasha torció la comisura de la boca y a Anahy le entraron ganas de salir despavorida. Conocía aquella sonrisita. La marca de su nuca se encendió y su piel empezó a arder tanto que temió empezar a emanar vapor. Puso todo su empeño en no empezar a rascarse el cuello.

—No me había imaginado que mojado tiene otro color —susurró él.

—¿Qué?

Para que lo entendiera, Sasha enganchó los dedos en el pelo que le caía por la espalda. Lo cogió en el puño, forzándola a inclinarse hacia él.

Luchando contra el deseo perverso de sus huesos que anhelaban hacer un ejercicio prohibido y arquearse contra él, haciendo oídos sordos al grito de sus moléculas que amenazaban con descomponerse para unirse con sus contrarias, Anahy dio un paso hacia atrás y escapó de su agarre.

Sasha volvió a cruzar los brazos. Su sonrisa se ensanchó, pero no había nada de alegría en su mirada.

—Pues yo tengo algunas preguntas para ti, mi dragoncita.

—¡Me importa un cuerno! —espetó, mareada por sus cambios de humor.

El calor aumentó en su interior. Se dio cuenta que iba a perder el control si no se alejaba. Decidida a pasar por encima de él como un camión de una tonelada, a derrotarlo por cualquier medio, se irguió en todos los centímetros de su metro setenta, sin importarle que estuviera medio desnuda, mojada, descalza y que, en comparación con él, tenía el tamaño y el peso de un bicho terrario.

Logró pasar por su lado, empujándolo con el hombro. Por una fracción de segundo esperó haberlo conseguido. Entonces los brazos de Sasha se cerraron en su cintura y la levantó por encima del suelo.

—¡Suéltame pedazo de...! —vociferó pateando el aire.

—Ya empezamos —comentó él, su voz adquiriendo de repente un evidente matiz divertido.

Su lucha dio fruto. La liberó, pero no la dejó en el suelo como esperaba, sino encima del mueble del cuarto de baño. Y él no se alejó. Se posicionó entre sus piernas abiertas, impidiéndole que huyera.

—¿Sabes que la veo? —preguntó, riendo flemático.

—¿Qué? —inquirió Anahy entre jadeos, sin dejar de contorsionarse y maldecir.

—Tu energía. —El anuncio y el hecho de que miraba la toalla en la zona de sus senos la hicieron abandonar la lucha. El aire había desaparecido de la habitación, o le parecía a ella. A pesar del calor y de que en la estancia aún quedaba vapor después de su ducha, escalofríos recorrieron su espalda—. Está justo ahí —dijo Sasha, indicando el centro de su pecho—. La veo crecer, la veo fluir. ¿Lo sabías? —dijo, alzando la cabeza para mirarla.

«Demasiado cerca. Demasiado caliente». Sus labios se movían a pocos centímetros del rostro de Anahy. Su aliento la acariciaba. Sus ojos centellaban, un sinfín de luces doradas con efecto hipnotizador.

—Sí. —¿Existía algún sonido más bajo que un susurro?, se preguntó, odiándose por delatar debilidad—. Conozco los dones de un ergy. Nos los enseñan en la escuela. Deberían darnos clases de cómo defendernos de vosotros —espetó, su voz un pelín demasiado áspera.

Sasha se alejó unos centímetros, no los suficientes para que pudiera escapar.

—No podéis defenderos. Si tuviéramos intención de dañar, el mundo hubiera sido nuestro desde hace milenios. Pero no queremos hacer daño. Somos dioses, por suerte para los nullos, unos dioses magnánimos.

—¡Qué considerados!

—Eso es —aprobó él con un levantamiento de cejas de corta duración—. Magnánimos y considerados. Te besé en la tienda porque sabía que estabas a punto de estallar. No soy un acosador, solo te ayudé, intentaba gastarte la energía.

Anahy cerró los ojos, el gusto de la traición se sentía amargo en su boca.

—Me ves —susurró cabizbaja, para después alzar la cabeza y mirarlo—. Y, aun así, pasaste de mí, me alejaste e intentaste convencer a tus amigos de que soy un peligro.

—¡Porque lo eres! —Sasha dio dos pasos atrás y se quedó mirando el techo. Suspiró al girarse hacia ella y habló en voz baja—. Lo eres. No sabes nada de nuestro mundo. No sabes nada de ti —aclaró, con sus ojos acosados por un estado febril—. Reconozco que no te di ninguna oportunidad. No creo que a tu edad puedas aprender a controlar tu fuerza, pero estoy dispuesto a enseñarte, si es lo que deseas.

Anahy meneó la cabeza, negándose a escucharlo, a creerlo.

—¿Por qué ahora?

—Porque es muy tarde. No vas a aguantar ahí fuera —dijo—. Existe una facción creada por los nuestros que busca personas como tú. Trabajamos allí. Nuestro deber es entregarte, pero hay veces que no nos apetece hacer el trabajo. Nos negamos a hacerlo cuando te conocimos, pero solo posponemos lo inevitable. O te entrenas o no durarás ni un día con ellos cuando te encuentren. Y van a hacerlo, dragona. Van a encontrarte. Tarde o temprano. —Sasha hizo una pausa que Anahy sospechó que habría usado para maldecir, considerando la expresión de su rostro. Su mirada se tornó vidriosa y pesada al mirarla, incluso triste—. No sé cómo se te ocurrió venir a una Isla Centro, no podrías haber elegido un lugar peor. De todos modos, aquí o en cualquier otro sitio tus días de ser libre están contados.

Anahy quiso contarle lo de su padre. Necesitaba hablarlo con alguien con tanta desesperación que había pensado incluso en llamar a las líneas de apoyo. Necesitaba que otro lo entendiera y, quizás, la ayudara. Pero ya no les daba crédito a los ergys. No volvería a cometer errores.

—Gracias por la confianza que depositas en mí. —Saltó del mueble y le mantuvo la mirada sin titubear—. Creo que me empeñaré en demostrarte que te equivocas.

—Espero hacerlo.

Ella dio un paso atrás, preparándose para salir. Se detuvo por culpa de sus

siguientes palabras.

—No vayas con él.

Anahy apretó el maxilar en una expresión obstinada. No pensaba explicarle sus planes y que tenía asuntos pendientes con Cold. Agitó la cabeza, susurrando:

—Te dije que no puedes ordenarme. No soy parte de tu vida, no soy parte de tu grupo, no soy... nada.

Su cuerpo se heló cuando los dedos de Sasha se enlazaron con los suyos en una caricia suave. La piel le cosquilleó, y entendió por qué cuando en el hueco creado por la unión de sus dedos nació una pequeña esfera de luz. Él la dejó caer en la palma de su mano y la alzó con la ayuda de la suya hasta la altura de sus ojos.

—Lo eres.

Maravillada ante la imagen, Anahy se tragó el nudo de la garganta. La esfera pulsaba ante sus ojos como si fuera un pequeño corazón, como si tuviera vida. Partículas diminutas amarillas y rojizas la envolvían y su centro era de una blancura brillante, casi translúcida. Al tacto se sentía como seda y era un pelín más fría que su piel.

—He reconocido mi error —continuó Sasha, estrechando sus dedos en un puño y apagando la esfera—. Es tu turno. Necesito que me cuentes con quién has hablado. Debo saber si es un amigo. —Él se detuvo y ella quedó impresionada por la sinceridad impresa en su rostro—. No te delatamos cuando te conocimos. Si alguien más sabe que estás aquí, si sabe que estás con nosotros, nos pone en peligro. Necesito saber con quién hablaste y qué le contaste —insistió.

Anahy se perdió por un segundo eterno en su mirada. Hizo acopio de todo su valor para tirar de su mano.

—No os pone en peligro, tampoco a mí. Es alguien de confianza.

—¡No puedes estar segura! —empezó él.

—Esta vez sí, lo estoy. Al contrario de cuando os conocí a vosotros.

—Te he pedido disculpas. Hemos hecho lo que hemos considerado que era bueno para ti y para nosotros. De ti depende si vamos a llevarnos bien a partir de ahora.

—Lo pensaré —susurró Anahy, acabando el arsenal de protestas.

Se giró y se alejó sin mirar atrás.

Si su plan funcionaba, Sasha no volvería a quererla en su equipo.



Anahy acordó con Cold que la esperara fuera, ya que no deseaba aumentar el conflicto entre los grupos. Los ergys estaban con los nervios a flor de piel y había pasado las últimas horas en su cuarto, evitándolos.

—Hola —saludó al subir en el coche. No le prestó demasiada atención, eligió mirar por la ventana, pero al notar que el vehículo no se movía, se giró hacia él.

—Te ves... —Cold soltó un silbido que Anahy se equivocó en traducir.

—¿Cansada? —inquirió, sonriendo con pesadez al entender que ni los mejores productos de maquillaje habían hecho milagros en borrar sus ojeras.

—Quería decir espectacular —murmuró Cold, buscándole la mano.

Anahy permitió el contacto durante una fracción de segundo. Sabiendo lo que le hacía su toque, le estrechó los dedos como si le respondiera y retiró los suyos, fingiendo que se arreglaba el peinado.

—Gracias. —Se pasó las manos por la falda del vestido, que no llegaba a sus rodillas. Había elegido un modelo severo que seguía la línea de su clavícula en la parte delantera, pero en la espalda tenía un corte desde su cuello hasta la cintura, desvelando fragmentos de su piel. Las mangas le envolvían solo los hombros, pero el abrigo la protegía contra los ataques encubiertos del wise.

—¿Estás bien? —preguntó él, por fin decidiéndose a poner el coche en marcha.

—Sí, sí. Claro que estoy bien. —La declaración sonó falsa incluso para sí y Anahy se concentró en jugar mejor su papel—. ¿Cómo estás tú? ¿Te gustaron los juegos? ¿Ganaste algo?

Cold sonrió agitando la cabeza.

—No soy muy bueno, solo miré. No te vi por allí —comentó desviando su mirada del camino para observarla.

—Tuve que volver abajo para arreglar unos asuntos.

Anahy se mantuvo en silencio el resto del camino y él pareció estar de acuerdo, puesto que encendió el equipo de música y no insistió en conversar.

Se detuvieron después de pocos minutos ante una construcción de dos plantas hecha de vidrio y acero. Se alzaba en el centro de un valle como si se hubiera levantado del centro de la tierra, y estaba flanqueada por dos picos vestidos de nieve. A través de las ventanas amplias se veían sombras moviéndose y luces pequeñas bailaban como si fueran luciérnagas.

Se quedó boquiabierta y no se dio cuenta de que Cold había bajado y le había abierto la puerta.

—Es impresionante, ¿verdad? —comentó él, esperando a que saliera.

No hizo ademán de tocarla y Anahy agradeció su discreción.

—Sí, lo es. —Se aclaró la garganta y esbozó una sonrisa—. Es fantástica.

—Serás la reina del baile. —Cold le ofreció el brazo y ella aceptó apoyarse, ya que llevaba traje y su piel estaba cubierta.

—¿En serio sigue existiendo eso del rey y la reina? —se rio, avanzando con cuidado para no resbalar. Tacones y tierra helada no se llevaban bien. Le echó un vistazo rápido—. Creo que tú también tienes grandes oportunidades de ser nominado. Te ves muy apuesto.

Y era verdad. El traje de chaqueta le sentaba como un guante sobre su cuerpo musculoso y el blanco de la camisa contrastaba con su cabello moreno peinado de un lado. Aparentaba ser un personaje de película: guapo, misterioso, elegante. Parecía sincero, sus reacciones eran las esperadas conforme con la situación, sus actuaciones no tenían nada de simuladas.

«Podrido por dentro y un actor espectacular».

Anahy enderezó la espalda y se dijo que no iba a cambiar su decisión. No estaba dispuesta a dejarse manipular de nuevo.

Subieron por el centro de la imponente escalera y se adentraron en la penumbra de la estancia. No había luces fuertes que la iluminaran, sino bolas de diversas dimensiones que decoraban las paredes y el techo en blanco y rojo. Una fragancia exótica se sentía en el aire, una combinación de limón y sándalo, demasiado fuerte para sus sentidos alterados.

Acompañó a Cold en un recorrido por la casa y descubrió que la planta baja pertenecía al grupo de los intelectuales. Prevalecía la música chill out, las conversaciones se mantenían en voz baja y notó que muchas personas tenían

el doble de su edad.

—Los patrocinadores del evento —le susurró Cold al oído al observar que se había quedado con la boca abierta ante la cantidad de piedras preciosas que se enseñaban.

—Hay más estrellas aquí que en el cielo —replicó, siguiéndolo al ascensor que los llevó a la segunda planta.

En cuanto se abrieron las puertas, fue como pasar a otro mundo. En aquel momento una canción amenazaba con dejarlos sordos y muchos de los jóvenes que se agitaban en la pista de baile tenían pinta de haberse fugado de un reformatorio. Algunos llevaban trajes de gala y había chicas con vestidos largos y elegantes, pero el tono picante lo daban los que habían preferido leggings de cuero rayado, camisetas pequeñas y como accesorios cadenas plateadas, chinchetas y estrellas de metal. Los ergys se mezclaban con los que llevaban cuarzos y, por una vez, parecía que había paz.

—Creo que nos equivocamos de sitio. —Anahy sonrió, considerando que no encajaba en ninguna de las plantas. ¿Pero qué más daba? No encajar en ningún lugar era la historia de su vida.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó Cold, señalándole con la cabeza el rincón opuesto de la sala donde se vislumbraba una barra.

—Sí. —«Definitivamente sí». Era probable que el alcohol no fuera una buena idea, pero no podía continuar con la fiesta sin un estimulante.

De camino hacia la barra, Cold la presentó a algunos de sus conocidos y pasaron un rato en conversaciones triviales. Anahy esperaba estar dando las respuestas correctas, ya que solo una parte de su mente se encontraba en aquel lugar. A pesar de la copa, su estómago no se calmaba y cada minuto se ponía más nerviosa. Se tomó otra mucho más rápido y se dio cuenta de que su plan tenía grietas demasiado profundas; era poco probable que fuese a funcionar. El hecho de que cada vez que ojeaba la sala se encontraba con la mirada inquisitiva de algunos de los ergys que conocía no ayudaba en absoluto. Ellos mantenían la distancia, pero no ocultaban que no la perdían de vista. No sabía cómo iba a conseguir esquivarlos.

—¿Qué te parece esta canción para bailar conmigo? —Anahy se sobresaltó al escuchar la pregunta de Cold.

Un sonido desgarrador de guitarra hacía de baile lento, pero ella suponía que la llamada de su energía era más fuerte que la de la música.

—La verdad es que me gustaría tomar un poco de aire. —Sonrió para disminuir la fuerza del rechazo.

La sorpresa fue evidente en el rostro del wise.

—Claro. Lo que deseas.

Anahy se encaminó hacia la terraza, llevando el vaso con ella. Un estremecimiento le recorrió el cuerpo cuando Cold llevó la mano a su espalda como si la guiara y sus dedos le rozaron la piel.

—¡Basta de hacerlo! —espetó, echándose hacia un lado para escapar.

Se mordió los labios, regañándose por no haber podido esperar unos minutos más. No lo miró, pero él tampoco comentó nada hasta que no se encontraron en un rincón de la terraza, alejados de las otras parejas.

—¿Pasa algo?

Desde la altura, Anahy observó las pocas luces de las casas que se advertían en el valle. Luego alzó la mirada hacia el cielo estrellado. Se abrazó, aunque el frío venía de su interior, un asunto curioso si tenía en cuenta que sentía fuertes las pulsaciones de su núcleo.

—Agradezco el hecho de que me dieras la bienvenida cuando nos conocimos —dijo al girarse.

Cold frunció el ceño y metió las manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Por qué me suena como si fuera una despedida?

—No lo es. No te preocupes. —Anahy usó todos los músculos de su rostro para curvar las comisuras de su boca—. Creo que estoy un poco melancólica. —Zigagueó sin un destino fijo aparente y se detuvo detrás de un abeto en maceta que tenía la altura perfecta para esconderla. Aprovechó el instante de soledad, sabiendo que Cold la seguiría, y rompió el vaso en la barandilla de metal—. ¡Ay, madre! —exclamó. No le fue difícil hacerlo, ya que cortarse con intención en la palma dolía lo suficiente como para que le saltaran las lágrimas.

—¿Qué pasó? —Cold la alcanzó y se dejó caer en las rodillas para ayudarla a recoger el vidrio roto.

—Soy torpe —se excusó procurando parecer agitada y perdida. Tampoco era difícil fingir, su corazón galopaba tanto que tuvo miedo de perderlo. El aire estaba fresco sobre su piel ardiente y sudorosa.

—Déjame a mí —pidió él, inclinándose.

Mientras le ofrecía los restos, Anahy hizo que se le resbalara un trozo de cristal y al recogerlo, apretó y cortó uno de los dedos de Cold.

—Lo siento —farfulló, preguntándose si la herida sería lo suficientemente profunda—. ¿Estás bien? —Sin poder controlar los temblores de su cuerpo, cogió la mano de Cold en un intento de verificar lo grave que era. Cuando

unió sus manos, liberó la energía, imaginándose la trayectoria en su mente.

—Sí, no te preocupes. —Cold quiso retirar la mano, pero ella no se le permitió. Lo agarró, hundiendo las uñas en su piel. Aumentó la fuerza y la velocidad de la corriente de fuego. Con la mirada fija en sus dedos enlazados se imaginó el modo en cómo su energía irrumpía en las arterias del wise. Si estaba en lo correcto no solo las calentaría, sino que las haría reventar—. Anahy, ¿qué estás haciendo? —Hubo un timbre de urgencia en su voz que la convenció de alzar la cabeza.

La frente de Cold estaba perlada por gotas de sudor y su piel se veía roja bajo la poca luz de la terraza.

—¿No es lo que quieres? —preguntó ella con falsa inocencia. Empezaba a marearse y la imagen del wise se volvía borrosa—. ¿No tienes hambre? Te alimento.

Advirtió el momento exacto en que Cold entendió sus intenciones. El miedo oscureció su mirada y sus facciones se contorsionaron en una máscara de horror.

—¡Para ya! —vociferó mientras hacía presión con la otra mano sobre la de ella en un intento de despegar sus dedos.

Esperando el movimiento, Anahy concentró su poder en aquella zona y convirtió su mano en brasas. No tenía idea de cómo transformarla en llamas, cada vez que había pasado no había sido porque lo hubiera querido, pero estaba segura de que ardía, pues sus dedos se veían casi translucidos, de color naranja vivo.

Cold siseó e intentó de nuevo retirar la mano a la vez que con la otra buscaba en el bolsillo exterior de la americana.

—Sé qué eres. Sé lo que me haces cuando me tocas —susurró Anahy.

Sabiendo que no podía mantener el dominio, el calor ya empezaba a cubrirle el brazo entero, hizo un último esfuerzo y envió todo lo que le quedaba en una ola potente.

El cuarzo que Cold había logrado encontrar cayó al suelo. Su rostro tenso y las sacudidas espasmódicas de su cuerpo le indicaron que la operación era un éxito.

—Te... suicidas —gruñó él con voz entrecortada. Ya no se oponía. Su piel se había vuelto de un carmesí intenso.

Anahy notó sus dedos laxos bajo el agarre aún fuerte de los suyos. Justo a tiempo, pues también se le acababan las fuerzas. Su visión se cubrió de millones de puntos oscuros y los huesos se convirtieron en gelatina. Se negó

a bajar los párpados y tuvo la satisfacción de verlo desmayarse antes de que lo hiciera ella.

—Puede que sí. O puede que no. Puede que te mate —susurró.



—¿Nadie puede controlarla? —gritó Sasha fastidiado mientras corría escuchando los pasos de los otros detrás de él.

Rezó para que no fuera demasiado tarde, pero bastó una sola mirada para que su sangre se helara. Evaluó la escena, mascullando una serie de maldiciones.

—Asegurad el área —ordenó, arrodillándose. No se molestó en examinar a Cold, la imagen de la sangre le dio toda la información que necesitaba para entender lo que había pasado.

Levantó a Anahy y advirtió que estaba tan vacía como un frasco acabado. Su cuerpo era solo un traje inservible, sus miembros flojos, el rostro tan pálido bajo la luz de la Luna que temió lo peor. No podía decidir si prefería que estuviera muerta o que fuera un espectro; la última posibilidad era mucho más escalofriante. La imagen de Anahy sin su esencia, sin su fuego, solo una sombra de lo que había sido era suficiente para asegurarle pesadillas permanentes.

—Debemos llevarla a casa. ¿De quién era el turno para vigilarla? —gruñó alzando la cabeza para acusar con la mirada.

Ninguno de sus amigos se atrevió a responderle. Los chicos habían formado dos parejas y daban explicaciones a las otras personas que se habían alarmado por el ruido e intentaban acercarse.

—Blaze, vigila a ese desgraciado. Intentad no llamar la atención de sus compañeros. —Se quitó la chaqueta del traje y cubrió a Anahy con ella. La abrazó y le escondió la cabeza en su hombro.

—Vamos, no pasa nada, solo se ha desmayado. —Ausa usaba sonrisas junto con las palabras y se movía sin parar, y Sasha consiguió pasar casi inadvertido.

Acomodó a Anahy en el asiento de atrás del coche, Raisa ya estaba sentada en el del copiloto.

—Te seguimos —aseguró Stiff, mirando hacia atrás a la espera de los otros.

Sasha puso el coche en movimiento con el mismo ímpetu que hubiese usado para arrancar la cabeza de un wise.

—¿Está...? —susurró Raisa, con su cuerpo hacia Anahy.

Sasha aguantó en silencio varios minutos. Cuando empezaron a dolerle las muelas de tanto apretar el maxilar, estalló:

—¿No crees que es un poco tarde para preguntarte si está viva? ¿De quién es la culpa de su estado, Raisa? ¿Cómo llegó a ese punto? Te lo dije, os lo dije... —resopló, volviendo a apretar los dientes—. Os dije a todos que no deberíamos habernos involucrado con ella. Es nuestra culpa. Es vuestra culpa.

—No pensé que fuera a llegar tan lejos. —Raisa se giró para mirarlo—. ¿Cómo supo hacerlo?

—¿Ninguno de vosotros se lo contó?

—No. No lo creo —se defendió Raisa—. No tuvimos la oportunidad de hablar con ella después de su desaparición.

—Supongo que lo hizo quien la ayudó.

—Deben haberla mentido. Ella debería haber sabido que no tiene poder suficiente para lograrlo o que se puede contagiar. ¿Por qué lo hizo?

—¡Porque es una maldita loca!

Raisa no comentó más y él procuró tranquilizarse, a pesar de que ninguna técnica funcionaba.

La marca de su cuello le quemaba tanto que sentía la piel en carne viva. El ardor era casi constante desde que había aparecido la cóctel, y eso que llevaba meses sin sentirla de forma tan aguda.

Había pasado los últimos años en una relativa tranquilidad, procurando no tener deseos que, sabía, no iban a cumplirse. Cuidar de los suyos era lo último que le había quedado. Lo hacía bien. Estaba dedicado. Centrado en ellos. Día tras día, segundo tras segundo, el planeta giraba sin perder el ritmo para no arrojarlos unos en otros y crear un desastre. Malditamente perfecto. El equilibrio mantenía la paz. Un cóctel no podía y no debía atacar a un wise. Un cóctel cualquiera, lo que ella no era, no debería olvidarlo. Estaba seguro de que Anahy era la encarnación del Dragón Justiciero de La Creadora. Quemaba todo en su camino. Era una creadora de caos.

Sasha centró su vista en el camino, mirando fijamente la línea fluorescente

pintada en la carretera. Las luces del coche la alumbraban y descubrían poco a poco los siguientes metros. Así debería pensar, se dijo. No había manera de ver el futuro, no podía controlar lo que pasaría dentro de una semana. Solo el siguiente segundo, y luego el minuto. De ese modo podía seguir teniendo la ilusión de control.

—A partir de ahora me encargo yo. —Se dio cuenta que había hablado en voz alta cuando la respiración de Raisa salió en un silbido.

—No creo que sea buena idea —susurró ella—. Estas demasiado implicado. Deberías alejarte. O deberíamos alejarla a ella. ¿No crees que existe el peligro de que estemos en el punto de mira de alguien? No fue un nulo quien la ayudó después del accidente.

—No importa. Creo que sé quién la ayudó. Es de confianza.

—¿Crees o estás seguro?

Sasha soltó una carcajada amarga, desviando la mirada del camino para mirarla.

—Ya no estoy seguro de nada. No debería haberme mantenido alejado. No me impliqué y por eso hemos llegado hasta aquí —espetó—. Nos equivocamos cuando decidimos no denunciarla. Os equivocasteis cuando la llamasteis vuestra amiga. Y cuando la acogisteis. Sabíais dónde iba a acabar. Podríamos haber hecho que le fuera más fácil. Ahora no. Ahora ya no — finalizó en un susurro áspero.

Raisa se tiró del cuello del vestido, alargándolo.

—Lo siento, ¿vale? Quise jugar, no pensé que jugaba con su vida. Lo arreglaré. Si queda algo por arreglar —añadió en un murmullo—. Pero tú no puedes...

Sasha alzó la mano para hacerla callar. Detuvo el coche ante la casa y se quedó con los ojos cerrados.

—He dicho que me encargo yo. —Salió sin esperar respuesta y el golpazo de la puerta sonó tan definitivo como su declaración.

Estaba sentada sobre algo tan suave que se parecía a una alfombra de nubes. Su cuerpo no tenía peso y lo notó al mover las extremidades y no sentir los huesos. Los dedos de la mano le hormiguearon y bajo su mejilla escuchó el latido sistemático de un corazón. La fragancia fresca del océano la hizo sonreír e imaginó una playa con las olas rompiéndose al contacto con la arena.

Abrió los ojos desorientada, procurando distinguir algo en la penumbra. El

cuarto sencillo, las paredes vacías y los muebles no le dieron ningún indicio. Luego su almohada se movió y al girar la cabeza, su mirada quedó prendada de un pezón masculino.

«¡Qué demonios!».

—Estás despierta. —La voz profunda le hizo cosquillas a Anahy hasta el interior de su estómago.

Se levantó apoyándose sobre el codo en busca del sonido de aquella voz. Sasha la estudiaba con los ojos entrecerrados y la mirada oscurecida.

—No es posible. —Sentía la garganta reseca. Se aclaró la voz antes de continuar—. No puede ser que esté despierta y que me encuentre en tu cama.

—¿Quieres decir que en tus sueños podría ser? —inquirió él con una expresión soberbia, como si hubiera indagado en sus sueños y tuviera la certeza de que así era.

—Cierra el pico. —Anahy arrugó los labios al ver que solo unos pantalones de chándal salvaban a Sasha de verse indecente y que ella llevaba una camiseta larga que la cubría hasta las rodillas—. ¿No tienes ninguna camisa? —gruñó, alejándose hasta el margen de la cama.

—La llevas tú —fue la réplica, seguida por una sonrisa que hizo relucir la blancura de sus dientes.

—Asqueroso —resopló. Abrazó la almohada y se retiró aún más.

—No opinabas lo mismo hace...

—¡Cállate, joder! Necesito pensar.

Anahy procuró unir los pedazos de sus recuerdos. Investigó hasta el fondo de su mente, para dar con... oscuridad. Recordaba haberse preparado para el baile y que tenía un plan que incluía a Cold. Brais le había contado que podía debilitar a un wise si le quitaba los cuarzos, pero descartó la opción por delatar sus intenciones. No podía arrancarle el pendiente a Cold sin una parte del lóbulo y tampoco la ayudaba desarmarlo. Ella quería hacerlo sufrir, ofrecerle de su propia medicina. Los wise no se veían afectados si absorbían la energía a través del tacto, incluso lo preferían de ese modo, porque la concentración en la sangre de los ergys era tan alta que resultaba tóxica. Pero ella no era ergy y había estado nerviosa porque no sabía si tenía el poder suficiente para afectarlo. ¿Lo había conseguido? se preguntó, forzándose para llenar aquel vacío. No sabía si lo había logrado ni qué día era o por qué había dormido sobre el pecho de Sasha en lo que debía ser su cuarto de la cabaña. Al final se dio por vencida.

—¿Qué pasó? —inquirió frotándose la frente.

Él se incorporó y se recostó contra la cabecera de la cama.

—No mucho. Intentaste quitarte la vida.

—Entiendo que no lo conseguí —comentó en voz baja, todavía buscando en su memoria—. ¿Puedes darme detalles? Parece que me perdí la parte más importante —dijo, golpeándose la sien.

Sasha frunció el ceño y la estudió por un largo rato.

—No estuviste lejos. ¿La persona que te contó cómo matar a un wise no te dijo que el proceso puede funcionar en sentido inverso y que puede infectarte? ¿Tampoco que la energía de un cóctel es poco eficaz y que puede no funcionar?

Anahy encogió los hombros.

—Me arriesgué. ¿Maté a ese desgraciado?

—Llevo casi una semana procurando traerte de vuelta —dijo Sasha, evitando responder—. Creo que me debes un agradecimiento de nuevo. Y no, no estás enferma. Chica, has nacido con suerte. Debes ser la preferida de La Creadora.

—¿Una semana? —Anahy saltó de golpe y bajó de la cama—. ¡Santos ángeles! ¡Mi madre debe estar muy preocupada! ¿Dónde está mi comunicador?

Una carcajada áspera interrumpió su ataque de pánico.

—¿Tu madre? Quieres decir la mujer que te ha criado.

Anahy lo fulminó con la mirada.

—Dame el comunicador.

—¿Qué hay de tu padre? —preguntó él—. ¿Vive aún? ¿Por qué no te cuida él?

—¡No es tu problema! —gritó enfurecida—. Necesito el comunicador. Ahora.

—No te preocupes, está arreglado. Una cosa más que hice por ti. —Su tono divertido y la chispa de su mirada enviaron escalofríos por la columna vertebral de Anahy.

—¿Qué hiciste exactamente? —preguntó, con miedo a conocer la respuesta.

—Contesté. —Sasha se giró para coger su comunicador de la mesita.

—¿Le contestaste a mi madre? —El chillido de Anahy retumbó en el silencio del cuarto y los oídos le zumbaron tanto que tuvo la impresión de haber hecho eco.

Sasha se empeñó en llevar la razón.

—No es tu madre. ¿Y qué podría hacer? Después del mensaje número cien en el cual amenazaba con venir aquí acompañada por todas las fuerzas de orden, más unas naves nodrizas, tuve que decirle algo.

Anahy volvió a la cama y se dejó caer de espaldas. Cogió el comunicador de sus manos y miró la pantalla con miedo.

—¿Y qué le dijiste? —susurró.

Como si esperara la pregunta, él contestó al instante.

—Que pronto tendrá que cuidar otro bebé cóctel y que no puedes atenderla porque te resulta imposible salir de mi cama.

—¿¡Qué!?! —clamó Anahy, buscando con la mirada un arma para atacarlo. Al no encontrar nada más aparte de su comunicador, se guardó el sentimiento de venganza para usarlo más tarde y se centró en sacarle la información—. Dime que no es verdad —imploró—. Dime que estoy soñando.

—No. Acabas de despertar después de cinco días en coma porque se te ocurrió que podías herir mortalmente a Cold, y tuve que hablar con... la mujer que llamas «madre». A lo mejor me pasé un poco con lo del embarazo, aunque me quedo con la esperanza —masculló lo suficientemente alto para hacerse escuchar—, pero que no podías atenderla porque no estabas de humor para salir de mi cama era la verdad. Creo que es una persona encantadora —continuó—. No te pareces a ella. ¿Supongo que tu padre es un gruñón como tú?

—No lo sé. Se fue al cielo de vuestra Creadora antes de conocerlo —Anahy contestó secamente la mentira que siempre contaba—. Si no te pones serio ahora mismo, no sé qué soy capaz de hacerte —lo amenazó—. Es muy importante saber qué le dijiste a mi madre.

Sasha no le hizo caso. Abandonó la cama y fue a correr las cortinas. Se quedó un rato de espaldas a ella y de cara a la luz grisácea que irrumpió en el cuarto. Después se giró y puso las manos en los costados. Su expresión cambió como por arte de magia. Sus facciones se endurecieron y Anahy podía jurar que sus ojos adquirieron un matiz plateado, como si hubieran absorbido la bruma de fuera.

—Tengo mucha curiosidad sobre qué vas a hacerme —dijo. Su voz sonó tan fría que bajó la temperatura del cuarto—. Primero arregla lo de tu madre, y luego hablaremos. Le dije que cogiste un virus desconocido y me forzó a enviarle fotos de tu culo para creerme. Te espero abajo —finalizó y salió sin más.

Las últimas palabras se repitieron en la mente de Anahy y solo llegaba a

una conclusión: había sido una amenaza.

«¿Dónde estaban los otros?», se preguntó. No era una cobarde, pero quedarse a solas con Sasha en esos momentos era lo último que deseaba. Raisa siempre la había resguardado, se fiaba de las capacidades de la chica para protegerla.

Abrió la puerta de la terraza y tomó unas bocanadas de aire frío antes de marcar el número de su madre.

—¿Cómo está? —la pregunta hirió sus oídos, tan imperioso fue el timbre de voz de la mujer.

—Soy yo, mamá —dijo, aguantando el silencio lleno de respiraciones precipitadas. Notó las lágrimas en las siguientes palabras.

—Jovencita, es la última vez que permito que me hagas esto. Me diste un susto de muerte.

—¿Lo siento? —Anahy sabía que era culpable y no existían aclaraciones que pudieran excusar su comportamiento o hacer que Cadence se sintiera mejor. Un sonido conocido que se escuchó a través de la línea llamó su atención—. Mamá, ¿dónde estás?

—En la estación de LODIT.

—¡No! —percatándose de que había gritado, bajó el tono unas octavas y procuró explicarse—. Te juro que no hace falta que vengas, me he recuperado por completo. No hay efectos secundarios, nada, he vuelto a ser yo. Hemos hablado de eso, no puedes correr en mi ayuda cada vez que cojo un resfriado. Y Bee te necesita, tenéis una... familia.

—No has cogido un resfriado en toda tu vida —replicó Cadence, pero se ablandó con la siguiente pregunta—: ¿Qué fue lo que pasó?

—No estoy segura. Pero no se trató de nada grave y no es necesario recorrer varias franjas territoriales y un océano para verificar que te digo la verdad.

—Anahy... —hizo una pausa y ella se imaginó que habían llegado a los asuntos serios—. Él dijo que es ergy.

—Es verdad —susurró. Empezó a dar vueltas por el cuarto, pero se quedó para mirar la puerta por donde había salido Sasha.

—Y... ¿cómo es?

Resopló mientras pensaba en qué debería contestar. «Apuesto como la definición del pecado, cabezota y arrogante, con problemas de autocontrol. Irresistible». Considerando que su madre subiría en el primer transporte si le daba tantos detalles, suavizó la verdad.

—Es bueno conmigo. —Torció el gesto, la confesión más dolorosa al ser verdadera—. Me enseñará a controlarme. Creo que voy por el buen camino.

—¿Confías en él?

—Sí, mamá. Es una persona de confianza.

Siguió otra pausa y ella se preguntó si habría logrado convencerla. Se puso del color de los tomates cuando la siguiente pregunta llegó a sus oídos.

—¿Es guapo?

—¿En serio me preguntas eso? —chilló, a punto de colgar.

—Eres joven, no has tenido la oportunidad de conocer chicos....

—Para ya, por favor —imploró con voz ahogada—. Sí, es guapo. Muy guapo. Demasiado —gruñó.

—Ten cuidado —comentó Cadence—. Los ergys son calientes.

—¿Podemos volver a tener una conversación normal? Antes de que empieces a contarme la historia del rey abeja y las flores —pidió Anahy.

—Solo si me aseguras que la conoces bien.

—Te lo aseguro. Siento haberte asustado.

—Yo más —replicó su madre escuetamente, pero luego soltó un suspiro de rendición—. Supongo que tengo que deshacer las maletas.

—Será lo mejor —farfulló Anahy, alzando la mirada hacia el techo y susurrando una oración de agradecimiento.

—Cuídate, mi niña. Y no te acerques mucho a ese chico. Hasta su voz sonaba caliente.

—Voy a colgar porque empiezo a creer que no estoy hablando con mi madre. Te quiero.

—Yo también.

Anahy colgó y miró sonriendo el comunicador durante varios instantes. Luego su mirada se giró hacia la puerta y su sonrisa murió sin esperanzas de que volviera a renacer pronto.

—Vamos a enfrentar al dragón malote —susurró. Sus labios la sorprendieron al curvarse. Sasha la llamaba a ella Dragona, así que a él le quedaba solo el puesto de domador de dragones.

Se dejó caer en la cama, preguntándose si se sentía con ánimo de tener el tipo de conversación que suponía que la esperaba. Físicamente no estaba débil y mentalmente menos. No sabía qué le había hecho el ergy, pero no recordaba la última vez que se había sentido tan descansada. Su cuerpo y su mente le decían que podía plantar cara al mundo entero si hiciese falta. Su corazón se agitaba, pues Sasha no era el mundo entero. Era mucho más

peligroso.



Anahy salió de la ducha y se peinó con los dedos el cabello. Envolvió su cuerpo en la toalla más grande que encontró, disgustada consigo misma porque no había pensado pasar primero por su cuarto para coger una muda de ropa. No había podido resistirse al deseo de huir y evitar a Sasha. No quería imaginarse quién la había desnudado o cambiado de ropa durante esos días, y la negación ayudaba mucho a su autoestima. Si no lo imaginaba, le quedaba viva la esperanza de que no hubiese pasado.

«Lista para una batalla más», se dijo, abriendo la puerta con ímpetu.

—¿En serio? —farfulló al encontrar al propietario de sus pensamientos esperándola en el pasillo.

La sonrisa con la cual le respondió Sasha podría avergonzar al mismísimo Sol.

—Me encanta este cuarto. Y se me hace irresistible no acercarme al saber que tú te encuentras ahí.

—Deberías hacer algo al respecto —replicó Anahy. Al notar que daba un paso hacia ella y que había malinterpretado su declaración, se corrigió con rapidez mientras estrechaba el nudo de la toalla—. Creo que existen grupos de apoyo para los acosadores. Te ayudaré a buscar uno, incluso te llevaré a las reuniones. No debes avergonzarte por tu enfermedad.

—Me parece que lo entendiste mal —dijo Sasha mientras acercó la mano a su mejilla y apartó un mechón rebelde—. No se llama acoso cuando es esperado, incluso deseado. ¿No tengo tu consentimiento?

—Tu ego tiene alas. —Anahy le alejó de un manotazo los dedos que se

habían quedado en su mejilla y hacían que le hormigueara la piel—. Cuida de no romperlas, vas a dañarte en la caída.

Sasha se retiró un paso y le guiñó un ojo.

—Siempre puedo apelar a ti. Basta mirarte y vuelven a crecerme.

—¡Púdrete! —espetó, empujándolo con el hombro.

—¿Ves? Justo lo que te decía. Tu apreciación con respecto a mi persona hace que mi ego se hinche. Él y otras...

—No lo digas. —Amenazándolo con la mirada, Anahy lo interrumpió—. Debo vestirme.

Después de una mirada que no ocultaba su interés, Sasha le dio permiso.

—Tienes razón. Ponte guapa. Tenemos invitados —dijo, ya alejándose por el pasillo.

—¿Qué? ¿Quién?

Los gritos de Anahy no encontraron respuesta.

Se encaminó hacia su cuarto mascullando por lo bajo. Necesitaba saber qué había pasado, y si lo que sospechaba era verdad, que le debía la vida a Sasha, iba a tener una migraña eterna.

No le tomó más de unos minutos ponerse unos pantalones elásticos de color negro y una camiseta rosa. Más tardó en hacer el camino hasta la planta baja, o eso le pareció. La casa estaba demasiado silenciosa y el ambiente, fantasmagórico. Las luces no estaban encendidas, solo el crepúsculo alumbraba en los colores opacos de un día nublado. Sus deportivas chirriaban contra el granito del suelo. Animó la cadencia de sus pasos, ya que se parecía al ritmo que usaría un condenado al caminar por el corredor de la muerte. Encontró el salón vacío y miró hacia la cocina.

—¡Estoy aquí, maldito manipulador! —vociferó—. Estoy lista.

El sonido de pasos débiles le llegó antes de que un cuerpo fornido apareciera en el arco que hacía de puerta en la cocina.

Anahy dio un paso hacia atrás, segura de que sus ojos le jugaban una mala pasada.

—Vaya, entendí que no tenías una opinión buena de mí, pero me quedaban esperanzas de que fuéramos a reconciliarnos —dijo Cold, sonriendo.

—Creo que con lo de maldito se refiere a mí, pero de manipulador no soy culpable —se escuchó la voz de Sasha, pero ella estaba demasiado aturdida para poder reaccionar.

—¿Qué haces aquí? —susurró sin poder dejar de mirar al chico wise. Sus recuerdos volvieron con detalle, pero la sensación de que soñaba se agudizó.

Cold debería...

Anahy arrugó la frente mientras estudiaba su rostro, más delgado que de costumbre, y la piel coloreada, con las mejillas encendidas. Se forzó a quedarse quieta y a pesar de que él tampoco avanzaba, sentía un deseo loco de empezar a correr en la dirección contraria. Sus ojos no la culpaban, como era de esperar teniendo en cuenta que sus intenciones no habían sido honorables en la noche del baile.

Él soltó una carcajada seca mirando hacia atrás por encima de su hombro.

—Fui invitado. De hecho, me autoinvité desde que me quedé en la calle.

—No te tengo miedo. —Anahy cruzó los brazos a la altura del pecho y alzó el mentón—. Y no me arrepiento del tratamiento que te di. Intenta jugar conmigo y volveré a hacerlo.

—No, no lo harás. —La sonrisa de Cold se ensanchó, aunque no llegó a reflejarse en su mirada—. No podrás volver a hacerlo.

—Puedo y lo haré —espetó, sin hacer caso al brutal estremecimiento que recorrió su espina dorsal al notarlo tan seguro de sí—. ¿Dónde están los otros? ¿Qué haces aquí? Contéstame o...

—Dragona, no gastes tu energía, parte de ella me la debes. Y deja de amenazarlo. —Sasha se asomó desde la cocina y se detuvo para palmeaar el hombro de Cold—. Le diste un tratamiento definitivo. No podrás hacerle nada más.

Anahy parpadeó. Miró alrededor, buscando algún indicio de que la situación no fuera real. Se pellizcó a escondidas la piel de su antebrazo y se ahorró la mueca de dolor.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió confundida.

Sasha se encaminó hacia el sofá con una botella de refresco en la mano.

—Toma asiento. Lo necesitarás.

—No pienso sentarme. No pienso estar aquí con vosotros dos. Exijo saber qué está pasando. ¿Por qué ha venido Cold? —Se detuvo al escuchar dos risitas en dos tonos de voz.

Cold cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y Sasha dejó caer la cabeza contra el respaldo del sofá. Ambos reían, pero ninguno con alegría.

—¿Exiges? —dijo el último mirando el techo—. Pues si lo exiges, estamos forzados a contestarte, ¿verdad?

Cold se rascó la cabeza y se aclaró la garganta.

—De momento vivo aquí. Ya no tengo sitio entre los míos.

—¿Los tuyos? Empieza a hablar, por todos los santos de La Creadora, la

paciencia no es mi mejor virtud —espetó.

—Es verdad —comentó burlón Sasha—. No miente .

Anahy no se molestó en regañarlo. Se quedó mirando al wise, que empezó a caminar con pasos pequeños en su dirección.

—Lo que me hiciste en la noche del baile... —se detuvo para tomar una bocanada de aire que no soltó y por eso las siguientes palabras salieron ametralladas— me convertiste en ergy. Sé que tuviste la intención de matarme, pero no importa, no tenías fuerza suficiente para hacerlo —comentó, acompañando su explicación con movimientos agitados de manos—. Algo no funcionó como lo planeaste. Y me curaste.

—Espera. ¿Te convertí en qué? —Anahy lo interrumpió, pasando por alto las carcajadas falsas de Sasha. Sus rodillas empezaban a fallar y pensó que debería haber hecho caso a su consejo de sentarse, pero se negó a mostrar debilidad—. ¿Acaso eso es posible? ¿Cómo puede ser?

Cold tiró del cuello de su camiseta gris. La marca rodeaba su cuello, evidencia inquebrantable de que no mentía.

—No era posible. Hasta ahora —dijo, volviendo a cubrirse el cuello.

El suelo empezó a moverse ante los ojos de Anahy. Las implicaciones eran horribles. Acababa de convertirse en el bicho más raro de todos los bichos. No solo era un cóctel, sino que era el cóctel que convertía a los wise en ergys.

—¿Qué significa eso? ¿Qué pasará contigo? —preguntó a Cold—. ¿Conmigo? ¿Quién más lo sabe? —soltó, mirando a uno y otro.

—Por eso estamos todos aquí —dijo Sasha, mirándola desde el sofá. Anahy vio que ya no se reía, todo lo contrario, estaba preocupado—. De momento solo nosotros tres lo sabemos. Cold consiguió esconderse, pero dentro de dos días debe presentarse ante Madelyne y entonces se sabrá la verdad. Tienes dos días para marcharte, desaparecer de la isla. De la faz de este planeta estaría mejor —acabó, con una esperanza notable en su voz.

—¿Qué? ¡No! No pienso marcharme.

—No sabes lo que te espera si te quedas.

—¿Podemos hablar en privado? —pidió Anahy, procurando transmitirle a través de la mirada que no se sentía cómoda teniendo la discusión con Cold presente.

Sasha no perdió la ocasión.

—He soñado con el momento en que me lo pidieras —dijo burlón, pero se incorporó y le señaló la cocina con la mano.

Anahy lo siguió cabizbaja, sin atreverse a mirar a Cold. Escuchó sus pasos en la escalera y agradeció que le ofreciera tiempo para asimilar las noticias.

—¿Tienes hambre? —preguntó Sasha. Abrió la puerta de la nevera y se quedó estudiando el interior.

Ella carraspeó siguiendo con la mirada sus movimientos.

—Sí, pero me gustaría acabar con eso antes.

Sasha se detuvo después de dejar dos cacerolas en la isla. La miró como jamás lo había hecho, tan grave y serio que pareció envejecer de repente.

—Debes marcharte, Anahy. Es casi imposible salir de la isla, pero tengo un plan. Puede funcionar. Debes intentarlo, por lo menos.

Ella negó con la cabeza. Se tragó el nudo de la garganta, pero se mantuvo firme.

—No voy a hacerlo. Llevo huyendo mi vida entera. Estoy a punto de conoceros, de saber más sobre mí, sobre este mundo. No huiré ahora.

—No se trata de huir, se llama supervivencia. Si no te marchas ahora estarás tan atrapada como nosotros, o peor. —La miró y Anahy entendió que quizá se trataba de la discusión más seria que nunca hubieran tenido. Sasha resopló, se giró hacia la ventana y se frotó la cabeza antes de regresar y proseguir—. Nuestras existencias son una pesadilla continúa. Nos rastrean a través de nuestra energía, no podemos avanzar un paso sin que sepan dónde estamos. Hacen experimentos con nuestros cuerpos y nuestra mente. No podemos salir de esta isla sin un permiso especial. Madelyne va a enloquecer y Zariah también. Repetirán nuestros exámenes y cuando los resultados salgan negativos, empezará a buscar alrededor. —Se acercó y se detuvo un instante, lo suficiente para obtener su atención—. Eres la cura, Anahy. Con solo ser una cóctel ya la harás feliz, en el momento en que sepa que puedes curar a los wise te convertirás en un asunto de máxima importancia. Eres lo que hemos estado buscando los últimos treinta años.

—Puede que haya sido un accidente —protestó, escuchando solo en parte las explicaciones de Sasha—. No podéis saber que pasó por mi culpa.

—Jamás había pasado antes. —Él meneó la cabeza—. Todos los ergys de las Islas Centro hemos sido inoculados con sangre infectada, con intención, para estudiar el virus. Algunos enfermaron, los que no lo hemos hecho somos inmunes. Ninguno de nosotros pudo curar a un wise, ni cuando teníamos el núcleo puro, ni con el virus en la sangre. Han probado todas las combinaciones posibles y llevan repitiendo los test de modo sistemático con la esperanza de que vayan a obtener datos nuevos. Una mezcla especial que

contiene la energía de un cóctel tiene leves efectos positivos. El núcleo de los wises se calienta, pero el efecto es temporal, desaparece en menos de un día. Llevan años buscando un antídoto. Fue por ti. No solo no enfermaste por la sangre de Cold, lo curaste. Tú eres la cura.

—¡No puede ser! No es verdad. Yo no puedo... —Anahy se detuvo, buscando en su mente una explicación que pudiese convencerlos a ambos—. Es imposible que mi energía sea tan potente. Eso parece magia de vuestra Creadora y yo no sé hacer trucos.

Sasha le permitió acabar, sin dejar de mirarla durante su discurso. Al final sonrió con tristeza y dejó caer los brazos.

—Parece que sabes y que puedes —susurró con la cabeza gacha.

Anahy se abrazó al sentir una ola repentina de frío interior. Alzó la cabeza hacia la ventana, pero su mirada no pudo atravesar la noche, por lo que volvió a bajarla. Se frotó los brazos, evitando hacer contacto visual. Su decisión no se había debilitado después de la explicación de Sasha, pero reconocía que tenía miedo. Si se marchaba sin haber encontrado a su padre, si volvía a huir y a buscar otro escondite, nada iba a cambiar en su vida. Regresaría a lo de antes, a no poder acercarse a otro ser, a incendiar todo lo que tocaba, a no poder abrazar a su familia, a sentirse culpable porque la cuidaban mejor que a su hermanita pequeña, su verdadera hija. Si se quedaba tenía una oportunidad. Podría entrenarse y podría obtener ayuda de su padre. Y si su papel en hallar la cura era tan importante, si los cócteles eran tan preciados, darían con ella en cualquier lugar del mundo.

—No me iré. —Buscó la mirada de Sasha y no se acobardó ante la mezcla de fastidio, furia y cansancio que delataba. Él se frotó el rostro y ella continuó antes de que se lo impidiera—. Quiero que me enseñes a controlar mi núcleo. Quiero saberlo todo, ya basta de secretos. Te escucharé. Haré lo que tú me digas. Pero necesito intentar construir una vida, Sasha —suavizó la voz al acabar y notó que había logrado tener su atención al llamarlo por su nombre. Lo vio quedándose casi sin respirar con la mirada fija en ella, como si estuviera en trance—. Por favor.

Esperó lo que se le antojó una eternidad hasta que se movió.

Él le dio la espalda y se alejó unos pasos. Se frotó el cuello y meneó la cabeza.

—Juegas sucio, dragoncita.

Anahy torció el gesto al escuchar el apodo, pero se abstuvo de regañarlo. No era el mejor momento de hacerlo, dado que de su aceptación dependía

todo.

—¿Me ayudarás?

Sasha no le contestó y ella se acercó, pensando que no había oído su susurro.

—Eres la cura. Si no te vas ahora no vas a irte nunca. Si te atrapan, nunca escaparás.

Recitó aquello como a una poesía, se percató Anahy. El miedo volvió a crear una bola pesada en la boca de su estómago.

—Me van a atrapar de cualquier modo, ¿verdad? Si no es hoy, será mañana, si no es aquí, en cualquier otro lugar —insistió. La presión de su pecho desapareció cuando tomó la decisión—. Si me encuentran, por lo menos que esté preparada.

Los hombros de Sasha cayeron en un gesto de rendición, pero no se atrevió a adivinar la respuesta. Solo al notar que la miraba con una expresión vencida, ella se permitió esperanzarse.

—¿Me queda otra? —Su pregunta sonó como una acusación, pero eso no impidió a Anahy sonreír largamente.

—Gracias —dijo, manteniéndose quieta, a pesar de que tenía ganas de dar saltitos y chillar.

Sasha alzó las cejas y frunció el ceño.

—¿Es todo lo que recibo?

Algo en la expresión de su rostro hizo que Anahy se echara para atrás.

—¿Qué quieres? —preguntó recelosa.

No obtuvo respuesta. Sasha abrió la boca y el brillo de su mirada le ofreció un leve indicio de que sus pensamientos andaban por el sendero peligroso de su relación amor-odio. No obstante, él renunció a lo que fuera que quisiera comentar para avisarla:

—No me des las gracias. Aún no sabemos si saldrás con vida de esto.

Anahy asintió, dispuesta a darle razón.

—Conozco los riesgos. No te culparé en el caso en que no termine bien.

—Quizá tú no, pero yo lo haré —añadió él en voz baja y por primera vez ella pudo ver a través de su muro de gilipolces y vislumbrar a la persona que escondía.

Entendió que Sasha también tenía miedo, que esperaba demasiado de sí mismo y que no admitía perder. En ese instante, Anahy se dio cuenta de que había elegido su bando. No habían sido las dudas las que la habían mantenido alejada, sino cómo se habían portado con ella desde el principio. Había

necesitado la venganza y la había tenido, aunque las consecuencias se le habían ido de las manos.

Sasha tenía razón, ella no sabía nada de aquel mundo. Lo más inteligente era tenerlo de aliado. Lo estudió de reojo, torciendo el gesto al admitir que no era una opción dolorosa. Todo lo contrario.



Sasha escondió la cabeza bajo la almohada, esperando hacer desaparecer el sonido de la puerta de los coche al cerrarse y las risitas que le avisaban de la llegada de sus amigos.

Demasiado pronto para la realidad, se dijo, mirando el reloj con un solo ojo abierto. Demasiado temprano para una confrontación. Otra. Pero no podría permitirse que dieran con Cold antes de explicárselo, así que saltó de la cama y se alejó, después de dirigirle una última mirada de añoranza.

El plan era hacerles un informe rápido, antes de que saliera Anahy y metiera sus garras en asuntos que no eran de su incumbencia. Ella era la causa y la consecuencia de la situación, ya había hecho todo lo posible, más no se podía. Por lo menos, esperaba que no hubiese lugar para que todo fuese a peor.

Aunque de mala leche, Sasha sonrió al pensar en Anahy y se olvidó de borrar la sonrisa al presentarse ante sus amigos.

—Mirad quién ha soñado con los angelitos de La Creadora —comentó Blaze.

Los otros detuvieron sus tareas para examinarlo, haciéndolo sentir como si se encontrara en una escena de teatro y tuviera un foco acosándolo. Compuso una expresión seria y se aclaró la garganta.

—Tenemos que hablar.

—¡Odio esas palabras! —exclamó Raisa antes de que él acabara la frase—. ¿Qué ha pasado? ¿Anahy está bien? Dijiste que estaba bien. Te voy a matar si me engañaste —amenazó acercándose.

Sasha suspiró mirando hacia atrás, a la escalera.

—Anahy está bien. Necesitamos un lugar tranquilo. ¿Vamos a dar un paseo?

—¿Un paseo? —Blaze arrojó las palabras como si fueran bichos en su lengua. Fingió estremecerse al tiempo que comentaba—: Creo que siento frío.

Sasha se alejó sin hacerles caso. Al llegar a la puerta de la entrada escuchó tropiezos y comentarios en voz baja. Se dio cuenta de que se empujaban para alcanzarlo y sonrió de nuevo, para volver a borrar su sonrisa al pensar en la futura conversación. A ese ritmo, su siguiente dirección iba a ser la de un manicomio si seguía haciendo muecas y cambiaba de expresión en cuestión de segundos, se regañó.

Después de haberles contado lo ocurrido dejó de preocuparse por el futuro para centrarse en el presente. Por las caras que tenían sus amigos, el encuentro tenía la pinta de un funeral.

—No sabía que nuestra tez pudiese adquirir este maravilloso tono de blanco —comentó mordaz.

Ninguno tuvo ganas de abrir la boca. Raisa se dejó caer en el suelo, directamente sobre la nieve. Stiff parecía querer cavar un agujero hasta el centro de la tierra con su bota y Ausa se había metido entre los brazos de Blaze y se aferraba a sus manos.

—No creo que pueda aceptar a Cold de hermano —dijo el último con una mirada perdida.

—¿Un primo lejano tal vez? —Sasha gruñó—. Es el menor de nuestros problemas. ¿Qué pensáis? —insistió.

—Anahy debe marcharse —gruñó Stiff sin mirarlo.

—Ya. Sobre eso... —Sasha se detuvo y la pausa fue suficiente para tener todas las miradas encima—. No quiere —soltó en voz seca.

—¿Acaso está loca? —Blaze se encendió como la yesca, de repente, y furioso dijo—: Le has contado que...

—Se lo expliqué —lo interrumpió Sasha, resoplando cansado—. No quiere. Raisa se levantó y limpió sus palmas en los pantalones.

—Somos culpables de no denunciarla. En parte somos culpables de la situación. Debemos ayudarla —dijo sin titubear.

—Lo más sencillo sería entregársela a Madelyne —susurró Ausa—. Tarde o temprano se llegará a ese punto. Y cuando llegue se sabrá la verdad. Que hemos mentado. —Cuando nadie comentó nada, insistió—: ¿Os dais cuenta de qué pasará cuando Zariah se entere de que hemos mantenido oculto a un

cóctel? La Creadora quisiera...

—¡Basta ya con La Creadora! —Sasha se frotó la parte de atrás del cuello, procurando estirar el nudo de músculos que se habían concentrado en su nuca.

—La Creadora nos mandó la enfermedad por una razón. Pero encontramos la cura, nosotros la tenemos... —Ausa vociferó, pero Stiff la interrumpió.

—Todos tenemos que estar de acuerdo.

—Debería irse —reconoció Blaze—. Debería alejarse de nosotros.

—¿Abandonarla ahora? Seríamos unos cobardes —negó Raisa.

—Mejor cobardes que muertos —farfulló Ausa sin mirar a ninguno.

—Es nuestro error, nuestra responsabilidad. Vamos a encontrar una explicación por si Madelyne la encuentra —propuso Stiff.

—¿Nadie cree que haya alguna mínima posibilidad de que no la encuentren? —preguntó Sasha.

Todos negaron a la vez con la cabeza, solo Blaze intentó mantener la esperanza.

—Depende del tiempo, de si va a lograr mantenerse oculta...

Sasha estalló en una risa histérica. Raisa explicó su ataque.

—Anahy es un imán del peligro. No conozco a nadie en el mundo con más mala suerte.

—Podemos matarla —propuso Stiff—. Problema resuelto.

Aunque era su broma favorita y la había escuchado en relación con miles de seres, desde ardillas al director de los Éteres, Sasha notó que un escalofrío viajaba por su espalda.

—Vamos a entrenarla. Enseñarle a defenderse, intentar prepararla para lo que sea. No va a aguantar el tratamiento del Éter así como está ahora. Y la conocéis, no es de las fáciles, Madelyne la odiará a primera vista. Mientras, mantengo la esperanza de convencerla. Anahy cree que no van a encontrarla porque no sabe de qué son capaces.

—¿Cuánto tiempo le queda? —preguntó Blaze.

—No tengo idea. Si no fuera por Cold tendría más, pero ese podría cantar mientras hablamos.

—Supongo que será tu cometido —comentó Raisa y él asintió en silencio—. Lo que temía —susurró para ella—. ¿Qué más puede pasar?

—Necesito un tazón gigante de helado. —Blaze les dio la espalda y el resto lo siguieron con las cabezas gachas, pobladas de escenarios apocalípticos.

Sasha se quedó un momento y alzó la cabeza hacia el cielo junto con una

oración rápida. Sus botas crujieron en la nieve al encaminarse sin ganas hacia la casa.

Anahy bajaba las escaleras cuando él abrió la puerta. Se detuvieron los dos y su humor aumentó de forma considerable cuando sus ojos se encontraron y las mejillas de ella se ruborizaron.

—Oh, vamos, ¿tan evidente? —El gruñido de Raisa le recordó que no estaban solos, a pesar de que así era como se sentía cada vez que se miraban.

Sasha cerró la puerta con cuidado, se giró y miró el pomo hasta que ralentizó su respiración.

—Date prisa en desayunar —le dijo a Anahy al voltearse—. Después salimos a entrenar.

—¡Ja! —soltó Raisa con la boca llena de helado.

Sasha no pudo contestar ya que Cold apareció en lo alto de la escalera y la atmósfera en el cuarto bajó varios grados, a pesar de que el aire ya no se enfriaba alrededor del chico. Sus pasos vacilaron solo unos instantes antes de continuar y detenerse en medio del salón.

—Hola..., mi nueva familia —dijo sonriendo—. ¿Quién es mi papi? ¿Mi mami?

Stiff salió de la cocina y se le acercó, amenazándolo por la forma fluida en que se movía, con pasos seguros y sosegados.

—De acuerdo —Cold levantó las manos en el aire—. El primero que me da una patada en el trasero. Disciplina lo llaman. Entendido. Soy vuestra puta.

—Este también va a necesitar entrenamiento —comentó Stiff, que al pasar por su lado lo empujó con el hombro, dejando claro que no haría de profesor.

Los otros parecían muy interesados en mirar el suelo, las paredes o sus manos y la estancia se quedó en silencio por varios segundos.

—¿Cuándo enfermaste? —preguntó Raisa.

Cold se rio sarcástico y no le respondió al principio.

—¿No tenéis un libro? Prometo leerlo. —Miró a la chica y torció el gesto—. Tenía siete años. Tres meses antes de salir del Éter. Recuerdo algo de cuando era ergy, pero...

—¿No puede hacerlo con nosotros? —la pregunta de Anahy hizo que Sasha se tensara.

—No es lo mismo —replicó con rapidez—. Él ya se sabe muchos de los trucos. Puede hacerlo solo. ¿Verdad? —inquirió, alzando una ceja en advertencia hacia Cold.

—Yo lo ayudaré. —Todas las miradas se giraron en dirección a la cocina,

de donde había aparecido Ausa—. ¿Qué? No es que no lo haya hecho antes. Es un pequeño inofensivo. Y a mí me encanta jugar —declaró encogiendo los hombros.

—Gracias, mami. —Cold le envió un beso en el aire.

—Por cierto, cariño —Ausa sonrió—. Si le cuentas a alguien cómo te curaste, serás mi próxima ofrenda para La Creadora.

—Vale, esto empieza a convertirse en una película bastante... desagradable. —Raisa se levantó del sofá—. ¡Blaze! Salimos en quince minutos —gritó, apresurándose a subir los escalones sin esperar respuesta.

—Avísame cuando estés lista —le dijo Sasha a Anahy.

Solo tuvo tiempo de darse una ducha y cambiarse de ropa antes de que ella llamara a su puerta.

—¿Tan rápido? Infringes todas las normas de una chica normal —bromeó, mirando a una Anahy nerviosa que no paraba de frotarse las palmas en los pantalones de color morado.

—No soy una chica normal, ¿recuerdas? —Ella se las arregló para sonreírle y se adelantó por el pasillo—. ¿A dónde vamos?

—No tenemos muchos escondites, es casi imposible usar la energía sin que ellos lo sepan —le explicó Sasha—. Pero hay un sitio donde no pueden vernos.

—Menos mal.

Anahy se mantuvo en silencio el resto del camino y él tampoco insistió. No se sentía con ánimo de tomarle el pelo. De hecho, considerando el futuro incierto, era mejor intentar llevarse bien. Un asunto casi imposible, ya que ahora la conocía y apostaba que la Dragona no aguantaría mucho antes de echar fuego.

Se adentraron en el bosque y después de minutos de caminata la guio hacia un área rocosa. Retiró una de las piedras grandes y desveló una pequeña entrada, un agujero con el diámetro de medio metro. Era un desafío para él atravesar el espacio, pero se las apañó para hacerlo después de que Anahy entrara.

—¿Qué os pasa a vosotros con las cuevas? —preguntó ella al ver el espacio.

Su voz hizo eco en el espacio oscuro y sonó casi como una canción.

—¿Qué quieres decir? —Sasha le tocó el hombro instándola a avanzar. Quiso creer que el estremecimiento que recorrió de modo visible el cuerpo de Anahy fue por culpa de su toque, no por la impresión de lo desconocido, y

una sonrisa se asomó libre en sus labios.

—Nada —su réplica seca hizo que Sasha sospechara; ocultaba algo. Hizo una nota mental de retomar el asunto en otra ocasión y se ocupó de encender tres globos luminosos.

—La composición del suelo en algunos lugares favorece la atracción de las ondas del Corazón de la Creadora. Las corrientes electromagnéticas se mezclan y por eso pierden el rastro de nuestra energía. Nos ayuda a escondernos.

Anahy no comentó, pensando en Calixta.

—¿Aguantarán? —preguntó con la vista fija en el globo que colgaba suspendido en el aire encima de sus cabezas.

—Un tiempo. Cuando se apague, crearé otros. O pasará un milagro y podrás hacerlo tú —canturreó en voz baja—. ¿Lista? —preguntó, manteniendo una distancia razonable para no ponerla nerviosa.

Anahy asintió sin mirarlo.

—Lo que tienes dentro, no es fuego, es energía —Sasha empezó, señalando la zona de su pecho—. Tú lo transformas en calor porque te resulta lo más sencillo. Hay dos opciones que puedes emplear para no dañar todo a tu alrededor. Aprender a usarla como luz o consumirla en el interior de tu cuerpo.

—¿Es eso posible? —Anahy cruzó los brazos a la altura del pecho.

«Posible, pero improbable». Sasha agachó la cabeza, eligiendo con cuidado sus palabras.

—No te voy a mentir. Es muy difícil aprender a hacerlo a tu edad. Los cócteles deben entrenarse desde pequeños, desde el momento en que los dones se manifiestan. Con el paso de los años el cuerpo aprende a rechazar las células que no le pertenecen. Será doloroso, muy doloroso. Así es como lo sentirás, aunque en realidad no te hará daño.

—Vaya. —Ella soltó una respiración como un silbido—. Suena prometedor.

—Empecemos con algo sencillo —propuso Sasha—. Lleva la energía a las puntas de tus dedos.

—¿Cómo se supone que debo hacerlo?

—Lo hiciste con Cold, sabes cómo. —Se acercó y le pidió permiso con la mirada para tocarla. Su dedo índice presionó con suavidad en el centro de su pecho. —Te voy a ayudar un poco, ¿de acuerdo? —Esperó su asentimiento y empezó a mover el dedo hacia arriba, hasta el hombro. La energía lo siguió

como si su mano fuera un imán y las partículas estuvieran hechas de metal—. ¿La sientes? —preguntó, aunque tenía la certeza de que así era.

—Sí. —Su voz fue solo un murmullo. Se mantenía quieta, casi sin respirar.

—Relájate. No pasará nada. ¿Puedes llevarla desde aquí?

—Creo que sí.

Sasha alejó la mano cuando Anahy cerró los ojos. Las pulsaciones de su corazón aumentaron y junto con estas, las de su energía. El latido se hizo cada vez más rápido hasta que no pudo contarlas.

—¡Espera! —gritó Sasha, pero era demasiado tarde.

Anahy la había soltado toda en una explosión que lo cegó. Parpadeó y usó los dedos como una visera. Ella le enseñaba con orgullo su palma abierta. Un par de chispas habían sobrevivido y formaban un pequeño remolino.

—No la sueltes de golpe —la riñó, a pesar de que le resultaba difícil hacerlo cuando su rostro era una máscara de alegría—. Recuerda que tú la controlas, no ella a ti.

—Vale, vale. ¿Qué hago ahora? —inquirió ella, saltando sobre los pies.

—La apagas. Luego repites la operación con un solo dedo. Te imaginas que en la punta tienes un muro intransitable, como una presa de agua, algo que la impida salir. La haces explotar dentro de tu cuerpo.

—Guay. Me gusta destrozar.

A pesar de su valentía, la operación no salía. Anahy la repitió hasta que se sintió seca de fuerzas, pero la maldita energía no se quedaba en su interior. Se dejó caer en el suelo, con el cuerpo sudoroso y cansado.

—No puedo —resopló, mirando su mano como si fuera la culpable.

—Descansa un poco. —Sasha le ofreció una botella de agua y se tendió a su lado, con la espalda recostada contra la pared.

Anahy notó que se mantenía a distancia y que había dejado de acosarla. Jugaba el papel de profesor tan bien que incluso se sentía un pelín desilusionada por tanta seriedad. Tomó unos sorbos pequeños, con los sentidos concentrados en él. Los separaba medio metro, pero incluso a distancia percibía el calor de su cuerpo. Era fácil distinguirlo en el aire fresco de dentro, uno cargado con la fragancia de su gel de ducha. La luz de las esferas era débil ahora y el silencio, absoluto. Sus respiraciones silbaban apaciblemente, la suya más precipitada por los nervios.

—No juegas conmigo, ¿verdad? —comentó. Se detuvo para beber más agua, ya que su voz había sonado rasposa—. Lo que me comentas es posible. Quiero decir, para un cóctel, sé que a vosotros os sale natural.

—Ven aquí. —La petición de Sasha la tomó por sorpresa. Se quedó mirando la zona del suelo de entre sus piernas abiertas. Él la golpeaba con los nudillos para enseñarle donde la esperaba—. No te voy a morder —añadió.

Anahy no apostaba a que hubiera sido una promesa. Un destello incomprensible en su mirada y las comisuras arqueadas de su boca no eran elementos de confianza.

—Dragona, te prometí que no te tocaría hasta que me lo pidieras —le dijo en voz tan suave como el terciopelo.

—Lo recuerdas un poco tarde —farfulló. Se sentó a su lado con un movimiento apresurado. Cuando sus caderas chocaron, se alejó unos centímetros—. Te aseguro que existen más probabilidades de que te quedés calvo a que yo te lo pida.

Sasha soltó una risita ronca que tuvo un efecto notable, mayor que su voz. Su vello se erizó y la energía cosquilleó en sus venas.

—Mira mi mano —pidió él, inclinándose ante ella y poniendo la palma en el suelo entre sus piernas.

Con los ojos bien abiertos, no tuvo que esperar más de unos instantes antes de que la piel de su palma empezara a brillar con puntitos minúsculos, en toda gama de colores, desde el más puro amarillo hasta un naranja brillante y rojo vivo. Esferas en miniatura de color azul se mezclaban entre el resto, apareciendo y desapareciendo como por arte de magia.

—Es hermoso —susurró Anahy, con la garganta contraída por la emoción.

Sasha cerró la palma con un chasquido suave.

—No te olvides de que es doloroso. Todo lo hermoso tiene un precio. Hay que pagarlo para conseguirlo —dijo mirando en sus ojos.

A Anahy le pareció más una promesa que cualquiera de sus declaraciones.

—Lo haces parecer fácil —se quejó.

—No dije que lo fuera. Vamos, inténtalo de nuevo.

Él volvió a alejarse, quedándose delante de ella, pero a distancia. Anahy puso su palma en el suelo, como lo había hecho Sasha con anterioridad. Mover su energía le salía mucho mejor de lo que esperaba. Como una ráfaga de viento que revoloteaba el cabello, jugaba con ella, llevándola a todos los lados de su cuerpo. No la veía, pero era suficiente con sentirla. Igual que percibía el aire frío que inhalaba su nariz dirigiéndose a sus pulmones, el calor tenía una huella dentro de ella, un cosquilleo ardiente, incluso un poco picante. Procuró cambiar de estrategia y no se la llevó toda. Con la mirada fija en su mano, imaginó una pequeña esfera y controló la velocidad hasta

que llegó a su palma. Desde ahí empezaba la parte difícil.

—Usa tu cabeza —dijo Sasha, pero no se atrevió a alzar la mirada y desconcentrarse—. Eres calor, luz, fuego. Te mueres por culpa del agua, el hielo, el frío, incluso por la tierra. Imagina un escenario horrible. Encuentra oscuridad dentro de ti y construye un muro.

Anahy cerró los ojos con fuerza hasta que detrás de sus párpados quedaron solo puntos negros. Los imaginó girando en círculo y disminuyó su diámetro hasta que creó un vórtice muy parecido a un agujero negro en el espacio. Se imaginó uno de esos conos en la punta de cada uno de sus dedos.

Liberó la energía al compás de su respiración. El dolor fue tremendo y no pudo ahogar el grito. Lágrimas nacieron al instante en sus ojos y sus dientes chocaron al procurar mantener la boca cerrada. Golpeó el suelo con la mano en busca de una superficie fresca que pudiera aliviarle el sufrimiento. Tiritaba por el shock, pero al sentir a Sasha acercándose, gruñó como aviso. Levantó la mano y a través de su mirada nublada vio que sus dedos humeaban débilmente. Contó las respiraciones hasta que el dolor se convirtió en una quemadura soportable.

—¿Puedo? —La pregunta de Sasha sonó como una excusa, pero eso no le impidió mirarlo con odio.

Asintió a regañadientes, aceptando su toque. Sasha le cogió la mano en la suya y bajó la cabeza para soplar sobre sus dedos. De forma curiosa, su aliento era fresco, como un bálsamo mentolado. Anahy relajó el cuerpo y respiró aliviada. Su espalda se deslizó contra la pared hasta que hundió los tobillos en el suelo para detener la caída. Entonces Sasha alzó la cabeza por un instante y el brillo divertido de su mirada, más el fruncir de sus labios en un intento evidente de no reírse, la puso a cien.

—¿Te parece gracioso? —espetó, retirando su mano y empujándolo con la otra, ambas acciones a la vez.

Sasha se las arregló para no caerse y se mantuvo cabizbajo.

—No —murmuró—. Lo haces bien. —Alzó la mirada y aunque sus labios seguían sonriendo, lo hacían con timidez, y su expresión era una combinación de incomodidad y disgusto—. No me reía de ti, sino de mí mismo.

—¿De ti? —Anahy entrecerró los ojos, dudando de su declaración.

—Lo intento, ¿sabes? Intento mantener la distancia. Pero eres como un imán del peligro y me veo forzado a sacar tu trasero de las más insólitas situaciones.

—Vaya, muchas gracias. Siento destrozar tu paz interior. —Anahy se

incorporó y alzó el mentón—. Si soy un imán del peligro, mi radar ahora mismo me apunta hacia ti. Y si te resulta tan difícil mantenerte alejado, no me queda otra que hacerlo yo.

—¿En serio? —Sasha se levantó también y cruzó los brazos a la altura del pecho—. ¿Y dónde vas a ir? ¿No decidiste que ibas a quedarte? ¿No es por eso por lo que intento entrenarte? ¿Cómo crees que vas a salir de la isla? Cuando entraste fue fácil, pero al salir los escáneres de energía detectarán que eres un cóctel. Necesitas un pase de Madelyne o del superior de los Éteres, Zariah. O aceptas lo que te propuse, e, incluso así, no puedes hacerlo sin nuestra ayuda. Me temo que estás atrapada, dragona.

Procurando no acobardarse a pesar de que la postura del ergy era imponente y la luz titubeante de las esferas dibujaba sombras amenazadoras en su rostro, Anahy apretó los dientes.

—Encontraré una salida. No necesito tu pena, la de ninguno de vosotros.

—No es pena, Anahy. —Sasha suspiró—. Te lo dije. Eres nuestra responsabilidad. Desde el momento en que decidimos no entregarte, somos responsables de ti.

Buscando en su rostro, ella entendió que era una excusa, pero tampoco le gustó el significado. Era su mascota. La cuidaban para no perderla.

—Pues no quiero serlo —dijo. Se alejó con pasos apresurados y la cabeza gacha, decidida a dejar de ser una carga para los otros.

Sin importar cuánto lo intentaba, las personas de su alrededor se sentían responsables de su vida y eso la hacía sentirse desgraciada. No quería ser el peso de nadie porque eso pesaba en ella.



La llamada del comunicador llegó en el momento adecuado. Anahy necesitaba pensar en otro asunto que no implicara a un ser exasperante y controlador. Frunció el ceño al notar que el identificador era privado, pero contestó.

—Hola. ¿Puedes hablar? —La voz de Calixta sonó lejana y la calidad de la llamada era baja, interferencias crujían en su oído.

—Sí. —Anahy miró hacia atrás para convencerse de que Sasha no la seguía—. Estoy sola.

—¿Cómo te encuentras? Estaba preocupada por ti. —Calixta continuó hablando en voz baja y, sin querer, Anahy adoptó el mismo tono.

—Estoy bien, gracias. Pero... —resopló y se frotó la frente, considerando si era necesario cargar a la chica wise con sus problemas—. Han pasado muchas cosas. Me vendría bien una charla —dijo, convencida de la posibilidad de que Calixta supiera más de lo que había pasado con Cold.

—Por la noche. En el bosque donde tuviste el accidente. Te encontraré.

—De acuerdo. —Anahy no pudo añadir nada más antes de que le colgara.

Metió el comunicador en el bolsillo del chaleco y se inclinó para coger un puñado de nieve. La capa era mucho más gruesa de lo que recordaba, suponía que había vuelto a nevar durante los días que había estado enferma. Los copos aguantaron en su palma medio minuto antes de derretirse. Anahy permaneció mirándolos hasta que se fundieron por completo y quedó solo agua. La dejó escurrirse entre sus dedos y se secó la mano en los pantalones. Luego miró el cielo plateado, cargado de nubarrones oscuros. Se veían tan pesados que se preguntó cómo se las apañaba el cielo para aguantarlos. Le iría bien una lección, saber cómo lidiar con todos los problemas. Suspiró y se

encaminó hacia la casa, pero logró avanzar poco antes de que Sasha apareciera a su lado.

—¿Se han ido tus demonios? —gruñó.

Anahy se quedó admirando el contorno severo de su perfil, aprovechando que caminaba a su lado, pero miraba hacia adelante.

—De momento —replicó.

—¿Y van a volver pronto?

—No lo sé. ¿Por qué no les preguntas a los tuyos? Los míos suelen aparecer a su llamada.

—Eres incorregible —soltó Sasha, como si hubiera hablado con el abeto que dejaba atrás al pasar por su lado.

Anahy vio que se había llevado la palma a la boca y se imaginó que ocultaba una sonrisa. La suya apareció sin poder detenerla.

—Somos dos en este barco.

Sasha no contestó y caminaron en silencio, solo con el sonido del crujido de las botas en la nieve y el susurro del viento contra sus rostros.

—Tengo una propuesta —dijo él cuando estaban por llegar. Se detuvo y Anahy tuvo que hacer lo mismo. Aguantó hasta que abrió la boca varias veces, volvió a cerrarla, mirando hacia un lado todo el tiempo. Estaba a punto de darle la espalda cuando giró la cabeza hacia ella—. ¿Qué te parece si intentamos ser amigos?

Anahy se percató de que se había quedado con la boca abierta cuando los ojos de Sasha se detuvieron en sus labios. La cerró de golpe, un poco mareada por la velocidad con la cual latía su corazón. Luego la mirada del ergy bajó hasta su pecho y recordó que su energía agitada la delataba. Se cruzó de brazos en un intento de esconder la prueba de su incomodidad.

—Si sigues acosándome, me parece que será imposible —refunfuñó.

—¿Qué he hecho? —Sasha protestó alzando los brazos en un gesto de fastidio.

—¡Me miras! —espetó, golpeando la tierra de modo rítmico con el pie—. Me observas, investigas, te metes dentro de mí.

—Créeme, si lo hubiera hecho, lo hubieras sabido —él farfulló en voz baja—. Procuraré no mirarte. ¿Algo más? —inquirió, alzando la ceja que nunca se quedaba en posición horizontal.

—No sé. —Anahy infló los labios mientras consideraba los términos de una futura amistad—. Me pones nerviosa —reconoció mirando el suelo.

—No es mi intención. —El tono suave de su voz la hizo alzar la cabeza y

su corazón volvió a estallar ante la mirada encendida de Sasha—. Vamos a dejar las cosas claras. Me gustas. Y no como una amiga —dijo lo bastante enfadado como para que Anahy se preguntara si estaba molesto consigo mismo o con ella—. ¿Sabes qué? Olvídate de esa chorrada, no funcionaría. —Le dio la espalda, caminando con zancadas largas.

—¡Espera! ¿Qué quieres decir? —Se precipitó a alcanzarlo y se interpuso en su camino.

—Vamos, Anahy. —Él intentó pasar por su lado, pero ella abrió los brazos y lo flanqueó, moviéndose a ambos lados. Sasha puso los brazos en jarras, resoplando—. ¿Qué parte no entiendes?

—¿Todo? —Sacudió la cabeza y tuvo que detenerse para alejar los mechones desordenados—. Tú... me odias —balbuceó confusa.

—Intento odiarte. No es lo mismo.

Anahy perdió la ventaja por la sorpresa y lo dejó marcharse.

—¿Y tienes planeado dejar de intentarlo? —gritó a sus espaldas.

Sasha se detuvo, pero se quedó de espaldas. Giró la cabeza para mirarla por encima del hombro y preguntó sonriendo:

—¿Tú lo harás? ¿Lo intentarás?

—Supongo que no me voy a morir por intentarlo. —Anahy encogió los hombros y esbozó una sonrisa.

Se quedó quieta al ver que se acercaba con pasos calculados, perezosos.

—Entonces, ¿qué te parece si cerramos el trato con una prueba para nuestra futura falsa amistad? —La mente de Anahy creó unas imágenes maravillosas sobre varios métodos de cerrar el trato, pero Sasha la sorprendió al continuar —: Arriba, cada uno con una placa —dijo él, señalando la colina—. Tu primera lección.

Con el cerebro todavía nublado por unas fantasías maravillosas, a Anahy le tomó un momento entenderlo. Cuando lo consiguió, estalló en carcajadas histéricas.

—¿Estás de coña? Mi relación con ese trasto es peor que la que tengo contigo. No hay manera de que vayas a convencer a mis piernas de que pueden volar.

—Déjame a mí ese encargo. Tú solo tráelas.

—Es una mala idea. —Ella sacudió la cabeza, a pesar de que un cosquilleo agradable nacía en su interior al imaginarse dominando la tabla como lo hacían ellos.

Como si hubiera leído sus pensamientos, Sasha insistió.

—Pero te gusta.

—Sí, me gusta —Anahy resopló y le dio la espalda—. Trato hecho.

Encontraron la casa en silencio, un indicio claro de que los otros habían salido.

—Te espero abajo —dijo Sasha y ella desapareció para cambiarse de ropa.

Cuando volvieron a encontrarse no comentó nada al tener que subirse en la moto de nieve, pero se cortó cuando tuvo que rodearle la cintura. Cruzó las manos en el abdomen de Sasha procurando no apretar y no tocarle demasiado. Aun así, el calor de su piel atravesó la tela de la camiseta y se unió con el de sus dedos, haciendo que la piel hormigueara.

—Vas a caerte si no lo haces como es debido —la regañó él sin mirarla.

Anahy no tuvo tiempo de contestar, ya que arrancó por sorpresa y sus manos se aferraron por propia decisión a los rocosos músculos. No se atrevió a liberar una para bajarse las gafas, prefirió meter la nariz en la espalda de Sasha y descubrió que la sensación era increíble. Se sentía como en un sueño fantástico. Con los ojos cerrados, sus otros sentidos se agudizaron y las impresiones que le transmitían eran irreales. La suave fragancia del ergy y el calor de su cuerpo eran como una burbuja protectora contra el llanto del viento en sus oídos y el aire frío. Después de un tiempo, que se le antojó tremendamente corto, notó que se habían detenido, pero se sentía tan bien que quiso alargar el momento y no se movió. Los gritos de los otros la forzaron a alejarse. Bajó con movimientos lentos, sin darse prisa y sin mirar a Sasha, aunque era consciente de sus movimientos.

—Empezamos bien —dijo él dejando detrás de su oreja un mechón que se había escapado de su coleta y estaba siendo aleteada por el viento.

Anahy no encontró arrogancia en sus palabras, tampoco en la expresión de su rostro. Le contestó con una sonrisa que intentó borrar con rapidez, estudiando el alrededor. Los chicos estaban listos para la bajada y no le hicieron mucho caso. Los miró alejándose y esperó hasta que Sasha regresó con el equipamiento de ambos.

—No vamos a probar nada peligroso —le explicó mientras le cerraba las correas y verificaba la estabilidad de sus pies—. Bajaremos pocos metros y te cogeré de la cintura durante algunas pruebas hasta que puedas mantenerte firme, y solo necesitarás coger mi mano.

—Espero que seas bueno —refunfuñó Anahy desde el suelo. De espaldas, hundió sus codos en la nieve con cuidado de que la tabla no se deslizara antes de que Sasha estuviera preparado para asistirla.

Él se incorporó y saltó en el aire, haciendo mover su tabla en círculos pequeños cuando tocó el hielo.

—Lo soy y te lo demostraré. Vamos. —Le ofreció la mano y ella la aceptó a regañadientes.

Ambos llevaban guantes y Anahy se tranquilizó al pensar que el procedimiento no implicaba contacto directo. Estremecerse cada dos por tres destrozaría la lección. Pero se había apresurado. Sasha tiró de su mano y ella chocó contra su torso. Le rodeó la cintura, forzándola a quedarse en aquella posición.

—Es muy importante que mantengas las rodillas flexionadas —le explicó él. Alzó la cabeza y asintió. Se quedó con la mirada prendida de la de él, fascinada en adivinar el significado de las chispas multicolores que incendiaban el azul de sus ojos.

Sasha se aclaró la garganta y agachó la cabeza.

—Te voy a dar un pequeño empuje porque necesitamos saber si eres diestra o zurda —la avisó, moviendo su tabla arriba y abajo sin perder el control en ningún segundo—. El diestro mantiene la pierna izquierda detrás, mientras que el zurdo usa la derecha. La pierna trasera es el timón de la tabla y la más fuerte.

Antes de poder prepararse su mano le dio un impulso y el suelo desapareció bajo los pies de Anahy. Soltó un grito y agarró la mano de Sasha que la abrazó de un lado y susurró en su oído.

—Te he dicho que te voy a agarrar. ¿No confías en mí?

—¿Es una pregunta trampa? —Anahy se lamió los labios reseco y tragó saliva.

—Al parecer es una retórica —comentó él, un pelín irritado—. Eres diestra. Debes mantener las piernas semiflexionadas en todo momento y dirigir el cuerpo con los hombros. La mano de delante levantada, gobernando la dirección.

Le enseñó el movimiento y continuó hablándole sobre la posición en la tabla, cómo acelerar y cómo frenar, aparte de otras cuestiones de equilibrio y de forzarla a practicar a clavar los cantos.

Anahy aprovechó un momento en que sentía que sus pies controlaban la tabla y se secó el sudor de la frente con la manga de la camiseta.

—En teoría suena genial —resopló, fijando la tabla con la mirada como si pudiera controlarla a distancia—. Espero dominar la práctica. Si vuestra amada Madelyne me encuentra, podré huir volando.

—Lo haces de maravilla —la animó Sasha—. Lo harás mejor tan pronto como olvides el miedo. —Procuró sonreírle, aunque le dolía el maxilar de tanto hacerlo en la última media hora.

Debería poder disfrutar de la velada. Practicar snowboard era su segunda vida, los únicos momentos en los que se permitía vaciar la mente y olvidar las preocupaciones. Sin embargo, no podía hacerlo, pues la mayor de ellas se encontraba a pocos centímetros de él. Le encantaba verla tan decidida y en secreto se alegraba de que sus resentimientos se hubieran centrado en la tabla, dejándolo a él a un lado. Anahy era irresistible con las mejillas encendidas y los ojos echando chispas de entusiasmo. No mirarle los labios y tener que evitar tocarla, abrazarla a cada rato, era una tortura. Aunque le picaba el deseo de provocarla, se ahorraba dolores de cabeza al no hacerlo y le gustaba aquella especie de amistad que habían concretado. Esperaba tener tiempo de disfrutarla, a pesar de que todas las pruebas apuntaban lo contrario. La marca de su nuca hormigueaba a ratos, avisándole de que el peligro no estaba lejos y a sus entrañas les pasaba algo extraño, se calentaban y se congelaban en instantes, como si hubiera perdido el control de sus habilidades.

La cogió del antebrazo al notar que se deslizaba de un modo equivocado.

—¿Estás lista para la lección?

—¿Qué hemos hecho hasta ahora? —Ella puso la mano en su pecho para mantener el equilibrio y alzó la cabeza, su rostro incendiado por la alegría.

—Calentamiento —replicó Sasha. Sus dedos se engancharon en la cintura del pantalón de Anahy y el deseo de atraerla hacia su cuerpo le nubló la mirada. Se movió a su espalda, decidido a jugar el papel de amigo y no presionarla a aceptar sus más que entusiasmadas atenciones—. Vamos hasta abajo.

Anahy giró el cuello para mirarlo; expectación y entusiasmo teñían su mirada de un verde vivo interrumpido por unos puntidos dorados.

—¿Crees que es buena idea?

—Lo haremos despacio. Controlaré la velocidad y no te soltaré en ningún momento —le prometió, estrechándola con suavidad para dar énfasis a sus palabras. Inhaló sin querer el olor de su pelo, la fragancia adictiva con la cual la identificaba, y alzó la cabeza mirando hacia adelante, imaginando el trayecto en la mente.

Se escuchó el sonido de unos motores por encima del latido de sus corazones. Esperaron un rato hasta que sus amigos llegaron hasta ellos.

—No pensaba que tuvieras habilidades de profesor —se burló Blaze,

bajando de la moto de Raisa, que se había quedado sentada, estudiándolos con una mirada indescifrable—. Anahy, tenemos una carta de quejas, por si no te trata con el debido respeto y se sobrepasa en la relación con sus alumnas. Espero detalles —continuó esperanzado.

—No la tenemos —gruñó Stiff mientras se encargaba de bajar las tablas. Un guante alcanzó su cabeza, aunque Anahy se había perdido el momento en que Blaze lo había tirado.

—Está bien. Lo hace bien —respondió sonriendo. Le gustaba ese tipo de lazo que les unía y se sentía bien al saber que estaba incluida.

No pudo evitar estudiar más de lo necesario a Stiff, no se había olvidado de su cuarzo. No obstante, aunque él no la mirara directamente, no encontró señales de que se sintiera incómodo a su lado. Apuntó mentalmente preguntar a Calixta cómo podía reconocer a un wise que no llevaba cuarzos a la vista y sin tirar de su ropa para que le mirara el cuello.

—Al revés también pasa. Hay alumnos que son tercos y se merecen los castigos —la voz pícaro de AUSA ahuyentó sus sospechas relacionadas con el ergy e hizo que se centrara en Cold. Estaba sentado en la moto a la espalda de la chica con los hombros caídos, la tez pálida y una expresión derrotada.

Le dio un poco de pena, más cuando todos estallaron en risas como si conocieran un secreto que ella no sabía.

Sasha apretó las manos en sus caderas y el movimiento le pegó la espalda a su pecho, mareándola por un momento y logrando que alejara la atención del antiguo wise.

—Yo también tengo preparadas unas ideas impresionantes de castigos por si no te comportas —murmuró en su oído—. Por desgracia lo haces. —Suspiró desilusionado—. ¿Lista?

Anahy no supo que él mantenía la cabeza gacha hasta que sacudió la suya y los labios de Sasha rozaron el lóbulo de su oreja. Ya se había acostumbrado al calor que irrumpió en sus poros y, en vez de avergonzarse, aprovechó el momento para practicar, hacerlo fluir y consumirlo. Torció el gesto por el dolor punzante, pero se alegró de haberlo logrado.

—Más que lista. —No había acabado la frase cuando su tabla empezó a deslizarse con lentitud. Aglomeró sus pensamientos en torno a las manos de Sasha en su cintura, olvidándose con intención de que la tierra se movía bajo sus pies, que estaban enganchados encima de un trozo de carbón sintético. No había probabilidades de evitar el desastre.

—Relájate —vociferó Sasha.

No pudo contestarle porque empezaban a coger velocidad y estaba ocupada en ahogar el grito que se formaba en su garganta.

El viento cantó en sus oídos, acompañado del crujido de la nieve. A pesar del miedo, la excitación se apoderó de ella, la sensación de peligro fue sustituida por la promesa de que, si lo deseaba, podría lograr más. La adrenalina le bombeaba en las venas haciendo que su corazón estallara por los latidos turbados.

—¡Intenta frenar! —El grito de Sasha la hizo balbucear palabras sin sentido.

—¿Qué? ¿Cómo? —Anahy buscó con rapidez en su mente las instrucciones para frenar. ¿Cuáles eran? ¿Presionar el canto? ¿El derecho o el izquierdo?

Sasha forzó sus hombros a rotarse antes de que estuviera preparada y su tabla derrapó de modo demasiado brusco. Agitó las manos, pero no fue suficiente para mantener el equilibrio. Su cuerpo fue atraído por la gravedad hacia atrás cuando las dos tablas se engancharon en el suelo. No llegó a decir ni pío antes de caerse. Su trasero se estrelló contra el hielo. Soltó un grito por la sorpresa y gimió por el dolor.

Continuaron deslizándose de espaldas un par de metros. Solo después de que sus huesos dejaron de sollozar se percató de que la parte superior de su cuerpo no estaba sobre la nieve, sino encima de Sasha. Alejó de un manotazo sus manos, que la agarraban desde atrás y le presionaban los pechos, y se giró, dando con la nariz en su abdomen.

—Creo que no te pagaré esta clase —gruñó, agitando la cabeza para volver en sí.

Él se incorporó con una sonrisa que ocupaba la mitad de su rostro.

—Te gustó.

Anahy frunció el ceño y soltó un bufido, pero su mala leche no ganó. Se alejó de él dándole un manotazo en el pecho y se giró, dejándose caer de espaldas y mirando el cielo.

—No estuvo mal —comentó, encogiendo los hombros.

Escuchó que Sasha se movía y su cara se interpuso en el paisaje, cubriendo la imagen del cielo.

—Reconócelo —insistió. Una sonrisa ladina arqueó sus labios e hizo que sus ojos brillaran como un lago ardiendo.

Anahy se mordió el labio inferior y meneó la cabeza.

—O lo reconoces o te forzaré a hacerlo —amenazó él, aunque seguía

sonriendo—. No puedo vivir solo de insultos, necesito un halago de vez en cuando —añadió con voz llorosa.

—¿Me pones morritos ? —Ella estalló en carcajadas que aumentaron cuando las manos de Sasha empezaron a hacerle cosquillas.

—Reconócelo —demandó él, con sus dedos atacándola sin piedad.

El aliento de Anahy se atascó por la risa. Levantó las piernas en el aire, pero como seguían pegadas a la tabla no pudo empujarlo.

—¡Está bien! —gritó cuando no aguantó más. Tragó aire y se secó las lágrimas de las mejillas que habían provocado la risa. Estudió con los ojos entrecerrados su rostro expectativa y se preguntó por qué no había alejado las manos de sus costados.

—¿Y bien? —preguntó Sasha en un murmullo bajo, demasiado cerca de su cara.

—Me gustó.

Sasha se quitó un guante con los dientes y lo escupió en el suelo. Alzó la mano y detuvo el pulgar en su mejilla. Encontró una gota y movió el dedo por encima de ella hasta que la secó cerca de la comisura de su boca, aumentando el calor de su piel. El rastro ardiente picaba y los labios de Anahy temblaron, sus ojos atentos en el pulgar que se detuvo en el aire muy cerca de su boca. La energía se removió inquieta en su pecho y su torso se infló en busca de aire. La mirada de Sasha vagó indecisa entre su boca y sus ojos, y la expectación hizo que se le erizara el vello.

—Bien —dijo él, levantándose de un movimiento brusco. Empezó a desatarse las correas de la tabla—. Desde aquí bajamos a pie. El recorrido es demasiado peligroso para ti —la informó como si no acabara de mirarla como si fuese su helado preferido.

—Vale —Anahy susurró la palabra, logrando con dificultad ocultar la desilusión de su voz.

Limpió la nieve de su ropa, evitando mirarlo. Alzó la cabeza sorprendida cuando los dedos de Sasha se detuvieron en su mentón. Sus labios se cerraron sobre los de ella por un segundo tan largo como el infinito. No movió su boca, no intentó abrir la suya, solo se quedó encima de sus labios, inhalando su aliento precipitado.

—Más tarde —dijo él al alejarse, la decisión era evidente en su mirada.



Anahy había acabado la conversación con su madre cuando alguien tocó la puerta de su cuarto.

—Adelante.

La cabeza de Raisa se asomó por un pequeño hueco.

—¿Estás sola? —inquirió, aún sin atreverse a entrar.

—Sí. Es evidente. ¿A quién esperabas encontrar?

—A nadie. —La chica empujó la puerta para abrirla por completo, pero siguió sin adentrarse en el cuarto—. Vine a decirte que vamos a hacer una barbacoa. Por si quieres acompañarnos.

Anahy le sonrió, pero Raisa no la vio. Evitaba mirarla y ojeaba las paredes como si pensara redecorarlas.

—Me encantaría. Gracias —dijo, esperando hacer contacto visual. No lo logró, y cuando la ergy dio un paso hacia atrás, se apresuró a detenerla—. ¿Raisa? No me gusta esta situación. Como estamos ahora.

Sus palabras lograron el efecto deseado. Sus miradas se encontraron. Raisa se ruborizó y sus mejillas se hincharon en un mohín juguetón.

—Menos mal. —Se abalanzó sobre ella, abrazándola con fuerza—. Mantener la distancia ha sido lo peor que he tenido que hacer desde... siempre. Sé que crees que soy loca e insensible, pero para que lo sepas, lo mismo pienso de ti.

Anahy se rio mientras buscaba aire, pues el abrazo de la muchacha casi la asfixiaba.

—Vamos, os ayudo —se apresuró a decir, para escapar con todos los huesos enteros.

Raisa asintió sin moverse.

—Tenemos que hablar.

El modo cómo lo dijo fue de por sí un aviso.

—¿De qué? —inquirió Anahy.

—De ti. De Sasha. Del Éter y de Madelyne. De muchas cosas. —Los hombros de Anahy se hundieron y Raisa prosiguió—: Después. Nos merecemos unos momentos de olvido.

La empujó suavemente para que saliese. Anahy sujetó sus esperanzas de aquel «después». Antes de ese había un «ahora».

Los chicos estaban bajo el cobertizo que hacía de garaje y zona de ocio a la vez. Todos, menos Sasha, no pudo no notar su ausencia. Cuando Raisa le había dicho barbacoa se había imaginado la parrilla encendida, barriles de alcohol y música electrónica. Esa era la imagen que la palabra le traía a la mente. Nada más lejos de la realidad. La parrilla no estaba encendida, pero ante ellos tronaba una pequeña montaña de leñas esperando una chispa para transformarla en una hoguera. Las motos habían sido aglomeradas en un rincón y el suelo lo ocupaban los pufs que habían traído del salón. Sonidos efusivos de música rock llegaban de un equipo estéreo escondido y no había ningún recipiente con alcohol. No es que fuera una aficionada, pero la cuestión le pareció de lo más curiosa.

No llegó a preguntar, antes de hacerlo Blaze le señaló las leñas.

—Tienes el honor —dijo, sonriendo tanto que podría haberle contado los dientes si hubiese querido.

—¿Qué? —Anahy dio un respingo. La petición la tomó por sorpresa. Miró alrededor, demandando ayuda a gritos silenciosos. Las chicas tenían las cabezas metidas en una nevera gigante, consultando algo con Stiff, y Cold se había hecho pequeño en un sillón, pendiente de su comunicador.

—Enciéndela —insistió él.

El techo estaba decorado con multitud de bombillas coloreadas y una dorada brillaba encima de la cabeza de Anahy como si la señalara. Se movió un paso a un lado.

—No creo que sea buena idea.

—Es una idea maravillosa aprobada por unanimidad de votos. —Raisa agitó la mano, momento en que la música cambió con los sonidos pausados y expectantes de una canción épica.

Anahy alzó la cabeza, buscando la fuente del sonido, preguntándose si la joven dominaba el arte de la magia.

—¡Anda ya! ¿Estáis de broma? Pensaba que había pasado vuestros

exámenes. —Todas las miradas la acosaron. A los dulces ritmos de clavicordios se añadieron unas cadencias profundas. No tenía conocimientos musicales, pero suponía que se trataba de un bajo, mientras que un tambor marcaba las etapas de crescendo. Su pulso empezó a latir al compás y la saliva desapareció de su boca.

—No hay exámenes entre nosotros. —La voz profunda de Sasha vino desde atrás en un momento cuando la canción se oía muy baja.

Anahy se giró con celeridad, esperando encontrar la ayuda que necesitaba. Sus cejas arqueadas y la sonrisa soñolienta le dieron una respuesta negativa.

—Vamos, es fácil. —Sasha la tomó por el codo y la acompañó hasta la hoguera—. Puedes hacerlo —le susurró al oído.

La maldita canción empezó a subir de volumen y de ritmo. A Anahy le evocaba una escena de una novela histórica. Recordaba con precisión los detalles y deseó no tener una memoria tan buena. «Los pasos débiles del hombre que esperaba su decapitación. La máscara que cubría el rostro del verdugo y sus montañosos brazos alzando el hacha».

Se echó para atrás meneando la cabeza.

—Prefiero no hacerlo. Gracias —dijo con voz chillona, preparada para huir.

La primera esfera de fuego se alzó en el aire oscuro de la noche. Anahy siguió su trayectoria y la vio rompiéndose contra un muro de piedra que tenía forma de luna menguante y resguardaba la parte trasera de la casa, protegiéndola de miradas curiosas. La segunda se elevó con mucha fuerza hacia el cielo sin estrellas y la tercera la siguió casi al instante. En pocos minutos la atmósfera se llenó de esferas de diversas dimensiones y colores. Los chicos jugaban con ellas, incluso hacían malabares con varias a la vez.

Anahy sacudió la cabeza, con una sonrisa amplia curvando sus labios. Alzó las manos y las dejó caer de golpe.

—Vale. Vamos a presumir —vociferó, esperando en secreto que alguna fuera a estrellarse contra las leñas y la salvara de hacer el ridículo.

Todas se apagaron a la vez junto con la luz y la música, y el ambiente quedó ahogado por el silencio y la oscuridad. No escuchaba ni las respiraciones de los chicos y el vello de Anahy se erizó. Buscó con la mirada a Cold, que era el único que podría ayudarla en ese momento, pero el cambio había sido demasiado brusco y sus ojos no estaban acostumbrados a la noche.

—No es graci... —las palabras murieron en sus labios.

Las sombras empezaron a crepitar y a encenderse a su alrededor. Se giró sobre los talones mirando cómo cambiaban de forma. Su boca se abrió sin dar

señales de que fuera a volver a cerrarse pronto. No creía que hubiera visto algo más hermoso en su vida. Ondas luminiscentes serpenteaban alrededor de los cuerpos, pulsando con sosiego. El aire no se movía y la ausencia del olor específico le dio a entender que los chicos manipulaban la luz, no el fuego. Aunque no estaba segura de que lo que veía fuese luz. No estaba segura de lo que veía en absoluto. Sus cuerpos no eran translúcidos, pero tampoco compactos. Brillaban con suavidad, pero los colores mantenían intensidades diferentes y donde el amarillo era intenso el rojo era suave y el blanco resplandeciente, de modo que uno sombreaba a otro. Anahy pensó maravillada que miraba el ejército de ángeles de La Creadora.

—Vaya. Sois la hostia —la voz burlona de Cold la sacó de su ensoñación.

Tuvo ganas de abofetearlo cuando las formas se apagaron y en un instante todo volvió a la normalidad. Meneó la cabeza, preguntándose si no habría soñado la escena. La música irrumpió con tanta violencia que sus oídos protestaron doloridos.

—Tu turno —dijo Sasha, rodeándole los hombros.

«¡No puedo hacerlo!»

El grito se quedó en su cabeza y la decisión fluyó por su sangre hasta entonces helada. Ya no tenía que esconderse. Era un cóctel en un grupo de ergys. Se encontraba entre amigos, podía exhibir sus dones. Asintió en silencio procurando encontrar valentía donde no la había. No cerró los ojos. Con la mirada fija en el cono de leñas y el torso caliente de Sasha a su espalda alzó la mano y liberó las puertas de su núcleo energético. El estallido de las llamas la sorprendió incluso a ella misma. Aplausos, gritos y silbidos siguieron en volumen tan alto que se escuchaban por encima de la música que había llegado a su punto culminante.

—Tengo hambre —dijo uno de los chicos.

Por culpa del ruido, Anahy no estuvo segura de quién había hablado. Se dirigió hacia uno de los sillones, con las rodillas bailando un ritmo tembloroso. Se dejó caer de golpe, respirando sosegadamente, con inhalaciones profundas y exhalaciones largas.

—Pensaba que no te quedaba más después de «tratarme».

Anahy estudió la expresión indescifrable de Cold.

—Pensabas mal —replicó con aspereza.

Después de examinarla con detenimiento, el nuevo ergy se dejó caer de espaldas.

—Nadie te conoce, ¿verdad? Todos se equivocan en lo que piensan de ti.

Sorprendida por una declaración de enemistad tan evidente, Anahy abrió la boca, pero no llegó a contestarle. Sasha se aproximó y le ofreció una botella de gaseosa mientras empujaba una de las piernas de Cold.

—Te necesitan —gruñó sin delicadeza, señalándole con la cabeza la hoguera.

El aludido se levantó a regañadientes y Sasha ocupó su sitio. Se sentó de espaldas a los otros.

—¿Dónde está el alcohol? —Anahy sonrió, haciendo girar la botella entre los dedos.

—El alcohol no va bien con nosotros. ¿No lo sabías?

—No. No es que lo haya probado mucho. —Resopló y torció el gesto—. Emborracharte sola no tiene ningún punto atractivo.

Sasha asintió y por su mirada fue evidente que se guardaba comentarios.

—¿Cuándo lo probaste no notaste nada diferente? Es probable que parte de los accidentes de tu vida tengan que ver con eso. El alcohol aumenta en potencia la energía, las moléculas se vuelven inestables y casi imposibles de controlar. Es la razón por la cual sospecho que te saliste con la tuya en la noche del baile —le explicó mientras le señalaba con un gesto a Cold—. Bebiste mucho.

—¿Por qué me dejasteis hacerlo?

—Porque no nos habías informado de tu pequeño plan. Pensábamos que te teníamos controlada. —Sonrió forzado, deteniendo su mirada en ella—. Lección aprendida. Nada está seguro en lo que respecta a ti.

—¿Es una acusación? —inquirió molesta.

—Es un hecho. —Sasha se inclinó hasta rozarle la punta de la nariz—. Y me encanta —susurró—. A pesar de que está mal, muy mal. —Le acarició la mejilla, después se levantó sin prisa, dejándola sola.

Anahy se quedó boquiabierta mirando su espalda. Se tomó media botella de refresco para aliviar su repentina sed y esperó a tener el control de sus sentidos disparados para poder ayudar en las actividades.

Los chicos no daban señales de querer irse a dormir pronto y se dio cuenta de que sus posibilidades de escapar y encontrarse con Calixta disminuían con cada minuto que pasaba. Participó en las bromas, pero no podía evitar mirar a cada rato el reloj.

Había empezado a nevar. La hoguera se había apagado hacía tiempo, las brasas se convertían en ceniza en contacto con los copos de nieve. Tendida en su sillón, procuró relajarse, esperando tener otra oportunidad con Calixta. Le

preocupaba que no pudiera avisarla de su ausencia y obligarla a esperar en vano.

—Quiero enseñarte algo —dijo Sasha.

—¿Quiero verlo? —preguntó.

—No creo que te echés para atrás la idea de una aventura. —Él le tendió la mano y ella la aceptó para incorporarse.

Agrandó los ojos y fingió entusiasmo.

—¿Aventura? ¿Por qué no lo dijiste desde el principio? Mi vida es bastante aburrida últimamente.

Sasha soltó una risita y tiró de su mano hasta que salieron. La guio hasta la parte delantera de la casa y le señaló la moto.

—Sube.

Anahy se guardó el comentario cáustico y esperó hasta que lo hiciera él primero. No metió la cabeza en su espalda, sino que dejó la cabeza hacia atrás, permitiendo que el viento le aleteara el pelo y que los copos se detuvieran en su rostro. El cielo estaba cargado de nubes y no había rastro de estrellas. La noche era oscura, el aire pesado y el silencio violado solo por el rugido del motor de la moto. No reconoció la zona en que pararon y después de apagar el faro, se quedó sin distinguir nada más lejos de un metro a su alrededor.

—Si quieres matarme, creo que elegiste el plan perfecto —comentó. El sonido de su voz desapareció al instante.

Sasha le rodeó los hombros y la instó a caminar.

—Lo sé.

Su declaración no la tranquilizó en absoluto, pero se regañó por tener una imaginación tan poderosa.

—Mantente en silencio, estamos en zona enemiga —pidió él, murmurando.

—¿Eh?

Su boca fue cerrada por la mano de Sasha.

Anahy tropezó y volvió a incorporarse con su ayuda. Dejó de sentir la nieve en su piel y supuso que habían entrado en alguna cueva, pero cuando tocó la pared con la mano dio con la frialdad del hielo en vez de piedra.

—Menos mal que no me cubriste los ojos, me habrías despistado por completo —comentó en voz baja.

—No hacía falta. —Sasha se inclinó hacia ella—. Pero tu boca necesita un parche.

—No llevas ninguno encima, ¿verdad? —se carcajeó Anahy. Dejó de

hacerlo cuando el sonido reverberó dentro de la estancia y volvió a tropezar con un escalón.

Continuaron subiendo por una escalera en forma de caracol hasta que su cabeza perdió cualquier sentido de dirección. El aire era frío y puro. Sintió el contorno de una puerta al entrar en una estancia y se detuvo, desconcertada por completo. Sasha no le permitió quedarse y la guio hacia adelante hasta que advirtió el margen de lo que parecía ser un banquillo. Desapareció de su lado y entendió por qué cuando una luz titubeante iluminó la estancia.

Anahy no se quedó esperando a que encendiera todas las farolas, sino que estudió con curiosidad su alrededor. Se hallaban en un cuarto con todas las paredes de hielo y lo que había sentido era en efecto un banco situado junto a un hueco que hacía el oficio de ventana. Otros trozos de hielo en forma de estanterías, sillas, e incluso una mesa redonda ocupaban el espacio. Todas las superficies eran translúcidas y adquirían los colores de las farolas. El techo era amplio y acababa en forma de cúpula. Una araña de cristal construida con docenas de estrellas acristaladas brillaba como el arcoíris.

—¿Qué es este sitio? —inquirió, acercándose a la ventana. Por la ventisca no distinguía nada fuera, aparte de bruma y sombras.

Sasha se acercó, deteniéndose a sus espaldas.

—Un castillo de hielo. El paisaje visto desde aquí es magnífico. Quería enseñártelo, pero puede que sea mejor que el tiempo no nos ayude. Estamos de incógnito. No es nuestro territorio —susurró en tono de confesión.

Anahy se giró para mirarlo. Su expresión traviesa y la sonrisa ladina hicieron que su corazón apresurara el ritmo. Soltó una carcajada y puso los brazos en jarras.

—¿Esta es la torre? ¿Piensas encerrarme bajo candado?

—¿Puedes leerme los pensamientos? —Sasha juntó las manos a la espalda y se inclinó hacia ella—. Ahora debo revisar mis planes. Pero, para estar seguro, ¿te dejarías encerrar?

Había cierto aire de esperanza en su voz.

—Depende de quién viniera a salvarme.

—¿Y si me ofrezco voluntario? —Él se acercó, pero su movimiento fue inesperado, ya que pasó por su lado para sentarse en el banquillo.

Anahy lo siguió, pero se quedó de pie.

—Lo tomaré en consideración —reconoció.

Sasha volvió a sorprenderla. Le cogió la mano y tiró de ella hasta que se detuvo al chocar con sus rodillas.

—No tenemos mucho tiempo —dijo, su mirada era más intensa que sus palabras.

No tenían tiempo entonces, no tenían tiempo nunca. No tenían tiempo para ellos en ningún momento. Anahy entendió que no le faltaba razón. Aunque se negaba a pensar qué le traería el día de mañana, pues en realidad no sabía si habría un mañana.

Se acercó y se sentó a horcajadas sobre sus rodillas, dejando las manos en sus hombros.

—Entonces deberíamos aprovechar este instante —contestó. El nudo de su garganta le impidió otorgar a su declaración la seguridad que hubiese querido mostrar.

No obstante, Sasha no se rio de su voz temblorosa. Asintió y le rodeó la cintura, atrayendo su cuerpo hacia el de él. Sus corazones se encontraron a la misma altura, latiendo al compás en una cadencia apresurada.

—De acuerdo. —Su mirada recorrió el rostro de Anahy, que se sorprendió al notar una decisión fría en sus ojos—. No te besaré, dragona —declaró él, manteniendo sus caderas con más fuerza cuando ella quiso retirarse, helada por el rechazo—. No lo haré porque lo hice miles de veces. De día y de noche, en mis sueños, en mi mente. Cuando te tenía delante y cuando no estabas. Cuando desapareciste e hiciste de mi vida un infierno y cuando te quedaste desmayada en mi cama. Te castigué a besos y te recompensé a besos. Te besé de todos los modos conocidos y me inventé algunos. —Sus dedos avanzaron para cerrarse en sus costados, y soltó una risita—. Desde que te conocí te besé miles de veces. —Aunque su discurso no había sido precipitado, Sasha se detuvo, indagando en su mirada antes de continuar—. Quiero que lo hagas tú. Necesito que seas tú la que me bese —finalizó claro y alto.



Anahy se preguntó si estaba soñando. Las palabras de Sasha eran igual de calientes que su cuerpo cerca del suyo. Cada una se estrellaba contra su mente, contra su alma. Su corazón se hinchó como un globo, amenazando con no tener sitio en el pecho. Perdió el control de su energía que se desvió de las rutas conocidas e irrumpió en todos y cada uno de sus poros.

—Vaya... —susurró, deteniéndose al percatarse de que no tenía voz. Tampoco estaba segura de lo que se suponía que debía decir. Si hacía falta decir algo. Sus pensamientos se habían perdido en la nada, su cerebro, tragado por un vacío semejante a un agujero negro. Notó que el rostro de Sasha se nublaba ante su vista y los ojos le escocieron bajo la amenaza de las lágrimas.

«¡Qué demonios!», se dijo, nerviosa consigo misma. Ella no era una llorona. Pestañeó con rapidez y agachó la cabeza para asegurarse de borrar cualquier rastro de su debilidad momentánea.

—Hablas en serio, ¿verdad? —Lo estudió de reojo con miedo de encontrarse con su sonrisa burlona. Exhaló lentamente al notar que sus sospechas no tenían fundamento.

Sasha la miraba expectante, las comisuras de sus labios curvadas, vacilante, los ojos, dos océanos de plata.

—Vamos, dragona. Si no te das prisa, voy a cambiarte el apodo por gatita —farfulló en voz baja.

Resultaba imposible dejar de mirarla, aunque era peligroso hacerlo. Ella no se daba cuenta que brillaba más que las farolas. Cada centímetro de su cuerpo parecía haber sido pintado con polvo de oro y sus ojos eran dos diamantes amarillos con reflejos verdes intensos. Se abstuvo de provocarla a prueba de

toda su fuerza, pero su paciencia..., nunca había tenido paciencia. Lo que había sido, el sentimiento que lo había mantenido lejos de ella tanto tiempo, se había desvanecido.

—Vale, vale. —Anahy alzó la cabeza—. No digo que no estaría interesada en tu... propuesta, pero no es algo que se pueda hacer así, de repente —soltó con rapidez.

Sasha encerró la risa que cosquilleaba en su interior, decidido a no estropear el momento. Le divertía la elección de sus palabras y el hecho de que aun dejando claro que no se echaría para atrás, pensaba hacerlo responsable a él, como si ella solo le hiciera un favor. Sabía que no necesitaba más de un gesto, una mirada equivocada, incluso un timbre distinto de su voz para que se encendiera, así que eligió con cuidado su discurso. Quería una noche de paz.

—¿Necesitas instrucciones? —preguntó con la voz más neutra que encontró.

El deseo de actuar hizo que sus músculos se tensaran con expectación cuando las mejillas de Anahy se colorearon. Alejó las manos de su minúscula cintura y las puso en el banco, al lado de sus piernas. El hielo se derritió al instante, entonces las alzó y sacudió los dedos.

—Odio insistir, pero vamos a fundir este castillo si no avanzamos pronto —dijo, enseñándole los dedos que chorreaban agua—. No creo que los wise vayan a necesitar un motivo mejor para empezar una guerra.

—Es... —Anahy se puso tan roja que empezó a preocuparse—. Necesitaría una lección —reconoció en un susurro—. Otra. Sobre eso.

Varias bromas se le ocurrieron a Sasha al instante. Se mordió la lengua para no soltarlas. Se limpió las manos en la tela del pantalón y le cogió el rostro, acercándose milimétricamente.

—Siempre actúas antes de pensar —le reprochó—. ¿Ahora se te ocurre pensar antes de actuar? Momento equivocado, mi dragona. Solo hazlo.

Anahy asintió, pero se tomó un momento más para morderse el labio inferior y Sasha masculló una serie de juramentos. Esperó tan quieto que temió convertirse en un wise el tiempo que miró la mano de Anahy avanzando hasta su nuca.

Y luego lo hizo. Los labios de Anahy se posaron sobre los de él, un roce tremendamente delicado que tuvo tanta fuerza como una tropa de wise enfurecidos. Solo que, en vez de enfriarse, el calor lo acosó como si acabara de acercarse al Sol. Los dedos se le cerraron por sí mismos entre sus

mechones y tuvo que pensar en el más desagradable momento de su vida para no moverse. Para no atacar.

Anahy ganó coraje ante las pruebas de que no lo hacía mal. Sasha soltó una exhalación silbada y su torso se hinchó bajo sus dedos. Su corazón martilleaba contra su mano y su boca se entreabrió a la espera de más. Volvió a rozar sus labios, atreviéndose a probarlos con la lengua. Sintió su sonrisa y se retiró para estudiar su rostro y entender el motivo de su divertimento. Se tranquilizó al ver que tenía los ojos entrecerrados y que la sonrisa era de satisfacción, sin llegar a ser insolente.

Sasha la estudió a través de las pestañas caídas.

—No me decepciones. Lo que hiciste hasta ahora solo me da ganas de más. Hazlo como en mis sueños.

Sus huesos se derritieron ante la mirada pícara y el timbre desvergonzado de su voz.

—No he estado en tus sueños —dijo, avanzando con las manos por su torso.

Sasha siguió con la mirada sus movimientos y asintió con lentitud.

—Sí que has estado. Te conoces los detalles. —Bajó la cabeza para dejar un beso suave en los dedos que estrechaban su hombro—. Pero lo haces demasiado lento. Es el momento de ser fuego.

En un intento de hacerle una demostración, acaparó sus labios. Su cuerpo, su mente. Le apretó la espalda, acercándola, y su boca se abrió exigente para un examen minucioso del interior de la de ella. Anahy se unió a él en el baile de lenguas, permitiéndole la intromisión y devolviéndole los toques húmedos. Su cuerpo empezó a estremecerse bajo pequeñas sacudidas parecidas al crepitar de la electricidad. Juntó las manos tras su cabeza e inclinó el torso contra el de él.

El beso se volvió ardiente en cuestión de segundos. Sasha exigía su boca de una forma primitiva, profundizando las caricias. Sus labios se sentían como el terciopelo y, a la vez, eran firmes, y su lengua, arrogante en los movimientos seguros. Una parte de su cerebro se preguntó cuándo volverían a respirar. Como si hubiera leído su pensamiento, Sasha abandonó su boca para mover los labios contra su cuello mientras que sus manos se adentraban por debajo de su camiseta dejando atrás un camino de lava.

Anahy arqueó la espalda y dejó caer la cabeza hacia atrás, tirando del pelo del ergy para equilibrarse. Su respiración salió como un pitido y los oídos le zumbaron por el sonido ensordecedor del latido disparatado de su corazón.

—Dime que no es otro sueño. —La voz entrecortada de Sasha se escuchó lejana. Sus labios exploraron su oído para volver a bajar hasta la clavícula y subir de nuevo a mordiscos suaves, sin llegar a dañar.

—No lo sé. —Jadeó cuando él encontró el lóbulo de su oreja y tiró con los dientes. Su lengua se ocupó de sanar la pequeña herida.

Se detuvo para mirarla. Cogió sus mejillas entre las palmas.

Jamás había visto Anahy algo tan hermoso como los ojos del ergy. Hielo y fuego se combinaban en la mirada de Sasha, el resplandor del azul atravesado por relámpagos dorados. Se quedó quieta cuando su pulgar rozó el contorno de su boca inflamada y la mirada de Sasha estalló con el mismo poder que una supernova. También lo hizo cuando él se inclinó para sorber de sus labios, solo toques expeditivos y repetidos que no tardaron en convertirse en un beso intenso que le disparó los pensamientos y dobló su cuerpo. Soltó un suspiro que sonó como un quejido y Sasha gruñó contra su boca.

Luego la situación se tornó vertiginosa. Sus manos estaban por todo su cuerpo, acariciándole la espalda en un momento para tirar de sus caderas en el otro. Su lengua se adentraba en su boca para después besarle las mejillas y chupar de la piel de su cuello. El aire desapareció del cuarto y la estancia se iluminó por sus cuerpos a punto de reventar. Una sinfonía de gemidos y quejidos hizo eco en el espacio, los pedidos de Sasha con voz ronca, las respuestas de Anahy quebradas. Chispas multicolores saltaban de su piel como si de fuegos artificiales se tratara.

—Vamos a volar este sitio por los aires —gruñó él contra su boca, con su aliento quemándole los labios. Metió la mano bajo la cintura de su pantalón en la espalda, presionando, impulsándola a moverse contra su entrepierna.

—Sí —respondió Anahy, a pesar de saber que la idea era no solo descabellada, sino que muy peligrosa.

Pero nada parecía importar en aquel instante. El cuerpo de Sasha era un volcán bajo el suyo. Sus músculos duros, su piel tan ardiente que le extrañaba no tener quemaduras. Se atrevió a probar su cuello, su lengua diseñando un trayecto de reconocimiento. Tenía sabor a menta y dulce y le recordó a sus caramelos preferidos.

Sasha soltó una carcajada contenta, aprobando la idea de destrucción. Le permitió el acceso a su cuello, pero sus manos tiraron del escote de su camiseta a punto de romperla. Y luego sus dientes mordieron su hombro y Anahy hizo lo mismo con su oreja. Miembros enlazados, labios fusionados y lenguas acopladas. La realidad se alteró de un modo preocupante. Sus mentes

chocaron con tanta violencia que ambas se resquebrajaron y los pensamientos se escurrieron por las grietas.

Me vuelves loco.

Y tú a mí.

Te deseo tanto que me duele.

¿Te hago daño?

Sí. No. Es un dolor que cura. Lo necesito. Te necesito.

¿Qué cura?

Anahy interrumpió el contacto, jadeando, con los ojos abiertos de forma desorbitada. Vio que Sasha sacudía la cabeza. Se alejó de ella, dejándose caer contra el respaldo del banco.

—¿Qué ha sido eso? —chilló ella, bajando de sus rodillas para pegarse a la pared helada. Se estremeció por el contacto, pero sus oídos evocaban ecos de los pensamientos de Sasha. Su cuerpo temblaba de forma descontrolada, ardiendo por dentro, helado por fuera.

—Ni idea —contestó él de modo automático, el asombro era evidente en la expresión de su rostro.

—¿Me escuchaste? ¿Dijiste eso? ¿Lo pensaste? —inquirió Anahy. Estaba confusa, temía que parte de sus pensamientos no fuesen suyos.

Sasha asintió. Se inclinó, puso los codos en las rodillas y se frotó la cara. Se quedaron en silencio hasta que tuvieron la certeza de que controlaban sus sentidos.

—¿Me escuchas ahora? —preguntó, con una sonrisa curiosa tirando de sus labios.

Anahy se centró en buscarlo, en encontrar su mente, pero no dio con nada que no fueran sus propios pensamientos.

—No —reconoció aliviada.

—Menos mal. —Sasha se incorporó de cara al hueco que hacía de ventana. Un rayo de luna acosó su rostro, dibujando líneas plateadas en sus facciones tensas—. El tiempo cambió. Debemos irnos, pero primero ven aquí.

Su sonrisa se vio cansada cuando se lo pidió y Anahy no protestó. Se acercó y se metió entre sus brazos, dejando la espalda contra su pecho.

Estaba segura de que vivía un momento de pura magia. La vista era maravillosa. Nubes de algodón colgaban en el centro de la atmósfera entre la tierra y el cielo, moviéndose con parsimonia. Los rayos blancos de la luna los atravesaban y creaban dos espacios tan diferentes que parecían dos mundos. Debajo de ellos los valles y las cumbres resplandecían por la nieve y

diminutos puntos luminosos señalaban las construcciones. Encima, la luz formaba una plataforma argentada tan irreal que esperaba ver ángeles sentados o hadas bailando en círculo. El silencio era atormentador por instantes, en otros, el viento gruñía con ráfagas potentes de corta duración.

—Precioso —susurró. El ambiente era tan extraño y perfecto que temía asustar a las criaturas mitológicas con su voz. No las veía, pero sabía que debían existir porque lo que se conjuraba ante su vista podía ser creado solo por una mano divina.

Sasha apoyó la barbilla en su coronilla y le permitió mirar unos minutos más.

—Debemos irnos —repitió.

Anahy echó un último vistazo antes de dirigirse hacia la puerta, pero él la detuvo.

—No tengo idea de lo que acaba de pasar —le explicó, señalando con la cabeza el banco de hielo. La abrazó con suavidad y le escondió la cabeza en su hombro, acariciando su cabello—. Pero a partir de ahora estamos juntos en todo. ¿De acuerdo?

—Creo que no hay más «todo» que todo lo que pasó aquí. —Anahy se rio. Metió la nariz en su pecho, inhalando su aroma, e intentó tranquilizarse.

Sasha la alejó, manteniéndole una mano entre las suyas.

—Mañana tenemos que ir al Éter. Nos marchamos temprano y vamos a ausentarnos todo el día. Cold prometió que no iba a contar lo que pasó en realidad, pero no me fío de él. ¿Dónde vives? —inquirió. Su rostro estaba serio, centrado en asuntos lejanos.

—En una casa cerca del campus. Necesitaba un sitio sin muchos vecinos.

Sasha estudió las paredes y después volvió su mirada preocupada hacia ella.

—No temo a Madelyne hasta que no se entere de lo ocurrido, pero no me gusta dejarte sola un día entero.

—No hay problema, puedo...

—Anahy, escúchame. Sé que eres valiente, no debes demostrármelo. Te lo pido por mi tranquilidad, no por tu seguridad. Quédate en nuestra casa mañana y cuando regresemos, pensaremos en una solución. Hay tantas variables que no puedo prever un resultado final, pero si sé algo con certeza, es que mañana para nosotros será el infierno de La Creadora. Nosotros cinco no somos los únicos, hay más que dependen de... mí —soltó, con voz cansada, casi un susurro fastidiado—. No hay manera de que alguien se

acerque a nuestra casa mañana, todos estarán en el Éter. Además, tenemos que hablar.

—Ay, eso duele. —Anahy sonrió y se llevó la mano al pecho en un gesto teatral.

Sasha le cogió la mano, uniendo sus dedos en un solo puño a la altura de su pecho. Se quedó mirándola antes de atraerle la cabeza con la otra mano y fundir sus bocas en un beso lo bastante profundo como para trastornarle de nuevo los sentidos.

—No me refería a eso —dijo cabizbajo, después de liberarla—. Hay mucho que debo contarte. Debes aprender una historia diferente de la que conoces, debes continuar entrenándote, debes prepararte...

—Entendido —Anahy lo interrumpió—. Te haré caso. Esta vez —añadió, dejando claro que la obediencia no era lo suyo en un día normal.

—Muchas gracias. Pensaré en una recompensa. —Miró preocupado alrededor y ella entendió que se había alejado del momento presente y que su mente estaba en otras cuestiones.

Lo esperó el tiempo que le tomó apagar las farolas y aceptó su mano para guiarla en el camino de vuelta. Al salir no la necesitó, ya que la Luna se había alzado tan gorda sobre el cielo como si se hubiera comido todas las estrellas. Su luz era tan poderosa que iluminaba el paisaje como si fuera de día.

Subió en la moto y encerró la cintura de Sasha con los brazos, dejando descansar la cabeza en su hombro. Se extrañó porque no arrancaba y volvió a levantarla. Sasha estudiaba su alrededor con los sentidos en alerta.

—¿Qué pasa? —inquirió susurrando.

Él agitó la cabeza y luego giró el cuello, pidiendo un beso fugaz.

—No lo sé. Espero que nada.

A pesar de su tono sosegado, Anahy percibió la inquietud en sus músculos tensos y se preguntó qué le escondía. Un hormigueo le incendió la nuca, pero la sensación desapareció tan de repente que supuso que había sido afectada por el nerviosismo de Sasha. Ahuyentó las ideas ridículas.

Se alejaron sin saber que dos pares de ojos estudiaban cada uno de sus movimientos. En uno el odio era evidente, igual que en los dedos que se abrían y cerraban en puños con movimientos espasmódicos al lado del cuerpo rígido. El otro par derramaba lágrimas ardientes que se convertían en gotas de hielo en contacto con las mejillas.



La casa de los ergys era grande. Dos plantas de una construcción moderna y un patio amplio, todo protegido de ojos curiosos por una alta pared exterior de piedra.

Anahy se quedó en medio del salón, con la mochila a sus pies, mirando el equipaje de los chicos tirado en una montaña que ocupaba la mitad del espacio. Ellos habían salido tan rápido que tenía la impresión de no haberlos visto. Considerando las expresiones fieras de sus rostros, Madelyne no iba a tener un buen día.

Suspiró y se dejó caer en el sofá, preguntándose con qué ocuparía los siguientes miles de segundos. La noche anterior no tardó en aparecer en su mente y la sonrisa tiró de sus labios mientras que las emociones alteraban su interior y un estremecimiento le recorría el cuerpo.

A la luz del día, aquello parecía un sueño, aunque recordaba con claridad todos los detalles. Ninguna caricia se había perdido mientras había dormido, ningún beso se había extraviado. Tampoco se había olvidado de aquella extraña conexión mental. Sasha se había mostrado igual de sorprendido que ella, por lo que entendía que no era algo a lo que los ergys estuvieran acostumbrados. Sus dones tenían que ver con el núcleo energético, el que estaba vinculado a su corazón, no a su mente. La energía no afectaba los procesos mentales, pero falta les hacía, pues tenía entendido que los wises cambiaban de modo drástico su modo de pensar. La explicación más sencilla era que el momento debía haber existido en su imaginación. Lo que habían compartido había sido tan intenso que había hecho papilla sus cerebros.

Anahy sacudió los hombros para ahuyentar la conmoción del recuerdo y se incorporó de un movimiento brusco. Se frotó las palmas, mirando alrededor.

—Bien, vamos a husmear —susurró, encaminándose para encontrar el cuarto de Sasha—. ¿Qué? Cualquiera haría lo mismo —le replicó a la voz de

su cabeza que quiso impedirselo—. Me dijo que estamos juntos en todo. Es como si me hubiera invitado. —Bufó y agitó las manos—. No, no me acercaré al cajón de la ropa interior.

Sus pasos se volvieron timoratos a pesar de su bravura. Abrió cada puerta sin adentrarse en las estancias, procurando averiguar cuál era la que le interesaba. Una camiseta que reconoció como la de Sasha tirada encima de la cama le dijo que había dado en el blanco. Miró hacia atrás antes de entrar, aún con un miedo visceral de que alguien pudiera pillarla. Procuró tranquilizarse, aunque el silencio de la casa no era del tipo que se disfrutaba. Avanzó con precaución, estudiando la habitación sencilla, lo bastante amplia como para parecer confortable. Pasó por el lado de la cama matrimonial, descartó el armario y se detuvo ante el escritorio lleno de equipos electrónicos, sin atreverse a tocar algo. Sus ojos se posaron en el expediente de la universidad y sonrió con tristeza al entender qué poco sabía de él. Según la tarjeta, Sasha se llamaba Alexander Quinn Evans y cumpliría años dentro de cinco días. Vaya, otro problema. ¿Debería pensar en un regalo? ¿Qué le gustaría?

La canción del comunicador que la avisó de la llegada de un mensaje de texto la hizo sobresaltarse. Frunció el ceño al ver que el remitente era Sasha, preocupada por si era un aviso de malas noticias. Su frente se alisó al leerlo:

Espero encontrarte en mi cama.

Estalló en carcajadas y se cubrió la boca con la mano para ahogarlas.

—¿Ves? ¿Qué te he dicho? —vociferó alzando el comunicador hacia el techo—. Me invitó y me da permiso.

«Pero mejor no decirle que ya estoy aquí».

Se mordió el labio, pensando en una respuesta.

¿Qué debo llevar?

Las palabras esperaban la orden de envío, pero dudaba porque no quería parecer demasiado atrevida. Aunque suponía que era un juego, sus connotaciones eran más profundas de lo que estaba dispuesta a aceptar.

—Enviar —susurró, mirando el comunicador con la respiración entrecortada a la espera de la respuesta.

Mi sábana, vino la réplica. Después de un instante la pantalla volvió a vibrar.

Y ganas de jugar.

Anahy se respaldó contra la pared, leyendo las mismas letras una y otra vez.

—Vaya... —murmuró. Sus dedos viajaron con velocidad encima del teclado.

¿No me quedará grande?

Pásala por la lavadora. El programa “los deseos de Sasha” está en la primera tecla del mando. Tengo que irme. Tenemos un trato.

Anahy dejó caer la mano con el comunicador mientras que con la otra se presionaba el pecho. Tragó saliva y alzó el mentón.

—Vamos a buscar la lavadora.

Sasha se detuvo ante la puerta, aprovechando la pausa para alisar su ceño y construir una sonrisa que pareciera auténtica.

—He oído que tres gélidos pudieron contigo —le dijo a la pequeña tendida en la cama.

La alegría de su rostro fue suficiente para que su aura cambiara a un color mucho más suave.

—¿Pero viste cómo los dejé? Uno tiene un tatuaje permanente con la réplica de la suela de mi bota —respondió Indra. Su voz gutural y la mueca de dolor de su rostro le advirtieron que estaba lejos de haberse curado.

Ella lo llamó con el dedo y Sasha avanzó hasta la cama, ojeando de camino la videocámara del techo. Se sentó en el borde, buscando señales de enfermedad. A pesar de que Madelyne le había asegurado que Indra no se había contagiado con el virus y que el periodo de incubación había pasado, temía perderla. Entendió que había superado lo peor, pero aún le quedaba mucho hasta recuperarse por completo.

—Lo que hiciste fue una estupidez —susurró.

Indra miró al lado y encogió los hombros.

—Ser adulto apesta.

—Tienes siete años —espetó Sasha.

Se veía como una niña de siete años. Pequeña, frágil, menos los ojos. Su mirada era la de una persona que había vivido diez vidas y sus siguientes palabras le confirmaron el pensamiento.

—Demasiados —dijo ella, resoplando con dificultad.

Sasha bajó la cabeza, guardándose los comentarios. Lo que quería contarle precisaba privacidad y aunque estaba de espaldas a la cámara, sentía su ojo en su nuca, grabando cada respiración.

—Ponte bien rápido —comentó sonriendo—. Hasta que regreses me fuerzan a entrenar a Trean y sabes que se le caen los mocos a cada rato.

Su evasiva funcionó e Indra se rio. Se llevó las manos al pecho cuando el movimiento le provocó dolor.

—Se requiere tu presencia de inmediato en el Módulo 13. —El anuncio que vino del equipo audio hizo que sus músculos se tensaran.

«Vaya, se mueven rápido», pensó, incorporándose.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te llaman al interrogatorio? —inquirió Indra.

—Nada. —Sasha se inclinó para dejar un beso en su mejilla—. No te preocupes, sabes que a Madelyne le gusta exagerar. —Se quedó bajo el escrutinio de su mirada sospechosa, manteniendo la sonrisa confiada—. Nos vemos pronto, pequeña.

—¿Alguna vez vamos a salir de aquí?

Ya estaba en la puerta cuando la pregunta con voz temblorosa lo hizo detenerse. Dio medio giro y le guiñó un ojo a la niña.

—Voy a hablar con La Creadora —dijo, alzando el pulgar hacia arriba.

Se despidió con un movimiento de mano y cerró la puerta a su espalda. No se molestó en echarle un vistazo a George. «Módulo 13» tenía muchos significados, todos oscuros.

Precisamente su tonalidad preferida.

—He tenido un sueño maravilloso.

Raisa se detuvo cerca de la puerta mirando al cóctel que le sonreía con insolencia. Yacía en la cama con un antebrazo bajo su cabeza.

—No quiero detalles —espetó con brusquedad. Aguardó mientras la estudiaba con descaro sin cruzar los brazos y sin fruncir el entrecejo—. Levántate. Tenemos trabajo.

—Llevabas tacones —dijo Miqueas como si no la hubiera oído. Sus ojos avellana con reflejos dorados volvieron a recorrer el cuerpo de Raisa, con su mirada más oscura que de costumbre—. Sé que aquí debes usar esa mierda de traje especial, pero algo me dice que eres de tacones. Tacones altos, tacones en colores fuertes, tacones que hacen un milagro de tus piernas. No es que no sean un milagro calzadas con botas.

—Miqueas... —su interrupción hizo que el joven cóctel cerrara los ojos y soltara un suspiro complacido.

—Sí, decías mi nombre.

—Si no te levantas ahora mismo...

—¿Vendrás a ayudarme? —Su tenacidad le sacó a Raisa una sonrisa que ocultó bajando la cabeza.

No hacía mucho que lo conocía, pero había aprendido algo de él: Miqueas no se rendía. Su sistema de lucha era una combinación de fuerza bruta, comentarios fuera de contexto, insinuaciones libertinas, miradas intensas y un menú entero de sonrisas, todo mientras estudiaba y calculaba un modo de salir. Raisa meneó la cabeza, sabiendo que tarde o temprano lo entendería. Tendría que aceptar que no había salida.

—Levántate —dijo.

El movimiento del cóctel fue inesperado, el salto tan repentino que, sin querer, Raisa retrocedió un paso. En un momento estaba en la cama y en el otro se hallaba ante ella, estirando la espalda y los miembros como un animal que había estado enjaulado demasiado tiempo y acababa de ser liberado.

—A tus órdenes, mi señora. —Miqueas inclinó la cabeza hacia un lado. Una sonrisa ladina disminuyó el efecto de la frialdad de su mirada—. Alégrame el día. Te he echado tanto de menos. Nuestro último encuentro me mantuvo vivo. He soñado con que me quemabas la piel, golpeabas mis músculos, sacudías mi mundo. —Hizo toda una representación de su discurso y a Raisa le costaba cada vez más mantenerse seria.

—Perfecto. Es justo lo que tenía planeado para hoy —comentó dándole la espalda a pesar de saber que no era un movimiento inteligente. Pero la confianza era la primera etapa y tenía que ganársela.

Sus siguientes palabras la hicieron detenerse.

—No pienso hacerlo —la informó Miqueas con voz fría—. Si acepto el trato es para fortificarme y encontrar su punto débil, pero no...

Raisa se giró advirtiéndole con una mirada que sería mejor callarse. Su ceja se alzó hacia el techo desde donde les miraba el ojo de la cámara, pero él no quiso entender el mensaje.

—Que les den. —Se acercó con pasos lentos, deteniéndose demasiado cerca de ella como para dejarla tranquila—. Lo único bueno de todo esto es haberte conocido —dijo, inclinándose para susurrar en su oído—. Seguiré siendo el chico malo porque así te tendré.

—No te ilusiones con...

Su comentario fue interrumpido por una voz mecánica

—Raisa Dovler, se requiere tu presencia en el Módulo 13.

La ergy sintió que la sangre abandonaba su rostro. Pensaba que iba a tener más tiempo, prepararse de algún modo, aunque no había manera de estar preparada y afrontar lo que la esperaba en el Módulo 13.

—¿Qué pasa? —preguntó Miqueas, escrutando confuso su rostro.

—Nada. Tengo que irme —respondió de forma automática, girándose del mismo modo.

Unos dedos esposaron su antebrazo.

—¿Por qué te pusiste así? ¿Qué es ese módulo?

Aunque lo intentó con todas sus fuerzas, Raisa no logró hacer que sus labios sonrieran.

—Desea no tener que conocerlo nunca —dijo, retirando su mano. Le golpeó suavemente la mejilla de forma amistosa—. Así que sé un buen chico.

Se alejó con rapidez, antes de que Miqueas le hiciera más preguntas.

—Vamos, chicos. Estáis muy helados hoy. ¿Os duelen los huesos? —Blaze regañó a los wise men meneando la cabeza y los provocó sonriendo con toda la boca—. Ni siquiera he tenido necesidad de calentarme y mi amigo Stiff está aburrido —comentó burlón. Le echó un vistazo de reojo al susodicho, sin perder de vista a los seis wise men que los rodeaban.

En efecto, Stiff parecía bastante decepcionado. Con las manos caídas a lo largo de su cuerpo y la mirada letárgica, no daba ningún indicio de que se encontrara en estado de alerta. Los últimos minutos habían pasado en un tanteo de miradas y pocos golpes, como si fuera la primera vez que se encontraban y aún respetaran las reglas de la educación.

Escuchó un gruñido antes de ver el arrowflake que voló a un milímetro de su oreja y se incrustó en la pared de detrás con un suave silbido.

—Si no tenéis una lluvia de esos estáis en serios problemas—comentó Blaze alzando dos esferas de fuego con sus manos.

Los wise men atacaron todos a la vez, pero no consiguieron acercarse mucho por culpa de sus campos electromagnéticos. Los arrowflakes cortaban a través de estos, pero no llegaban a dañarlos. Los ergys reparaban las grietas antes de que se ampliaran. Si el ataque fuese continuo la situación cambiaría, pero Blaze sabía que podía mantenerlo hasta que los desgraciados se quedaran secos.

—Es muy repetitivo. Empiezo a cansarme de lo mismo —comentó en voz baja, haciéndole una señal a Stiff. Su dedo índice giró varias veces en el aire y su sonrisa se amplió al ver que lo había entendido.

En un instante, ambos eran dos espirales de energía que giraban a un ritmo vertiginoso. Entraron en el medio del círculo creado por los wise men como lo haría un tornado en un bosque, cada uno atacando una diagonal. El primero que agredió Blaze se cayó al primer empuje, el segundo se resistió,

cometiendo el error de procurar atravesar su muro con los dedos helados convertidos en cuchillos. Sintió al tercero a su espalda y desvió su codo hacia atrás con violencia mientras lanzaba el puño de la otra mano hacia adelante. No veía cómo le iba a Stiff, pero por los golpes secos que escuchaba suponía que no tenía problemas para derrotar a su parte de «árboles».

—Ups. Perdón —dijo al notar que el segundo wise se retiraba mirando enfurecido y dolorido su mano, la cual empezaba a colorearse de negro—. No es nada personal. —Se giró hacia el tercero golpeándolo en el cuello. Torció el gesto esperando a que cayera—. ¿Alguien más? —preguntó mirando la videocámara.

Stiff se sacudió los hombros de cristales de hielo. La expresión de su rostro no había cambiado, si no tenía en cuenta que se veía un pelín asqueado.

—Sesión cerrada. Vuestra presencia es requerida en el Módulo 13.

Intercambiaron una mirada y salieron sin mirar atrás.

—Dijiste que estabas cansado de lo mismo. He oído que debes tener cuidado con lo que deseas —comentó Stiff. Un brillo destelló en sus ojos cuando miró a Blaze, y su sonrisa se vio cruel—. Dicen que puede cumplirse.

—¿Cómo te encuentras? Te ves mejor.

Ausa miró el monitor que supervisaba la actividad de la mujer y la del bebé que esperaba. No estaba preparada para mirarla a los ojos, al saber que la mentira se notaría en su rostro ruborizado. El arte de mentir era un talento del que carecía, y cada vez que estaba forzada a entrar en el hospital del centro era peor que cualquier entrenamiento.

—Creo que mejor. Con ganas de ver al pequeñín. Me dijeron que falta solo una semana —comentó en voz baja la joven tendida en la cama.

Ausa estudió el informe médico y entendió al instante que no había esperanza. Se preguntó si la mujer nula viviría para ver a su niño, pero lo dudaba. Su bebé era un cóctel y lo primordial era su vida, no la de ella. Su cuerpo ya estaba destrozado, el niño la había infectado hasta tal punto que nada se podía hacer para salvarla. Pero ella no quería creerlo. A pesar de los dolores que tenía y de que solo las máquinas la mantenían con vida, continuaba esperando un milagro.

¿De dónde sacaba tanta fuerza?, se preguntó AUSA. Ellos tenían a su madre, que los había creado. La Creadora era la fuente de su fe en la vida, el hombro en el que podían descansar siempre, el oído que los escuchaba, los brazos que les consolaban. Pero los nullos no tenían historia. Eran rechazados. Desde el

principio, cuando en el momento de la creación no habían adquirido las habilidades necesarias para crear y manipular energía, hasta el presente; los nulos no habían evolucionado. No tenían un creador, no tenían una familia, no tenían esperanza. En un jardín lleno de flores los nulos serían las malas hierbas que se empeñaban en crecer una y otra vez. Sus cuerpos, sus mentes y sus corazones eran débiles, lo confirmaba el hecho de que no podían soportar el embarazo.

Ausa forzó una sonrisa.

—Me alegro. —Le tocó con delicadeza un hombro, evitando un contacto directo—. ¿Pensaste en un nombre?

—Me gusta Sheen, pero aún no estoy decidida. Algo me dice que lo sabré en el momento en que lo vea.

La joven nula tenía el rostro congestionado y pálido a la vez. Su piel tenía la textura del pergamino, pero sus mejillas estaban ruborizadas y la frente sudorosa.

«¡No vas a verlo!». El grito se quedó en la garganta de Ausa. Tragó con fuerza, arreglándose para sonreír.

—Es bonito.

—Dicen que cada vez somos más fuertes, que empezamos a llevar los embarazos de los cócteles bastante bien. ¿Crees que yo lo soy? Quiero verlo crecer, cuidarlo. Abrazarlo y besarlo...

—Ausa Everdeen, se requiere tu presencia en el Módulo 13.

A pesar de que el anuncio significaba malas noticias, muy malas, Ausa respiró aliviada. La había salvado de volver a mentir. No le importaba el número del módulo. Lo que fuera que la esperara era mejor que mirar a los ojos a la muerte.

Empezó a murmurar una oración de la Carta de la Creadora mientras se retiraba. No sabía si era para la chica, para su bebé cóctel, o para ella misma, considerando dónde debía ir, pero en las sencillas palabras encontraba siempre la paz.

*Eres mi sol, mi deseo, mi voluntad,
soy tu todo.*

Cuando enfermes, búscame;

Cuando tengas miedo, abrázame;

Cuando llores, sonreiré...



Hacía demasiado calor y no podía moverse. Anahy forcejó y pateó la manta con los pies, gruñendo en respuesta cuando su cintura fue apretada por un brazo pesado.

—No intentes escaparte. —La voz gutural vino desde arriba.

Se giró de un salto en su busca, pero no pudo alejarse y se quedó de espaldas mientras alzaba la cabeza.

Sasha tenía los ojos cerrados y sus labios se entreabrieron lo justo para comentar:

—Incumpliste nuestro trato. Estoy muy decepcionado. —Hizo un mohín y la atrajo más cerca, apoyando la barbilla en su coronilla.

—Solo una parte de él —replicó sonriendo como una boba y pensando que se sentía como tal. De otro modo no se explicaba por qué su cuerpo respondía a la voz del ergy con ganas de arquearse, su piel se estremecía y un calor exquisito corría por sus venas—. Estoy en tu cama. De nuevo —farfulló sin poder añadir un timbre de aspereza a sus palabras.

Sasha sonrió en su pelo y chasqueó la lengua.

—No es suficiente para apaciguarme. Debes seguir intentándolo.

—¿Qué tienes en mente? —Anahy cerró los ojos para escuchar mejor su voz.

Su pregunta la sorprendió.

—¿Cuál es tu perfume?

—¿Qué?

Sasha suspiró, cogió un puñado de sus mechones y tiró con suavidad hasta cubrirse la cara con ellas.

—No reconozco la fragancia. Me gusta. Me emborracha. Me enloquece.

Anahy sonrió con cada gruñido de él.

—Colisión.

—¿Cómo? —El ergy asomó la cabeza de detrás de su cabello.

—Se llama Colisión. Mi madre lo prepara, tiene talento para mezclar esencias —le explicó.

Sasha se incorporó.

—Qué nombre más acertado. Debería ser tu apodo. Te estrellaste contra los ergys, contra un wise, contra mí... No sé si eres una creadora de caos o de paz. —Algo pasó por su mirada, algo parecido a un oleaje dorado, pero bajó la cabeza y ella no logró entender el significado—. Le diré a tu madre que el perfume me hace pensar en asuntos... calientes y... sucios —susurró contra sus labios.

—Mejor no lo hagas.

Las vértebras de Anahy se transformaron en gelatina al sentir la nariz de Sasha explorando por debajo de su oreja. Arqueó el cuello mientras que de su garganta se escapaba un quejido indecente. Alzó la mano con la intención de resistirse al ataque y apartarlo, pero la traidora lo atrajo hacia ella.

El aliento de Sasha ardió encima de su boca antes de que sus labios la conquistaran. Su cuerpo se arrastró encima del de ella y sus manos buscaron por debajo de su camiseta avanzando con seguridad. Su boca era impaciente, pero mientras que Anahy se debatía entre rendirse o hacer caso a la razón, unos golpes fuertes estuvieron a punto de derribar la puerta.

—¡Hora de irse! —gritó alguien desde el pasillo.

Por el timbre jovial supuso que había sido Blaze el que había aparecido en el momento más inoportuno. O el adecuado, dependiendo de cómo se mirase.

Sasha dejó caer la cabeza en su pecho, resoplando fastidiado.

—Recuérdame matarlo. Lenta y dolorosamente. Hacerlo sufrir tanto que llegase a maldecir el día de su nacimiento.

Anahy sonrió y enlazó los dedos en su cabello, pensando en masajearlo, pero él se sacudió con rapidez.

—Oye, no me fío cuando metes tus garras en mi pelo —vociferó.

—No me conoces. —Ella encogió los hombros guiñándole un ojo—. Por primera vez no lo hacía para dañarte. ¿Puedo ver tu marca?

En respuesta, Sasha dejó la cabeza en su regazo.

—¿No os molesta que se vea como si alguien hubiera intentado estrangularos? —inquirió, rozando con la yema de los dedos el dibujo. El círculo del cual hablaba estaba trazado en el cuello de Sasha de modo

perfecto, la piel varias tonalidades más descolorida que el resto. Siguió con la uña una de las líneas que explotaban en una maraña de hilos dorados que se detenían bajo su clavícula—. Es más hermosa la mía —se burló.

Sasha tiró del cuello de su camiseta. Supo que había acabado con el juego cuando su cara se congeló en una expresión clara de sorpresa.

—¿Qué? —inquirió Anahy.

—Es...

—No es que no hayas visto antes la marca de un cóctel —ella comentó con rapidez, defendiéndose a pesar de no saber por qué lo hacía.

—Bueno... sí. —Sasha tragó saliva—. Hay un módulo en el Éter donde hay que entrar desnudo.

—¿Desnudo?

—Para estudiar al sujeto, sea ergy, cóctel o wise. Para ver en qué momento se enciende la marca —le explicó él—. Es un modo de comprobar las debilidades.

Intentando quitarse de la cabeza la imagen que se había creado en su mente y que se parecía de modo asombroso a un cuarto de tortura, Anahy insistió:

—¿Y?

—Me parece que la tuya es un poco diferente a la de los demás —susurró Sasha.

—¿Diferente cómo?

Anahy aguantó mientras él recorría con la mirada su cuello y luchó contra las ganas de cubrirse.

—¿Siempre estuvo igual? —inquirió él.

—Sí. ¿Por qué?

—Estas líneas... —Sasha rozó el hueso de su clavícula donde la línea singular se ramificaba como una corona y bajaba hacia el corazón. Cuando estaba nerviosa, como en aquel momento, dejaba una huella hasta sus pechos y se extendía hasta el principio de los brazos.

Anahy había bromeado cuando había dicho que la suya era más hermosa. La verdad era que parecía tener un par de alas de murciélago bajo la piel.

—¿Quieres decirme de una vez qué pasa? —espetó alejándose.

Sasha le permitió hacerlo.

—Tranquila, no pasa nada. Tenía la impresión de que la marca de un cóctel se detiene encima del pecho, parecida a la nuestra. Pero la tuya en vez de ir por el cuello hacia arriba, va hacia abajo. Puede que me equivoque. Vi cócteles desnudos, pero jamás tuve interés en sus pechos —bromeó,

guiñándole un ojo.

—Soy diferente, qué sorpresa —se burló Anahy—. ¿Por qué los wisees no la tienen?

—Se desvanece cuando enferman . El simbolismo les convence en su locura, al desaparecer la soga alrededor de sus cuellos, quieren creer que el virus los libera.

—Pueden aparentar ser nullos —acusó ella.

—Por lo que sé no hay wisees libres. Intentamos controlar la enfermedad. Las familias están obligadas a anunciar si uno de ellos enferma, o ellos mismos se dirigen hacia los centros en busca de ayuda.

—Pero no lo sabes con certeza.

—No —reconoció Sasha—. No puedo saberlo.

Ella asintió y se mantuvo en silencio.

Sasha mostró una sonrisa torcida.

—Tenía en la mente una bebida energética. Pero tú eres mucho más estimulante.

—Qué bien que sirvo para algo. —Anahy sonrió temblorosa al notar su rostro cansado. A pesar de su sonrisa, las facciones de Sasha eran tensas como si no hubiera descansado nada—. ¿Qué ha pasado? ¿Vuestra jefa lo sabe? —inquirió, acariciando su mejilla.

Sasha se retiró y se alejó de ella. Se tiró de espaldas y escondió los ojos bajo el antebrazo.

—Sí. —Se incorporó de un salto, tirando a la vez de su mano—. Vamos. Te lo cuento de camino.

—¿Me echas fuera de tu cama? —Anahy bromeó , esperando con ello lograr ahuyentar la preocupación.

—Créeme, es lo más difícil que he hecho nunca —dijo él, acercándose para darle un beso breve en la nariz—. Pero el *ménage à trois* no me va, menos cuando Madelyne puede ser participante. Te acompaño a casa y me quedo contigo. Tenemos mucho de qué hablar.

Anahy se levantó, entendiendo que Sasha se había alejado de ella, en todos los sentidos. Empezaba a creer que tenía múltiples personalidades. En un momento era fuego y al siguiente se transformaba en hielo.

Lo espío de reojo cuando se cambiaba la camiseta por una roja de uniforme y le dio la espalda al ver que pensaba hacer lo mismo con el pantalón. Corrió la cortina de la ventana, aunque no se notó ningún cambio en la habitación. El día había amanecido nublado y la luz era oscura, sin ningún rayo de sol

que atravesara la neblina grisácea.

—¿Qué sois? —la pregunta se le escapó sin que la pensara antes. Se dio la vuelta respirando aliviada al ver que Sasha había acabado de vestirse y se ponía el reloj.

Él frunció el ceño, sonriendo contrariado.

—Creo que no te entiendo.

—¿Cómo habéis llegado aquí? ¿Qué son los Éteres y esa Isla Centro? ¿Por qué tenéis que trabajar para Madelyne y qué es lo que hacéis?

—Se llaman Islas Centro porque son lugares que contienen por lo menos un Éter. Y los Éteres han nacido de los antiguos orfanatos. Son resultado de un compromiso entre vuestro gobierno y nuestro rey, Eridanus. Que enfermemos no afecta a los nullos, de momento. Hace años los casos estaban aislados, pero el número de los wises sigue creciendo de un modo alarmante. No sé qué pasará con el mundo dentro de poco.

—¿Entendí que os infectan a propósito? —inquirió Anahy, a punto de soltar el nombre de Calixta.

Sasha asintió.

—A los que pertenecemos a los Éteres, sí. A pesar de ser un problema grave, nadie se ofrece voluntario para hacer de cobaya. Eridanus encontró la solución en los niños que han quedado huérfanos. Él no aprobaría desmembrar una familia, pero los que ya no tenemos una, servimos. Un día encontrarán la cura, mientras, los que no enfermamos somos más fuertes. —Sasha se acercó, le rodeó los hombros y la atrajo hacia él, alborotándole el pelo—. ¿Algo más?

—Mucho más —ella susurró con la mirada perdida—, pero creo que tenemos prisa.

—Sí. —Sasha resopló y se giró, quedándose de espaldas un momento antes de salir el primero de la habitación.

Ella permaneció en el cuarto unos minutos para cambiarse de ropa y después lo siguió al comedor. Se tomó un zumo en la mesa con los otros, procurando acabar cuanto antes. El nerviosismo era evidente, se respiraba en el aire, y los chicos, a pesar de sus esfuerzos, no lograban mostrar indiferencia. De vez en cuando Anahy advertía que miraban hacia la puerta como si esperasen la aparición de alguien. Como si ella fuera una bomba a punto de explotar. Verificaban los comunicadores a cada minuto y la conversación era escasa, una amalgama de onomatopeyas.

Cuando Sasha le señaló el pasillo con la cabeza, se levantó apresurada,

despidiéndose igual de rápido. Casi pudo notar el alivio que inundó el cuarto y una sonrisa triste apareció en sus labios. Ellos no la querían cerca, seguía fuera del círculo.

Se mantuvo en silencio en el coche durante el camino, procurando domar su mala leche y no descargarla en Sasha. No lo logró, ya que la puerta se le escapó de la mano y se cerró de un porrazo demasiado fuerte.

—Debería asistir a las clases, he perdido demasiadas —farfulló mientras subía los escalones con Sasha pisándole los talones. Sus nervios también tenían relación con su investigación. Había pasado el día anterior buscando información sobre su padre. Había vuelto a estudiar la imagen, prestando atención a cualquier detalle. Su búsqueda no había tenido resultados y empezaba a creer que debería hablarlo con él. Llevaba mucho más tiempo en la isla, era posible que lo reconociera. No obstante, Sasha tenía tantos problemas que no quería sumar los suyos propios.

—Las clases son lo último en lo que deberías pensar. —Él se tiró en su sofá y miró sus dedos enlazados sobre las rodillas. Alzó la cabeza y ella supo qué iba a decir antes de hacerlo—. Debes marcharte.

Anahy dejó caer la mochila y sus hombros siguieron la misma dirección, se inclinaron hacia abajo. Meneó la cabeza, mordiéndose los labios para ahuyentar las lágrimas aparecidas como consecuencia del rechazo.

—Entiendo que nadie me quiere aquí —dijo, sin atreverse a mirarlo—, pero no sé a dónde ir.

—Lo entendiste mal. —Sasha se levantó y se fue a la ventana, apartando la cortina para mirar afuera—. No es que no te queramos, nos preocupamos por tu seguridad.

—¿Cómo de mal ha ido?

Él cerró los ojos antes de contestarle.

—Cold está en cuarentena. Es el primer curado, dudo que vayan a liberarlo pronto. No te traicionó, contó que lo atacaron por la espalda, que no recuerda nada y que no sabe cómo pasó. Sospechan de nosotros, claro, pero de momento no pueden demostrarlo. Sospechan de todos los ergys. No puedo saber qué medidas tomó Madelyne. Lo que sé con certeza es que no se dará por vencida hasta encontrarte. Aunque no sea ergy, aunque no le importara, no puede ocultar un hecho de tal magnitud ni lo hará. Busca la aprobación de Zariah, el grande de los Éteres. Ahora que sabe que es posible, es... —se detuvo en busca de las palabras, pero Anahy se le adelantó.

—¿Qué posibilidades hay de que me encuentre en una isla con miles de

jóvenes? —espetó, negándose a escuchar la voz de la razón.

—No muchas. —Alzó la mirada esperanzada al escucharlo, pero al notar la expresión de su rostro se dio cuenta de que se había equivocado—. Pero las hay —continuó Sasha—. Puede que no sea hoy, pero lo hará, seguro. La mayoría de los ergys de la isla pertenecen al Éter. Madelyne va a repetir los exámenes de todos y cuando salgan negativos, empezará a buscar más lejos. Hay tanto que puede salir mal... Puede que Cold te traicione, puede que haya hablado con alguien. Lo tienes todo en contra. —En su mirada apareció aquella expresión de pena que ella odiaba, pues le decía que ya la consideraba una víctima.

—¿Qué debo esperar? —preguntó abrazándose por el frío interior que la acosaba.

—Lo peor. Quizá después de un tiempo, después de demostrar tu lealtad, después de tener la cura, te suelte la correa. Pero será mucho, muchísimo tiempo. Hay muchos quizás. Hay escenarios escalofriantes. Eres una cóctel, tienes más posibilidades de dar a luz a otros cócteles sanos. Las relaciones... amorosas son recomendadas, incluso forzadas a veces.

—¿Qué? —Anahy se quedó boquiabierta—. ¿Qué me estás contando? No puede usarme de ese modo.

Sasha suspiró y se frotó el rostro.

—Te van a usar de todos los modos imaginables. Los peores modos. No Madelyne en especial, las cabezas de los Éteres. O puede que tengas suerte. Eres la cura, puede que te traten como a una reina.

—¡Para ya! —vociferó ella, alzando las manos con violencia—. Es una locura.

—Es la verdad. —Sasha se acercó y alzó la voz—. Sus propósitos son nobles, pero los métodos no les importan. Y no puedo imaginarme qué pasará si se dan cuenta de lo que puedes hacer. Eres única. Especial —resopló, dando la sentencia—. Jamás te dejarán ir. —Enganchó los dedos en su pelo, acercándole el rostro e inclinándose a su altura para mirarla a los ojos—. Huye, dragona. Huye antes de que te atrapen.

Era imposible aguantar la intensidad de su mirada y Anahy bajó la mirada, luchando contra el impulso de dejarse caer contra su torso y arrojarse con sus brazos. Se permitió un momento de debilidad y después lo empujó con suavidad.

—Lo hemos discutido antes. Si todo lo que me cuentas es verdad, lo harán de cualquier modo. Quizá sea mañana o el mes siguiente, pero lo harán, me

encontrarán. Por lo menos aquí os tengo a vosotros, no me despertaré sola en quién sabe qué sitio... —se detuvo al ver que Sasha negaba con la cabeza.

—No puedo protegerte —susurró, las facciones de su rostro estaban tensas, como esculpidas en hielo.

—¡No te pedí que lo hicieras! —Gritó Anahy, a punto de no poder contener las lágrimas de impotencia. Caminó a zancadas por el cuarto agitando las manos sin hablar. Tragó saliva y respiró profundamente en un intento de calmarse—. ¿Te sentirás mejor al saber que me marchó? ¿Te tranquilizarás? Bien. Pues parece que no tengo alternativa. Buscaré otro sitio —dijo, empezando a correr en el momento en que acabó.

Se escondió en su cuarto y cerró la puerta con el pestillo. Estaba demasiado nerviosa como para poder hacer planes. Había esperado que aquel fuera su sitio, entre los ergys. Incluso se había permitido soñar con encontrar a su padre, tener familia y amigos en el mismo sitio. Una vida normal, como la de cualquiera. Se había equivocado, de nuevo. El gusto amargo de la bilis subió hasta su boca al entender que no existía un sitio para ella. No importaba qué quería Sasha, no contaba a dónde iría ella o cuánto tiempo conseguiría mantenerse alejada de los Éteres, ningún sitio iba a ser suyo. Se secó las lágrimas y miró el techo, pero después de considerar lo que sabía y llegar a la misma conclusión una y otra vez, empezó a aburrirse.

Sasha no la había molestado, lo que le daba un motivo más para estar enfadada. Creía que seguía en la casa, dado que le había prometido pasar el día con ella. Se incorporó decidida a enfrentarlo y abrió la puerta justo cuando sonaba la canción de su comunicador. Se apresuró en buscarlo y contestar antes de que el apelante colgara. El número privado le dio un indicio de quién podría ser el remitente y en su agitación no pensó cuando habló.

—¿Calixta? Necesito hablar contigo.

Una corriente de aire frío atravesó la estancia y Anahy se giró para ver de dónde provenía mientras escuchaba las explicaciones de la chica. Vio a Sasha en la puerta de la cocina con la cara más blanca que un paisaje nevado y los ojos ardiendo. Aparte del frío, tuvo la sensación de percibir una sombra oscura y malvada encima de sus cabezas. Solo una parte de su cebero entendió que era una nube que había hecho que bajara la luz en el cuarto.

Con el comunicador en el oído, asintiendo de forma automática, Anahy se percató de que la taza que Sasha sostenía con los dedos se cubría progresivamente con hielo. La escena era irreal y pestañeó varias veces para

asegurarse de que no se equivocaba. Igual de blanca que los dedos del ergy, la taza estalló en la mano de Sasha con un ruido sordo. El sonido se repitió mientras cada trozo se estrellaba contra el piso, volviendo a romperse en pedazos más pequeños.

Todo pasó en una fracción de segundo, pero Anahy tuvo la impresión de que el tiempo había entrado en un bucle, ya que las imágenes llegaban a su cerebro de forma pausada y se repetían. Una y otra vez.



Anahy apagó el comunicador con la mirada fija en Sasha que no reaccionaba. No se movía, no parpadeaba y sus dedos se habían quedado como si siguiera teniendo la taza en la mano.

Dejó el aparato en la mesita y se acercó con pasos cuidadosos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó en voz baja. Era evidente que estaba muy lejos de lo que el concepto de “bien” implicaba, pero no entendía qué le había pasado o cómo ayudarlo. Le tocó la mano y dio un respingo al notar lo fría que estaba su piel—. ¿Sasha?

¡No!

La negación retumbó en sus oídos, un grito desgarrador de impotencia. Él no había movido los labios y Anahy miró alrededor con el vello de punta antes de entender que había escuchado sus pensamientos. No tuvo la oportunidad de violar su mente e intentar oír más, ya que él cambió la dirección de su mirada, pero no llegó hasta ella. La miró, pero Anahy tuvo la impresión de que la había atravesado.

Sasha se frotó el rostro y se aclaró la garganta. Después, pasó por su lado.

—Saldré a tomar un poco de aire.

Anahy se quedó mirando sus hombros tensos mientras se preguntaba qué acababa de pasar. El sonido de la puerta cerrándose la hizo dar un brinco.

¿Sasha enfermaba?, se preguntó, pero rechazó la idea como descabellada. Tenía entendido que había pasado los exámenes años atrás, además no había notado síntomas de enfermedad y no llevaba cuarzos.

Se inclinó para estudiar los fragmentos esparcidos por el suelo, encontrando los pedazos de porcelana aún helados. Puede que hubiera tomado helado. O puede que la hubiera congelado a propósito con anterioridad para preparar

alguna bebida. Se levantó y tiró los restos, después limpió las baldosas. Querría poder limpiar igual de fácil sus pensamientos. Los recuerdos. Lo que no le convenía mantener en su mente. A la imagen de la porcelana en el suelo se le sobrepuso la del cuarzo que se le había caído a Stiff el día que estaba cocinando en la cabaña. Durante un segundo se preguntó si de verdad conocía a sus amigos. Y al siguiente segundo renunció a preocuparse. Se iría y los problemas de ellos dejarían de ser los suyos.

Comprobó el reloj y se percató de que debía darse prisa para ver a Calixta. Volvió a por el comunicador y le envió un mensaje de texto a Sasha.

Yo también, escribió. Vuelvo pronto.

Empezó a correr en el momento en que salió, deteniéndose solo lo necesario para leer los nombres de las calles y cambiar de dirección en las esquinas. No reconoció el callejón al que llegó, pero al final de ese se veía parte del letrero de la tienda general y supuso que debía tratarse de su destino.

El día estaba nublado y entre las paredes de hormigón nacían sombras de apariencia amenazadora por culpa de la penumbra. Los cristales de los coches estaban cubiertos por escarcha y ninguno parecía haber sido movido del sitio en el último siglo.

Anahy se detuvo, cuestionándose si había tomado una decisión inteligente. Su comunicador empezó a sonar y el primer timbre la hizo dar un salto. Se llevó la mano al pecho mientras miraba la pantalla. No aceptó la llamada de Sasha y volvió a escrutar a su alrededor. El viento aulló con una ráfaga potente y su pelo se alzó en el aire. El instante que necesitó para alejarse el cabello de la cara fue el mismo en el que sintió el toque helado de unos dedos en la espalda. No tuvo tiempo de gritar antes de que su boca fuera cubierta por una mano igual de helada, para luego sentirse empujada con fuerza y arrastrada hasta el interior de un coche.

—Soy yo. —La voz la Calixta tranquilizó los latidos de su corazón.

Anahy enfocó sus sentidos en encerrar su energía, que había empezado a fluir con violencia en el momento del ataque. Por fin consiguió alejarse el pelo, pero no llegó a abrazar a la joven antes de ser atacada por el pequeño Lreky.

—¡Me alegro de verte!

Le permitió agarrarse de su cuello, a pesar de que le impedía respirar bien. Le sonrió a Calixta por encima de la cabeza del pequeño.

—No podemos quedarnos mucho. ¿Estás bien? —preguntó la wise.

—Sí, pero necesito hablar contigo —susurró—. Han pasado muchas cosas,

locuras... —se rio sin humor, atascándose con las palabras. Se detuvo para mirar la pantalla del comunicador, que había vuelto a sonar, y decidió apagarlo—. Necesito hablar contigo —repitió, señalando al niño con la cabeza, dándole a entender que necesitaban privacidad—. ¿Vosotros cómo estáis?

—A mí me va muy bien, pero hay ratos en los que me aburro. —Lreky se alejó de ella y miró su mano—. ¿Dónde está mi pulsera? ¿La perdiste?

Anahy se frotó la muñeca con una expresión culpable. No recordaba dónde o cuándo la había perdido, ni se había dado cuenta hasta que el pequeño se lo reprochó. Pensó en inventar una mentira, pero él se le adelantó.

—No pasa nada, te haré otra.

—Gracias. —Volvió a abrazarlo, esperando obtener un minuto para charlar con Calixta—. Debo irme de la isla —dijo apresurada—. No sé cuándo, lo más pronto posible.

—¿Cómo? Los escáneres...

Anahy la interrumpió antes de acabar.

—Mi amigo tiene una idea y creo que es buena —le explicó, recordando lo que le había propuesto Sasha después de saber que había convertido a Cold en ergy—. No es un problema, se puede hacer, pero tengo esperanza de que pueda evitarlo. Necesito contarte algo.

Entonces decidió que iba a comentarle también lo de su padre. Era su única posibilidad de avanzar, pues mantener el secreto no la ayudaba.

—No volveremos a bajar pronto —ella meneó la cabeza—. ¿Crees que podrías subir a la montaña?

—No lo sé. Lo intentaré, pero si lo consigo ¿cómo puedo contactarte?

—Sabré si estás allí —comentó Calixta mirando por la luna trasera—. Debemos irnos —la avisó ella cuando Brais entró.

—¿Sigues viva, pequeña? —preguntó él sonriendo.

—Más o menos. No sé por cuánto tiempo —Anahy farfulló en voz baja, correspondiéndole a la sonrisa—. Me alegro de haberos vistos.

Los abrazos fueron de poca duración y la despedida muy corta. Salió y se quedó en la acera mirando cómo desaparecía el coche, con la sensación de que había soñado la escena.

Se abrazó antes de emprender el camino de regreso a casa. Una sacudida eléctrica recorrió su espalda, finalizando en su nuca y encendiendo su marca. Se pegó a la pared del callejón mientras estudiaba a su alrededor en busca del peligro. No había nadie. Agudizó los oídos, pero solo el viento gemía.

Ninguna criatura viva se encontraba cerca. Eso creyó hasta que unos sonidos de pasos aproximándose la obligaron a intentar hacerse una con la pared. Cuando se dio cuenta de que incluso así era visible para quien se acercara, se agachó para esconderse detrás de un coche. Con un oído escuchando los pasos en un intento de averiguar hacia donde se dirigían, buscó a tientas el comunicador y lo encendió. No tuvo tiempo de finalizar la operación antes de que un grupo de jóvenes pasara por delante del hueco del callejón. Eran muchos. Chicas y chicos. Sus cuarzos eran visibles. Avanzaban a paso rápido y los segundos que los vio no le bastaron para poder asegurarse de que todos fueran wises. Pero vio al que abrazaba los hombros de una chica wise. Comentó algo que hizo que los otros estallaran en carcajadas.

Cuando desaparecieron de su vista, Anahy corrió hasta la salida del callejón. Se mantuvo entre las paredes y asomó la cabeza para seguirlos con la mirada. Quería asegurarse. Quería estar segura de que el que se encontraba en el medio del grupo de wises era Blaze.



Sasha arrancó el motor y encendió el equipo de música al volumen máximo, pero se quedó con la mirada fija hacia el vacío, sin marcharse. Buscó en el bolsillo de su pantalón y estudió la pulsera de gomitas, haciéndola girar entre sus dedos.

El sitio a donde quería ir le traía recuerdos agridulces. Hacía tiempo que no veía al rey, tanto que torció el gesto por la culpabilidad. Lo buscaba cuando lo necesitaba, pocas eran las ocasiones que lo visitaba por cortesía.

Desbloqueó el freno de mano y puso el Vidker en marcha. Permitió que las letras de la canción ocuparan su mente para no pensar en su error. Uno más que le demostraba que le había concedido a Anahy más poder del que le estaba permitido otorgarle. Ella se acercaba demasiado a la verdad, a traspasar la barrera que casi nadie sabía que existía.

«Pronto se irá».

El pensamiento apareció con la intención de hacerlo sentirse mejor, pero no logró su propósito. Su pecho recibió una punzada dolorosa. Detuvo el motor y abrazó el volante, agradeciendo que hubiera llegado a su destino en el momento perfecto, cuando estaba a punto de lamentarse por su situación. Algo que jamás hacía. No podía permitirse el lujo de ser débil y contaba con la ayuda del hombre que lo esperaba en el porche para recobrar fuerzas.

Eridanus se llamaba. Todos, ergys, wises y nulos, susurraban su nombre con respeto y miedo a la vez. Hablaban de él, pero pocos se atrevían a acercarse a la carretera accidentada que unía la principal con la colina sobre la cual su mansión y él mismo sobrevivían. En realidad, reinaban por encima del paisaje desértico. Y por encima de los ergy. Eridanus era su rey. Algunos decían que era el hijo de La Creadora. Tan viejo que había dejado de contar

los años, tan poderoso que ni la naturaleza se le oponía. Para él, era el padre que había perdido, el hermano que no había tenido y un amigo de confianza.

Sasha bajó y cerró la puerta del coche sin cuidado. El ruido del suave portazo desapareció al instante como si el aire se lo hubiera tragado. Miró al anciano que se balanceaba en la mecedora con el rostro alzado hacia el cielo, que estaba todo oscuro, cargado de nubarrones de apariencia amenazante. Menos un hueco no más grande que una almohada, o así era cómo lo veía desde su altura, un hueco luminoso por donde rayos multicolores atravesaban la oscuridad y se lanzaban hacia la tierra, acariciando el rostro de Eridanus. Durante un segundo, las arrugas desaparecieron, la piel se le suavizó y Sasha vio el retrato de lo que debería haber sido el rey de joven.

Se quedó en la base de la escalera, sin extrañarse por el inédito fenómeno. Avanzó con precaución mientras verificaba su comunicador. Farfulló al leer el mensaje de Anahy y la llamó enseguida, frunciendo el ceño con preocupación cuando entendió que había rechazado su llamada.

—Alexander —la voz tosca del rey lo obligó a levantar la cabeza para encontrarse con una mirada de un azul tan pálido que parecía plata—. Estás envuelto en sombras.

El pecho de Sasha alivió el peso al instante y exhaló agradecido. Alzó las manos y las dejó caer en un gesto de impotencia.

—Me conoces —comentó sonriendo, atreviéndose a subir los escalones, ya que había recibido el permiso. Se inclinó y se dejó caer sobre una rodilla, esperando el peso de las manos del rey en sus hombros—. Las sombras forman mi mundo. —No se levantó, eligió sentarse en el suelo de cara hacia él, apoyando la espalda contra la barandilla de mármol—. Puede parecer que vengo solo cuando te necesito, pero espero que no lo creas así.

El viejo volvió a alzar el rostro hacia el cielo, riéndose a carcajadas bruscas, interrumpidas para tomar bocanadas de aire.

—Todos necesitamos algo o a alguien. Un momento, una persona, tiempo, respuestas... —una sonrisa torcida descubrió sus dientes—. Lo malo es cuando no sabemos qué necesitamos.

—¿Y cuando no queremos ver lo que nos conviene? ¿Y cuando deseamos luchar aun sabiendo que la lucha está perdida? —susurró Sasha.

Aguantó el examen del rey sin apartar la mirada, aunque tuvo que apretar los dientes para ahuyentar el estremecimiento que la mente de este dejaba cuando indagaba en su interior. Garras heladas. Así era como lo sentía. Como una enorme garra con infinidad de dedos fríos atravesando sus muros

protectores como el viento lo hacía con la niebla; los apartaba sencillamente, capa tras capa, ladrillo tras ladrillo, desmembrando mientras creaba imágenes.

—Una lucha jamás está perdida mientras uno vive. Puede que gane menos de lo que esperaba, puede que pierda más de lo que esté dispuesto a dar. Batallas siempre quedarán.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Sasha.

Al instante se arrepintió de haber ido demasiado lejos. Supo que Eridanus entendió su intención de hablar de él y de los ergys y que aquella petición le fue denegada cuando comentó:

—¿Qué es diferente en ti? —inquirió el rey.

Sasha tuvo que aguantar otro examen. Por suerte, duró menos que el anterior.

—Una muchacha te tiene acojonado —se rio Eridanus—. ¿Quieres que me encargue de ella? ¿Convertirla en una rana?

—Convertir a Madelyne en una rana es una idea maravillosa —procuró burlarse.

No había acabado cuando el rey agitó la cabeza en negación. Sasha sonrió, a sabiendas que no tenía sentido protestar. El don de Eridanus le permitía ver en él más de lo que lo hacía él mismo.

—¿Quién es? No la conozco. Dejó una huella en ti, pero no es una huella de ergy. ¿Bajaste hasta el nivel de los nulos? —espetó con incredulidad.

—¡No! —Sasha se rascó la cabeza, puesto en dificultad—. Claro que no. No es nadie y no quiero que la conviertas en una rana. Me gusta tal y como es.

—Te gusta —Eridanus acentuó su afirmación.

Sasha cerró los ojos. Había contado demasiado.

—Has cambiado —susurró el rey—. Y ese cambio... —Se quedó con la vista fija en el cielo murmurando—: Amenaza nuestro mundo. Basta con que cambie uno para que cambiemos todos.

—Ya sería hora de que algo cambie —farfulló Sasha.

Notó la mirada del rey en su rostro, pero no volvió a adentrarse en su mente.

—El cambio no siempre es bueno —respondió en voz suave—. Hay veces que pensamos que sí, cuando creemos que somos desgraciados por un mal que conocemos y queremos eliminar. Pero después nos damos cuenta de que estamos peor sin aquel mal. Y cuando nos damos cuenta, ya es demasiado

tarde.

Sasha prefirió no continuar con la conversación. Quizás Eridanus tenía razón y había cambiado. O quizás estaba cansado de lo mismo. Desgraciado, sí, en eso con certeza no se equivocaba. Desde donde se encontraba él, en el suelo del porche del rey, en un módulo del Éter o en su cama, atado por hilos invisibles para los otros, un cambio era lo que necesitaba. Estudió sus dedos enlazados entre las rodillas. No debería hacer lo que estaba pensando, solo lograría que volvieran a sangrar antiguas heridas. Pero por eso había ido.

—¿Tienes algo nuevo? —preguntó, su cabeza tomó la decisión antes de que su corazón estuviera preparado para aguantar las consecuencias.

El rey asintió hacia un lado, señalándole la puerta.

Sasha se levantó con dificultad, con la sensación de que su cuerpo pesaba mucho más que de costumbre y las piernas no lo aguantaban. Caminó de forma automática y pasó por todos los cuartos hasta que se detuvo en una habitación pequeña, no mucho más grande que un armario. Alzó la mirada hacia las paredes de vidrio. Estaban decoradas con cientos de fotografías, rostros de personas de todas las edades que delataban desde alegría a preocupación, llegando hasta el miedo y al horror. Cada segundo unas desaparecían y otras ocupaban el lugar vacío. Sasha eligió una al alzar y la tocó con el índice. La pantalla se vació, después volvió a llenarse con las caras que le interesaban. Su garganta soltó un quejido lastimoso y su pecho se sacudió varias veces bajo la amenaza del llanto.

«Están felices».

Suspiró aliviado. Estaban felices. Había hecho lo correcto.

Se frotó los ojos, que le escocían, y salió sin mirar atrás. Puso una mano en el hombro del rey en señal de despedida, sin fuerzas para hablar. Eridanus levantó la suya y le aprisionó los dedos bajo los suyos. Sasha procuró no estremecerse por el toque helado, pero lo que le dijo le dio escalofríos.

—Hay mucho en juego. Hay mucho que perder. ¿Tienes claro lo que quieres ganar? ¿Lo que estás dispuesto a perder?

Negó con la cabeza en respuesta y como rechazo a la declaración del hombre.

—Tú sabes qué hacer y cuándo tienes que venir a buscarme. Estaré aquí. — Eridanus liberó su mano y miró al frente—. Estaré aquí, escuchando — susurró y se quedó inmóvil.

Entendiendo que habían acabado, Sasha se incorporó y besó la frente arrugada del rey antes de marcharse. La conversación no lo había

tranquilizado, pero tenía otros problemas más urgentes. Volvió a llamar a Anahy, maldiciendo al no recibir respuesta. Se apresuró a subir al coche y hacer el camino de regreso con mucha más velocidad de la permitida. La marca de su nuca no hormigueaba, lo que le daba un margen de esperanza, pero una especie de agitación interior le decía que no había pasado el peligro.

Frenó ante la casa con un chirrido de ruedas y entró con el mismo ímpetu que un tornado. Su inquietud aumentó al no encontrarla. Verificó de nuevo el comunicador y le propinó un puñetazo a la pared al oír el timbre de fuera de servicio. Se encaminó hacia la puerta de entrada mientras pensaba a dónde salir a buscarla. Llamar a sus amigos solo le traería dolores de cabeza y los chillidos de Raisa, que seguramente iba a acusarlo de haberla perdido, eran lo último que necesitaba escuchar.

Entonces la vio entrar y su furia estalló antes de poder frenarla.

—¿Dónde demonios has estado?

—Salí a tomar aire. —Anahy pasó por su lado sin dedicarle más de una mirada rápida—. Qué curioso que no nos hayamos encontrado —farfulló a continuación.

Sasha la siguió a tiempo para detener la puerta de su cuarto antes de que pudiera cerrarla en su nariz. La apartó, pero no entró. Golpeó la pared con la frente mientras soltaba respiraciones precipitadas.

—Dije... dijiste... decidimos que estábamos juntos en esto.

—Ya. Eso fue antes de que me pidieras con amabilidad que desapareciera de tu vida, de tu maravillosa isla, ¡de tu puto mundo! —Anahy vociferó de espaldas. Golpeó la cama con su mochila, una prueba más de su cabreo—. ¿Por qué no empezar desde ahora? ¿Por qué esperar? ¿Qué tenemos? ¿Horas? ¿Días? Creo que me las arreglaré sola, muchas gracias.

—No lo hagas —le pidió Sasha, adentrándose en la estancia—. No me alejes. No quiero hacerlo, pero... —Se quedó mirando cómo tensaba los hombros, sintiendo sus huesos igual de estirados a sabiendas de que no podía ofrecerle nada que pudiera aliviarle el sufrimiento. No existía ninguna promesa, ninguna mentira que pudiese hacerles sentirse mejor. A ninguno de ellos.

Esperaba lo que vino a continuación y maldijo en silencio cuando Anahy se giró preguntando:

—¿Qué pasó antes?

Procuró mantenerle la mirada, pero su voz lo delató al sonar ronca, visiblemente incómoda.

—No lo sé. ¿A qué te refieres?

Anahy sonrió con tristeza.

—Estoy segura de que lo sabes.

Pasó por su lado, pero Sasha no le permitió alejarse. Rodeó su cintura con las manos y dejó la frente contra la de ella.

—Si digo que lo siento, ¿sirve de algo?

—No. No creo que lo sientas y no creo que lo digas de verdad. —Ella lo empujó y volvió a alejarse—. ¿Estás enfermo? —inquirió, rodeándose con los brazos—. Estoy dispuesta a ayudarte. Podemos intentarlo. Si se trata de ti...

—No estoy enfermo —él la interrumpió con voz segura y mirada sincera.

—¿Entonces? —insistió ella.

Sasha le dio la espalda. Las explicaciones no llegaron.

Anahy suspiró.

—Me lo dejas más claro que el agua. No me quieres aquí, ni en la isla ni en tu vida. No me permites ayudarte y no piensas ayudarme...

—No. —Sasha la interrumpió, resoplando exasperado—. No intentes culparme por ser sincero. Te dije la verdad, una verdad que no quieres escuchar. No puedo... sentirme responsable de ti —reconoció.

—Volvemos al principio. —Anahy agitó la cabeza con violencia—. Cada puñetera vez volvemos al principio. No te pedí que lo hicieras, no quiero que lo hagas. No soy tu responsabilidad —silabeó con los dientes apretados.

—Pero es así como lo siento, ¡maldita sea!

El silencio que siguió al estallido de Sasha estuvo cortado por sus respiraciones apresuradas. Sus miradas se enfrentaron por un largo tiempo antes de que Anahy bajara la suya. Se mordió el labio inferior antes de volver a alzar la vista.

—Tal vez tengas razón. Hay mucho... muchísimo que no entiendo. Porque no me lo explicaste, porque no pregunté, porque puede que no sea cosa mía. Pero sé que no quiero eso. —Alzo las manos, dejándolas caer con brusquedad—. No quiero complicaciones. No quiero saber nada de Éteres, Madelyne y lo siento mucho por vosotros, pero no quiero curar ergys con el precio de mi vida. Quiero vivir normal. O lo más cerca que pueda de ser...

Las carcajadas secas de Sasha lograron que cerrara la boca antes de acabar.

—Deja de mentirme, dragona. —Él miró su pecho, dejándole claro que veía su lucha interior, la carrera perdida contra el revoloteo de su energía—. Deja de mentirme y actúa conforme con lo que eres. —Se acercó, acusándola con la

mirada y señalándola con el índice—. No eres normal. Nunca lo serás.

—¡Y aun así quieres que me marche al mundo normal de los nulos! — espetó Anahy. La sangre burbujeó y su energía estalló de modo doloroso.

—Quiero que te alejes de este sitio. ¡Quiero que te alejes de mí porque yo no puedo alejarme de ti! No puedo apartarte. —Sasha cerró la boca al percatarse de que había hablado sin pensar en el significado de la declaración.

Anahy apartó la mirada, pestañeando con rapidez.

—Pues tenemos un problema. —Se aclaró la garganta y sonrió con timidez—. Tampoco quiero hacerlo. Tampoco quiero estar lejos de ti.

No supo quién hizo el primer gesto o si hubo algún gesto. Se movieron a la vez y sus bocas se encontraron antes de que lo hicieran sus manos. Antes de que sus dedos buscaran con impaciencia, sus labios se fundieron, cada uno atacando y defendiéndose al mismo tiempo.

Sasha la alzó varios centímetros en el aire y Anahy rodeó su cuello para mantener el equilibrio. Sintió la pared a su espalda y el cuerpo del ergy, igual de duro, privándola de libertad, pero el efecto de lo que le hacía su boca no dejaba espacio en su mente para quejarse. Ya conocía la forma de besar de Sasha. Daba un nuevo significado a la palabra. A la acción en sí. No la besaba, la devoraba, le dominaba todos los sentidos y pedía mucho más. Cada caricia era más intensa que la anterior, cada toque más ardiente, sus manos por todo su cuerpo, sus labios en varios sitios a la vez, o así era como lo percibía.

La boca de Sasha abandonó la de ella en busca de su cuello. Mordisqueó con la presión justa para hacerla quejarse por el placer. Anahy metió las manos por debajo de su camiseta en busca de piel, de su fragancia. Un pensamiento chillaba en su cabeza: quería marcarlo de algún modo, hacerlo suyo. No perderlo. Sabía que Sasha estaba con ella en aquel preciso instante, notaba que se ofrecía a él mismo, pero también sabía que iba a perderlo en el segundo en que sus cuerpos se separasen.

Como si respondiera a sus pensamientos, dos palabras llegaron a su mente, tan fluidas como si le pertenecieran.

Estamos perdidos.

Por encima de la excitación, Anahy entendió que no era una acusación a su persona. Era un simple hecho y era la verdad.

Estaban perdidos. No tenían esperanza de seguir juntos. Él quería alejarla, pero no podía. Ella no quería distanciarse, pero no se permitía quedarse. Habían desaprovechado el inicio y ya habían llegado al final sin haber

disfrutado de lo que debería haberse hallado en el medio.

Estaban perdidos y lo enfermizo era que en aquel momento no le preocupaba en absoluto.



Después de unos días, los ánimos eran pésimos. No tenían noticias por parte de Madelyne y todos se comportaban como si tuvieran un hacha encima de sus cabezas a punto de caer en cualquier momento. Acosada por la sensación de sentirse observada, Anahy había llegado a desconfiar hasta de su sombra y comenzaba a volverse paranoica.

Habían resuelto el asunto de los escáneres de la salida de la isla, todos estaban de acuerdo con la solución de Sasha, tan sencilla como complicada. Debía dejar que un wise la comiera hasta el punto en que su energía no fuera detectada. Anahy había escuchado el plan fantástico de los ergys: iban a raptar a un enfermo y encerrarlo con ella, pues estaban seguros de que no podía abstenerse.

Stiff había logrado algo de magia y había dado con las ubicaciones de todas las Islas Centro. Anahy sabía qué lugares debería evitar, pero mientras seguía allí ignoraba en quién podía confiar.

Cuando ellos hacían los planes, ella se quedaba sin comentar, alejada del tema, como si se decidiese sobre la vida de otra persona. Estaba de acuerdo con el plan, pero sin avisarlos, lo había modificado a su gusto.

El momento de su éxodo sería el mismo día del cumpleaños de Sasha. Lo celebrarían en la cabaña para que tuvieran una cuartada en el caso de que algo fuera a ir mal. Antes de que la fiesta acabara, Anahy ya no estaría en la isla.

Lo que no les había dicho era que tenía la intención de no participar ni en la mitad de la celebración. Contactaría con Calixta y les libraría a ellos de cometer un delito y de su presencia. Le pediría a la wise que le vaciara el núcleo, y también le pasaría la imagen de su padre por si lograra más de lo que había logrado ella. Podía contactarla si tenía suerte. En el caso más feliz, la contactaría directamente su padre y en el peor, se quedaría sin conocerlo y sin saber por qué la había abandonado.

Y entre una cosa y otra, había llegado el día. Se le había acabado el tiempo.

Anahy inhaló con avidez el aire frío mientras estudiaba el valle desde la altura del balcón de su habitación en la cabaña. El sitio tenía algo especial que daba cierta ilusión de libertad. Los picos altísimos coronaban por encima del paisaje como si tuvieran la certeza de que nadie podría conquistarlos.

Se giró al escuchar pasos a su espalda y le sonrió a Sasha, que fruncía el ceño. Habían acordado paz. Pasaban el tiempo hablando de cuestiones sin importancia, sin acercarse a los asuntos inflamables.

—He llamado a la puerta, pero no has contestado.

—No te escuché. —Encogió los hombros, volviendo a admirar el paisaje.

—¿Qué hacías? —Él la abrazó por detrás, inclinándose para dejar la cabeza en su hombro.

Su fragancia la envolvió igual que sus brazos y su cuerpo respondió encantado, con la energía hormigueando, la piel estremeciéndose por el toque y los recuerdos de sus encuentros pasados.

—Dar las gracias por un instante de tranquilidad —reconoció—. Y querer transformarme en ese pico, ¿lo ves? Ese de arriba. —Alzó la mano, señalándole con el dedo índice el objeto de sus pensamientos.

—Vaya. Tus metas son...

—¿Inalcanzables?

La risita de Sasha le llenó el pecho con aquella calidez que aparecía cada vez que lo tenía cerca.

—Quería decir impresionantes, pero ya que lo reconoces, no puedo contradecirte. Oye, ¿piensas ponerte un vestido esta noche? —inquirió él, alejándose un paso para mirar con desaprobación sus leggings grises y la camiseta verde talla extra grande.

Anahy alzó una ceja, insultada por su nada sutil queja.

—La verdad es que pensaba hacerlo, pero como te veo tan entusiasmado por mis gustos en materia de moda, lo reconsideraré.

—No lo hagas. —Sasha enlazó sus dedos y fingió arrepentimiento mientras se acercaba y metía la nariz en su cuello—. Lo siento. —Dejó un beso suave en su piel, manteniendo encerrada su cintura entre las manos—. Ponte lo que quieras, pero enséñame ese par de piernas que me quitan el sueño cada noche. Tengo pesadillas horribles en que rodean mis caderas y...

—¡Cállate, perverso! —Anahy estalló en carcajadas y lo golpeó sin ganas en el hombro.

—Es tu culpa que me haya convertido en uno. —Sus labios le buscaron la

mejilla y trazaron un camino de besos antes de encontrarle la boca y acariciarla con tanta delicadeza que le extrañó el tratamiento—. Un vestido para mi cumpleaños. Me lo pido como regalo —musitó.

—No estoy segura de que el regalo que te he comprado pueda cambiarse, tampoco que pueda encontrar un vestido de tu talla.

Sasha se rio y negó con la cabeza, sin entrar en su juego.

—No es para mí y no es el regalo. El regalo es que esté cubriendo tu cuerpo y yo voy a descubrirlo. La luna no tiene misterios pero tu...

Anahy lo hizo callar.

—¡Feliz cumpleaños! —le deseó, estampando un beso rápido en sus labios. Sasha le sonrió y asintió levemente.

—Sí, lo son —susurró—. Desearía... —Miró hacia un lado, pero ella tuvo tiempo de ver las sombras que oscurecieron sus ojos—. ¿Estás lista?

Supo que no se refería a la fiesta, sino a lo que pasaría después.

«No, nunca lo estaré».

—Sí.

—Bien —dijo, sin entusiasmo.

Se alejó hacia la puerta y como si hubiera dado una señal, Raisa apareció en el cuarto cargada con un maletín de dimensiones considerables.

—¿En serio? —farfulló Anahy. Se apresuró y cogió el antebrazo del ergy con fuerza—. No me dejes con ella, por favor —imploró en voz baja.

—¡Servicio de belleza a sus órdenes! —exclamó Raisa. Dejó la caja en la cama y se acercó para despegar de uno en uno sus dedos del brazo de Sasha—. Vamos. Prometo que no dolerá... mucho. No sé qué podré hacer con tu pelo, pero me encantan los desafíos.

Al notar que no encontraba apoyo, Anahy suspiró y se dejó empujar hasta la silla mirando cómo Sasha aleteaba los dedos en señal de despedida.

—No te olvides del vestido —dijo antes de desaparecer, guiñándole un ojo.

—¿Tienes un vestido o te presto uno? —se ofreció Raisa, empezando a sacar utensilios de apariencia desconocida.

—Pensaba usar el del baile de la nieve —comentó, pero se detuvo al ver que la chica arrugaba la nariz en desaprobación—. Supongo que podría aceptar tu ayuda —murmuró rendida.

Al final de la sesión de belleza no sabía si su migraña se debía al parloteo interminable de Raisa o al tratamiento brutal que había recibido su pelo. Pero el espejo del pasillo al que la condujo su amiga le enseñaba una persona diferente de la que se había despertado en su cama por la mañana. Anahy

abrió la boca tanto que bajó la mirada para verificar si su mandíbula no había tocado el suelo.

El vestido que le había prestado Raisa era de un color verde menta y la tela cobraba vida cuando se movía. El corte le dejaba descubierta la espalda entera y delante acababa en forma de barco, sin llegar a desvelar los huesos de su clavícula o la marca. Su cabello brillaba en ondas finas doradas y rojizas que se ondulaban atrás y le hacían cosquillas en la piel.

—¡Vaya, estoy hermosa! —exclamó. Dos ojos como pantanos profundos le devolvieron la mirada sorprendida—. ¡Gracias! —Se apresuró a abrazar a Raisa, pero esta dio un paso hacia atrás y la rechazó con un gesto enérgico.

—No me toques. Vas a estropearlo. Y dile a Sasha que mantenga sus manos en los bolsillos. Veré si ha puesto un dedo en ti —amenazó.

Anahy sonrió, segura de que no era una amenaza en vano y que Raisa tenía algo de bruja.

—Sé que he logrado una maravilla contigo, pero... —La chica ergy entrecerró los ojos mientras la estudiaba. Continuó susurrando, ella misma asombrada por sus propias palabras—: Cuando te vi la primera vez me recordabas a alguien. Eres el retrato vivo de La Creadora.

—¿Vuestra Creadora? —Anahy se carcajeó y agitó la cabeza en negación—. No sé si tomármelo como un cumplido o como un insulto. De verdad, gracias —volvió a decir.

Entró en su cuarto para buscar los zapatos, justo a tiempo para oír el timbre de su comunicador.

—Dentro de dos horas. Donde sabes. ¿Está bien?

—Sí. —La llamada finalizó antes de que su cerebro se despertara y añadiera algo más.

Se dejó caer en la cama, luego recordó que no quería arrugar el vestido y se levantó de un salto. Calculaba que dentro de dos horas la fiesta estaría en su apogeo y podría escabullirse sin que nadie notara su ausencia. Era su única oportunidad, debía hacerlo. Necesitaba encontrarse con Calixta.

Como había supuesto, era una fiesta que hacía honor a la palabra. Anahy procuraba mantenerse al margen y no atraer la atención, aunque notó miradas que se posaban en ella por más tiempo del que estipulaban las normas sociales. El tema le había preocupado incluso en la universidad, pero Raisa le había explicado que la miraban porque veían que era un cóctel y sentían curiosidad. No dudaban de que estuviera en el equipo de Madelyne, ya que

no se conocían todos entre ellos.

Conversó, bailó y rio de forma automática, con un ojo en el reloj. Su estómago trastornado pedía una copa, pero después de lo que había pasado la última vez que había probado el alcohol, no quería arriesgarse.

Cuando Blaze le rodeó la cintura y la levantó en el aire gritó angustiada, pues no lo reconoció en el primer momento.

—Fúgate conmigo —dijo él en su oído.

Anahy tomó varias respiraciones hondas para calmar su corazón.

—Me asustaste, idiota —espetó.

Blaze encogió los hombros y volvió a abrazarla. La llevó hacia un rincón menos concurrido y continuó balanceándose al compás con la música lenta a la vez que hablaba.

—Hablo en serio. Quiero ir contigo. Estoy harto de esta mierda. Podría ayudarte, podría cuidar de ti...

—Gracias. —Anahy negó con la cabeza—. Pero no. Este es mi problema. Si hemos encontrado una solución para mí, estoy segura de que puedes encontrar una también para ti. Para todos vosotros.

Blaze suspiró.

—Daría lo que fuera con tal de librarme del Éter. Pero sería una estupidez. El virus puede revivir en cualquier minuto. Las mutaciones que han probado en nosotros son demasiado fuertes para los de fuera. Creo que soy casi un dios —se rio, con algo de amargura—. Si enfermo, podría acabar con el mundo en cuestión de días.

—Lo siento.

—No es tu culpa, pequeña. Vamos a librarnos en algún momento. De un modo u otro.

Anahy había perdido la cuenta de cuántas veces había pensado en presentarse ella misma a las puertas del Éter. Había imaginado conversaciones en las cuales pedía un tratamiento preferencial con tal de que accediera a las pruebas. Pero la verdad era que no era tan fuerte ni tan tonta, tampoco una heroína. No salvaría el mundo de los ergys. Quizá más tarde, después de que resolviera las incógnitas de su propia vida, cuando supiera algo de su padre, cuando lograra controlar su cuerpo de modo perfecto, fuera a replantárselo. Si los ergys seguían siendo una raza por aquel entonces.

Agitó la cabeza con violencia, ahuyentando aquellas ideas. Puede que fuera una cobarde o la egoísta más grande, pero no estaba dispuesta a dar su vida a cambio de la de ellos, sobre todo porque creía en la pequeña posibilidad de

que lo que había pasado con Cold hubiera sido un accidente que no la involucraba. Confiaba en que era una señal de que iban por el buen camino. Podrían encontrar una cura el día siguiente.

Quisiera poder explicárselo a Blaze, a todos ellos, con tal de escapar del sentimiento de culpa. Pero tampoco iba a hacerlo. Se quedaría como un recuerdo en sus vidas. El recuerdo de una cobarde.

—Oye, soy el cumpleañosero y me pido a la chica más guapa —se escuchó la voz la Sasha.

Blaze se despidió de ella con un beso en la mejilla. Anahy pensó que podría ser la última vez que lo viera, por lo que lo detuvo con un abrazo hasta que Sasha intervino.

—Ya está. No despiertes al monstruo celoso de mi interior.

—Los monstruos no me asustan. —Anahy logró sonreír—. Pensé que eras uno el día que te conocí.

Sasha estalló en carcajadas. En su mirada ella reconoció los mismos recuerdos.

—¡Qué día! —dijo él. Unió las manos a su espalda y se menearon juntos, sin escuchar la música—. Lo he repensado —añadió después de un tiempo—. Gracias por llevar vestido, estás espectacular. Pero quiero otro regalo.

—No hay quien te ponga contento —farfulló Anahy.

—Soy así de difícil —Sasha le guiñó un ojo—. Quiero una promesa. Quiero la promesa de que vamos a tener un momento para nosotros. No importa cuándo, dentro de un mes, doce años o cincuenta. Quiero una cita contigo en una playa desierta. Y si necesitas detalles, sería estupendo si llevaras un bañador.

Anahy tuvo una imagen de ellos dos a una edad avanzada. Se miraban desde la distancia, rodeados por arena, mar y sol. Procuraban reconocerse bajo las arrugas. Le temblarían los músculos, le fallaría la vista y la piel le colgaría tanto que el bañador no se apreciaría.

Rio con disimulo, segura de que esta vez no coincidía con Sasha en pensamientos.

—De acuerdo —dijo. Era fácil prometer cuando sabía que era imposible cumplirlo—. Vamos a tener nuestro momento. Aunque la guerra estalle, aunque el mundo acabe, cuando la galaxia vuelva a nacer, vamos a tener nuestro momento.

Se detuvo y se quedó como un peso muerto, con las piernas paralizadas.

«No volveré a verlo».

Lo sabía desde hacía mucho, pero no había tomando realmente conciencia de ello.

Se soltó de su abrazo y dio un paso atrás.

—Anahy, ¿qué pasa? —inquirió Sasha.

—Nada, solo... —miró alrededor desesperada. Algo se acumuló en su interior, y no se trataba de energía. Sentía su núcleo pesado y, por el contrario, su cuerpo había perdido consistencia. Tenía la impresión que estaba a punto de flotar en el aire si no fuera por la carga de su pecho—. Creo que...

Stiff apareció y cogió a Sasha por el antebrazo, susurrándole algo al oído. Este asintió sin dejar de mirarla.

—Vengo enseguida. Espérame aquí, ¿vale?

Anahy no se movió durante unos momentos. Observó cómo se creaban un camino entre la multitud hasta que desaparecieron de su vista. Entonces tomó una respiración honda y se giró hacia la salida.

Estimaba que necesitaría una hora para el encuentro y eso que debía caminar, ya que no se atrevía a tomar una moto de nieve. Sus zapatos de tacón eran los menos adecuados para el terreno accidentado, pero no se había aventurado a cambiarlos y atraer sospechas. Cogió la linterna que había escondido con anterioridad y tomando una chaqueta que no sabía a quién pertenecía, se lanzó decidida.

«Mala idea», se regañó, frunciendo los labios y avanzando con dificultad. Al final no fue necesario encender la linterna, la luz de la luna se reflejaba en la nieve y la noche no era oscura, sino un crepúsculo que le permitía ver lo suficiente para no tropezar. Pero el hecho de ser la única alma que viajaba de noche con la compañía de las ráfagas del viento no era tranquilizador.

Llegó hecha un nudo de nervios y se quedó mirando el claro vacío preguntándose si no habría hecho el camino para nada. El crujido de una ramita partida estalló en el silencio del ambiente y su corazón dio un salto dentro del pecho. Entendió que era un blanco fácil bajo el acoso de la luz de la luna y se retiró con pasos cuidadosos hacia el bosque.

La forma se abalanzó sobre ella, haciendo que soltara un grito.

—Debes dejar de aparecer así. Vas a matarme de un susto —regañó a Calixta, que se alejó después de abrazarla.

—¿Qué interrumpí? —La chica sonrió estudiando su ropa—. No te pedí un atuendo formal.

—Es el cumpleaños de... un amigo —le explicó después de meditar su

primera opción, que era decir el nombre de Sasha.

Calixta tragó tan fuerte que pudo escuchar el movimiento de la nuez de Adán. Asintió mirando hacia un lado.

—¿Qué pasó? ¿Por qué decidiste marcharte? ¿Y cómo piensas hacerlo? No hay modo de engañar a los escáneres —inquirió al volverse.

Anahy enlazó los dedos para dejar de pasarse la mano por el pelo, gesto que tenía como costumbre cuando se sentía puesta en dificultad.

—Algo muy grave. Cometí un error, de hecho, fue una estupidez, y... —se detuvo, segura de que no estaban solas. Recorrió con la mirada los árboles y los arbustos, sintiendo de modo visceral que algo había cambiado.

Una ráfaga brusca aleteó su cabello y con ella apareció el sentimiento de peligro. La marca de su cuello se encendió al instante, haciéndola sisear y llevarse la mano para tocarla en un intento de aliviar el dolor.

Miró a Calixta y, por su expresión contrariada, entendió que ella también lo sentía. Luego las facciones de la chica se contorsionaron en una mueca de espanto sin perder de vista algo a sus espaldas.

Anahy se giró temiendo lo peor, con imágenes de fuerzas armadas poblando su mente. En un primer momento no vislumbró nada. Pestañeó con rapidez y suspiró aliviada, pero el paisaje cambió de pronto ante sus ojos. Lo que antes había tomado por troncos de árboles empezaron a moverse. Formas de hielo aparecían acercándose en saltos. Retrocedió instintivamente, chocando contra Calixta.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —comentó con malicia una chica de piel muy pálida y un color inusual, casi grisáceo. Había elegido incrustarse el cuarzo entre las cejas y se veía como un tercer ojo—. Un contacto de nivel cero. Las razas están interactuando.

Un par de wise aparecieron a su espalda, dejando claro que ella era el líder del grupo. Movié la cabeza en círculo como si quisiera relajar sus hombros, pero Anahy entendió que era una señal cuando los otros las rodearon.

—Vamos, chicos, no queremos problemas. —Calixta sonrió de modo forzado, estudiando las expresiones serias de sus rostros que indicaban lo contrario.

—¿Quién eres tú? —La chica wise centró su atención en ella—. No te he visto antes. ¿Qué haces con esta? —inquirió, indicando con una sacudida de cabeza a Anahy—. ¿Sabes lo que puede hacerte?

—No quiero hacerle nada. Es mi amiga —protestó mientras pensaba en una manera de apaciguar el conflicto. La atmósfera se había vuelto más fría y su

cuerpo se estremeció por la baja temperatura. Temía respirar, pues había notado que púas de hielo atravesaban su nariz junto con el oxígeno y su pecho se resentía por la falta de aire.

—¿De qué hablan, Anahy? —Calixta la miró confundida.

La wise estalló en carcajadas secas.

—Parece que no sois tan buenas amigas si no sabes que puede curarte. Convertirte en ergy.

—¿Es verdad? —susurró Calixta cerca de ella, pero Anahy no se arriesgó a cambiar la dirección de su mirada y perder de vista a los otros wises.

—Es una parte de lo que quería contarte —replicó en voz baja.

—Bueno, qué pena, nos hemos perdido la hora de los cuentos.

A pesar de que la declaración de la joven había sonado sin duda como un aviso, Anahy no percibió el momento en que se movieron y atacaron todos a la vez. No notó ninguna señal, ningún cambio en las expresiones de sus rostros, tan inmóviles que no aparentaban estar vivos. Corrientes fuertes de aire explotaron a su alrededor y se sintió arrastrada por las manos.

—¡Parad! —Calixta gritó, pero el sonido se perdió entre los gruñidos de los otros y sus forcejeos.

Anahy pateó y se contorsionó, maldiciendo con fervor. Ni tan siquiera estuvo cerca de vencerlos y acabó en el suelo tendida de espaldas. Colocaron sus manos frías en el cuerpo de Anahy inmovilizándola.

—Vamos a ver qué puedes hacer. —La chica la montó a horcajadas, su dedo índice viajó por encima de su pecho, como si buscara algo. Desgarró unos centímetros el cuello de su vestido.

«Raisa se va a mosquear».

El pensamiento fugaz desapareció de la cabeza de Anahy cuando su torso se irguió por el contacto, siendo su energía absorbida con violencia.

—Tu marca es diferente —comentó la wise.

Anahy esperó a que se detuviera para estudiar el fenómeno. No lo hizo. La uña de su dedo índice era igual de afilada que una navaja cuando recorrió las líneas. De arriba abajo, del exterior hacia el centro de su pecho, con lentitud para que sintiera cada milímetro del corte. Para que notara cómo le abría la piel y convertía la sangre en hielo.

Se negó a gritar, a pesar de que el sufrimiento le nublaba la mente. Miró alrededor, desesperada por buscar una salida. Calixta luchaba contra tres muchachos wises, sin ninguna esperanza de vencerlos. Cuatro de ellos la sostenían de los brazos y piernas y tenía a otra chica encima. Otros cinco se

mantenían de pie con los brazos cruzados en la misma posición. Entendió que no había salida.

Era el momento de su muerte.

Pero no lo haría sin dar batalla, se prometió. Si lograba salir con vida, conseguiría justo lo que le hacía falta. Su núcleo se vaciaría y no iba a necesitar la ayuda de Calixta. Juntó su energía en las manos e hizo estallar sus dedos. Solo uno de los wise la liberó. Se alejó siseando y agarró una pieza de cuarzo en su puño.

La joven que la acosaba volvió a reírse con un sonido ronco, escalofriante, como si le hubiera divertido su intento.

—¡Mira, ahora tienes una marca diferente de verdad! —canturreó, dejando la cabeza hacia atrás para admirar su obra—. Me gusta. ¿Por qué no lo hacemos eso a los ergy? —inquirió hacia uno de sus compañeros.

—Porque... —Las palabras parecían haberse convertido en piedras para Anahy. Intentar hablar era un suplicio—. No podéis... acercaros a ellos... tanto. ¡Patéticos! —Para enfatizar forzó las comisuras de sus labios hasta que se alzaron para formar una sonrisa.

La wise hizo bailar sus mechones oscuros con un movimiento de cabeza y cuando las extremidades empezaron a hormiguearle, Anahy entendió que la consumían a la vez.

El miedo se apoderó de ella. Los gritos de impotencia quemaban su garganta, pero no quería soltarlos. La tierra helada bajo su espalda era solo un inconveniente mínimo comparándolo con los dedos de la wise sobre su pecho, que parecían las garras de la mismísima muerte. Tenía la sensación de que su piel era arrancada a tiras, entre la diferencia enorme del calor interior y el hielo que se apoderaba de su exterior.

Ayuda, imploró sin soltar sonido, con la mirada fija en el cielo estrellado y los ojos bien abiertos en un intento de impedir la aparición de las lágrimas. Debía hacer algo, pero las ideas salvadoras se negaban a aparecer. Sus músculos empezaron a debilitarse y sus huesos a perder peso, con la llamada de la oscuridad y su promesa de calma haciéndose cada vez más fuerte.

No se había percatado del silencio hasta que un crujido estalló como lo haría un trueno. Cada corazón se detuvo a la espera.

—¡Déjate ver! —espetó la chica wise.

Los segundos pasaron.

Siete.

Anahy los contó.

No se permitió respirar aliviada cuando una sombra se acercó hasta delatar a Stiff. Su mirada despojada de emociones, su sonrisa maliciosa, eran una respuesta negativa a su grito de ayuda.

—No sabía que la fiesta se había mudado aquí —comentó él como si nada.

—¿Me has seguido? —susurró Anahy.

Con la mirada fija en Calixta, Stiff no le contestó.

—¿Pues te unes o te vas? —inquirió uno de los wise.

Anahy volvió a contar los segundos a la espera de la respuesta.

Cinco.

—Me uno. —Para asegurarles que estaba con ellos, Stiff metió las manos en los bolsillos del pantalón y se respaldó contra un tronco.

Derrotada, Anahy continuó luchando por puro instinto de supervivencia. Donde sentía los dedos helados de los wise concentraba su energía. Su cuerpo se convulsionaba por las ondas de choque, los huesos estirándose hasta traspasar cualquier límite conocido del dolor. Gotas de sudor cubrieron su espalda, pero al percatarse de que se transformaban en hielo al instante, entendió que no le quedaba mucho.

—¡Parad! —vino una orden y logró su propósito.

La escena se congeló literalmente y todas las cabezas se giraron hacia el ser ardiente, que a pesar de ser uno, daba la sensación de dominar el ambiente. Sasha respiraba con dificultad y, desde su posición en el suelo, a Anahy le pareció ser la encarnación de un ángel vengador. Sus hombros parecían mucho más anchos y su cuerpo tenso a base de un control frío, evidente en su mirada.

—¡Pero si es el traidor! —La chica wise la abandonó y se incorporó con movimientos lentos, quedándose a un lado.

Los otros intercambiaron miradas. Dejaron de consumirla, pero se mantuvieron cerca de ella, de cuclillas, preparados para atacar.

Anahy aprovechó el momento para incorporarse sobre los codos e inhalar con desesperación. De su garganta se soltó un gimoteo lastimero que se perdió entre los llantos del viento. Contempló aliviada a Sasha, ilusionada con la idea de vivir para ver el amanecer del día siguiente.

Pero él no tenía la vista en ella. Siguió la dirección de su mirada hasta el rostro conmocionado de Calixta. La chica reía y lloraba a la vez. El espectáculo que daba era espantoso por la contrariedad entre sus reacciones. Sus carcajadas eran cortas, interrumpidas por respiraciones hondas y las lágrimas se helaban en sus mejillas a pesar de que intentaba alejarlas con las

manos.

—Sasha... —dijo ella, sacudiendo los hombros para escaparse de sus atacantes.

Por alguna razón estos la dejaron alejarse y ella empezó a caminar con pasos torpes.

Anahy volvió a centrarse en el ergy que, había supuesto, era su esperanza. Se incorporó de un salto ante la inconcebible imagen que le enseñaban sus ojos. Los wises de su alrededor no reaccionaron, igual de estupefactos, y ella dio un paso hacia atrás, manteniendo el equilibrio con la ayuda de un tronco contra el cual se respaldó. Sus rodillas se balancearon bajo el peso de sus hombros, que parecían cargar con la montaña entera. En el centro de su pecho, lo que había quedado de su corazón se convirtió en un órgano inservible. Sus ojos no se movieron a la espera de que la imagen fuera a cambiar.

«¡No es verdad!», gritó en un intento de despertarse de la pesadilla. Como si la hubiera oído, los ojos de Sasha encontraron los de ella. Dos gemas plateadas, casi blancas, secas de cualquier emoción. Su cuerpo cambiaba de forma como si no pudiera controlarlo, hielo y llamas ocupando el mismo lugar al mismo tiempo. Entonces, Calixta se abalanzó a sus brazos y Sasha eligió una sola forma.

Todo hielo.



La luna había dejado de acompañarla. Se había escondido como si no hubiese querido ver lo que seguía.

Cada paso era un desafío. Los tacones de sus zapatos se clavaban en la nieve congelada que tapaba la tierra. Los abetos eran obstáculos, las ramas intentaban detenerla. Su aliento incendiaba el aire, lo licuaba, y el frío lo transformaba en una lluvia de gotas heladas que le abofeteaba el rostro, mezclándose con sus lágrimas. Había perdido la chaqueta, pero no la necesitaba. Su piel estaba en llamas y le servía de linterna.

Se detuvo en seco y agudizó los oídos.

«Solo quería una vida normal. ¿Cómo he llegado aquí?».

Chilló en silencio, mordiéndose el puño para no soltar sonido alguno. No se escuchaban pasos detrás de ella, pero eso no significaba que no la siguiera. Él podía moverse sin dejar rastro, podía convertirse en una sombra, podía...

—¡Te odio! —aulló, girando en círculo—. ¿Me escuchas? ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te odio!

Un destello de luz a su derecha hizo que su corazón se encogiera. No esperó a ver de qué se trataba. Luchó apresurada con las correas de los zapatos, tiró uno sin mirar a dónde, tomó el otro en la mano y empezó de nuevo a correr.

—Detente. —El mandato fue solo un susurro llevado por las alas del viento.

Continuó la carrera, agitando a la vez la cabeza en negación. No sabía si él la veía, no sabía cómo de cerca estaba, pero no pensaba escucharlo. No se detendría.

Las ramas inmovilizaban sus brazos, las agujas de los abetos se clavaban en

su piel para estallar en llamas al instante. Sus talones dejaban hoyos en la nieve y detrás de ella se formaba un sendero del infierno. El bosque ardía. Su corazón se paraba con cada chasquido y crepitar. El humo era espeso y mentolado, y se lo tragaba con cada inhalación.

—Por favor, detente. Detente ahora, o será demasiado tarde. —El sonido vino de todas partes, mareándola.

Se paró y procuró ver a través de la oscuridad, mirando a todas partes en un intento de encontrar una escapatoria.

«No la hay», sollozó en su interior. La desesperanza la venció. Sus rodillas fallaron y se cayó de bruces. La marca de su nuca la quemó, avisándola de que se encontraba ante un peligro inminente.

Lo sintió antes de verlo. El aire se hizo pesado y chispas multicolores se contorsionaron en una espiral vertiginosa hasta que tomaron su forma.

Y entonces quedó solo el silencio, tan agudo que sus oídos zumbaron. Podía ver las llamas, sabía que debía escuchar los crujidos de la madera quemándose, pero no oía nada aparte del sonido ensordecedor de su corazón y su jadeante respiración.

—No te acerques —Anahy gruñó de rodillas, usando el zapado como un arma, con el tacón hacia afuera.

Intentó controlar el llanto y no escuchar la voz demoniaca que chillaba burlona por encima de los pensamientos coherentes. No podía detenerlo con un tacón. Nada podía detenerlo.

A pocos metros, Sasha levantó las palmas.

—No lo haré si es lo que deseas. Pero debes detenerte. Ahora mismo. Estarás atrapada si avanzas más.

Carcajadas amargas brotaron de su garganta y su voz sonó aguda al hablar.

—¿Por qué debería creerte? Me mentiste desde el segundo en que te conocí.

—Intentaba protegerte. —Él no se movió, solamente sus ojos estaban inquietos y pasaban por encima de ella, a los lados y hacia atrás. Su voz sonó cansada, pero guardaba la fina ronquera de su timbre hipnotizador.

—¡Intentabas protegerte a ti mismo! —espetó mientras se incorporaba con dificultad. Se llevó el puño al pecho con ganas de golpearlo hasta que se abriera. La piel rayada por la wise continuaba congelada. Tenía cortes, magulladuras y rasguños en tantos sitios que no podía contarlos. Pero aquella herida en especial era la que dolía. Era la prueba de su fracaso. Su energía le había fallado. Su corazón le había fallado.

Debía alejarse de aquel sitio. Debía alejarse de todos ellos.

—Me importas —dijo él, deteniendo su mirada en ella.

Fue como si estuviera viendo la luz del más allá. El sentimiento cálido, el cambiar de la gravedad. Quiso dejarse ir, abandonarse a la deriva.

No se lo permitió. Su corazón se agrietó. Su energía, que se había calmado en el momento de la caída, volvió a nacer, corriendo a través de sus venas como si hubiera despertado un nido de serpientes de fuego.

Tragó en seco y retrocedió dos pasos.

—No. —Agitó la cabeza, pero no pudo ahuyentar las lágrimas que le nublaban la vista—. No te creo.

—Podemos hacerlo. —Sasha enlazó los dedos en su nuca sin perderla de vista—. Juntos podemos lidiar con todo. Te lo prometo. —Había un tono de urgencia en su voz y su mirada brillaba con una mezcla de desesperación y fastidio.

—¡Mentiroso! —gritó Anahy, amenazándolo con el tacón—. ¡Les mentiste a todos! ¡Te pregunté y me lo negaste! ¡Te ofrecí mi ayuda! ¿Quién eres? ¿Qué eres? ¿Cómo puede ser...? —se detuvo y dio otro paso hacia atrás—. ¿Sabes qué? No me importa.

—Dragona...

—¡No me llames así, tú...!

—¡Detente! —vociferó—. Sabes lo de la valla que protege el Corazón. Está justo a tu espalda. No des otro paso atrás —le pidió.

Quería escucharlo. Quería creerlo. Se metió las manos en el pelo y cerró los ojos en un intento de ordenar sus pensamientos. Al mismo tiempo que con la conversación, él atacaba también su mente y los gritos histéricos se mezclaban con sus propias ideas hasta el punto en que no podía distinguir cuál le pertenecía.

—¿Qué debo elegir? —chilló—. ¿Cuáles eran tus planes conmigo? ¿En qué bando estás? —Agitó la mano con frenesí y el movimiento la desequilibró.

—¡No! —El gruñido de Sasha llegó distorsionado a sus oídos, como si el sonido hubiera sido detenido en el espacio y en el tiempo.

Su cuerpo se echó hacia atrás y ondas pesadas la envolvieron como una manta que tiraba de su cuerpo y a la vez la sostenía. Durante un segundo eterno la energía del lugar la mantuvo en la misma posición, con la espalda arqueada, las manos alzadas y la cabeza inclinada cerca de un hombro. Escuchó un nuevo «no» susurrado que fue el detonante de su caída. El hielo estalló a su alrededor cuando sus rodillas golpearon el suelo. Al contacto con

la tierra vino el dolor. Millones de esquirolas heladas atravesaron su piel. Intentó moverse, pero era como si el aire hubiese adquirido viscosidad y se adhería a sus miembros. Sus dedos se petrificaron, se tornaron de un color azulado, y el zapato se le escapó. Jadeó y las agujas penetraron en su garganta, tomando el camino hacia abajo, al interior de su cuerpo. Pudo contar los latidos de su corazón, y que se debilitaban.

Reparó en que Sasha se acercaba, cada larga zancada tenía la resonancia de un trueno. Observó que se llevó las manos a la cara como si quisiera esconderse, dejar de verla.

—¿Qué me pasa? —No supo si habían salido las palabras, aunque creía que su boca se había movido.

Sasha se acuclilló para acariciarle la mejilla con la mano, pero ella no sintió el toque, el peso de sus dedos. El frío la acosaba desde el interior. Sentía sus órganos congelándose, petrificándose. Le buscó la mirada, pero no logró tranquilizarse al ver que el terror había esculpido sus hermosas facciones y una lágrima solitaria se deslizó hasta secarse, cerca de la comisura de su boca.

—Ayúdame —imploró antes de que la oscuridad se apoderara de ella.

Sasha dejó caer la cabeza en su pecho.

—No puedo —susurró, a pesar de saber que Anahy ya no lo escuchaba—. Ahora ya no.

Se incorporó y se apoyó con una mano en el tronco de un árbol cercano, frotándose la frente sudorosa contra el hombro. Se enderezó, miró el cielo y luego a ella, a la vez que escuchaba los sonidos del bosque.

Buscó el comunicador y dudó un segundo mirando la pantalla antes de pulsar el botón de llamar. Esperó el clic que le confirmara la conexión antes de decir:

—Madelyne, tengo un cóctel para ti.

Continuará...

GLOSARIO

Ergy: Persona que nace con la habilidad de manipular y crear energía.

Wise: Los ergys enfermos pueden manipular la energía, pero han dejado de producirla.

Nulo: El equivalente a un humano. Persona sin ningún don destacable.

Cóctel: Una persona que nace a partir de un ergy y un nulo.

Arroflake: Arma que usan los wise, es mortal para los ergys.

LODIT: Medio de transporte, equivalente al avión.

Comunicador: El equivalente a un teléfono móvil.